

Obras
Escogidas

León De Greiff

Obra completa • Prosa
Volumen IV, Tomo 2

Segunda edición

Rectoría



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA



LEÓN DE GREIFF HÄUSLER; Medellín, 22 de julio de 1895. En su ciudad natal fundó, junto con un grupo de intelectuales, la revista *Panida*, que publicó veinte números. En Bogotá creó la revista *Los Nuevos*, junto con su hermano Otto y un grupo de escritores. Fue director de la *Revista de las Indias*, en sus primeros cinco números, y en 1940 formó parte de los intelectuales que le dieron vida a la Radio Nacional. En la década de los cincuenta hizo parte del comité patrocinador de la revista *Mito*. En la Universidad Nacional de Colombia ostentó el cargo de gerente del equipo de fútbol de la Institución y, con posterioridad, fue profesor de literatura en la Facultad de Ingeniería, y de música en el Conservatorio.

Sus seudónimos literarios son una muestra de la gran musicalidad de su obra: Guillaume de Lorges, Claudio Monteflavo, Diego de Estúñiga, Gaspar von Der Nacht, Gaspar de la Nuit, Sergio Stepansky, Beremundo el Lelo, Leo le Gris, Judas el Oscuro, Matías Aldecoa, Erik Fjorsson, Harald el Oscuro, entre otros.

“Porque me ven la barba y el pelo y la alta pipa / dicen que soy poeta..., cuando no porque iluso / suelo rimar -en verso de contorno difuso- / mi viaje byroniano por las vegas del Zipa”.

(Tergiversaciones I).

León De Greiff

Obra completa

Prosa

Volumen IV

Obras
Escogidas

Colección Obras Escogidas

Colección de la Rectoría
de la Universidad Nacional de Colombia

León De Greiff

Obra completa

Prosa

Volumen IV

Tomo 2

Editor
Hjalmar de Greiff



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA
Rectoría

Bogotá, D. C., 2026

Obra completa. Prosa, León de Greiff

© Herederos de León de Greiff
© Herederos de Hjalmar de Greiff (recopilación)
© Alexis de Greiff (prólogo)
© Universidad Nacional de Colombia,
Vicerrectoría de Investigación,
Editorial Universidad Nacional de Colombia

ISBN obra completa PDF: 978-628-503-148-9

ISBN prosa volumen IV, tomo 2 PDF:

978-628-503-158-8

DOI: 10.15446/edunal.578

Primera edición, 2026
Bogotá, D. C., Colombia

Editorial Universidad Nacional de Colombia

Universidad Nacional de Colombia

José Ismael Peña

Rector

Olga Janneth Gómez

Vicerrectora de Investigación

Editorial Universidad Nacional de Colombia

Juanita Villaveces

Directora

Juan Francisco Poveda

Jefe de la Oficina de Edición

Daniel Pajón Toro

Edición y corrección de texto

Martha Echeverry y Laura Argüello

Diseño de la colección

Avenida El Dorado, n.º 44A-40, Edificio
Hemeroteca, Bogotá
(57-1) 316 5000, ext. 20046
direditorial@unal.edu.co
portaldelibros.unal.edu.co

Agradecemos al profesor Alexis de Greiff por su apoyo y asesoría durante el proceso de edición de la versión digital de la *Obra completa*. Su acompañamiento permitió hacer correcciones y ajustes a la edición de 2018 sin alterar la obra de León de Greiff ni el trabajo de recopilación de Hjalmar de Greiff. De esta manera, se transmite de una generación a otra de la familia de Greiff la custodia de un legado literario de valor universal.

Esta obra está sujeta a la licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional.



CC BY-NC-ND 4.0

Universidad Nacional de Colombia, Sede
Medellín

Johanna Vásquez Velásquez
Vicerrectora de Sede

Arley David Zapata Zapata
Secretario de Sede

Luz Adriana Ruiz Marín

Jefe de la Sección de Publicaciones de la Sede

Hernán Alberto Leal Rodríguez

Diagramación

861.865

G73 Greiff, León de

Obra completa : prosa / León de Greiff ; editor, Hjalmar de Greiff ; [escritor de prólogo], Alexis de Greiff -- Primera edición. -- Bogotá, Colombia : Universidad Nacional de Colombia. Editorial, 2026.

1 recurso en línea. v. IV, t. 2 (502 páginas) : fotografías. -- (Obras Escogidas)

ISBN 978-628-503-148-9 (obra completa) (PDF)

ISBN 978-628-503-158-8 (v. IV) (t. 2) (PDF)

1. Greiff, León de, 1895-1976.
 2. Prosa colombiana - Siglo XX.
 3. Literatura colombiana - Siglo XX.
 4. Prosa - Siglo XX.
- I. Greiff, Hjalmar de. II. Greiff, Alexis de. III. Título. IV. Serie

Catalogación en la publicación Universidad Nacional de Colombia. Sede Medellín



TRADUCCIONES

<i>Gilbert Cesbron. Es medianoche, doctor Schweitzer</i>	441
<i>Henri Gheon. La hija del sultan y el buen jardinero.</i>	
<i>Cuento, en tres cuadros, basado en una cancion. Flamenca</i>	578
<i>Eddy Ghilain. Valeria. Pieza en tres actos</i>	615
<i>Andre Gide. Saul. Drama en cinco actos 1896</i>	751
<i>Autor desconocido. Cierto general Bonaparte</i>	882
<i>René Thévenin. El paraíso terrestre y las islas afortunadas.</i>	
<i>(de Los países legendarios)</i>	901
<i>Lucien Wilter. París imprevisto</i>	922



TRADUCCIONES

TRADUCCIONES

GILBERT CESBRON

ES MEDIANOCHE, DOCTOR SCHWEITZER

PIEZA EN DOS ACTOS Estrenada en París en el Théâtre de l'Athénée
-Louis Jouvet el 2 de abril de 1951.

PERSONAJES

El Doctor Albert Schweitzer - El Padre Carlos de Ferrier
- El Administrador Leblanc - El Comandante Lieuvin
- La señorita María

La pieza pasa toda en la oficina del hospital del Doctor Schweitzer,
cerca de Lambaréné (Gabon) en agosto de 1914, de noche.

ACTO PRIMERO

SCHWEITZER, MARÍA

El despacho del doctor Schweitzer. Una pieza de construcción y de decoración rudimentarias, alumbrada por tres lámparas puestas sobre los muebles. En el fondo, una puerta doble con vidrios que da a una veranda que a su vez da a las tinieblas. A la derecha, otra puerta que se entiende que se abre a la sala de exámenes del doctor Schweitzer. Entre la puerta de la derecha y la del fondo, la mesa del doctor, cubierta de libros y objetos, y un pequeño botiquín.

A la derecha una biblioteca. Es visible que ha sido confeccionada a base de cajas. Entre esta y la puerta del fondo, el piano del doctor Schweitzer. Sillas, uno o dos grabados, un calendario mural; a la izquierda un mapa de Africa. Un plano de las treinta barracas que constituyen el hospital fijado al muro, sobre la mesa.

Cuando se levanta el telón, el doctor Schweitzer está solo en escena, ante su piano y toca un coral de Bach. En el curso del acto se oirá el chillido de los grillos, gritos de bestias, llamados misteriosos.

Los personajes deberán, sin afectación, hacer sentir al público el calor, que es agobiador, a pesar de la noche.

ESCENA PRIMERA

Durante un momento Schweitzer toca dando la espalda al público. Está en camisa y pantalón de tela blanca. María, uniformada de enfermera, entra por la puerta de la derecha, con un paquete de cartas en la mano. Es bella, pero con la belleza patética de las rosas que el sol empieza a fatigar. Se aproxima al piano, escucha algún tiempo y habla finalmente.

MARÍA

Es medianoche, doctor Schweitzer!

SCHWEITZER

(se estremece, se vuelve hacia ella, la saluda con un gesto de la cabeza, toca aún algunas notas, luego dice, sin volverse:)

En mi casa son las seis, señorita María. El Angelus suena en este mismo momento en el campanario de Gunsbach, y mi pequeña hija se vuelve, durmiendo: un ángel pasa...

MARÍA (con firmeza)

Aquí es medianoche y hay qué acostarse!

SCHWEITZER (levantándose)

Bien. Pero como se acuesta el sol: el sigue velando, el vela en otra parte!

(vuelve a sentarse y pregunta súbitamente con una especie de angustia:)

Escuchad! Es siempre eso?

(toca un pasaje de Bach. María escucha atentamente y hace signos de que si)

Seguro?

MARÍA

Sí.

SCHWEITZER

(se detiene y, girando sobre el taburete, da la cara al público. Mira sus manos y dice a media voz:)

Manos de leñador... de carpintero...

MARÍA

De cirujano.

SCHWEITZER *(como si no hubiera oído)*

Ya no manos de organista!

MARÍA *(bruscamente)*

Y yo? Tengo todavía siquiera una cara?

SCHWEITZER *(estupefacto)*

Pero...

MARÍA

(a media voz y reclinando la cabeza)

Una cara de mujer...

SCHWEITZER

(levantándose bruscamente)

Os pesa!

MARÍA *(vivamente)*

Pues no!

SCHWEITZER

(caminando nerviosamente)

Os pesa vuestra decisión, vuestra partida.
Hay que regresar a Europa, señorita María! Sí! Sí!
Yo no le robaré jamás un minuto a nadie...

MARÍA

Doctor, yo os aseguro...

SCHWEITZER

(continuando como para sí solo)

El precio de un solo minuto! No es el mismo para ningún ser. Un mendigo que muera mañana... ¡su tiempo es mil veces más precioso que el mío!

MARÍA

Pero el no sabe nada.

SCHWEITZER

Yo tampoco! Por esto es que el tiempo de los otros, de todos los otros, es sagrado! Prometédme, señorita María, que, si realmente...

MARÍA *(sonriendo)*

Vuestro tiempo también es sagrado... y es más de media noche!

SCHWEITZER

(vacila un instante, luego, sonriente)

Vamos! Dádme aún diez y seis compases de Bach: es una manera de detener el tiempo!

(Toca de nuevo. Al cabo de un momento, se oye un tam-tam a lo lejos. María, que lo ha advertido antes que el doctor, va a entreabrir la puerta doble. Cesa el tam-tam. Schweitzer cesa de tocar, se levanta, escucha y traduce)

Niño... niño enfermo... *(cesa el tam-tam)*

Un niño enfermo, pero no oí el comienzo del mensaje. Véd, es preciso velar: nos va a llegar gente.

(la mira un momento, en silencio, y dice dulcemente:)

No sois feliz esta noche... *(Silencio. Bruscamente:)*

Trabajemos!

(María vuelve a tomar y compulsa el paquete de cartas que había colocado sobre el escritorio. Schweitzer se dirige a una mesa a la izquierda y toma una garrafa y un vaso)

Jugo de fruta?

MARÍA

No, gracias.

(Schweitzer se sienta, coloca la garrafa y el vaso en el escritorio. María ha abierto las cartas y enuncia el contenido)

La Universidad de Strasburgo os pregunta la fecha de vuestro retorno... (Schweitzer hace un gran gesto)
y confirma que conserva vuestra cátedra vacante...

SCHWEITZER (con esfuerzo)

Escribamos al rector que no es necesario... que jamás regresaré, nunca jamás! (hablando como a sí solo)
Hacer carrera, yo? Vamos! Ha terminado todo eso, ha terminado! Qué más, señorita María?

MARÍA

Vuestro editor ha recibido nueve solicitudes de traducción de vuestros libros sobre San Pablo; os ruega...

SCHWEITZER (interrumpiéndola vivamente)

Todo lo que él quiera! Tengo confianza en él!
Y qué más?

MARÍA

Siete propuestas de recitales de órgano para darlos en... (toma las cartas una a una)
Edimburgo... Estocolmo... Ámsterdam...

SCHWEITZER (*deteniéndola*)

Para el próximo invierno? Aceptadlo todo: necesitamos el dinero...

(*se levanta y va hacia el plano fijado al muro*)

Quiero tres barracas más antes del estío de 1915: maternidad, pequeña cirugía, locos...

MARÍA (*hojeando el resto de cartas*)

He aquí, precisamente, donaciones, donaciones...

SCHWEITZER

Ah! qué sería de nosotros sin los amigos de Europa!

MARÍA (*irritada*)

Decid mejor: que sería de los Negros sin nosotros!

SCHWEITZER

Si así lo queréis! Lo importante es que cada uno encuentra su socorro.

MARÍA (*duramente*)

Para mí, hay aquellos que pagan con su dinero y los que pagan con su persona!

SCHWEITZER (*dulcemente*)

Para mí, hay aquellos que tienen mala conciencia y luego los que sonrían...

MARÍA

Es un poco la misma cosa!

SCHWEITZER (*vivamente*)

No! puesto que vos no sonreís... Vamos, qué pasa?

MARÍA

(se levanta y va a la puerta-ventana del fondo)

Yo soy como la selva, como el Africa entera hacia la noche: yo espero el tornado... me asfixio...

SCHWEITZER *(se acerca a ella)*

El tornado pasó: las hojas se enderezan, la tierra bebió profundamente y los árboles tienen frescura hasta en el corazón...

MARÍA *(a media voz)*

Dichosos los árboles!

SCHWEITZER

Mañana desde temprano el sol recomenzará a torturarlos en silencio, el Africa sedienta sufrirá. Pero vos, vos habréis reencontrado la acción y olvidaréis la noche detestable...

(María se sienta de nuevo. Schweitzer la observa y luego dice, sirviéndose un vaso de jugo de fruta:)

Un poco demasiado nerviosa para este clima!

MARÍA *(semi-sonriente, semi-agresiva)*

Pero... vos también, doctor! Acabáis de derramar el jugo de fruta...

SCHWEITZER *(sonriendo)*

Lo he hecho adrede.

MARÍA

Y (entonces) por qué? *(levantándose repentinamente)*

Escuchád! *(ella se vuelve, confusa, tras un momento)*

Había creído...

SCHWEITZER

Esa es Africa: se cree siempre... Y lo que no se oye, es lo verdaderamente peligroso! Id a dormir, señorita María.

MARÍA

No! Esta noche no! Yo no podría...

SCHWEITZER (sonriendo)

A los chiquillos, demasiado enervados para dormirse, se les dice cuentos! Entonces, qué historia os referiré yo? Mi primera intervención, eso!, la noche de nuestra llegada. El enfermo extendido sobre dos cajas en el gallinero, transformado en sala de operaciones... La lámpara de petróleo que humeaba... Mi mujer que me secundaba un poco temblorosa...

MARÍA

Temblando?

SCHWEITZER

Si, porque también había ocho pares de ojos blancos que nos cercaban en las tinieblas y seguían cada uno de mis gestos: ocho guerreros M'fan armados y emplumados como gallos de pelea!

MARÍA

Y la operación salió bien?

SCHWEITZER (sonriendo)

De otro modo no estaríamos aquí! Esa noche derroté a todos los hechiceros de la gran selva! En la noche, los tam-tams regaban la noticia; al alba llegaban

en piraguas, familias enteras; desde el desembarcadero se gritaba ya mi nuevo sobrenombre: N'tchinda...

MARÍA

N'tchinda?

SCHWEITZER

El que corta bien!

MARÍA (*tras un silencio*)

Y qué apodo me darías, vos, a mí?

SCHWEITZER (*sonriente pero grave*)

Balúa-lá...

(*María hace un gesto de interrogación*)

La que no ha elegido (escogido) todavía...

MARÍA (*con voz un poco alterada*)

Conocéis también remedios para el alma, doctor Schweitzer?

SCHWEITZER (*lentamente*)

He aquí uno que me ha preservado hasta este día... este día de mis cuarenta años! Jamás me he sometido a la necesidad de ser un hombre razonable.

MARÍA

Qué?

SCHWEITZER

Lo había jurado en mi juventud. Yo oía hablar a las personas mayores de su ideal y de su entusiasmo como de niños que hubiesen muerto. Me sobrecogió el terror de asermejármeles un día. Y entonces resolví atravesar la vida con un alma... intacta!

MARÍA (*un poco irónica*)

Y eso os ha dado la felicidad?

SCHWEITZER (*tras un instante*)

Estamos en plena noche, en plena selva y solos; y, sin embargo, vacilo en confiaros esta verdad que no he aceptado sino después de tantos años: la felicidad no existe.

MARÍA (*gritando casi*)

Yo no os creo!

SCHWEITZER

Verdad que se aprende pero que no se enseña!

MARÍA

Y yo, yo estoy segura de que la felicidad existe!

SCHWEITZER (*imperiosamente*)

Sí, sí. Pero, si sois digna de ella, comprenderéis entonces que no tenéis derecho, que os es preciso asumir una parte del fardo del dolor del mundo...

(*silencio*)

Entonces, abandonáis la felicidad y elegís la alegría...

MARÍA (*estallando*)

Es, entonces, la alegría, dejar a su mujer y a su único hijo en Alsacia? Y dejar también su parroquia, su cátedra en la Universidad y la certeza de llegar a ser el primer organista de Europa: es eso, la alegría?

SCHWEITZER (después de un silencio)

Os responderé: sí, eso es la alegría...

(esforzándose en sonreír)

Pero agregaré que el papel de una enfermera no es el de reabrir las llagas!

MARÍA *(inclinando la cabeza)*

Os pido perdón!... Pero no esperéis de mi ninguna consideración! Los grandes heridos, entre sí...

SCHWEITZER *(interrumpiéndola)*

Herida?

MARÍA *(con una jovialidad agresiva)*

Sí! Figuráos que acabo de encontrar una evidencia... Nada más hiriente que una evidencia!

(ante un gesto interrogante de Schweitzer)

No se vive sino una vez...

SCHWEITZER *(a media voz)*

También yo lo creía así, hasta que esa hijita me nació.

MARÍA *(violentamente, sin oír)*

No se vive sino una vez! Yo lo sabía ya, seguramente! El día en que muere su madre también se sabe que se es huérfano; sin embargo no se lo comprende sino al siguiente día. No se vive sino una vez. Ahora, es un hecho: el cáncer del tiempo se ha fijado en mí. Este reloj en mi muñeca, es mi verdadero pulso que late...

SCHWEITZER (*dulcemente*)

No se vive sino una vez, y vos os preguntáis si precisamente vos no perdéis *aquí* vuestra vida...

MARÍA

Yo no la pierdo, sencillamente.

SCHWEITZER

Entonces, tranquilizáos: se reconoce a quienes no perderán la vida, en que se hacen esta pregunta...

MARÍA

No! A quienes serán capaces de no perderla!

(*con voz sorda*)

Ah! jamás me perdonare...

SCHWEITZER (*interrumpiéndola*)

Pero Dios si os perdonará! (*cambiando de tono*)

Y, bien, venid a ver por qué he derramado el jugo de frutas, hace poco...

MARÍA

(*después de haberse aproximado, con un gesto de repulsión*)

Qué horror! Esta fila de hormigas rojas...

SCHWEITZER (*sonriendo*)

Son mis vacas en el abrevadero! Desde la selva, sintieron el azúcar y vienen en buen orden...

MARÍA

Es aterrador!

SCHWEITZER

O magnífico, o grotesco: como un ejército, como una procesión. Cuestión de gustos! Pero, horrible, no, en todo caso: nada viviente es horrible. Sólo la muerte; la muerte de los demás...

(silencio)

Ved! Absorbieron las tres gotas; mis hormigas regresan... Prefiero esto a verlas tomar en orden el camino del gallinero, ahogar mis pollas tapándoles las narices y el pico, y devorarlas en pocos instantes! Tres noches por año, más o menos, nos dan esta alerta.

MARÍA *(a media voz)*

Este país es demasiado inhumano...

SCHWEITZER

Es el reino de Damocles: la muerte suspendida, en todo lugar, a todo instante... Y ello obra como un veneno o como un remedio, según los organismos.

(inmovilizándose súbitamente)

No oís? Alguien se acerca, alguien está en marcha hacia nosotros...

(María hace un gesto nervioso)

No os asustéis! Ya os lo he dicho: aquí lo que es peligroso es lo que no se oye!

MARÍA *(a media voz)*

Pero yo no he oído nada!

SCHWEITZER (*sonriendo*)

Y luego, ante todo, hay que amar lo inesperado, Balúa lá... Un día, un rostro se enmarcará en una puerta, un libro caerá en vuestras manos, oiréis la palabra de un desconocido... y vuestra vida hallará de una vez su sentido.

MARÍA

Vámos! Una vida valiosa no debe nada a la casualidad.

SCHWEITZER

Toda vida grande nace del encuentro de una casualidad.

(Cuando termina esta frase, la puerta del fondo se abre totalmente, empujada por el Padre Carlos, que trae un negrito en sus brazos. El Padre tiene el rostro enflaquecido, devorado por una barba griseante; una especie de rictus le hace sonreír casi constantemente como a aquellos a quienes deslumbra el sol. Lleva el hábito blanco con un corazón escarlata coronado por una Cruz: es el hábito que hizo ilustre el Padre de Foucauld)

ESCENA SEGUNDA

SCHWEITZER, MARÍA, EL PADRE CARLOS

MARÍA

Padre Carlos!

EL PADRE CARLOS

Bien sabía que no dormíais!

SCHWEITZER (*acercándosele*)

Es el niño enfermo?

EL PADRE CARLOS

(sentándose, con el chiquillo, en una silla)

Cuando oí el mensaje: Demonio... niño... enfermo... corrí. Ellos alistábanse a degollarlo, Schweitzer! Lo creían loco...

MARÍA

Epiléptico?

EL PADRE CARLOS

Sin duda.

SCHWEITZER

(que examinó al niño un momento)

Nada de eso! Es una crisis nerviosa provocada por un absceso en el brazo, que voy a operar...

MARÍA

Ahora mismo?

SCHWEITZER

Así lo pienso! Acostáadlo, señorita María.

(mostrándole la puerta de la derecha)

En esta sala. Un calmante y los lienzos para el brazo. Prevenid a José y a Bonzo, que me ayudarán. Gracias

MARÍA

Yo bien podría... yo misma...

SCHWEITZER

Oh, no! Habrá que tener al niño sin ninguna ternura: no puedo contar con vos, gracias a Dios! *(sonriendo)* ni aún esta noche... Pero vos lo consolaréis después mejor que nadie.

(María carga al pequeñuelo en sus brazos y sale por la puerta de la derecha. Apenas ha salido, habla Schweitzer con vehemencia)

ESCENA TERCERA
SCHWEITZER, EL PADRE CARLOS

SCHWEITZER

Qué fracaso, Padre Carlos! Dos años hace que nos instalamos aquí, vos y yo, y aún ahora sacrifican a los niños enfermos... Qué fracaso!

EL PADRE CARLOS (*muy turbado*)

Dos años, seguro! Pero cuántos siglos antes de nosotros y cuántos otros por delante de nosotros!

SCHWEITZER

No, Padre Carlos, no! No me basta que el reino de Dios esté en marcha: yo quiero que llegue más aprisa, más aprisa! Para qué sirvo yo?

EL PADRE CARLOS (*a media voz*)

No es que vos obréis muy poco, Schweitzer; es que yo oro mal...

SCHWEITZER

(*pasando del plano del hospital al mapa de Africa*)

He montado treinta barracas, trescientos lechos, cien catres, por todo! Para una región tan grande como diez veces Alsacia! Antes, no había nada; algún día habrá hospitales modelos, dispensarios por todas partes. Bien! Pero hoy, padre Carlos! es el presente el que únicamente me interesa!

(*silencio*)

Uno de esos horribles protestantes, sí? Es lo que pensáis de mí!

EL PADRE CARLOS (*luego de un silencio*)

No. Me preguntaba yo cómo me juzgáis, vos, Schweitzer, vos, que abatís, construís, curáis noche y día! a mí que paso las horas inclinado al pié del Santo sacramento...

SCHWEITZER (*sincero*)

Se necesita harto valor, cuando los cuerpos son tan miserables, para pensar primero en las almas, que lo son aún más. Yo, yo no lo podría...

EL PADRE CARLOS (*a media voz*)

Sois muy generoso...

SCHWEITZER (*sonriendo*)

En mi aldea de Gunsbach, no hay sino una sola iglesia, Padre Carlos: ella sirve a los católicos como a los protestantes. Entonces, la querella de la Fé y de las Obras, vos sabéis...! (*termina su pensamiento con un gesto*)

EL PADRE CARLOS

Cada uno de nosotros ha ido hasta el extremo de su camino. A la partida, nos volvíamos la espalda...

SCHWEITZER

Y nos encontramos cara a cara del otro lado de la tierra, a mitad del camino de nuestra vida: cara a cara, impotentes y afligidos.

(*violentemente*)

Ah! Entonces sólo los tiranos y los multimillonarios llegan hasta el término de sus designios?

EL PADRE CARLOS (*luego de un silencio*)

Creía haber encontrado aquí al único hombre a quien la desesperación no llegaba nunca...

SCHWEITZER

Es que es medianoche, Padre! El exámen de medianoche... Yo lo sostengo solo, habitualmente.

(*va hacia el mapa de Africa*)

Yo me sitúo delante de este mapa de Africa que conservo aquí por humildad y en el que nosotros no representamos (*planta un alfiler en Lambaréné*) sino este alfiler clavado...

EL PADRE CARLOS

Esta espina clavada en el gran cuerpo salvaje y que acabará por tener razón!

SCHWEITZER

Pero cuándo, Padre Carlos? Cuándo? Nuestros tataranietos lo verán?

EL PADRE CARLOS

(*poniéndole una mano sobre el hombro*)

Ellos verán los cuerpos; pero nosotros, Schweitzer, nosotros, desde los balcones de la Casa del Padre, nosotros veremos también las almas!

SCHWEITZER

(*sin alegría, después de un silencio*)

El señor Administrador General Leblanc reiría mucho si nos oyera! Y el Comandante Lieuvín, también...

EL PADRE CARLOS

No con la misma risa!

SCHWEITZER (*sorprendido*)

Conocéis al Comandante?

EL PADRE CARLOS

Yo no me he encontrado todavía con él, aquí, pero estuvimos juntos en Saint-Cyr. Por qué sonreís, Schweitzer?

SCHWEITZER

El Padre Carlos en Saint-Cyr!...

EL PADRE CARLOS (*vivamente*)

Ah! No habléis de esos tiempos!

SCHWEITZER

Pero él, ya era el fastuoso, el imperioso? Lieuvín el constructor?

EL PADRE CARLOS

Ya necesitaba él, desde entonces, una enorme ración de hechos, de decisiones, de materia humana para moler. Decía: *Yo soy un animal de acción*. Y se arrojaba él en el momento presente con todas sus fuerzas: jugaba todo a una sola carta... Lieuvín...

SCHWEITZER

Y ya poseía él esta sola debilidad: la necesidad de ser amado, de ser aprobado?

EL PADRE CARLOS (*sonriendo*)

Sí. Era una de sus dos maravillosas debilidades.

SCHWEITZER

Y la segunda?

EL PADRE CARLOS

El secreto de su éxito: una prodigiosa aptitud para el hastío.

SCHWEITZER

El hastío? Lieuvín?

EL PADRE CARLOS

Un hastío mortal que lo mataría de una vez si cesara de obrar!

SCHWEITZER (*después de un silencio*)

Obrar... A mí, fue solamente a los treinta años cuando el asco de la palabra me embargó.

EL PADRE CARLOS

Para vos, la acción, es, entonces, lo contrario de la palabra?

SCHWEITZER

Sí, lo único.

EL PADRE CARLOS

No, Schweitzer: lo contrario de la palabra es, también, el silencio.

SCHWEITZER

(*sorprendido, lo observa un largo rato, después, con otro tono*)

Enflaquecés, padre Carlos.

EL PADRE CARLOS (*contrariado*)

Vámos! los árboles no enflaquecen...

SCHWEITZER (*dulce, pero imperioso*)

Enflaquecés. Me entristece hablaros de ello, pero temo que os imponéis privaciones...

EL PADRE CARLOS (*mismo juego*)

Pues no!

SCHWEITZER *(continuando)*

... y mortificaciones excesivas. El cuerpo es un buen compañero, Padre: cuidalo!

EL PADRE CARLOS *(sonriendo)*

Es un criado goloso, perezoso...

SCHWEITZER *(interrumpiéndolo)*

Pero fiel hasta la muerte! Por lo demás la máxima mortificación sería precisamente sacrificar vuestras mortificaciones...

EL PADRE CARLOS

No me pidáis eso!

SCHWEITZER

Yo creo que sí. Pasemos ahí, voy a examinaros...

EL PADRE CARLOS

Seguramente no antes que a mi enfermito!

SCHWEITZER

(yendo hacia la puerta de la derecha)

Todo debe estar listo ya.. *(volviéndose)*

No os vayáis, Padre Carlos!

(sale)(Al quedar solo, el Padre Carlos va hasta la puerta doble del fondo y abre sus dos alas. Se inmoviliza así, los dos brazos separados, crucificado, blanco sobre ese fondo de noche de donde llegan rumores. María entra por la derecha y lo observa un largo rato antes de decidirse a hablar)

ESCENA CUARTA
EL PADRE CARLOS, MARÍA

EL PADRE CARLOS (*a media voz, para sí solo*)
Las Tinieblas Exteriores...

MARÍA (*dulcemente, tras un silencio*)
Es preciso cerrar esa puerta, mi Padre.

EL PADRE CARLOS
(*se vuelve y dice, cerrando, cerrando las alas de la puerta*)
Los mosquitos?

MARÍA (*con voz un poco sorda*)
Todos los enemigos de fuera, todas las potencias
de la noche! No tenemos bastante con nuestra noche,
la nuestra, con los enemigos de dentro?
(*el Padre Carlos la observa sin responder*)

Padre Carlos, sonreís siempre, por qué?

EL PADRE CARLOS
Es mi única arma. Dejádmela!

MARÍA (*sin simpatía*)
Un arma de dos filos!

EL PADRE CARLOS (*tranquilamente*)
Yo sé que eso puede irritar, pero la irritación puede ser
saludable. Cuando con el aceite no obra en una
cerradura se emplea el ácido... (*silencio*)
Me habéis preguntado por qué sonreía; puedo yo
preguntaros por qué no sonreís?

MARÍA (*bruscamente, con angustia*)

Mi Padre, es que también pensáis que no se tiene derecho a la felicidad?

EL PADRE CARLOS (*lentamente*)

La felicidad pasa como un soberano en un desfile. Lo esperáis largo tiempo... Súbitamente bate más rápido vuestro corazón... Ah! demasiado tarde! Ya ha pasado... La felicidad no se deja ver sino de espaldas!

MARÍA

Entonces son falsos todos los cuentos que terminan bien?

EL PADRE CARLOS

Siempre terminan en el umbral de la felicidad: una página más y todo se derrumbaría! o peor: se usaría...

MARÍA (*violentamente*)

No! No! Duraría, la felicidad, si vosotros no la echáseis!

EL PADRE CARLOS

Nosotros?

MARÍA

Gentes como el doctor y vos, sí! Seguros de antemano que no se puede retener la felicidad o que no se tiene el derecho de hacerlo! Un mal contagioso: la vergüenza de la felicidad... Y sin embargo el tiempo pasa, pasa!... He aquí una pregunta bien tonta: os miráis a veces al espejo, Padre?

EL PADRE CARLOS (*después de un instante*)

Hace mucho me encontré cara a cara con un desconocido. Ante su mirada inquieta me dije: *Que puedo hacer yo por ese anciano?* Le tendí la mano: estaba ante un espejo...

MARÍA (*tomando un espejo de la mesa*)

Y bien, yo me miro, yo, mañana y tarde, en este espejo que véis, y... (*terminando con voz sorda*)
y yo quiero ser feliz, pronto!

EL PADRE CARLOS (*dulcemente*)

Pero... no sois feliz aquí?

MARÍA (*con mucha calma*)

No, Padre: os aseguro que se puede estar en paz consigo mismo y con los demás y con el cielo y no ser feliz...

EL PADRE CARLOS (*desconcertado*)

Entonces es que nosotros no tenemos las mismas definiciones sobre ese punto...

MARÍA (*violentamente*)

Sobre ninguno! Yo, vivo sobre la tierra! Yo sé lo que yo llamo amor, lo que yo llamo amar: un ser, elegir un solo sér y dárselo todo!

EL PADRE CARLOS (*a media voz*)

Es el principio...

MARÍA (*aún más violenta*)

Y si es mi fin, el mío?

EL PADRE CARLOS (*duramente*)

Entonces que hacéis vos aquí?

MARÍA

En este infierno?

EL PADRE CARLOS

Bajo este cielo tórrido que tomáis por un infierno?

(*ella va a contestar; él la detiene impetuosamente*)

Pero no! Yo os lo voy a decir: entre vos y vos misma habéis puesto la mitad de la tierra! Vos os vengáis aquí de alguien, pero sobre vos misma, solamente, como hacen todas las almas nobles! Y este amor, este amor exclusivo que hoy os falta...

MARÍA (*queriendo interrumpirlo*)

Padre mío...

EL PADRE CARLOS (*sin piedad*)

...No habéis vos, vos misma, comenzado por faltarle en Europa?

MARÍA (*con la voz rota*)

Cómo sabéis?

EL PADRE CARLOS

(*súbitamente enternecido, continúa dulcemente*)

Yo no sé nada de vuestro pasado... pero vos no sabéis nada de vuestro futuro! Sin embargo, no reservéis vuestro corazón, esperando: dividídllo aquí entre todas estas gentes que tienen tanta necesidad de vos!

MARÍA (*amargamente*)

Yo no he venido por ellos...

EL PADRE CARLOS

Habéis venido por una idea. Pero el heroísmo consiste en creer aún en la idea después que se ha visto a los seres miserables que la encarnan.

MARÍA (*como a sí misma*)

He venido yo siquiera por una idea?

EL PADRE CARLOS (*duramente, tras un silencio*)

Vos no habéis venido por alguna cosa sino contra alguien! Solamente, sabédlo: nada grande se hace, nunca, nada grande se hace contra!

MARÍA (*de nuevo violenta*)

Vamos! toda vuestra religión es contra! Contra el amor, contra la libertad, contra la mujer, contra la vida!

EL PADRE CARLOS (*consternado*)

Qué abismo! Un niño de seis años piensa también que la vida no es sino una serie de interdicciones! Tenéis seis años, cuando habláis así...

MARÍA (*menos segura*)

Qué es la perfección, sino la privación de todo?

EL PADRE CARLOS

Qué es la perfección en frente de la santidad? Y qué la santidad sino la sed de todo? Ah! el orgullo es pretender ser perfecto, no querer ser un santo...

MARÍA (*a quema ropa*)

El doctor Schweitzer es un santo?

EL PADRE CARLOS

Lo sabe Dios, no yo! Pero ello no me sorprendería:
ese hombre rebosa amor.

MARÍA (*amarga*)

De veras? Sabéis que ha dejado a la Señora Schweitzer
y a su hijita en Alsacia?

EL PADRE CARLOS (*a media voz*)

Yo no sabía que amaba hasta ese punto...

MARÍA (*violentamente*)

Dios me preserve de ser amada de esa manera!

EL PADRE CARLOS (*más violentamente*)

Dios? Pero qué tenéis vos para ofrecerle de más valía,
hasta este día?

MARÍA (*dulcemente, tras un silencio*)

Por qué me herís?

EL PADRE CARLOS (*confundido*)

Dos ciegos que se baten, se infligen heridas terribles.

MARÍA

Además, no! vos no me habéis herido: sólo habéis
abierto la llaga.

EL PADRE CARLOS

(*tomándola del brazo, lentamente*)

Escuchad... quién sabe si no lo encontraréis aquí,
al que esperáis?... Y quién sabe si él no os espera ya?...

MARÍA (*estremeciéndose*)

Pero...

EL PADRE CARLOS

Las almas solas y las almas desoladas se dan cita
en el fin del mundo...

(*En este momento, el doctor Schweitzer entra por la puerta
de la derecha. Parece fatigado y se enjuga la frente con su pañuelo*)

ESCENA QUINTA

EL PADRE CARLOS, MARÍA, SCHWEITZER

EL PADRE CARLOS (*en un grito*)

El niño?

SCHWEITZER

Ya era tiempo!

MARÍA

Duerme?

SCHWEITZER

Profundamente! y con una sonrisa que es nuestro
salario de esta jornada.

MARÍA (*yendo hacia la derecha*)

Voy a velarlo.

SCHWEITZE

Es inútil: Bonzo ha transportado su colchón cerca
del lecho y no lo dejará solo.

MARÍA (*dulcemente*)

No perdió Bonzo, hace algún tiempo, un niño de esa
edad?

SCHWEITZER

Si. (silencio)
A los hombres amputados de un brazo les ocurre,
con los cambios del tiempo, sentir dolor en
su miembro ausente...

EL PADRE CARLOS *(a media voz)*

Mi enfermedad hace mi fuerza...

SCHWEITZER

(alegremente, tomándolo por el hombro)

Padre, si creéis domesticarme con citas de la Biblia,
perdéis vuestra pena! He dicho que os examinaré,
y voy a hacerlo. Vamos!

(lo empuja hacia la puerta de la derecha)

EL PADRE CARLOS *(reticente)*

Escuchád...

SCHWEITZER *(mismo juego)*

Yo no quiero escuchar nada! (a María)
Enflaquece! (franqueando la puerta de la derecha)
Venid! (salen ambos)

ESCENA SEXTA

MARÍA, sola, después el COMANDANTE LIEUVIN

(Al quedar sola, María se aproxima lentamente a la mesa, toma el espejo, se mira un largo instante y fúndese en llanto. Pero súbitamente se endereza y se enjuga precipitadamente los ojos: ha oído algo. En efecto, he aquí un rumor muy próximo; resplandores muy vivos se agitan ante la puerta doble del fondo. Esta se abre impetuosamente y el Comandante Lieuvín aparece sobre el umbral. El es bello y lleva la máscara de su carácter. Sobre los hombros, una especie de capa ligera como la que se ve en todos los retratos del mariscal Lyautey)

LIEUVIN

(deteniéndose sobre el umbral y hablando fuerte hacia el exterior)

Esperádme, hijos míos! Apagad vuestras antorchas!...

(cierra la puerta y advierte entonces solamente a María. Su rostro se ilumina)

Ah! yo no esperaba encontraros despierta...
Cómo estáis?

MARÍA *(los ojos bajos)*

El doctor Schweitzer está bien.

LIEUVIN

(insistiendo y mirándola de hito en hito)

Cómo estáis... vos?

MARÍA *(alzando su mirada)*

Pues... muy bien!

LIEUVIN *(bruscamente)*

Esos ojos enrojecidos... Acabáis de llorar!

MARÍA

Sí.

LIEUVIN

Se puede...? (saber)

MARÍA *(vivamente)*

No!

LIEUVIN

(la mira un momento, luego en voz baja)

Los corazones un poco altivos son como las gentes pobres: instintivamente no se defienden sino contra aquellos que les quieren bien...

MARÍA *(secamente)*

Es posible!

LIEUVIN (*secamente*)

Es posible, sólo que, yo, yo no lo admito! Yo no he admitido jamás de golpe nada, salvo lo irreparable...

MARÍA (*dulcemente, tras un silencio*)

Queréis ver al doctor, Comandante?

LIEUVIN (*casi tímidamente*)

Es a él a quien vengo a ver, pero soy feliz de haberme encontrado con vos...

MARÍA

(*como si ella no hubiera entendido*)

Voy a prevenirlo. (*se dirige a la derecha*)

LIEUVIN (*lentamente, como a sí mismo*)

Detesto el que me evitéis... No obstante, me decepcionaría si no lo hiciéseis: es vuestra línea...

MARÍA

(*que se ha detenido, vuélvese hacia él y le dice con voz alterada*)

Por qué me habláis así, Comandante?

LIEUVIN (*muy dulcemente*)

Preguntádme más bien por qué es hoy solamente cuando así os hablo...

(*Quedan silenciosos uno frente a otro. Súbitamente Lieuvín continúa, pero imperiosamente*)

Escuchad: entre gentes de nuestro temple esas fintas son deprimentes. Conocéis mi pasado, mi carácter: sabéis lo que yo ofrezco, adivináis lo que yo exijo.

(*María hace un gesto*)

No! No me contestéis esta noche! Dejad que mis palabras encuentren un sitio en vos, sin que de ello

os deis cuenta, como semillas en la tierra. Si no me habláis de ello mañana, yo no os hablaré jamás de ello.

(María se dirige a la derecha)

Es inútil! No tengo nada que decirle a Schweitzer! Había venido, no había venido sino... por esto.

(Silencio un poco largo. Lieuvín dice finalmente con voz sorda)

Ahora, María, decídmelo algo, si os place...

MARÍA

(toma una de las lámparas y dice esforzándose:)

Es la hora en que debo hacer mi última visita al pabellón de los operados...

(Sale por el fondo. Lieuvín la sigue con la mirada, sin moverse. Al cabo de un instante el doctor Schweitzer entra rápidamente por la derecha: viene en busca de su estetoscopio en la mesa)

ESCENA SÉPTIMA

LIEUVIN, SCHWEITZER

SCHWEITZER *(sonriente)*

Comandante Lieuvín, esas luces, esos rumores, érais vos...?

LIEUVIN *(también sonriendo)*

Lo dudábais?

SCHWEITZER

Lo dudaba... Es al señor Administrador general Leblanc a quien esperaba, pero vos no tenéis el mismo cortejo!

LIEUVIN *(altivamente)*

De hecho, qué tenemos él y yo en común fuera de encontrarnos ambos aquí?

SCHWEITZER (*tras una pausa*)

Valdría mejor, para el indígena, que los dos perfiles de la cara de Francia se asemejasen un poco.

(*Lieuvin hace un gesto de impotencia*)

La señorita María os ha dejado solo?

LIEUVIN

Ha ido a hacer su visita al pabellón de cirugía.

SCHWEITZER (*sorprendido*)

A esta hora? (*se dirige a la derecha, estetoscopio en mano*)

Excusadme, me disponía a examinar al Padre Carlos.

LIEUVIN

Ferrier aquí? Al fin voy a volver a verlo!

SCHWEITZER (*regresando*)

Teníais autoridad sobre él, en otro tiempo?

LIEUVIN

Autoridad, no, pero quizás si cierto ascendiente...

SCHWEITZER

Entonces... os necesito!

(*sale por la derecha*)

ESCENA OCTAVA

LIEUVIN, LEBLANC, luego SCHWEITZER

(El Comandante Lieuvín queda solo y viene a situarse frente al mapa de África, a la izquierda, y se sumerge en su estudio tan profundamente que no oye entrar al administrador Leblanc por el fondo. Leblanc es tan alto y tan agradable como Lieuvín. Tiene como él sus exasperaciones, sus reacciones bruscas. No obstante, existe entre ellos una diferencia esencial: en medio de esos héroes Leblanc es un hombre, es el hombre. Leblanc se acerca a Lieuvín y queda un instante sin hablar, luego:)

LEBLANC

Vámos, Lieuvín, cuántas nuevas aldeas? Cuántos kilómetros de rutas y de vías férreas nos construís?

LIEUVIN

Perdón! No os había oído llegar! Buenas noches, Leblanc!

LEBLANC

Yo, en cambio si os oí en la encrucijada de aguas de Douara, os oí a vos, a vuestros portadores de antorchas y a vuestros cantores! Os habéis adelantado a mi bote silencioso.

LIEUVIN

Yo sé que mi fasto os desplace... El calificativo es vuestro!

LEBLANC

(lentamente, mirándolo a la cara)

Es decir que habría que elegir, me parece: el fasto o la familiaridad, la altivez o la demagogia; y, también, despreciar a los hombres políticos o, bien, ensayar de agradecerlos, pero no ambas cosas!

LIEUVIN

Cuando habláis de mí, Leblanc —si os importa hablar— no empleéis nunca o..., decid siempre y!

LEBLANC

Me gusta que se tenga una doctrina y que a ella se atenga!

LIEUVIN

Es más cómodo, pero sólo para los demás!... No, una doctrina no: un espíritu.

LEBLANC

De casta!

LIEUVIN

Vamos! vos también habrías de elegir: elegir vuestros reproches! *Espíritu de casta?* Pero sabéis muy bien que la opinión de un sargento cuenta tanto para mí que la de un capitán!

LEBLANC

Precisamente! Es necesario estar bien seguro de su ancestro para osar comprometerse.

LIEUVIN

Mi abuelo y sus tres hijos eran generales: eso ya no es una casta, es una vocación!

LEBLANC

Lo sé! Sé que vuestro padre sirvió a cuatro regímenes diferentes, con, apenas... matices de predilección.

LIEUVIN

Lo que prueba que, en mi familia, el gusto del servicio puede más que la facción.

LEBLANC

(designando a Lieuvín con el dedo)

De todos modos, es singular que este realista conquiste un imperio para la República!

LIEUVIN

Me hacéis mucho honor! Pero no, Leblanc, soy demasiado realista para no ser republicano bajo la República.

LEBLANC

Matrimonio por despecho!

LIEUVIN (risueño)

Esos son los más sólidos!

LEBLANC

Si creéis que se sirve a la República maldiciendo sus hombres de Estado e ignorando a sus funcionarios, os equivocáis, Lieuvín

LIEUVIN (a media voz, pero violentamente)

Detesto los políticos que, desde allá, os revocan y destruyen con chismes de antesala cinco años de trabajo y de influencia! Detesto los militares de gabinete, que son civiles disfrazados, cabos con estrellas! Detesto a todos esos que matan de lejos: yo, yo estoy con la bestia, contra el cazador!

LEBLANC (dulcemente)

Si estuviéseis en su lugar, *allá abajo*, sin duda os inquietaría el comandante Lieuvín y *detestaríais* sus maneras!

LIEUVIN

Por ejemplo?

LEBLANC

Por ejemplo sus violencias espectaculares pero calculadas, su espontaneidad... requerida, ese tuteo y esas confidencias reservadas a los que están cerca y este desprecio hacia los demás!

LIEUVIN (*sonriendo*)

Entonces es este modo que tengo de juntarme con mi gente el que os desplace, Leblanc?

LEBLANC

El día de vuestra llegada un capitán os presentó el informe de los castigos, el presupuesto de la cantina, una orden de desplazamiento para un carruaje forrajero, etc. *Cuántos papeles de este género tenéis cada día?* le preguntasteis. *Sesenta, mi comandante!* Yo *suprimo cincuenta!* El capitán os consideró como un dios... Es demasiado fácil!

LIEUVIN

Más fácil es acumular papeles, dejar perecer de asfixia a las gentes y responder: *Yo no quiero saberlo!*

LEBLANC

A mi vez, yo no quiero saberlo! Esos son detalles de método militar. No os reprocho el hacer vuestro oficio, Lieuvín, sin precisamente el salirse de él! Esa manera que tenéis de *olfatear* el país, de diseñar por anticipado aldeas, vías férreas, puertos... A cada uno su tarea, comandante! Guardad nuestros confines,

penetrad en territorios no sometidos, desfilad —en fin— bajo un arco de triunfo, pero dejadnos a nosotros plantar, edificar, gobernar!

LIEUVIN

Ello es inseparable! Al tomar una guarida, el jefe militar piensa en el mercado que establecerá en seguida y no lo toma de la misma manera! Soy yo quien tiene la porra, Leblanc: soy yo sólo quien puede obtenerlo todo *no sirviéndome de ello!* Vuestro prestigio cuesta dinero, el mío economiza vidas humanas. Los fuertes son dulces, ellos solamente.

LEBLANC

Yo sé lo que habéis hecho en Tonkin, en Marruecos, eso es... es histórico! Pero aquí el problema es otro, Lieuvin, y yo lo conozco mejor que vos...

LIEUVIN

Lo conocéis desde el fondo de vuestro palacio y de vuestros reglamentos! Vos sois el señor altivo y yo soy el peatón! Creédme, es bueno descender hasta las cabañas y conocer la opinión del cargador y la del mendigo...

LEBLANC (*con calma*)

Es posible! Pero yo soy el que manda aquí, hasta nueva orden. Como véis, yo lo digo sin ningún orgullo, porque yo no soy el amo que tiene la antigüedad; el amo, pero con la condición de obedecer. Soy yo quien hace trazar las rutas y edificar las aldeas, y no vos!

LIEUVIN (*vehemente*)

Entonces, hacédlo! Nada avanza aquí, sino el tiempo! Las pocas rutas que comenzáis serán demasiado angostas dentro de cinco años! Vuestro nuevo puerto es la maqueta del que se necesitará! Y esos cortes desordenados en la selva! Y esos edificios de estilo cuartel! Véis todo eso, Leblanc! Ordenáis todo eso?

LEBLANC

Yo ejecuto.

LIEUVIN

Pero las gentes de las oficinas no pueden saber! Para ellos, este país no ha existido nunca sino en los mapas! Pare ellos, el sol, es una adjudicación de cascos; las serpientes, una caja de suero o un lote de ataúdes; la selva, son fletes: volúmenes de maderas preciosas; y los negros, conscriptos, futuros contribuyentes. Pero no es así para vos, Leblanc, en todo caso?

LEBLANC (*tras un silencio*)

Para mí el Africa no es ni una vocación ni una aventura: es un oficio. La serie de circunstancias que me colocaron aquí es perfectamente mediocre.

LIEUVIN (*sincero*)

Debe lamentarse?

LEBLANC

No, puesto que yo no me quejo! Yo no quisiera tampoco, Lieuvín, que mi carrera fuera rota, desde lejos, por una suerte de dados de la política; pero yo

tampoco quiero comprometer mi vida, mis noches,
mi alma, en la construcción de una aldea!

LIEUVIN

Ni en la fundación de un imperio?

LEBLANC

Ni en la fundación de un imperio! Yo no aspiro
a figurar en el diccionario...

LIEUVIN (*después de un silencio*)

Me creéis ambicioso?

LEBLANC

Vos mismo lo habéis creído! Os desestimáis. No, no:
es muy otra cosa: sois un grande hombre, Lieuvín!
Me asustáis.

LIEUVIN (*alzándose de hombros*)

Vamos! Yo os hablo en un lenguaje humano!
Ver crecer cada árbol, cada avenida, cada aldea,
con un sentimiento paternal. Leer el éxito en los ojos
de sus gentes y no en el *Diario Oficial*. Ah! Leblanc,
su abnegación, su temblor de obediencia! Saber
que siempre se contará con voluntarios!...

LEBLANC (*se aparta de él*)

Eso es lo que es aterrador! El grande hombre quema
a todos aquellos a quienes toca.

LIEUVIN

El los inflama!

LEBLANC

El los consume. Ese padre es un asesino.

LIEUVIN

Y si ellos prefieren eso? Una vida apasionante: una llama alta, y no el fuego tranquilo? El agua que canta y no el baño de María?

LEBLANC (*secamente*)

Yo no. (*Silencio. Luego, calmadamente*)
Vos no me enrolaréis, comandante! Yo ignoro aún por qué se os mantiene en estas regiones después de que habéis terminado su pacificación. Si se quiere dáros las, yo me iré, con un muy vivo disgusto, pero yo me iré antes que trabajar con vos: tengo el horror del grande hombre. Entre el Padre de Ferrier, Schweitzer y vos, no tengo ninguna probabilidad!

LIEUVIN (*risueño*)

Véis héroes por todas partes! Tenéis la cabeza épica.

LEBLANC

No: tengo el instinto de conservación! El aire es irrespirable en torno de vosotros. Ferrier es la locura de la Cruz! Vos, la locura de la grandeza! Schweitzer...

LIEUVIN (*interrumpiéndole*)

Perdonad por lo menos al doctor, y desead para nosotros su equilibrio y su eficacia!

LEBLANC (*prosiguiendo*)

Schweitzer es el héroe nacional protestante.

LIEUVIN (*irónico*)

Porque el protestantismo es una patria?

LEBLANC

Muy exigente y muy celosa! Con su Ejército de la Salud, sus héroes de cuello duro, sus especialidades nacionales: la homeopatía, el feminismo, la abstinencia. Yo olfateo los protestantes como otros el Judío: los reconozco por su ingenuidad astuta, por su snobismo del Evangelio y sobre todo por esto, Lieuvín: porque no contentos con tener razón quieren aún probároslo.

LIEUVIN (*secamente*)

Sois venenoso!

LEBLANC

El terrible veneno de la clarividencia... Son simples los venenos de los hechiceros de esta selva! Son no obstante los más fulminantes del mundo.

LIEUVIN (*cambiando de tono*)

Honradamente: qué hacéis vos por Schweitzer?

LEBLANC

Yo lo tolero.

(*gesto de Lieuvín*)

No olvidéis que el doctor es Alsaciano, es decir súbdito alemán...

LIEUVIN (*indignado*)

Leblanc!

LEBLANC (*continuando*)

... Y que nosotros podemos estar mañana en guerra con Alemania!

LIEUVIN

Precisamente para liberar la Alsacia!

LEBLANC

Seguramente. (silencio)

A propósito: cómo se dice *revancha* en alemán?

LIEUVIN (*fogosamente*)

El doctor Schweitzer es tan poco súbdito alemán que se ha instalado aquí, en Gabón, y no en Togo o en Camerún.

LEBLANC

Ha escogido la peor región. Esta raza de palomas no hace su nido sino en las higueras malditas. Cuando él muera, le pedirá a Dios, como recompensa, el permiso de instalar sus barracas en el infierno!

LIEUVIN

Y qué es lo que se piensa de él arriba?

LEBLANC

En el cielo?

LIEUVIN (*obligado a sonreír*)

No; en París...

LEBLANC

No se sabe qué pensar. La simpatía no es una condición política. (silencio)

Lo ayudo en la medida de mis medios, pero esto es sin órdenes.

LIEUVIN

(*luego de mirar hacia la puerta de la derecha*)

El doctor os esperaba esta noche?

LEBLANC

Sí, para un inventario. Los transportes están embotellados por las amenazas de guerra: Schweitzer está a punto de carecer de medicamentos, casi sin recursos. *(Silencio. Cambiando de tono y lentamente)* Pero no es por él por quien vengo.

LIEUVIN

(que comprendió casi inmediatamente)

Ah?

LEBLANC *(el mismo juego)*

Os lo he dicho, Lieuvin: Yo, yo soy un hombre... Yo no soy sino un hombre.

LIEUVIN

(tras un silencio, mirándole fijamente)

En este campo, todos nosotros somos hombres!

LEBLANC

(lo mira un momento en silencio, luego con violencia)

María?... Yo lo sospechaba! Pero eso es hacer trampas, Lieuvin! Hay que escoger: Ferrier no escribe ni a la familia; Schweitzer dejó a su mujer y a su hija única en Europa. Los héroes viven solos. Jugáis vos en las dos mesas!

LIEUVIN

Pero con una sola carta.

(en ese momento el Doctor Schweitzer entra por la puerta de la derecha)

SCHWEITZER (*yendo hacia Leblanc*)

Ah! señor administrador!: ya no os esperaba.

(*se estrechan la mano*)

Lieuvín, acabo de examinar a fondo al Padre Carlos. Le suplico que se cuide: sonríte! Tratad vosotros de convencerlo, si conserváis aún alguna influencia en él.

(*a Leblanc*)

Conocéis vos una raza más terrible que la de las gentes que siempre sonríen?

LEBLANC

(*después de una mirada hacia Lieuvín*)

La de los que nunca sonríen!

SCHWEITZER

Necesitamos a la señorita María para este inventario. Vos venís?

LEBLANC

Dejemos juntos a los de Saint-Cyr: ninguno de nosotros es de esa promoción!

(*Salen por el fondo. Lieuvín vá vivamente hasta la puerta de la derecha y la abre*)

ESCENA NOVENA
LIEUVIN, EL PADRE CARLOS

LIEUVIN
(retrocediendo súbito, tan sorprendido está)

Ferrier!

EL PADRE CARLOS
(apareciendo sobre el umbral)

Lieuvin! (sus manos se estrechan largo rato. Silencio)

LIEUVIN (lentamente)
Inconocible! Si... sin embargo, los ojos: tu tienes siempre los mismos ojos! Pero... dónde está nuestro gordo Ferrier?

EL PADRE CARLOS
Todos vosotros me llamábais desde entonces el Padre Ferrier.

LIEUVIN
La más bella fortuna de la promoción... Y... yo estoy seguro de que tu no poseéis más que este traje!

EL PADRE CARLOS
Y algunos libros.

LIEUVIN
Tus poetas latinos, tan bellamente empastados?

EL PADRE CARLOS (sonriendo)
Ya no son los mismos!

LIEUVIN (continuando)
Y, detrás de la fila, un paté de hígado de ganso y una botella de chambertin... siempre.

EL PADRE CARLOS (*a media voz*)

Cállate!

LIEUVIN (*a media voz*)

A la puerta, un cupé bien bajo a fin —como lo decías—
de no fatigarse en alzar el pié!

EL PADRE CARLOS (*gritando*)

Cállate!

(*confuso, a media voz*)

Perdonadme...

LIEUVIN (*cambiando de tono*)

Soy yo quien se excusa, Ferrier! (*silencio*)
Pero yo quisiera saber: para llegar ahí qué ruta
has seguido?

EL PADRE CARLOS

He caminado sobre las olas...

LIEUVIN

Cómo?

EL PADRE CARLOS

Recuerdas el Evangelio? Cuando se ha oído
claramente el *Vén!* salido de la boca de Dios,
basta con marchar, sin sombra de inquietud,
aún si ello parece una locura.

LIEUVIN

Bien sabía que irías hasta la meta! Pero de qué
camino? Eso, yo lo ignoraba.

EL PADRE CARLOS (*tras un instante*)

Te decepciono, Lieuvín?

LIEUVIN

(lentamente, mirándolo a la cara)

No. Me irritas, sí, un poco. Ese paso de un exceso a otro, tan a la vista...

EL PADRE CARLOS

Yo soy *vidente*, yo?

LIEUVIN

Sí. En este siglo, un eremita es un vidente: un hombre que se oculta, que huye el rebaño... a ese se le señala con el dedo. *(breve silencio)*

Tu eras *snob*, Ferrier, puede decirse! Estás seguro de que...? *(se interrumpe)*

EL PADRE CARLOS *(sonriendo)*

Quieres que te ayude? Tu te preguntas si, en mi caso, no entra un... *snobismo* de humildad? Quizás. Dios no hace los detalles: él nos compromete todo entero, bueno y malo, en su combate. Si se pone al fuego un leño... con él se queman los gusanos que lo devoraban!

LIEUVIN

No has encontrado entonces orden lo bastante... mortificante, regla suficientemente dura para ti?

(el Padre Carlos dice que no con la cabeza)

En fin! no habría reyes si sus partidarios no fueran más realistas que él!... Pero tu vives al margen de la Iglesia, con tu leyenda individual. Tú, el oficial, no eres sino un franco-tirador...

EL PADRE CARLOS (*a media voz*)

El franco-tirador de Dios... (*cambiando de tono*)

Reúne franco-tiradores, dótalos de uniformes y de un reglamento: eso dá un regimiento de selección.

(*con voz sorda*)

Pero mis superiores me rehusan la alegría... no! el orgullo de ser el fundador de una orden.

LIEUVIN

El suplicio de la obediencia? Yo también lo conozco... pero el sólo desquite es la acción arrebatada! Y en eso si me desengañas, Ferrier! Yo te imaginaba evangelizando regiones enteras, plantando la cruz por todas partes...

EL PADRE CARLOS (*sonriendo*)

... Y organizando el terreno conquistado, mi comandante! No, yo no estoy en ello...

LIEUVIN

Cifras en mano, Leblanc me asegura que, de todos, eres el misionero que cuenta con menos conversiones en su activo! (*el Padre Carlos hace signos de que es cierto*)

Entonces?

EL PADRE CARLOS

Yo los domestico... Fraternalizo con ellos... Yo no les enseño, yo les pruebo que todos nosotros somos hermanos en Dios...

LIEUVIN

Nada obtendrás si tu no te haces... Leblanc diría: temer; y yo digo: respetar!

EL PADRE CARLOS

Y yo... yo digo: amar... Déjalo! Yo preparo la tierra; otros podrán sembrar; y otros, aún, cosecharán. Se hace el bien en la medida de lo que se es, Lieuvín; es necesario que yo trabaje todavía en mi conversión personal, antes de pretender...

LIEUVIN (*interrumpiéndole con dulzura*)

Mi viejo Ferrier, míranos! y mírate!

EL PADRE CARLOS (*cerrando los ojos, a media voz*)

Yo me veo...

LIEUVIN

La muerte ya ha elegido su sitio entre nosotros: ella hace su nido, Ferrier! Cada noche trae ella su pajilla! Ha comenzado el fin para nosotros... No pierdas más tu tiempo!

EL PADRE CARLOS (*sin responder*)

Ella se desarrolla largo tiempo, la primera llama! Es tardía en prender... pero el incendio se extenderá de una sola vez!

LIEUVIN

Conoces aún el precio del tiempo?

EL PADRE CARLOS (*dulcemente*)

Se le conoce mejor orando seis horas de seguido que matándose en la acción...

LIEUVIN

Házlo aprisa, no obstante, Ferrier! Los Negros te adoran: una sola palabra tuya los uniría al momento a Francia...

EL PADRE CARLOS (*firmemente*)

No es esa mi misión! Para mí, se trata de unirlos a Cristo.

LIEUVIN

Es la misma cosa.

EL PADRE CARLOS (*obstinado*)

En la medida en que Francia prosiga su misión, sí! Pero si ella busca solamente reclutar soldados, no!

LIEUVIN (*sonriente*)

Qué? la *hija mayor de la Iglesia*?

EL PADRE CARLOS

Ni así! Simplemente, la madre de estos pueblos infantiles: una madre que quiere que sus hijos la igualen y que se resuelve hasta a que la sobrepasen un día, si lo merecen!

LIEUVIN (*amargamente*)

Explica eso entonces al señor Leblanc!

EL PADRE CARLOS (*inclinando la cabeza*)

El señor Leblanc es muy inteligente...

LIEUVIN

Mucho! pero él no hará jamás nada, porque a él le falta esa partícula de amor sin la cual ninguna obra humana...

EL PADRE CARLOS

(lo interrumpe y le toma las manos)

Lieuvín! Esa palabra...! Al fin te vuelvo a encontrar!

LIEUVIN *(con una sombra de tristeza)*

Tú sabes lo que he hecho yo. Creías tú, entonces, que era por ambición?

EL PADRE CARLOS *(vacilante)*

No, pero yo no te reconocía completamente...

LIEUVIN *(tras un momento, con voz sorda)*

Es que yo no creo, Ferrier! Yo no creo ya!

EL PADRE CARLOS *(fuertemente)*

Ingrato! Quién te ha mostrado el camino y te ha dado la partida? Quién te ha dado hambre y sed de justicia? Cristo!

LIEUVIN

Es Cristo! Pero yo no creo ya, Ferrier: hay demasiados misterios, demasiadas exigencias...

EL PADRE CARLOS

Como si tú valieras algo, tú, sin tus exigencias?... Pródigo! Has tomado tu parte de herencia y has partido a la conquista del mundo!... Ve! el Padre te esperará hasta el último instante...

LIEUVIN *(emocionado)*

Carlos, Carlos...!

EL PADRE CARLOS

Tú no eres desdichado, Lieuvín; los placeres son los signos de las potencias. Pero la alegría, si tú supieses, la alegría...

(Su voz se ahoga. Desfallece y debe sentarse; le hace mal respirar)

LIEUVIN *(inquieto, se inclina sobre él)*

Qué te pasa, mi viejo? Vámos!

EL PADRE CARLOS *(dificultosamente)*

He hablado, esta noche, más que en meses y meses... Me he como agotado... Es estúpido...

LIEUVIN

Lo que es estúpido, es no cuidarte! Schweitzer está intranquilo...

EL PADRE CARLOS

(mostrando sus piernas y sus brazos)

Mírame, Lieuvín! Qué tronco! Qué raíces! Los árboles mueren de pié! Si me echo a la cama, es que me derribaron...

LIEUVIN *(tratando de bromear)*

Nada de abandono del puesto, teniente de Ferrier! Eres el embajador de Dios en este país más vasto que Francia!

EL PADRE CARLOS

Dos hombres para este papel: Schweitzer y yo, inseparables e inconciliables, como el alma y el cuerpo... Cada hombre representa sólo la mitad de Cristo; cada hombre no colma nunca sino la mitad de su destino...

LIEUVIN (*después de un instante*)

La mitad de su destino, en todos los dominios?

EL PADRE CARLOS (*firmemente*)

En todos los dominios.

LIEUVIN (*con vacilación*)

Así, Ferrier —lo que te pregunto es grave!— un hombre como yo puede casarse?

EL PADRE CARLOS

Hace veinticinco años que eres casado, Lieuvín! Has desposado tu ambición; tu ves crecer vuestros bellos hijos: aldeas, ciudades, países enteros!

LIEUVIN (*violento*)

No! No! Una verdadera familia! y ver crecer verdaderos hijos!

EL PADRE CARLOS (*muy dulcemente*)

Temo que no, Lieuvín. Es preciso elegir...

LIEUVIN (*mismo juego*)

Elegir, es sacrificar! Y si yo no lo quiero?

EL PADRE CARLOS

Entonces son los acontecimientos los que escogerán en tu lugar... Qué humillación!

(*en este momento el Doctor Schweitzer entra solo por el fondo*)

ESCENA DÉCIMA

LIEUVIN, EL PADRE CARLOS, SCHWEITZER

LIEUVIN

(a Schweitzer, un poco demasiado vivamente)

Dónde están los otros?

SCHWEITZER (muy sombrío)

Terminan el inventario de las medicinas. Pero el de las finanzas es más desastroso aún!

EL PADRE CARLOS

Entonces?

SCHWEITZER

Entonces... el medio habitual: una gira de conferencias y de recitales de órgano en todas las capitales de Europa, y volver con doscientas cajas de farmacia... pero el señor Leblanc pretende que, esta vez, no tendré ni tiempo de regresar!

EL PADRE CARLOS

La guerra?

SCHWEITZER

La guerra!

LIEUVIN (con irritación)

Como cada verano desde hace cuatro años! Es el ciclo: las primaveras, el lirio de los valles, las cerezas, la guerra...

SCHWEITZER

Aún aquí, donde las estaciones están trastornadas, sólo ella es fiel! (silencio.)

Comandante, es que vos creéis... (vacila en seguir)
que los Alemanes movilizarán a los Alsacianos?

LIEUVIN

Contra Francia? Tienen el derecho.

EL PADRE CARLOS (*para romper el silencio*)

Esta guerra, Lieuvin, la esperábamos impacientes,
en los tiempos de la escuela! (*Lieuvin se alza de hombros*)

SCHWEITZER

(*mirándolo y obligándose a sonreír*)

Si los militares no aman ya la guerra...

EL PADRE CARLOS (*dulcemente*)

Y vos, doctor, vos amáis la enfermedad?

SCHWEITZER

Yo no la amo; pero... en fin, ella, por lo menos,
no es una invención de los hombres!

LIEUVIN (*lentamente*)

Ensayemos ser justos. La guerra cuenta más héroes
en su activo que la paz...

SCHWEITZER

Si. También hay gentes que nunca fueron tan bellas
como en su lecho de muerte!

EL PADRE CARLOS

Es la gran trampa: los hombres en guerra están en paz
con Dios...

SCHWEITZER

Lo sé. (*con fuego*)
Pero, si amar un ser es amar hasta sus defectos,
detestar es odiar hasta las mismas cualidades.

(lentamente)

Yo detesto la guerra.

EL PADRE CARLOS

Vos como médico, yo como sacerdote, y tú, Lieuvín, si no como militar, al menos como constructor...

SCHWEITZER *(con voz alterada)*

Si yo abandonase mi hospital, las termitas destruirían sus treinta edificaciones en menos tiempo que el que empleé en edificar cada una de ellas!

EL PADRE CARLOS

Si abandonamos este país, inmediatamente los ídolos, los sacrificios humanos...

LIEUVIN *(interrumpiendo)*

En cuanto a mí, yo no perdería sino mis planes, mis esperanzas. *(a media voz)*

Pero no es esto más cruel, justamente?

EL PADRE CARLOS

La ruina o la miseria?

SCHWEITZER

Perder un hijo o saber que no se le tendrá nunca: sí, qué es lo más cruel?

LIEUVIN

(pausa, cambiando de tono)

Vamos! No es la guerra aún puesto que nosotros hablamos de nuestros pensamientos en el presente y de nuestros actos en el futuro! En tiempos de guerra se obra en el presente y se habla en el pasado... Aprovechemos bien estas horas de inquietud

y de incertidumbre: es quizá, lo que se llamará la felicidad dentro de poco!

SCHWEITZER (tras un silencio)

Comandante, estoy reducido aquí a no vivir sino de rumores. Es que puedo contar con vos si alguna vez...?

(no termina)

LIEUVIN

Mañana os envío un corredor que os traerá las noticias verdaderas. Y si ellas son graves, yo estaré aquí mañana en la noche, en persona.

EL PADRE CARLOS

Y yo me quedo, Schweitzer, con vuestro permiso. Hace tiempos que tengo prometida mi visita a algunos de vuestros enfermos.

SCHWEITZER

Perfecto! Podré ponerlos a régimen. Harto os cuidáis de reclamarme las medicinas que os he prescrito... No?

EL PADRE CARLOS

Pero si carecéis de ellas...!

SCHWEITZER

Vamos! Vamos! Venid por aquí.

(Lo lleva hacia su escritorio y el pequeño armario para drogas en el que busca frascos y ampollas. Poco después entran por el fondo María, con un fajo de papeles en la mano, y luego Leblanc. Ella se dirige hacia el doctor Schweitzer; Leblanc va hacia Lieuvín, solo en el extremo izquierdo)

ESCENA UNDÉCIMA
LOS MISMOS, MARÍA, LEBLANC

MARÍA

(dándole los papeles a Schweitzer)

He aquí el inventario, doctor.

(examinan juntos las hojas mientras que el Padre Carlos estudia con desconfianza los remedios que Schweitzer acaba de darle)

LEBLANC *(a Lieuvín, a media voz)*

Felicitaciones, Lieuvín! Habéis ganado. Pero debe felicitarse al tramposo cuando gana?

LIEUVIN *(altanero, a media voz)*

Cómo?

(En este momento sube de afuera un canto indígena extremadamente triste. Todos se vuelven hacia la puerta del fondo)

MARÍA

(se estremece y pregunta con voz angustiada)

Qué es lo que pasa?

SCHWEITZER *(imperiosamente)*

Silencio!

(Escucha un momento. El coro es más claro)

No, señorita María, no es lo que teméis!

(explicando a los otros)

Cuando uno de nuestros enfermos muere, su familia, que lo rodea, canta una melopea siniestra. Pero no es eso ahora...

LEBLANC *(a Lieuvín, a media voz)*

Vengo de hablar a solas con la señorita María. Me habéis tomado la delantera!

LIEUVIN (lo mismo)

Os lo he ocultado?

EL PADRE CARLOS

(entreabriendo la puerta del fondo)

Ese canto viene del río.

LEBLANC

Piraguas, a ésta hora?

SCHWEITZER

Si buscan el hospital, hay un farol en el desembarcadero, como de costumbre.

MARÍA

(que ha ido a mirar por la puerta del fondo)

No. Bonzo debió olvidarlo esta noche. Salgo a encenderlo... *(toma una de las lámparas de la pieza y va a salir)*

EL PADRE CARLOS *(deteniéndola)*

Dejad! Los que pasan la noche en el hospital os deben un trabajo: dejad para mi ese pequeño trabajo!

(Le toma la lámpara de las manos y sale entre la noche. El canto, que constantemente se va acercando, cesará poco después)

SCHWEITZER *(a Leblanc)*

También pasaréis la noche aquí, señor administrador?

LEBLANC

Gracias. Ciertamente que nó, esta noche!

SCHWEITZER

Pero llegaréis con el día...

LEBLANC

Como los acontecimientos!

LIEUVIN

Creéis en verdad, Leblanc, que esta vez...?

LEBLANC

Esta vez, sí.

SCHWEITZER

Los indígenas también! La selva entera está nerviosa...

LIEUVIN

Porque nosotros lo estamos un poco demasiado!

(a Leblanc)

Vámonos juntos, Leblanc: el amanecer no nos encontrará idénticamente los mismos... Venid!

LEBLANC

No, Lieuvín: no tenemos del todo el mismo aspecto...

(a Schweitzer)

Mañana os remitiré quinina y alcohol. O, mejor, os los traeré yo mismo.

SCHWEITZER

Vos mismo? Seguramente no! Ello no tiene tanta importancia!

LEBLANC *(mirando a María)*

Una muy grande importancia para mí.

(con un gesto circular)

Buenas Noches!

(sale)

SCHWEITZER

Yo os acompaño.

(Sale también. Lieuvín y María quedan solos. María vá rápidamente a la puerta de la derecha, pero Lieuvín la detiene)

LIEUVIN

María!

MARÍA (a media voz)

Mañana...

LIEUVIN

Yo no quiero saber vuestra decisión por Leblanc!
Yo no amo ese juego de espejos!

MARÍA

(escondiendo la cara con sus manos)

Y yo quiero la paz! Yo quiero estar sola, estar sola!

LIEUVIN

(dulcemente, tras un silencio)

Es la acción, es el día el que dá consejo, no la noche.
Hasta mañana en la noche, María.

SCHWEITZER

(aparece en el umbral, la cabeza vuelta hacia la noche)

He aquí que vuelve el Padre Carlos. (a Lieuvín que sale)
Yo cuento con vos si algún día...

LIEUVIN

Seguro!

(Sale. Oyese gritar: 'Buenas noches, Ferrier!', después:
'De pié, hijos míos, partimos!'. El Padre Carlos aparece
en el umbral un poco fatigado)

EL PADRE CARLOS

Venid, Schweitzer! Son siete en una piragua.
Hombres que deben venir de muy lejos:
comprendo mal su lenguaje. (breve silencio)
Son monstruos, Schweitzer!

MARÍA

Qué?

EL PADRE CARLOS

Cubiertos de tumores enormes. No tienen ya humana forma. Esta barca, en la noche, llena de animales con miradas de hombres, es algo horrible!

SCHWEITZER (*calmadamente*)

Es frecuente. He operado, aquí, tumores de veinte kilos. Africa es Europa vista a través de una lupa; el infierno es la vida vista a través de una lupa...

MARÍA (*a media voz*)

El cielo también, pienso yo.

SCHWEITZER

Mañana, yo los operaré a todos.

EL PADRE CARLOS

Todos los siete?! Mañana?!

SCHWEITZER

No hay razón para que alguno de ellos sufra un día más que los otros. No me digáis que Dios lo quiere, Padre Carlos! Voy a recibirlos. Buenas noches. (*sale*)

MARÍA (*violentamente*)

Dios! Dios! Pero estos sufrimientos, estos horrores, pero la guerra, atestiguan contra Dios! Qué responde él? Qué respondéis vosotros?

EL PADRE CARLOS

Tendréis hijos un día. Ellos sufrirán de enfermedades ante vuestros ojos y estaréis desarmada. Entonces, ellos os mirarán como vos me miráis en este momento. Qué responderéis?

MARÍA

Que dar la vida, es justamente ser tan loco como Dios!

EL PADRE CARLOS

Justamente ser tan loco como Dios... Que esta sea nuestra oración de la noche! Buenas noches, señorita María.

MARÍA

Donde váis a dormir?

EL PADRE CARLOS

Allá, sobre el suelo, ante la bahía. Y la cara vuelta hacia las estrellas, como los pastores, como los magos! *(María ha tomado la lámpara que estaba en la mesa del doctor. No queda sino una que ilumina singularmente al Padre. María se dirige hacia la derecha)*

MARÍA

Navidad?

(arranca maquinalmente una hoja del calendario mural y lee en voz alta:) 2 de agosto de 1914... la Navidad está lejana!

EL PADRE CARLOS *(fuertemente)*

No! Esa es la maravilla de Cristo!: puede uno salvarse, María, puede uno renacer en todo momento. Para los hombres cada día es Navidad!

(En este momento estalla a lo lejos un tam-tam apremiante. El Padre Carlos y María se inmovilizan para escuchar, luego se miran en silencio. María hace un gesto de impotencia y se dirige

hacia la derecha. El Padre Carlos hace un gran signo de la Cruz y se arrodilla dando la espalda al público, mientras que el telón baja lentamente)

ACTO SEGUNDO

El mismo decorado. La noche siguiente, hacia las once. Antes de que se alce el telón se oye un tam-tam lejano.

ESCENA PRIMERA

LEBLANC, MARÍA

MARÍA (volviéndose hacia Leblanc)

Queréis realmente que os responda?

LEBLANC

No: solamente saber por qué no me respondéis.

MARÍA

Yo no quiero jugar a la isla desierta.

LEBLANC

Lo que quiere decir...?

MARÍA

Que yo soy aquí la única mujer blanca. Sobre qué otra pondrías los ojos?

LEBLANC

Vos deseáis batiros!

MARÍA

Ser elegida.

(Leblanc sonríe)

Supongamos que yo sea orgullosa.

LEBLANC (dulcemente)

Pues si lo sois...

MARÍA (con vehemencia)

Como lo sabrías vosotros? Qué sabéis de mí vosotros, todos?

LEBLANC

Todos? Me habláis a mí solo, María: a mí que acabo de hacer cinco horas de selva, aún hoy mismo, para veros sola. *(Silencio. Dulcemente)*

No existe el mundo entero, de un lado, y la señorita María, del otro...

MARÍA *(sonriendo)*

Supongamos que yo sea egoísta!

LEBLANC *(grave)*

Lo sois.

MARÍA *(grave)*

Orgullosa? Egoísta? Entonces yo encuentro que sois un hombre extraño para hacer cinco horas de selva para...

LEBLANC *(lentamente)*

Porque es a vos a quien yo amo: tal como sois, tal como soy...

MARÍA *(con dureza)*

Tal como queréis parecer y tal como vos me creéis!

LEBLANC *(a media voz)*

Séd entonces sencilla! Nuestro tiempo quizá esté contado.

MARÍA *(continuando)*

La enfermera de gran corazón, la mujer que ha renunciado a todo para venir a cuidar a los Negros, eso es bello, no es así?

LEBLANC

Es singular.

MARÍA

Sospechoso?

LEBLANC (*tras un breve silencio*)

Sí, porque no parecéis dichosa. Los que cometen una gran locura permanecen alegres o apacibles. Si no...

MARÍA (*a media voz*)

Si no?

LEBLANC (*mirándola a la cara*)

Quizá no era sino un gran cálculo.

MARÍA (*con una sonrisa insegura*)

Así, yo, por ejemplo?

LEBLANC

Imaginemos que vos habéis sufrido una gran decepción en Europa: yo os creo demasiado sincera para hacer buena figura, pero demasiado orgullosa para no querer esquivar la cara!

MARÍA

Yéndome al fin del mundo?

LEBLANC

Camuflando de vocación esa fuga.

MARÍA

(*con violencia, tras una pausa*)

Y aunque fuera así?

LEBLANC (*muy rápido*)

Yo no os amaría sino más!

MARÍA (*irónica*)

Ya sé: en todo hombre hay un consolador que dormita!

LEBLANC

Consolaros? No! No sois de la raza que olvida, sino de la que borra.

MARÍA

Siempre el orgullo!

LEBLANC (*amargo*)

Y es por eso que vale tanto a vuestros ojos el comandante Lieuvín: se puede regresar del brazo de tal hombre!

MARÍA (*intentando interrumpirlo*)

Vos no...

LEBLANC (*continuando*)

Schweitzer ya era una coartada... Pero Lieuvín!

MARÍA (*secamente*)

Vos no olvidáis sino esto: yo amo al comandante Lieuvín!

LEBLANC (*herido*)

Vamos! Vos lo admiráis! El os atrae! El hierro no ama el imán! (*silencio*)

Yo... yo os amo, María. Yo, yo dejo de escribir, miro la hora, y pienso: *En este momento se dirige ella hacia el río... O bien: Su mano, su larga mano toca la frente de un enfermo* (*bajando la voz*)

Jamás, desde hace un año, he dejado pasar la hora de vuestro sueño sin cerrar los ojos, sin deciros buena noche.

MARÍA (*conmovida*)

Pero... si no os amo yo!

LEBLANC (*muy aprisa*)

Yo no os pido que me améis! (*lentamente*)
pero únicamente que despertéis. Vivís como una
sonámbula entre grandes estatuas: Schweitzer, Ferrier,
Lieuvín, y cuerpos gimientes. No sabéis ya lo que es
un ser humano. Abrid los ojos!

MARÍA (*ensayando bromear*)

Es este, sin embargo, el lugar más humano de Africa:
todo el mundo lo sabe!

LEBLANC

Un lugar en el que no llamáis vos a nadie por
su nombre, salvo a los sirvientes! Un sitio sin niños!

MARÍA (*sonriendo y mostrando la puerta de la derecha*)

Sí, un pequeño enfermo, allá...

LEBLANC

Vos los amáis, María, los amáis! Entonces, tened
cuidado: los grandes hombres no tienen hijos. Ellos
aman, ellos también, lo que les hace mal y les
sobrevive: pero son libros, leyes, construcciones.
La señora Schweitzer y su hija cuéntan algo ante el
hospital?

MARÍA

Sois injusto!

LEBLANC

Sí. Desde hace un minuto; y vos desde hace un año...

MARÍA (*sonriente*)

Porque no os amo?

LEBLANC

Porque lo decís sonriendo!

MARÍA

Pero...

LEBLANC (*continuando*)

Porque creéis que juego a la isla desierta viniendo aquí fielmente! (*dulcemente*)

Pero, María, yo podría haber regresado a Francia hace meses. Francia no es una isla desierta!

MARÍA

Escuchad...

LEBLANC (*imperioso*)

No, esta noche sois vos quien me escucháis!

(*más dulcemente*)

Y yo os suplico que toméis vuestra decisión esta noche, antes de que los acontecimientos vengan a falsearlo todo con sus luces de teatro; antes de que todos nos convirtamos en actores cuyas palabras —cada una— cuentan y cuyos gestos —cada uno— hacen una sombra.

MARÍA

Vamos! qué importancia tiene nuestro problema frente a la guerra?

LEBLANC

Sí. Qué es un árbol ante el incendio? (*silencio*)

Traigo conmigo un sobre lacrado para no abrirlo sino en caso de declaración de guerra. El hará de mí un árbol viviente o madera para quemar.

MARÍA

Es que el comandante Lieuvín...?

LEBLANC

... ha recibido también órdenes secretas? Sin duda, pero qué tienen ellas que hacer con vuestra decisión?

(Silencio de María. Lentamente)

Pensáis: Por fin una verdad era rival: la guerra! Es eso?

MARÍA *(vivamente)*

En absoluto!

LEBLANC *(tomándole la muñeca)*

Ah! no, María! Vos no! No en esa trampa! en esa trampa infantil.

MARÍA *(inclinando la cabeza)*

Infantil, la guerra?

LEBLANC

Si. Una lámina de Epinal: colores demasiado violentos y que caen siempre al lado de los dibujos! La guerra desestabiliza todo. Nada sino héroes y traidores: qué melodrama!

MARÍA *(irónica)*

Porque yo debo también desconfiar de los héroes?

LEBLANC

Sí, y aún de los que los admiran: ellos llaman héroes a quienes aceptan morir en lugar suyo.

(Silencio. Con otro tono)

Os pongo en guardia contra todo lo que no está a la escala humana, María! contra todo lo que niega o huye la felicidad!

MARÍA (*mirándolo bien a la cara*)

Creéis entonces en la felicidad?

LEBLANC (*tras un silencio, a media voz*)

Yo no lo sé. Yo he sido educado muy bien: han hecho todo para inspirarme repugnancia! Pero deseo ensayar, por lo menos una vez, y eso será con vos.

(*tendiéndole la mano*)

Dádme vuestra mano!

MARÍA

(*tendiéndole la mano y sonriendo*)

Yo os la doy, pero no puedo prometéros! (*silencio*)
Cuando el doctor Schweitzer y el Padre Carlos os pregunten por qué habéis vuelto esta noche, es eso lo que responderéis? *Para persuadir a esta joven, en medio de una selva invivible y el día mismo en que quizá se declara la guerra, para persuadir a esta joven mujer que existe la felicidad?*

LEBLANC (*cambiando de tono*)

No, María. Yo vengo a ofrecer una protección armada.

MARÍA

Seréis bien recibido!

LEBLANC

Yo lo dudo! Es el peligro de tener muchos amigos: se cree que no hay enemigos. Schweitzer y el Padre olvidan que los grandes hechiceros reinaban en esta selva hasta su llegada.

MARÍA

Qué! Esos ridículos animales con plumas!

LEBLANC

Pájaros de presa, sí! Y que olfatean la sangre aún no vertida. Habéis oído esos tam-tams y esos gritos todo el día? La guerra desencadena sus locuras antes de comenzar; es eso mismo lo que la hace al fin inevitable.

MARÍA

A menos que no sea *la protección armada* (silencio)
Pero no lo penséis: toda la selva adora al Gran Doctor Blanco. Y el indígena enviado para abatir al Padre Carlos caería a sus rodillas suplicándole que le bendiga!

LEBLANC

Escuchad! En mi infancia, una vez, ví un perro rabioso. Un viejo compañero: la víspera aún yo lo acariciaba... me lamía la cara. Al día siguiente...

(Se interrumpe. Silencio)

No lo he olvidado jamás!

MARÍA

Le contaréis eso al doctor; pero yo dudo que el se deje... vacunar!

(Schweitzer y el Padre Carlos entran por la derecha)

ESCENA SEGUNDA

MARÍA, LEBLANC, SCHWEITZER, EL PADRE CARLOS

SCHWEITZER (*yendo hacia Leblanc*)

Señor Administrador! Vuestra presencia aquí es tranquilizadora!

MARÍA (*a media voz*)

No lo creáis!

(*Ella se sienta cerca del escritorio y clasifica papeles. Hablará poco y cada una de sus intervenciones sorprenderá*)

SCHWEITZER (*continuando*)

Es muy desagradable operar siete horas de seguido al són incesante de un tam-tam cuyo sentido no se comprende!

LEBLANC

Sin embargo es claro: Los blancos vinieron aquí para impedir que nos batamos. Y, ahora, van ellos a batirse entre sí!...

SCHWEITZER

A millares de kilómetros!

EL PADRE CARLOS

Poco importa! No os sorprendáis de que los niños —cuyos padres se hacen escenas como bien se dice!— disputen entre sí!

MARÍA

El señor Leblanc nos propone hacer proteger el hospital por soldados.

SCHWEITZER

(estalla en risa, así como el Padre Carlos. Luego se domina y dice muy confundido:)

Excusadme, pero la idea de soldados, arma al brazo, ante cada una de mis barracas... *(silencio)*

No había reído desde esta mañana!

LEBLANC *(muy seco)*

Muy feliz de haber atravesado la selva para traeros ese momento de reposo!

SCHWEITZER *(muy serio)*

Os he ofendido... Perdonádme, queréis?

LEBLANC

En serio, doctor Schweitzer, ofrecer la mejilla izquierda después de la derecha no es una máxima compatible con la ocupación colonial.

SCHWEITZER

(posando su mano sobre el brazo de Leblanc)

Más en serio aún, señor Leblanc: centinelas guardando mi persona contra los indígenas... he ahí lo que es incompatible con toda mi vida!

LEBLANC

Lo comprendo muy bien. Pero si un puñado de fanáticos atacasen vuestro hospital

(dirigiéndose hacia el Padre Carlos)

o vuestra Ermita...

SCHWEITZER *(sonriente)*

Yo me defendería con mis propias armas!

LEBLANC (*alzándose de hombros*)

Vosotros sois pastores que no creéis en el lobo. Yo, yo soy el perro que ladra y vosotros lo hacéis callar. Tanto peor para vuestras ovejas!

SCHWEITZER (*sonriente*)

Entre perro y lobo, entre perro y lobo está el hombre! Tengo confianza en el hombre.

EL PADRE CARLOS

Mi ermita está abierta noche y día, desde hace dos años: abierta a las serpientes, a las bestias, a los hombres. Cuando se tiene la suerte de poseer a Dios, no se le mete bajo llave, señor Leblanc. (*silencio*)
Por otra parte... (*no continúa*)

MARÍA (*dulcemente*)

Por otra parte?

EL PADRE CARLOS (*confuso*)

Nada...

LEBLANC (*violento*)

Queréis que yo termine? Por otra parte, si los fanáticos atacasen el Santo Sacramento que yo guardo, yo me haría matar con alegría! Es esto?

EL PADRE CARLOS (*violento*)

Sí!

LEBLANC (violento)

Sólo que eso no resuelve nada! eso no sirve para nada, salvo para asegurar —pensáis vos— vuestra salvación personal y vuestra gloria eterna! Nosotros... nosotros quedamos en la tierra con nuestros problemas y todo género de reproches, eternos también ellos! El desgraciado Judas, el desgraciado Pilatos, el Desgraciado Cauchon, dedicados por toda la eternidad a su tarea espantosa! A su papel de *hacer valer!* No hay mártires sin verdugos: pero la muerte, el remordimiento, la soledad de los verdugos, es un martirio también de otra manera temible! Pensáis en ello alguna vez? Son precisas bóvedas podridas y tenebrosas para servir de cimientos a vuestras catedrales que tocan el cielo!

EL PADRE CARLOS (*francamente*)

No, señor Leblanc: si el mártir no salva a su verdugo consigo, no está en el cielo, créddlo bien!

(*Silencio. Cambiando de tono*)

Y, en cuanto a nuestra muerte, es la sola cosa importante que nos pertenece en propiedad... dejádnosla!

LEBLANC

Ciertamente que no!

SCHWEITZER (*sonriente*)

Nuestra muerte pertenece al Estado, Padre Carlos, vámos! En el campo, cuando alguien se suicida, se llama a los gendarmes: como para un desertor!

LEBLANC

Y, en la ciudad, a los bomberos: como para un siniestro! *Mal ejemplo! Prohibido acercarse!*
El Estado ama las muertes útiles, pero desconfía de las muertes ejemplares...

MARÍA

Y vos?

LEBLANC (*volviéndose hacia ella*)

Yo? Oh! es siempre muy sencillo! Yo... yo detesto la muerte, a secas.. Util, utilizada, calculada, yo la encuentro humillante. Inútil, gratuita, voluntaria, la acepto mejor. Es quizá orgullo...

EL PADRE CARLOS (*simplemente*)

No lo dudéis!

LEBLANC

Y sin embargo no se debe hacer antes un negocio de su muerte? Ofrecerla, como hacen los cristianos, en cambio de tal o tal?

EL PADRE CARLOS

Señor Leblanc, realizáis vos muy exactamente esta palabra de los Evangelios: *A aquel que nada tiene se le quitará hasta lo que tiene...* (*trae sus manos a su pecho*)
Este soplo, esta vida, es realmente todo lo que yo poseo. Dejádme, si no suprimirla, al menos cambiarla!

LEBLANC

Contra la del doctor, por ejemplo?

EL PADRE CARLOS (*con sencillez*)

Ciertamente.

SCHWEITZER (*vivamente*)

Ciertamente no, Padre! No recomencemos esta discusión! Sois tan útil como yo.

EL PADRE CARLOS

De tal manera más fácil reemplazarme! De locos de mi especie rebosa la Iglesia; de locos de la vuestra, Schweitzer, la sociedad no abunda...

LEBLANC

Sois muy corteses, ambos! Pero, si finalmente, conserváis la vida el uno y el otro, sería aún más sencillo! Habéis reído vosotros de mi propuesta, ha poco; yo podría reír, también, de vuestros pequeños regateos con el cielo!

SCHWEITZER

Sois cristiano, señor Leblanc?

LEBLANC

En Francia se es cristiano como se tienen los cabellos; católico como se es moreno, es la mayoría; protestante, como se es rubio, y eso va por regiones. En Francia, quienes se convierten se hacen notar como las gentes que usan peluca o se tiñen los cabellos!

SCHWEITZER (*sonriente*)

Esa no es la respuesta que yo esperaba al preguntaros.

LEBLANC

Si yo soy cristiano? *(hacia el Padre Carlos)*

Lo suficiente para comprenderos, Padre; y bastante poco para no asustarme de esta suma de promesas, de prendas, de reclamaciones que representan las relaciones de cada uno de entre vosotros con Dios... Ese mercado a las buenas en que vosotros hacéis las dos voces! Ese número de ventrílocuo!

(designando el cielo)

A él lo vestía de cólera o de indulgencia, según el tiempo... No, realmente, yo tendría vergüenza de jugar así, a las muñecas, con mi Dios!

SCHWEITZER

Hay algo de cierto en lo que decís. Sin embargo yo me encargo de expresarlo en términos... benévolos, y todo eso os parecerá natural y os conmovirá sin duda.

LEBLANC

Yo estoy por una religión de grandes muchachos:
Cada uno para sí y Dios para todos!

SCHWEITZER

Pero si es justamente lo contrario! Cada uno para todos y Dios para sí.

EL PADRE CARLOS *(dulcemente)*

No, Schweitzer: cada uno para todos, y Dios para todos!

LEBLANC

(bruscamente, tras un silencio)

Bien! Y si yo os trajese, ahora, la prueba de que Dios no existe! que la Biblia es una invención de poeta! y que Jesucristo no era sino un prestidigitador! La prueba irrefutable! Qué es lo que eso cambiaría en vuestras maneras de vivir?

EL PADRE CARLOS *(inmediatamente)*

Nada!

SCHWEITZER *(después de un momento)*

Nada.

LEBLANC

Entonces vosotros no sois honrados!

EL PADRE CARLOS

Es exactamente como si exigiéseis que yo caminase con la cabeza hacia abajo porque me traéis la prueba de que la tierra es redonda! Persuadid entonces a un recién nacido de que la leche no es lo que necesita!

(silencio)

Sabéis vos por qué caminos he pasado yo, señor Leblanc... Yo sé *ahora* lo que es bueno para mí!

LEBLANC

Pero que os asegura que los otros?...

SCHWEITZER

Por lo demás, que Dios exista o no, la cara de un hombre que sufre es la misma y me oprime el corazón. El traje negro de un niño huérfano; los ojos hinchados de fatiga de un obrero que sale de la fábrica y echa su cuerpo agotado sobre la banca del tren, como un saco de herramientas; el anciano endomingado que, instintivamente, elige la silla más dura, se sienta en el borde y espera ser recibido... Oh! Leblanc, los seres sin defensa! me encuentran siempre indefenso...

LEBLANC

Es que veis a Cristo en ellos!

EL PADRE CARLOS

Aún si él no hubiera sido sino el mixtificador de que hablábais, basta con que le hayan golpeado, condenado, crucificado: yo lo tomo en mis brazos, a mi gran hermano desdichado...

LEBLANC

Vos no lo adoráis ya!

EL PADRE CARLOS

Yo no lo amo menos.

SCHWEITZER (*tras un silencio*)

En la época de mi niñez había un Judío que atravesaba Gunsbach en su carreta. Tenía siempre la cabeza gacha, como su asno. Y los gamines —entre ellos yo— lo perseguían gritando su nombre, que aún recuerdo: *Moisés! Moisés!* burlándose de él Una vez me le

acerqué para tirar de su vestido o gritarle una tontería y ví su rostro, señor Leblanc. Es una herida aún viva...

EL PADRE CARLOS

Por eso estáis aquí, Schweitzer; por eso que cada uno de nosotros, bueno o malo, se encuentra donde está, cielo o infierno: porque un niño con los ojos aún estupefactos lo empuja en la espalda! Es al Judío Moisés a quien curáis aquí...

SCHWEITZER

El Judío Moisés, y el negro de bronce al pie del monumento del almirante Bruat, y el caballo cojo que llevaban al matadero de Colmar...

LEBLANC (*casi gritando*)

No sanarán jamás!

SCHWEITZER (*más fuerte aún*)

Yo tampoco!

EL PADRE CARLOS (*a Leblanc*)

Creéis vos que cesará alguna vez en este país la esclavitud que abolimos nosotros? Vos la descubris cada día y renace en otra forma! Y es que vos os desalentáis?

LEBLANC (*desconcertado*)

Yo cumplo únicamente mi deber de hombre.

SCHWEITZER

Pero esa parte de vuestro deber de hombre que consiste en hacer un poco más que vuestro deber de hombre, cómo la llamáis? de dónde viene ella?

LEBLANC (*sin responder*)

Renunciar a proseguir sería desanimar por anticipado a que los otros lo emprendan!

MARÍA (*levantándose súbito*)

Y por qué no desanimarlos puesto que el judío, el negro y el caballo no sanarán jamás?

SCHWEITZER (*dulcemente*)

Señor Leblanc: vos lucháis contra la esclavitud y el desorden y la epidemia, cuando todo está siempre por recomenzar, porque sabéis que un día todo será justo y definitivo. Vos, también, esperáis el Reino...

(*silencio*)

Es la prueba de la existencia de Dios que vos nos traéis, ahora, la prueba irrefutable!

LEBLANC

Yo os anuncio, al contrario, la inminencia de lo que más puede hacer dudar de Dios: la guerra! Un corredor está quizá en camino hacia nosotros en este mismo momento. Todavía una vez más, doctor: vuestro hospital puede encontrarse amenazado desde esta noche.

SCHWEITZER (*sonriente, pero firme*)

Sabéis muy bien que no hay nadie más obstinado en el mundo que un Alsaciano, si no es un protestante!

LEBLANC

(hace un gesto de impotencia y se vuelve hacia el Padre Carlos)

En todo caso, Padre, vos no podéis quedar aislado: es preciso permanecer aquí algunos días.

EL PADRE CARLOS

No me ordenéis eso!

LEBLANC

Yo os lo recomiendo, solamente.

EL PADRE CARLOS

No. Yo he seguido siendo lo bastante militar para saber lo que merece un abandono del puesto... Retornaré a la ermita desde esta noche.

LEBLANC

Entonces, partamos juntos. Yo debo precisamente hacer el desvío de Bdou-Sala.

EL PADRE CARLOS *(con vacilación)*

Tenéis una escolta?

LEBLANC

Bien seguro!

EL PADRE CARLOS *(tras un momento)*

No, señor Leblanc. Sabéis cómo me han apodado los indígenas?

MARÍA *(dulcemente)*

El hombre de las manos abiertas

EL PADRE CARLOS

No me verán ellos aquí entre hombres de armas.

LEBLANC

Como lo queráis, Padre! Atrincherad de todos modos vuestra puerta esta noche. Buena noche, doctor... Buena noche, señorita María...

MARÍA

Yo os acompaño. *(salen ambos por el fondo)*

ESCENA TERCERA

SCHWEITZER, EL PADRE CARLOS

(ellos se quedan un instante, se miran sin una palabra, luego:)

SCHWEITZER *(con voz alterada)*

Padre, Padre! esta vez hénos al borde del abismo!

EL PADRE CARLOS *(calmadamente)*

Más bajo aún, Schweitzer: es ya el cuerpo a cuerpo, estoy seguro!

SCHWEITZER *(sorprendido)*

Pero Leblanc no...

EL PADRE CARLOS *(interrumpiéndolo)*

Yo he recibido el presentimiento mientras que él nos hablaba. A la vez una herida y un alivio: como el hombre a quien se abre un absceso. No lo dudéis, Schweitzer: es un hecho...

SCHWEITZER *(con fuerza)*

Padre: véis en el tiempo! Mañana, quizá... Sí, mañana! Pero no me digáis que los hombres con quienes yo he crecido y aquellos con quienes vos habéis crecido

se matan uno a otro en este momento en que hablamos de Dios!

EL PADRE CARLOS
(*siempre calmadamente*)

Sí, y quizás en su nombre.

SCHWEITZER
(*después de un silencio*)

Oh! que Francia salga victoriosa!

EL PADRE CARLOS

Y, sobretodo, mejor! (*silencio*)
Me voy...

SCHWEITZER
(*deteniéndolo, lentamente*)

Padre: habéis pensado que talvez se os llame de allá para... para comandar hombres?

EL PADRE CARLOS

Para mandar hombres a que maten otros?
Cómo no pensar?

SCHWEITZER

Y cómo rehusar?

EL PADRE CARLOS
(*calmadamente*)

Estoy tranquilo: Dios hallará la solución. Y sin duda ya está encontrada...

SCHWEITZER

Atención, Padre! Le damos la razón al señor Leblanc con esta manera de... girar cheques sobre el cielo!

EL PADRE CARLOS

El señor Leblanc no olvida sino una cosa: es que nuestros cheques jamás carecen de fondos. Todo se paga. De nuestro lado, por lo menos! Solo Dios puede dar... Y aún...

(silencio)

SCHWEITZER

El no presta sino a los ricos, pero dá a los pobres!

EL PADRE CARLOS (*sonriente*)

Entonces él me dará la manera de escapar, sin huir...

(silencio)

Buena noche, Schweitzer.

(*va hacia la puerta del fondo y regresa*)

Cómo me duele dejaros! Me parece que va a cesar algo importante...

SCHWEITZER (*con voz alterada*)

Quizá el último lugar, el último instante en que un Alsaciano y un Francés pueden hablarse fraternalmente...

(silencio)

Partís, Padre. Yo me quedo con todas mis gentes, trescientos enfermos y sus familias y sin embargo me parece que me dejáis solo, que me abandonáis!

EL PADRE CARLOS (*a media voz*)

Dios está con toda su creación, millones de muertos y de vivos: sin embargo es El el más solo si no regreso inmediatamente a la ermita.

(*se escucha de repente un tumulto muy próximo y que se va a prolongar en las réplicas siguientes*)

SCHWEITZER

Oís ese ruido?

EL PADRE CARLOS

(abriendo la puerta del fondo)

Si, y muchos otros desde esta mañana!

SCHWEITZER

Pero este es más próximo. *(escuchan un momento más)*

EL PADRE CARLOS *(mirando afuera)*

No veo a la señorita María...

SCHWEITZER

Ha debido subir donde los operados: uno de ellos está perdido...

EL PADRE CARLOS

Cassa?

SCHWEITZER

Si, Cassa: no puedo hacer nada más por él.

EL PADRE CARLOS

(después de breve silencio)

La señorita María es maravillosamente atenta...

SCHWEITZER *(rectificando a media voz)*

Maravillosamente puntual.

EL PADRE CARLOS *(gravemente)*

Decidle, Schweitzer, que yo ruego...no! que yo pienso en ella, en su alma... *(con cierta angustia)*

Se lo diréis, no es así? Esta noche?

(Schweitzer inclina la cabeza. El Padre Carlos hace un signo de adiós y sale)

SCHWEITZER

(marcha a grandes pasos hacia la puerta del fondo gritando)

Ferrier! Ferrier!

EL PADRE CARLOS *(reapareciendo en el umbral)*

Es la primera vez que me llamáis por mi nombre de hombre.

SCHWEITZER *(muy emocionado)*

Abrazádmme!

(se abrazan largamente)

EL PADRE CARLOS *(en voz baja)*

Adiós!

(Sale. Schweitzer queda inmóvil. La puerta de la derecha se abre bruscamente y María aparece sofocada. Las primeras respuestas se suceden muy rápidamente)

ESCENA CUARTA

SCHWEITZER, MARÍA

MARÍA *(gritando)*

Doctor!

SCHWEITZER *(volviéndose)*

Sí? Ese ruido era en nuestra casa, no?

MARÍA

Las familias de la barraca No.14 forzaron el almacén de provisiones y robaron el aceite de palma y la harina de mandioca!

(Schweitzer se vuelve, casi corriendo, hacia la puerta de la derecha. María lo detiene con un gesto)

Inútil! José, Bonzo y los otros han restablecido el orden.

SCHWEITZER

Y que es lo que les ha dado?

MARÍA

El enervamiento: esos tam-tams incesantes desde la noche pasada, rumores traídos por los últimos llegados. Están persuadidos de que los Blancos van a cerrar el hospital y abandonarlos allí mismo!

SCHWEITZER

Están locos! Voy... No! No voy a hablarles ahora...: estoy demasiado colérico.

MARÍA

Son unos niños!

SCHWEITZER (*con amargura*)

Y yo, luego! Un viejo niño incorregible! He renunciado a la música, a la enseñanza, a todo lo que amaba; le he vuelto la espalda a la vida para llegar a esto: se roban ellos las provisiones del hospital.

(*silencio*)

Oh! Gunsbach, la sombra de los tilos, el són de las campanas... Oh! mis amigos en las tardes...

(*bajando la voz*)

Helena... Oh! mi hijita...

MARÍA (*con una especie de dureza*)

Ellos pueden vivir allá sin vos: ellos saben esperar.

(*muestra la puerta de la derecha*)

Pero para estos, sin vos, es la desesperación!

SCHWEITZER

Robar el hospital!

MARÍA

Precisamente! Enloquecieron con el pensamiento de quedar solos.

SCHWEITZER

Quién de nosotros es el más solo, ya que yo alojo sus familias en el mismo hospital?

(recorre la pieza hablando como para sí)

Abandonarlos? Pero es que he dejado a la casualidad un solo pilar de una sola edificación? Desesperado, recorriendo en piragua toda la región en la búsqueda de hojas de rafia para cubrir las salas! Y las fibras para fijar el techo, las hube de cortar a siete leguas de aquí, porque esas me parecían más sólidas —imbécil! Y cuando todo estuvo terminado... bien! He recommenzado todo más en grande, en otro sitio, para que el aire del río les llegue mejor...

(bajando la voz)

a esos ladrones!

MARÍA *(a media voz)*

Doctor!

SCHWEITZER

Y ya sueño en agrandar el hospital más, aún, en este país ingrato en el que todo estará siempre por recommenzar!

MARÍA *(a media voz)*

Es la tierra toda, ese país ingrato en el que todo estará siempre por recommenzar!

SCHWEITZER (*sin oírlo*)

Mis plantaciones de mandioca y de maíz, sembradas en plena selva para que crezcan mejor: cuando se las ve después de quince días, la maleza ya ha recuperado buena parte! País ladrón! País asesino en el que un rayo de sol equivale a una hoja de espada! en el que el peligro cae de los árboles, sale de la tierra

(*hace el gesto de espantar un mosquito*)

vuela en el aire, invisible! Este país en el que una bestia no se vuelve vuestra familiar sin hacerse la enemiga de toda la selva! Este país inhumano...

MARÍA

No lo es puesto que lo habitan hombres: habéis venido por ellos, no por el país...

SCHWEITZER (*deteniéndose*)

Si. Y hoy recibí la recompensa!

MARÍA

Vuestra recompensa? Pero si la habéis recibido cien veces! Al despertar de cada operado, su grito: *Ya no estoy enfermo!* Su mano que busca la vuestra y que no la quiere soltar...

SCHWEITZER

Es cierto.

(*Silencio*)

Pero... ante mi alegría de verlos curados, me reclaman un regalo! Y, para retenerlos en el hospital, entre las inyecciones es preciso que invente un medicamento rojo, que no es sino agua teñida! O también exigen la misma dosis que los más enfermos! Se frotran

el cuerpo con la poción que les he prescrito y chupan todas las píldoras de la caja!

MARÍA (*sonriente*)

La señora Schweitzer debe decir otro tanto de vuestra hijita, en Gunsbach.

SCHWEITZER (*desarmado*)

Mi hijita, por lo menos, acepta trabajar.

MARÍA (*sonriendo*)

Sí, pero, cuando pasa un pajarillo o una ardilla, estoy segura de que se le pierde la mirada y que el lápiz cae de sus deditos! Y luego vos le enseñásteis a trabajar...

(*Con un gesto hacia la puerta de la derecha*)

Pero a ellos quién les enseñaría cuando eran niños?

SCHWEITZER (*rencoroso*)

Quién les enseñó a robar?

(*Sacando un llavero con sus llaves de su bolsillo*)

Sabéis bien que las lavadoras y las mujeres que hacen cocer el aceite de palma, debemos encerrarlas detrás de los enrejados para que el aceite y el jabón no desaparezcan! No, no! Yo...

MARÍA (*interrumpiéndolo dulcemente*)

Doctor, quisiera tocar Bach, por favor?... Para mí!

SCHWEITZER (*titubea, luego se sienta al piano*)

Para Usted... y sobretodo para mí! Y también para luchar contra esta horrible música de los tam-tams: contra este corazón que late, desordenado!

MARÍA

Que late de inquietud.

SCHWEITZER (*duramente*)

O de impaciencia!

(*Ataca con vigor. Al cabo de algunos instantes, atenúa su interpretación y, prosiguiendo, habla*)

Señorita María, por qué los defendéis contra mí que los amo, vos que no los amáis?

MARÍA (*estremeciéndose*)

Pero os aseguro...

SCHWEITZER (*que sigue tocando*)

Vos no los amáis, y es tanto más meritorio. Pero por qué los defendéis?

MARÍA

(*violentamente, tras un silencio*)

Y por qué yo estoy aquí? Tanto más meritorio? Vamos! es solamente tanto más lastimoso!

SCHWEITZER

(*deja de tocar y, volviéndose hacia María, dice imperiosamente:*)

Los defendéis porque yo los ataco y que nada ni nadie, nunca, es enteramente justo o injusto; es la condición humana. Que lo hayáis deseado o no, nosotros formamos un equipo, señorita María:

cuando yo dejo de amar, es usted quien lo hace en mi lugar. *(se vuelve a tocar dulcemente)*

MARÍA *(a media voz)*

Es que yo amo? Y qué es amar? Cada uno de nosotros, aquí, tiene su definición!Cuál aceptar?

SCHWEITZER *(lentamente)*

La de los seres que hacen doblegar su vida ante su amor.

MARÍA *(más bajo aún)*

Y debe tan solo aceptarse el amor de quien hace doblegar su vida ante su amor?

(Schweitzer no responde y quizá no ha escuchado. Se pone a tocar más fuerte. La música reina sola por largo tiempo. De repente se ve aparecer a Lieuvín en el marco de la puerta del fondo. María hace un gesto; Lieuvín le impone silencio poniendo un dedo sobre sus labios. Schweitzer, que no lo ha visto, continúa tocando; pero de repente lo divisa, para y se levanta)

ESCENA QUINTA

SCHWEITZER, MARÍA, LIEUVIN

SCHWEITZER *(con angustia)*

Entonces?

LIEUVIN

Es un hecho, Schweitzer.

SCHWEITZER

(se desploma, abrumado, sobre la silla ante su piano)

Y me dejábais tocar!

LIEUVIN

Si, os daba este minuto de prórroga y os miraba: es bello un hombre que no sabe aún que está en guerra y que el debe detestar una parte del mundo!

SCHWEITZER (*levantándose bruscamente*)

Jamás, comandante! jamás se me forzaré a considerar que un hombre es mi enemigo!

LIEUVIN

Aún si, bajo sus órdenes, destruye el hospital?

MARÍA (*más dulcemente*)

Aún si, bajo sus órdenes, destruye Gunsbach y sus habitantes?

(*Schweitzer baja la cabeza sin responder y cierra el piano*)

LIEUVIN

No respondéis! (*Silencio*)
Como la guerra sabe mostrar bien a cada uno el rostro que la justifica a sus ojos: para los unos ella es la Libertad o la Igualdad ante la muerte. Para los otros, sólo la Fraternidad. Desde cuando ella es declarada, se escribe *Guerra* con mayúscula. Vos no escaparéis, doctor!

SCHWEITZER

Ella es sobre todo la revancha. No solamente la de un país sobre otro: la de cada hombre. El se venga de su mediocridad, de su mala suerte, de la suerte de los otros.

LIEUVIN (*amargo*)

Ni siquiera! De su patrón, de su mujer, del aburrimiento de ir a la misa del domingo y de las visitas de cada año! Para los peores, la guerra es una venganza; pero para los mejores, es una recreación: *Encontrarse entre hombres, como en los buenos tiempos del servicio militar!* Esto es lo que cada cual piensa. Y cuando él se encuentra cara a cara con la verdad, que es la muerte, no le queda más que portarse como un héroe o como un cobarde, según su temperamento: hacerse matar por los otros o fusilar por los suyos.

SCHWEITZER (*a media voz*)

Sois injusto, comandante!

MARÍA

Y vos, doctor, indulgente.

LIEUVIN

Peor: cómplice! Ella ha encontrado vuestro punto débil, la guerra: esta piedad, esta maravillosa piedad. Pero la guerra, es la injusticia, doctor, es la violencia: contra ella, hay que ser injusto y violento!

SCHWEITZER (*firmente*)

No, jamás! Contra nadie! (*silencio*)
Por lo demás, habéis hecho la guerra, comandante: en Tonkin, en Marruecos, aquí mismo. Hubo un tiempo en que el mundo entero estaba en paz salvo

en donde os encontrábais y en donde dependía de vos que se depusieran las armas.

LIEUVIN

Si, yo he hecho la guerra, pero con la mano tendida, no el puño tendido: un mes de guerra para asegurar veinte años de paz. A quienes murieron bajo mis órdenes, yo no les hé edificado monumentos sino reinos; por cada cruz de madera, una población entera! Ruinas, placas de mármol y discursos, es todo lo que queda, de una y otra parte.

SCHWEITZER

Olvidáis, de un lado —pero de cuál?— esta humillación insoportable: la vergüenza de los mayores, el desprecio de los jóvenes y ese gran deseo de revancha que hace que toda guerra esté perdida de antemano por quien la gane.

LIEUVIN (*violentamente*)

Ellos están locos! Es la más enorme bestialidad que el mundo haya hecho jamás! Todos los pueblos comprometidos perderán allí tarde o temprano sus colonias. La guerra entre Europeos, es la guerra civil!

MARÍA

Los indígenas conocen la noticia?

LIEUVIN

Ellos la han sabido al mismo tiempo que yo y antes que Leblanc, que una estafeta busca aún en alguna parte de la selva! El correo llega cada tres semanas, con noticias de hace un mes? Pero las noticias de esta clase, es el viento, las semillas que vuelan, los relámpagos, los que las traen! La selva entera sabe ya que los Blancos de Europa han comenzado un gran debate *(bajando la voz)*
y que la tribu del comandante se bate contra la del gran doctor!

SCHWEITZER *(tras un silencio)*

No se escucha más ningún tam-tam, ahora.

MARÍA *(citando a media voz)*

En Africa lo que no se escucha es lo verdaderamente peligroso.

LIEUVIN *(bruscamente inquieto)*

Dónde está Ferrier?

SCHWEITZER

Regresó a su ermita.

LIEUVIN

Esta noche?

SCHWEITZER

Hace un momento.

LIEUVIN

Solo?

(Schweitzer hace una señal afirmativa)

Qué locura!

MARÍA

El no ha querido unirse a la escolta del señor Leblanc.

LIEUVIN (*alzándose de hombros*)

He aquí los gestos que comienzan! Es ya la guerra.

MARÍA (*a media voz*)

Habláis como el señor Leblanc!

SCHWEITZER

El me ofreció también hacer proteger el hospital por la tropa; yo me rehusé: llamad a eso un gesto? Pero es todo lo contrario: el Padre o yo protegidos contra el indígena por los soldados, he ahí lo inesperado, la locura: el gesto!

LIEUVIN (*imperiosamente*)

Si yo hubiera, por un instante, juzgado en peligro al hospital, actuaría sin su asentimiento, doctor.

MARÍA

El Padre Carlos está por consiguiente en peligro?

LIEUVIN

Si, porque él está solo! La guerra desencadena primero a los cobardes; los héroes aparecen después.

SCHWEITZER

Por otra parte, el Padre no se defendería.

LIEUVIN

Sin embargo, yo lo he conocido combativo! En Saint-Cyr, un día en que me ví envuelto en un duelo ridículo, él quería a todo trance batirse en mi lugar!

SCHWEITZER

Era por fraternidad, no por violencia.

LIEUVIN (*muy sorprendido*)

Lo creéis? (*Schweitzer hace una señal de que le parece evidente*)
Si... es muy probable. Yo lo había juzgado así, una vez
por todas, con mis ojos de veinte años... Ferrier!

(*Con tanta cólera como angustia, de repente*)

Ah! yo no puedo soportar el saberlo solo allá,
esta noche! Le voy a enviar mis guardias. No!
Sería humillado. Pasaré yo mismo!

(*Al acabar estas palabras estalla en la inmediata vecindad
una melopea fúnebre. Schweitzer y María se miran*)

SCHWEITZER

Cassa!

MARÍA

Cassa acaba de morir.

SCHWEITZER (*se vuelve hacia Lieuvín*)

Uno de mis operados de esta mañana. Estaba perdido.
Iré en un momento: el dolor sin esperanza de los
paganos me trastorna como el de los pequeñuelos!

LIEUVIN

Vuestros trescientos enfermos escuchan este canto
fúnebre y el demonio piensa en ellos: *Vamos, es él
quien muere y no yo! Un día más ganado!* Trescientos
millones de seres humanos van a pensar eso cada día,
en lo sucesivo. Es la guerra!

MARÍA (*a media voz*)

Pobre Cassa!

LIEUVIN

Si, pobre Cassa que muere un día mas tarde! Todo está cambiado: su muerte ya no tiene el mismo peso.

SCHWEITZER (*vivamente*)

Oh! el mismo, comandante, exactamente el mismo!

LIEUVIN

Por Dios, sin duda! Pero para...

SCHWEITZER

Para todos aquellos dignos del nombre de hombre puesto que ellos tienen respeto a la vida!

LIEUVIN (*con dulzura*)

Pero, doctor, en este mismo momento, los mejores ciudadanos de muchas grandes naciones reciben, bruñen y sopesan sonrientes todo lo que les puede servir para matar. Es la guerra... la guerra!

SCHWEITZER

Justamente! No tenemos mas en cuenta que las gentes o los principios suficientemente sólidos como para que la guerra no los altere en nada. Estáis obsesionado por la destrucción que se prepara; yo, por la reconstrucción que seguirá. Ella se hará sobre la base del respeto a la vida. Conservar, favorecer la vida, situarla en su más alto valor: he aquí el bien; destruir la vida, perjudicarla, someterla al sufrimiento: he aquí el mal. La responsabilidad de cada uno de nosotros hacia todo lo que vive es total, comandante! Se nos pedirá cuenta

de un insecto aplastado por nuestro capricho así como
de un regimiento aniquilado por nuestra imprudencia!

LIEUVIN

Sois un manso, doctor! Yo deseo creer que los mansos
poseerán el reino de la tierra, pero no hoy!

SCHWEITZER

Yo no soy un manso! El mundo es un caballo caído
que se debate en sus arneses. Hay que desatarlo,
ayudarlo, pero también azotarlo, lo sé muy bien!

(la melopea se acabó hace unos instantes)

MARÍA

(presta atención y, luego de un breve silencio, dice dulcemente)

Cassa ha cesado de forcejear, él!

SCHWEITZER

Yo quiero decirle adiós. *(sale por la derecha)*

ESCENA SEXTA

MARÍA, LIEUVIN

(ellos se miran un largo momento en silencio)

LIEUVIN

Yo espero de vos, esta noche, una decisión.

MARÍA

Y eres vos quien nos ha traído una noticia... decisiva!

LIEUVIN *(vivamente)*

Pero que no cambia nada!

MARÍA

Eso depende, sin duda.

LIEUVIN

Y de qué?

MARÍA

De un sobre: de esas órdenes *secretas*, y que no lo son más después de un momento.

LIEUVIN

Lo que sean esas órdenes, os dejan enteramente libre, María!

MARÍA

Libre de dejaros libre, sí. (silencio)
Por tanto yo me pregunto si el doctor tiene razón...

LIEUVIN

Razón?

MARÍA

Sí: si es fortaleza o debilidad hablar hoy como se hablaba ayer, (bajando la voz)
decidir hoy lo que se ha debido decidir ayer.

LIEUVIN *(luego de un silencio)*

Si me amárais, María, si yo os desposase; si mañana partiera para la guerra y si, al día siguiente, me mataran, lamentaríais vuestra decisión?

MARÍA *(arisca)*

Nunca lamentar nada de lo que fue voluntario!
pero maldecir el cielo para siempre!

LIEUVIN *(a media voz, muy emocionado)*

Me amáis, María!

MARÍA (lo mismo)

Yo no soy cristiana! Yo no me resigno! Es tiempo de que lo sepáis.

LIEUVIN (siempre muy emocionado)

Yo sé ahora que me amáis y es bastante...

MARÍA

Yo he esperado mucho... Cuando mi turno llegue, yo no lo cederé!

LIEUVIN (dulcemente)

Nosotros lo cederemos tal vez.

MARÍA

(desconcertada, lo mira y dice con esfuerzo:)

Puede ser.

(silencio)

Ahora, decidme esas órdenes.

LIEUVIN

Me diréis en seguida vuestra decisión?

MARÍA

Sin duda.

LIEUVIN

(sacando papeles de su bolsillo)

Lo que se me ordena es singular y sabio: que permanezca, si la situación así lo exige; que regrese a Francia a recibir órdenes, si yo considero esta región pacificada.

MARÍA

Así, sois libre de escoger?

LIEUVIN

No, no de escoger: de juzgar!

MARÍA

Y... vuestra decisión?

LIEUVIN (*sin sonreír*)

La vuestra, ante todo!

MARÍA

Ciertamente no. Que vuestro juicio sea puro!

LIEUVIN (*luego de un silencio*)

Y bien, dejemos eso! Yo creo conocer vuestros sentimientos... Y, en cuanto a mi juicio, está detenido: me quedo.

MARÍA (*calurosamente*)

Os quedáis!

LIEUVIN (*casi violentamente*)

Si! Allá, es la aventura, la carrera, las estrellas... y me quedo! Esta guerra a la que nos preparan desde hace veinte años... pero me quedo!

MARÍA (*dulcemente*)

La muerte en el alma?

(*Lieuvín la mira, vacila, luego asiente lentamente con la cabeza*)

Entonces, por qué quedarse?

LIEUVIN

(*con una especie de cólera*)

Porque ellos encontrarán diez mil jefes de batallón para conducir sus tropas al asalto de su quinto galón! Pero hombres capaces de sostener un imperio sin créditos y sin soldados, cuántos se presentarán?

MARÍA

Sin soldados? Yo creía que las tropas estacionadas aquí...

LIEUVIN (*interrumpiéndola*)

... Son numerosas, sí! pero yo las regresaré casi todas. Practicaré la política de la sonrisa: un edificio en construcción vale un batallón; una enfermería indígena vale un regimiento! Sin embargo, mis hombres se batirán allá, sin mi! Y yo los abasteceré con buques llenos de mercancías...

MARÍA

Se os ordena?

LIEUVIN (*cambiando de tono*)

No.

(*casi tiernamente*)

Un niño no espera órdenes para socorrer a su madre...

MARÍA

Sois más realista que el rey!

LIEUVIN

Puede ser. Sin esta clase de gentes, la república no duraría mucho!

MARÍA

(*con esfuerzo, luego de un silencio*)

Pero habéis reflexionado bien...?

LIEUVIN (*muy vivamente*)

En todo!

(*con un tono suavizado*)

Os pido creer que yo he reflexionado en todo antes de tomar la decisión de no batirme.

MARÍA

O mas bien, no de esta manera!

LIEUVIN (*con amargura*)

La única, en lo sucesivo, que cuenta a los ojos de todos!

MARÍA (*dulcemente*)

Pero es que los juicios cuentan todavía sobre los vuestros?

LIEUVIN

(*después de un instante, simplemente*)

No, casi no. Es sin duda la definición del tirano...

MARÍA (*sonriente*)

O la del *gran hombre!* El Señor Leblanc nos haría un bello discurso ahí!

LIEUVIN

Ciertamente hago caso omiso del juicio del Señor Leblanc!

MARÍA (*gravemente*)

Desgraciadamente, es el único que habrá que tener en cuenta! (*Lieuvín hace un gesto*)

Escuchad! todo lo que os pueda contrariar a partir de aquí me horroriza.

LIEUVIN (*turbado*)

María!

MARÍA

(*prosiguiendo imperiosamente*)

Pero yo detesto aún más el equívoco, el pesar, el cambio brusco... Habéis pensado que no realizaríais nada de vuestros planes si el Señor Leblanc se opone?

LIEUVIN (*calmadamente*)

Todos mis planes! A mi modo! Porque
(*saca otro papel de su bolsillo*)
he aquí mis órdenes acerca del gobernador civil...

MARÍA

El tiene conocimiento?

LIEUVIN

Ni él ni nadie mas que vos. (*silencio*)
Hablar mucho del Señor Leblanc! Hablar mucho de lo
que no sois vos o yo! (*gravemente*)
Es a lo que me comprometo en esta guerra, o más bien
a lo que renuncio, para hacerle frente yo cuento con
vos, María... (*silencio*)
Es mi manera de decir que os amo!... Y ya nos
separamos...

MARÍA (*vivamente*)

Por qué?

LIEUVIN

Ferrier, solo...

MARÍA

Es cierto.

LIEUVIN

Dadme pues una palabra que no me abandone!

MARÍA

Pero...

LIEUVIN

Que me hechice y me encadene, como el anillo
de oro...

MARÍA

(tendiéndole la mano, dulcemente)

El silencio es desde hace tanto tiempo nuestro reino... No salgamos de él todavía! Que es como nuestros esponsales, Hervé...

LIEUVIN

(en el colmo de la emoción)

Vuestra voz para decir este nombre que no emplea nadie... Vuestra voz, esta noche... Y yo me doy cuenta, a la vez, que mi corazón estaba vacío y que ahora está pleno...

MARÍA *(con angustia)*

Un instante, un solo instante de felicidad... Es acaso mucho? Es muy tarde?

LIEUVIN

Muy tarde?

MARÍA

La máquina está en marcha, la mecha está encendida... Esta es la primera de las noches inhumanas. Cuántos hombres han muerto indebidamente hoy? Nuestro primer instante de felicidad está ya manchado de sangre. La felicidad será pues no pensar en los demás?

LIEUVIN *(tratando de bromear)*

Chitón! Que diría Schweitzer de esta palabra?

MARÍA

Ya lo sé: me diría que uno no tiene derecho a la felicidad...

LIEUVIN

Y a qué tiene uno derecho sobre la tierra? Todo se roba!

MARÍA

Todo se paga!

LIEUVIN

(alza los hombros con indiferencia o hastío. Luego, después de un silencio)

Tomad esta sortija! Es la primera vez que ella me abandona en veinte años... *(el se la pone en el dedo)*

Pero vuestra mano tiembla, María... Qué tenéis?

MARÍA *(con voz alterada)*

Miedo! Por primera vez desde hace mucho tiempo, miedo por dos...

(El está emocionado y va a tomarla entre sus brazos. En ese momento se abre bruscamente la puerta del fondo, y Leblanc aparece; está muy pálido)

ESCENA SÉPTIMA

MARÍA, LIEUVIN, LEBLANC

LEBLANC *(gritando)*

Lieuvin! El Padre de Ferrier!...

LIEUVIN *(brevemente)*

Y bien?

LEBLANC

Asesinado!

MARÍA

(cubriéndose el rostro con las manos)

Dios mío...

LIEUVIN *(mismo ademán)*

Cuando? Por quién? Pronto!

LEBLANC

El no quiso unirse a mi escolta. Pasando cerca de su ermita, oí un tumulto, voces. Grité una orden. Una ráfaga. Llegué... Oh! Lieuvín. El Padre de rodillas, atado, que se derribaba, la cara contra la tierra, lentamente, como somnoliento...

LIEUVIN

Muerto?

LEBLANC

Una bala disparada detrás de la oreja y salida por el ojo izquierdo...

MARÍA *(con vacilación)*

Desfigurado?

LEBLANC

No. Risueño...

LIEUVIN *(en un grito)*

Ferrier!

(retomando su tono breve)

Los asesinos?

LEBLANC

Huyeron al acercarnos. Tres de mis hombres los persiguen en la noche, sin esperanza!

LIEUVIN

Huyeron hacia el sur?

LEBLANC

Sí.

LIEUVIN

Naturalmente!

(con más desesperación que rabia)

Ah! Leblanc, como habéis podido dejarlo partir solo, esta noche!

MARÍA

El no quería a ningún precio...

LIEUVIN

(interrumpiéndola violentamente)

El no era el amo de su persona ni el amo de su muerte!
El, vos y yo representamos a Francia aquí. Sus
asesinos vinieron del sur: de las colonias alemanas.
Ellos lo han escogido, mas bien que a vos, mas bien
que a mí, porque el no estaba protegido, y por nuestra
culpa!

LEBLANC *(dulcemente)*

Es un hecho diferente, Lieuvin, un doloroso hecho
diferente; no hagáis un crimen político!

LIEUVIN

Ni lo uno ni lo otro: es un acto de guerra. Ferrier
es quizás el primer muerto de ella *(bajando la voz)*
y el era mi camarada...

MARÍA *(violentamente)*

No, no! Diez contra uno y que no estaba armado:
es un asesinato! No agreguéis su muerte a uno de
vuestros grandes juegos: guerra o política! Un simple
asesinato... *(Silencio. Con voz alterada)*

Ah! yo tengo vergüenza de vivir en un mundo
en donde se asesine al Padre de Ferrier...

LIEUVIN *(después de un silencio)*

Pero por qué más bien no lo tomaron como rehén?
Ellos habrían podido obtener todo de nosotros!

LEBLANC (*bajando la cabeza*)

Mi llegada ha debido precipitarlo todo: ellos se enloquecieron... uno de ellos disparó..

LIEUVIN

(*posando su mano sobre su brazo*)

Olvidad eso, Leblanc! Es un pensamiento con el cual no se puede vivir bien! (silencio)

El no está solo?

MARÍA (*a media voz*)

El está muerto: el está solo!

LEBLANC

Yo he dejado dos soldados; y todos sus animales domesticados que gimen; y Negros más y más numerosos que se cuelan en silencio hasta la ermita y quedan consternados... Persuadidos sin embargo de que el gran doctor blanco va a despertarlo como el resucita a sus operados! (Silencio. A media voz)

Pero su sangre corre dulcemente sobre esta tierra saturada...

(*Lieuvin se vuelve bruscamente para esconder su rostro*)

MARÍA (*después de un silencio*)

Yo voy a prevenir al doctor Schweitzer.

LEBLANC (*dulcemente*)

El va a tener tanta pena...

MARÍA (violentamente)

Pena?... Vergüenza! la vergüenza de los sobrevivientes...

(Lieuvín se vuelve y la mira largamente. María sale por la derecha)

ESCENA OCTAVA

LIEUVIN, LEBLANC

LEBLANC

(sacando de su bolsillo un carnet que él tiende a Lieuvín)

El tenía su carnet en la mano..

LIEUVIN

(abriendo el carnet, pasa algunas páginas y lee:)

Vivir como si tu debieras morir mártir hoy...

(Silencio. Luego de repente Lieuvín se dirige hacia la puerta del fondo)

LEBLANC

Que vais a hacer?

LIEUVIN

Saludar a mi camarada. Rendir a Ferrier los honores militares.

LEBLANC

Dadme primero cinco minutos! Los vivos pasan antes que los muertos. (Lieuvín vacila)

No importa qué vivo ante no importa qué muerto...

LIEUVIN (acercándosele)

Es cierto.

LEBLANC

Habéis tenido conocimiento de las órdenes?

LIEUVIN

De las mías, sí.

LEBLANC

He recibido copia de una parte de ellas. Entonces vuestra elección está frenada?

LIEUVIN (*desviando la cabeza*)

Desde hace poco, sí: yo parto...

LEBLANC (*estupefacto*)

Vos?

LIEUVIN

Y bien, qué tiene de asombroso? Es la guerra, yo soy militar: parto!

LEBLANC (*violentamente*)

No es el soldado, es el niño que habla por vos! El muchacho turbulento que jugaba a la guerra! Y sois millones en toda Europa!

LIEUVIN (*dulcemente, casi risueño*)

Os equivocáis, Leblanc: yo no jugaba al soldado, yo jugaba al País... Trazaba rutas y ríos, construía puentes.

LEBLANC

Ya! Es entonces un juego de la infancia, un juego de tiempos de paz, el País!

LIEUVIN (*vivamente*)

No!

LEBLANC (*mismo tono*)

Entonces por qué partís?

LIEUVIN

(*lentamente, después de haberlo mirado en silencio*)

Y vos, por qué me retenéis?

LEBLANC (*embarazado*)

Pero...

LIEUVIN

Vos al fin solo amo de este reino y me retenéis! Qué es lo que ha cambiado después de la última noche

LEBLANC (*después de haber vacilado*)

Simplemente esta frase: Yo no quiero jugar a la isla desierta!...

LIEUVIN

Esto qué significa?

LEBLANC (*con voz sorda*)

Yo no quiero encontrarme cara a cara con María...

LIEUVIN (*amargamente*)

Al fin solos!

LEBLANC (*con violencia*)

Sabéis bien que no! Sabéis bien que con las almas de esta clase los ausentes tienen siempre razón!

LIEUVIN (*después de un instante*)

He aquí todos los problemas que la guerra os plantea!

LEBLANC

Los otros, se encarga de resolverlos en mi lugar; y sin darme a escoger, como vos me los dáis!

(*silencio*)

Por otra parte, debería echar a perder mi vida porque algunos hombres de Estado han decidido divertirse, una vez más, con el Juego de los Imperios?

LIEUVIN (*violentemente*)

Que os importa el imperio, en efecto, con tal que
pudiérais continuar jugando vuestro pequeño juego
personal!

LEBLANC (*secamente*)

No más lecciones! Si el imperio os importara,
permaneceríais, Lieuvín!

LIEUVIN

Es en Lorena en donde se juega la suerte de Africa!

LEBLANC

Creéis que faltan, allá, jefes de batallón?

(*Silencio. Mas lentamente*)

Y después deberéis obedecer, obedecer a jefes menos
válidos que vos, y esto os remorderá...

LIEUVIN

Lo que me remuerde, es la inacción!

LEBLANC

Pero la acción libre, inmediata, productiva, está *aquí*,
a pesar de su guerra, lo sabéis bien!

LIEUVIN (*conciliante, casi suplicante*)

La conduciréis vos, esta acción!

LEBLANC (*lentamente, con ironía*)

Tenéis confianza en mí? Qué es lo que ha cambiado
desde la última noche?

LIEUVIN *(después de un silencio)*

Nada. De otra parte, yo estaba resuelto a permanecer
(bajando la voz)
hasta ahora mismo...

LEBLANC

Hasta esta noticia que yo os he traído?
(Lieuvin hace un gesto afirmativo)
Pero la muerte de Ferrier os obliga a permanecer!

LIEUVIN

(deteniéndolo con un gesto)

Basta de elocuencia, Leblanc! Yo sé que es allá
en donde reemplazo a Ferrier, no aquí...

LEBLANC

Deseáis vengarlo? Es por esto que las guerras son tan
largas y nunca son decisivas!

LIEUVIN *(dulcemente)*

No, no la venganza, pero —María acaba de decirlo—
la vergüenza de sobrevivir... *(Silencio)*

Vais a reír, Leblanc! Hace veinte años, Ferrier quiso
batirse en mi lugar: yo le debo, hoy, batirme en el
suyo!

LEBLANC

Y bien, es aquí su sitio! No dejéis esta región
completamente huérfana...

LIEUVIN

Vamos, ella protege Schweitzer!

LEBLANC *(después de un instante)*

No.

LIEUVIN (*estupefacto*)

El doctor abandonará Africa?

LEBLANC (*con esfuerzo*)

El doctor es Alsaciano, es decir súbdito alemán.
El será detenido hoy antes de medianoche.

LIEUVIN (*gritando*)

Estáis loco, Leblanc!

LEBLANC

(*sacando un papel de su bolsillo*)

Aquí está la orden.

LIEUVIN

No la vais a ejecutar, no es cierto?

LEBLANC (*bajando la cabeza*)

Sí, ciertamente.

LIEUVIN (*yendo hacia él*)

Yo os lo prohíbo!

LEBLANC (*lentamente*)

Con qué derecho?

LIEUVIN

Del derecho...

(*Lleva la mano al bolsillo donde se le ha visto colocar su carta de mandato, luego se arrepiente. Silencio. El prosigue muy calmadamente*)

Seréis desaprobado. El mundo entero...

LEBLANC (*interrumpiéndolo, mismo tono*)

El mundo entero está en guerra y se burla del doctor Schweitzer.

LIEUVIN (*imperioso, pero suplicante*)

Leblanc, destruid esta orden! Yo os cubriré...

LEBLANC (*mismo tono*)

Mañana, habréis partido. Hoy sois virrey; mañana un oscuro jefe de batallón...

LIEUVIN (*con voz sorda*)

Y si me quedara...

LEBLANC (*mirándolo a la cara*)

Os daría esta orden para ejecutar, Lieuvin: vos responderíais...

LIEUVIN (*vivamente*)

Pero sabéis bien que yo no la ejecutaría!

LEBLANC (*a media voz*)

Tanto mejor!

LIEUVIN (*con violencia*)

Entonces no seáis hipócrita! (*Leblanc niega con la cabeza*)

Pensad en Schweitzer! (*silencio. Con otro tono*)

Pensad en María.

LEBLANC (*amargamente*)

Sois vos quien me lo aconsejáis, ahora?

LIEUVIN

Ella os despreciará!

LEBLANC

Ella despreciará a quienes me han dado esta orden...

LIEUVIN

Si los respetáis, desobedecedles!

LEBLANC (*calmadamente*)

No, Lieuvin! Yo soy de la raza que no respeta, pero obedece. A mitad de camino entre la devoción y la rebelión: yo soy un hombre como los otros. Uno de aquellos gracias a los cuales podéis, vos y los vuestros, ser la excepción y, si vuestro golpe resulta, entrar en la Historia... (*con amargura*)
Yo soy un pedestal! De qué os quejáis?

LIEUVIN (*a media voz*)

María os despreciará...

LEBLANC (*sacudiendo la cabeza*)

Si ella es de vuestra raza, pero lo dudo. Yo la conozco mejor que vos, puesto que ella no me ama... (*silencio*)
Pero, yo, la amo lo suficiente para afrontar su desprecio... Ella no se equivocará siempre.

LIEUVIN

Y yo tengo suficiente confianza en ella para partir!
(*silencio*)

Cuando regrese...

LEBLANC (*con violencia*)

Por qué vosotros estáis seguros de regresar, todos? La muerte, es buena para los demás, no es cierto? Y, cuando regreséis, pasaréis bajo el Arco del Triunfo, la vida será un perpetuo banquete, y –milagro!– ni vosotros ni vuestros amores habrán envejecido? Es la Bella Durmiente del Bosque, la guerra, quizás?... No, Lieuvin! Si regresáis, no encontraréis nada, ni nadie, intacto!... A su regreso, lo que espera a los

héroes es una pila de esquelas y una carta del fisco reclamándole impuestos atrasados... Y, ese mismo año, pensaréis que eran buenos tiempos cuando vuestra única preocupación era la de matar hombres! Y los otros, en el mismo año, pensarán que los héroes no son aceptables sino a condición de morir en la guerra!

LIEUVIN (*dulcemente*)

Sin duda tenéis razón... Entonces es por caridad que deseáis retenerme?

LEBLANC (*con voz sorda*)

No. Ya os lo he dicho: os temo más ausente que presente!

LIEUVIN

Vamos, mi decisión está tomada, y Ferrier me espera!

(*va hacia el fondo, pero se regresa y, casi suplicando*)

Cuidaréis esta región, Leblanc?

LEBLANC (*molesto*)

Aún no es la hora del testamento! Regresaréis esta misma noche. María conoce ya vuestra nueva decisión?

LIEUVIN

Si ella no duda ahora, seré yo quien dude de ella! Volveré mañana. Soportar la mirada del doctor Schweitzer ahora, no! supera mis fuerzas... Animo!

(*el sale*)

ESCENA NOVENA

LEBLANC, MARÍA

(Al quedar solo, Leblanc permanece inmóvil y como abrumado, de espaldas al público. Luego voltea la cabeza, y con un gesto decidido, se dirige hacia la puerta de la derecha. Advierte entonces a María, que ha entrado por esa puerta precisamente cuando decía: “María conoce ya vuestra nueva decisión?” y ha permanecido inmóvil en la sombra)

LEBLANC (deteniéndose)

María! Estábais allí!...

MARÍA (con voz alterada)

El comandante Lieuvín va a partir, no es cierto?

LEBLANC

Si. (María permanece impasible)

Y no decís nada! Y tampoco lucharéis!

(María sacude la cabeza)

Ya habéis pasado al campo adverso: con quienes sacrifican la felicidad, el presente, la Tierra contra grandes palabras y actitudes! Al campo de los monederos falsos, ya! (bajando la voz)

Es tan difícil permanecer humano?

MARÍA (dulcemente)

El comandante Lieuvín y yo hemos cambiado de rostro en el mismo instante: al conocer la noticia que trajisteis! No hay nada más humano...

LEBLANC (con una violencia contenida)

Yo no admito que la muerte de un hombre pese sobre el destino de los vivos!

MARÍA (*mismo tono*)

Que la decisión del comandante Lieuvín me sea extraña, odiosa, y que yo me oponga, es lo que pesará sobre nuestro destino!, esto solamente...

LEBLANC (*amargamente*)

Que confianza!

MARÍA

Confianza, si... Tanta confianza en vos también que no pregunto por qué, contra toda lógica, tratáis de retener aquí al comandante...

LEBLANC (*vivamente*)

Simplemente porque...

MARÍA (*interrumpiéndolo*)

Yo sé! Veo claro en vos.

LEBLANC

Es que nosotros somos de la misma raza, pero él no!

MARÍA (*lentamente*)

Creéis que, si el pudiera permanecer en este país cazándoos, el lo haría?

LEBLANC

Seguramente.

MARÍA (*con calma*)

Os equivocáis! Porque él tiene los medios y es él quien se va.

LEBLANC

Cuáles medios?

MARÍA (*mismo tono*)

Una carta de mandato absoluto.

(*Leblanc hace un gesto de duda*)

Yo la he visto.

LEBLANC (*después de un silencio*)

Esta generosidad me insulta! Entonces es que él no me teme en absoluto?

MARÍA

Es que el tiene confianza, confianza absoluta en mi...

LEBLANC

Y esta confianza os encadena! Caeréis pues en todos los lazos?

MARÍA (*dulcemente, mirando su anillo*)

Poco importa el lazo, con tal que el me retiene...

(*Silencio. Ella tiende hacia Leblanc la mano que lleva el anillo y dice sonriendo:*)

He aquí el primero, el más común...

LEBLANC

Su anillo! Y habéis tan sólo descifrado el sello? Es célebre...

MARÍA (*mirando el anillo y leyendo:*)

La alegría de vivir consiste en la acción.

LEBLANC

La única alegría de vivir, es la acción. Os devorará, María!...

(*Ella hace un gesto de indiferencia. El continúa con voz alterada:*)

Vos y yo conocemos el precio del tiempo... Era nuestra última experiencia, María... Ah! No pronunciéis mas jamás la palabra Felicidad!...

MARÍA (*gravemente*)

Yo pondré entonces mi alegría en otra parte, como él, como el doctor Schweitzer, y nadie me la arrebatará...

LEBLANC

(*con un esfuerzo para hablar secamente*)

La alegría del doctor Schweitzer le va a ser arrebatada. Tengo la orden de hacerlo arrestar antes de medianoche como súbdito alemán.

MARÍA

Qué?

LEBLANC

Despreciadme, pues! Que mi desesperación sea absoluta, esta noche!

MARÍA (*tendiéndole la mano*)

Os compadezco solamente.

(*el posa su mirada sobre esa mano. Largo silencio*)

LEBLANC (*sincero*)

Si se cierra el Hospital y no pudiérais regresar a Europa tan pronto, qué sería de vos?

MARÍA (*muy dulcemente*)

Dejad!... Dejádme prolongar este instante en que yo no pienso ante todo en mi.

LEBLANC (*violentamente*)

Pensáis en Lieuvin, que nada os impedirá más encontrar!

MARÍA (*retirando su mano*)

No: en el doctor Schweitzer...

LEBLANC (*confundido*)

Pensad también en mí, que debo prevenirlo!

(*sale por el fondo*)

ESCENA DÉCIMA

MARÍA, EL PEQUEÑO NIÑO NEGRO

(*Al quedar sola, María se dirige a la puerta del fondo, que abre. Ella queda allá, inmóvil, de espaldas al público. Pero he aquí que se abre la puerta de la derecha y aparece tímidamente el pequeño niño negro del primer acto. El está en larga camisa de dormir, pies descalzos, y lleva un vendaje en su brazo enfermo. El avanza silenciosamente hasta el centro del escenario. En ese momento, María nombra en la noche, con una voz contenida pero desesperada*)

MARÍA

Hervé!... Oh! Hervé...

EL PEQUEÑO

Mamá!

(*María se vuelve y corre hacia el pequeño que toma en sus brazos. Ella va a sentarse en una silla, de cara al público, y lo acerca a ella tiernamente*)

MARÍA

Mi pequeño... Por qué has salido de tu cama?
Por qué no duermes?

EL PEQUEÑO

Tengo miedo...

MARÍA

Miedo? Pero de qué?... De ese tam-tam todo el día?

(*el niño niega con la cabeza*)

De este silencio, ahora?

(*el niño asiente*)

Pero no te debe asustar ni lo uno ni lo otro,
mi querido!

(*Ella se pone a arrullarlo. El pequeño se va durmiendo poco a poco*)

Hay el gran día y después la noche; el tumulto y después el silencio... Ayer, estabas mal, no es cierto?

(el asiente)

Y hoy ya no tienes dolor?

(no)

Y es siempre así, y eso será siempre así, hombrecito! La espera y, mañana, el pesar; la alegría y después, quizá, la desesperación. Es tu condición, nuestra condición de todos. Tú no comprendes lo que yo te digo! pero tú te calmas, tu vas a dormir... Y yo, para arrullarte, tengo el gesto de Dios: te llevo de un extremo al otro... Te dejarás caer en la trampa, tú también? Del orgullo a la desesperación y de la desesperación al orgullo, sin cesar? O bien tu sabrás escoger y andar derecho tu camino de hombre hacia la luz? Entonces recuerda siempre al Gran Doctor que te ha curado, y al Padre, todo blanco, que te abrazaba esta mañana... Los dos sonreían, hombrecito, sonreían hasta el último minuto... Quien ha encontrado su camino, con toda seguridad, él sonríe!... Tan sólo esto cuenta, mi almita: sonreír... sonreír...

(Ella mira que el duerme; sonríe un largo rato, luego su sonrisa se hiela y ella debe esconder su rostro con la mano. En ese momento entran por el fondo el doctor Schweitzer, al que precede Leblanc. El doctor tiene la mirada fija, la boca entreabierta, el caminar de autómatas del hombre que acaba de recibir brutalmente una muy mala noticia. Se agacha hacia María que hace buena cara y se inclina hacia el pequeño)

ESCENA UNDÉCIMA

MARÍA, SCHWEITZER, LEBLANC

SCHWEITZER (*mostrando al niño*)

Estaba mal?

MARÍA

El tenía miedo.

SCHWEITZER

Eso es también un mal. (*silencio*)

Matarán a los niños en este país y nosotros no podremos hacer nada, ni el Padre ni yo...

(empujando dulcemente a María hacia la derecha)

Ve! Que el duerma apaciblemente su última noche aquí!

MARÍA (*con voz alterada*)

Doctor!

(El doctor coloca un dedo sobre sus labios, acaricia el rostro del niño y después muestra la puerta de la derecha. María sale con su carga)

SCHWEITZER (*volviéndose hacia Leblanc*)

Antes de medianoche, habéis dicho?

(Leblanc afirma con la cabeza. El doctor mira su reloj. Suspiro. Silencio. De repente, muy lentamente, el dice:)

Señor Leblanc, qué vais a hacer por ellos?

LEBLANC (*sordamente*)

Es la pregunta que también me han hecho el comandante Lieuvín y, de su boca inmóvil entreabierta, el Padre de Ferrier... Qué queréis que yo responda, doctor?

SCHWEITZER (*mismo tono*)

Responded: *Todo lo que yo pueda!*

LEBLANC

Pero qué puedo yo?

SCHWEITZER

Es una mala respuesta... (silencio)

Ah! mi ausencia va a complicar vuestra tarea, señor Leblanc. No es a mí a quien arrestáis: es la lepra, el sueño, la malaria lo que liberáis!

LEBLANC

Yo sé que la muerte va a recuperar terreno...

SCHWEITZER

El dolor, sobretodo! Y es un déspota más terrible que la muerte!

LEBLANC

Los Negros lo resienten menos intensamente que nosotros.

SCHWEITZER (con vehemencia)

Pero esto es falso, os lo juro! Y la ignorancia de lo que les va a pasar duplica su angustia...

(calmándose, hasta obligándose a sonreír)

Creédme, señor Leblanc, ellos no tienen mas deseo de morir que vos! (María entra sin hacer ruido por la derecha)

LEBLANC (sin convicción)

Ellos se han pasado sin médicos durante siglos!

MARÍA (dulcemente, a Leblanc)

Qué habría sucedido en vuestra familia si hubieran debido pasarse sin médico tan sólo diez años?

SCHWEITZER (*después de un silencio*)

Para qué discutir? Dónde están los adversarios? Estamos nosotros tres, de una parte; y, de otra, esta decisión sin rostro... De un lado: la irresponsabilidad; del otro: hombres que van a morir... Sí, esto es la guerra! (El consulta su reloj. Después, volviéndose hacia María)

No era la noche anterior cuando nosotros hablábamos del tiempo que pasa? He aquí tal vez la unidad de medida: los minutos que os quedan para vivir libres... La libertad también tiene sus agonías...

(El va hacia la puerta del fondo, que abre hacia las tinieblas. El queda allá, volviendo la espalda al público. Se escucha que murmura)

Africa... Africa, mi patria!

(súbitamente él se vuelve y, cerrando los ojos, habla)

Pero no! Es como ciego que me hace aprender a amarla...

(Silencio. Continúa con una voz singular, los ojos siempre cerrados)

Yo veo, sobre la vertiente, las flores blancas de los cafetos, las flores rojas de los tulipanes, vivas como miradas... Yo escucho el rechinar de los puerco espines y el grito de los grillos, los grillos innumerables... He aquí que la adversidad cesa de repente y la selva respira, profundamente, hasta las entrañas... Ribera de árboles, y el río tibio corre a sus pies. Yo veo una pequeña garza toda blanca, de pie, inmóvil bajo la luna... Al borde de la ciénaga, hay también un águila-pescador que duerme y toda una familia de golondrinas. Ellas me hablaban

de Europa; allá, en lo sucesivo, me hablarán de Africa.
El grito penetrante de los vencejos me herirá...

(el lleva las manos ante sus ojos)

MARÍA *(emocionada)*

Doctor!

SCHWEITZER *(muy dulcemente)*

Hay un macizo de madera preciosa y otro aún mayor
de *okoumé*. Entre los dos, la colina del cementerio...

(silencio)

El cementerio: es todo lo que permanecerá reconocible
cuando las termes hayan devorado mi hospital,
cuando la selva haya borrado todo!... *(el abre los ojos)*

Escuchad!...

(silencio)

Nada. Los parientes de Cassa han sucumbido
al sueño... Todo duerme. Es el silencio feliz de los
cuerpos saludables... Yo estoy en paz con todos
aquellos que me han sido confiados y que están aquí,
perfectamente en paz... Pero yo no puedo aceptar
ninguno más!

(a Leblanc)

Señor Leblanc, hay un farol en el desembarcadero:
el guía hacia el hospital a los que vienen de lejos.
Quisiérais ir a retirarlo? Os corresponde a vos apagar
esta llama!

LEBLANC *(a media voz)*

Es cierto...

(el sale por el fondo)

SCHWEITZER

Dios mío, yo pongo todo esto en vuestras manos: tres cientos enfermos curados, y también uno muerto, porque yo no soy más que un hombre... Yo debería aceptar y recurrir a vos confiado y me sofoca la amargura, me sofoca la inquietud, porque yo no soy más que un hombre... *(se agacha hacia María)*

Señorita María, entre tantas preocupaciones, no os tuve en cuenta: yo sé que el comandante Lieuvín parte para Europa, y yo creo que el comandante y vos.. *(el no concluye)*

MARÍA

Es cierto.

SCHWEITZER *(risueño)*

Os reuniréis con el pronto!

MARÍA *(dulcemente)*

No.

SCHWEITZER *(sorprendido)*

Pero...

MARÍA *(lo mismo)*

Yo me quedo en el hospital.

SCHWEITZER *(emocionado)*

Sin médico! Cómo podréis...?

MARÍA

Yo mantendré... Yo trataré de mantener... *(en un grito)*
Ah! no me desaniméis, doctor!

SCHWEITZER *(tomándole la mano)*

Mi pequeña!...

MARÍA (*retirando su mano*)

No me agradezcáis tampoco!

SCHWEITZER

Sí! En mi ruina, vos me dejáis alguien en quien pensar.
Es lo esencial!

MARÍA

(*llevando su sortija a sus labios, dice a media voz:*)

Sí, lo esencial!...

SCHWEITZER

(*después de un silencio, bruscamente*)

Creéis también que el pensamiento es más fuerte
que la ausencia?

MARÍA (*con voz sorda*)

Más fuerte que la misma presencia! A la fidelidad
más exigente que el amor!

SCHWEITZER

Entonces escuchad las últimas palabras que yo recibí
del Padre Carlos: Dile que yo pienso en su alma...
Sobretudo, dile esta noche!...

MARÍA (*con voz alterada*)

De quién hablaba él?

SCHWEITZER (*lentamente, mirándola*)

Vuestro corazón ya ha respondido.

(*María lleva la mano a su corazón y queda turbada. Schweitzer, sin agregar palabra, va al piano, se sienta y comienza a interpretar una pieza de Franck, desgarrador. Súbitamente aparece Leblanc en el marco de la puerta del fondo, con el farol encendido en la mano. Mira un largo rato a María, después baja la cabeza; y repentinamente se endereza, sopla vivamente la llama del farol y dice con voz fuerte:*)

LEBLANC

Es medianoche, doctor Schweitzer!

(Schweitzer se detiene inmediatamente y se levanta, de espaldas al público, mientras cae el telón)

Esta traducción fué realizada para el Grupo Escénico de la Radiodifusora Nacional que dirigía Bernardo Romero Lozano en 1954 y la editó la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, como N° 19 de la Nueva Colección Rojo y Negro, en el mes de marzo de 1999.

HENRI GHEON

LA HIJA DEL SULTÁN Y EL BUEN JARDINERO

CUENTO, EN TRES CUADROS, BASADO EN UNA CANCIÓN
FLAMENCA

CUADRO PRIMERO

(una terraza que domina el jardín)

ESCENA PRIMERA

*(El Sultán, recostado en un diván alto. Perla de Ámbar, que entra,
con una flor en la mano)*

EL SULTÁN

Estáis satisfecha, hija mía?

PERLA DE ÁMBAR *(sentándose)*

No, estoy fatigada.

EL SULTÁN

Con menos lo estaríais. No os paráis desde esta mañana.

PERLA DE ÁMBAR *(sentándose)*

Tengo la intención de no detenerme jamás.

EL SULTÁN

Eso es una locura.

PERLA DE ÁMBAR

Mientras yo no lo sepa todo, no me detendré.

EL SULTÁN

No es posible saberlo todo; y la verdadera sabiduría consiste en tomar las cosas como son, para sacar de ellas todo el placer que nos brindan. Deseáis oír algún aire? Nada mejor que la música para engañar la curiosidad del espíritu.

PERLA DE ÁMBAR

Si lo queréis...

(hace una seña el Sultán, y, entre bastidores, una guitarra modula un aire lánguido, que vuelve sobre sí mismo y no termina)

EL SULTÁN

Ah! respiro mejor... Esa serpiente melódica ata, uno a uno, todos mis miembros, y, simultáneamente, fascina mis pensamientos con sus dulces ojos de jade y de terciopelo...

PERLA DE ÁMBAR

Basta! Ese aire me adormece. Tocad otro...

EL SULTÁN

Sea! Sea! Otro aire, músico!

PERLA DE ÁMBAR

Vivo

EL SULTÁN

Un aire vivo!

PERLA DE ÁMBAR

Y que me lleve consigo a alguna parte, en lugar de dejarme arrastrándome en este hueco de sombra.

EL SULTÁN

La sombra es la mansión del hombre feliz...

PERLA DE ÁMBAR

No gusto de esa felicidad a ciegas...

EL SULTÁN

Sea! sea!

(esta vez óyese un aire vivo)

PERLA DE ÁMBAR (*casi inmediatamente*)

Basta! Y traédme el instrumento.

(*Un esclava le entrega el instrumento. Perla de Ámbar arráncale las cuerdas y abre a la fuerza la caja sonora*)

EL SULTÁN

Qué hacéis?

PERLA DE ÁMBAR

Miro lo que haya dentro...

EL SULTÁN

No hay nada dentro, hija mía...

PERLA DE ÁMBAR

No hay nada en nada nunca! Pero ahora ya sé como está hecha una guitarra: un vientre redondeado, de palo de rosa, llaves de ébano, cuerdas de metal.

EL SULTÁN

Si, pero está muerta vuestra guitarra.

PERLA DE ÁMBAR

El obrero construirá otra. Cortará dos planchas de madera y las ajustará; tomará la medida de las cuerda, y, con las llaves, las pondrá tensas. Eso es todo.

EL SULTÁN

Con ello adelantaréis mucho, Perla de Ámbar. Cuando hayáis encontrado serrín en el cuerpo de vuestra muñeca; un resorte y ruedas dentadas en vuestro reloj; vidrios de aumento en vuestra linterna mágica... Cuando hayáis visitado, en detalle, como esta mañana, una zapatería, una papelería,

una sombrerería, una farmacia, una cuchillería, una hiladora de metales, la industria del alambre, de los cuchillos, de los medicamentos, de los sombreros, del papel y todo el resto, no será más floreciente que antes; porque no tendréis, me imagino, la intención de abrir un almacén o de fundar una fábrica o un taller...

PERLA DE ÁMBAR

Lo que yo quiero es ver claro. Busco el porqué de las cosas. Admiro la manera como son hechas las cosas. Admiro a las gentes que las hacen. No soy una chiquilla tan juiciosa, tan tonta, tan obtusa, como para que se me arrulle con cuentos. Sabéis, tanto como yo, lo que los cuentos valen, padre mío. Os agradezco, por lo demás, el haberme evitado, en la medida de lo posible, los cursos de vuestros fakires, de vuestros santones y de vuestros rabinos. Mi profesor de religión me hacía la corte, en lugar de instruirme...

EL SULTÁN

Oh! Vamos...!

PERLA DE ÁMBAR

Oh! no era peligroso. Pero cómo lo cambiaba, al buen hombre... Siempre con sus silfos, sus genios, sus demonios, sus magos. Con qué volverse imbécil, si no lo fuera desde antes, el buen hombre...

EL SULTÁN

Vamos... Vamos... respetad un poco, Perla de Ámbar, las viejas tradiciones de vuestro viejo país. Ya que ellas les son suficientes a mis súbditos, no corresponde a vos, ni a mí, disminuirlas... ni reír de ellas.

PERLA DE ÁMBAR

Harto me guardaré, mi querido padre, de clavarle el diente a ese indigesto pastel de insanias. Lo poco que de él conozco, me basta...

EL SULTÁN

Convenid, sin embargo, en que no carecen de poesía. Cuando Azor, el dragón alado, planta su garra de oro en la extremidad de la trompa del sacro elefante Bulbul, y hace que de allí salga una princesa que lleva en sus manos un *bouquet* de pimientos y de flores de menta; cuando el Genio del Fuego limpia los aposentos de su madre pasando su lengua por las paredes, para borrar el secreto que grabaron allí los Sabios Apócrifos; cuando el Fecundo, después del baño, sacude su cabellera sobre la tierra, y de su cabellera se escapan diez mil peces que se transforman en corceles; o, simplemente, cuando la bella Airel-Gabal toca en su flauta de un solo agujero para hechizar al pastor de los rebaños solares, hay en todo ello materia para bellísimos sueños y, en cuanto a mí, estaría privado de ellos si no existiese la Mitología.

PERLA DE ÁMBAR

No amáis la verdad.

EL SULTÁN

Claro que sí! Sin embargo, hija mía, os confieso que me aburre. El mundo, decís, y yo lo creo, es un anillo perfecto que gira con regularidad sobre sí mismo, y que nos presenta, en cada estación, las mismas pedrerías engastadas, en lugar inmutable; todo en él se encadena y se necesita; todo en él tiene su razón suficiente. Es un hecho, vamos! Pero, francamente, hija mía, qué placidez, qué monotonía! Pronto, un dragón absurdo que me lleve cabeza abajo! Ser, a vuestra edad, corazón mío, tan desesperadamente razonable!

PERLA DE ÁMBAR

La cabeza está hecha para llevarla en alto.

EL SULTÁN

De acuerdo y yo soy un viejo loco. Pero os suplico, ya que tanto os ocupáis de a ciencia, ya que mi bondad paternal no os rehusa medio alguno de satisfacer vuestro gusto, mientras no hayáis agotado la lista de los *por-qués* que vuestra curiosidad multiplica, tratad de poner buena cara a vuestro padre y a vuestros servidores. O se dirá que la ciencia entristece, y, lo que sería blasfemo, que sus respuestas, debidamente motivadas, no os dan una completa satisfacción.

(*la princesa protesta. Pausa*)

O, mejor... casáos! y aprenderéis la razón de esa avidez científica que os hace olvidar el principal deber de vuestro sexo, su *por-qué* evidente... quiero decir el amor.

PERLA DE ÁMBAR

Si alguna vez debo casarme, será con un artesano, padre mío, un fabricante, un mecánico, un inventor. Una idea! instituíd un concurso y amaré a aquel que presente ante el jurado el objeto más raro y más ingeniosamente facturado... Eso es!

EL SULTÁN

Volveremos a hablar de ello...

PERLA DE ÁMBAR

Dejádme vivir a mi antojo!

(Calla, y luego, maquinalmente, vuelve a tomar la flor, que al entrar había dejado sobre una mesa. La observa. Aspira su perfume. Luego, como hablándose a sí misma, lentamente:)

El tejedor hace la tela para los trajes, el sastre, los trajes mismos. El curtidor prepara el cuero, y el zapatero hace los zapatos... *(Mostrando la flor)*

Y esto?

EL SULTÁN

Esto? Qué?

PERLA DE ÁMBAR

Esta flor... y todas las otras? Quién hace la flor?

EL SULTÁN

Pues... pues... el jardinero.

PERLA DE ÁMBAR

El jardinero? Esta mañana, en efecto, al pasar por esta terraza, vi un hombre con un delantal azul, un enorme sombrero de paja y zuecos... Si es él, es el más hábil de los hombres. Yo no me explico por qué no le dáis el

más alto cargo en la corte. Por qué no lo hacéis vuestro primer ministro? Me parece menos difícil gobernar un pueblo que fabricar una flor. Y si me casase con él?

EL SULTÁN

Perla de Ámbar! Perla de Ámbar!

PERLA DE ÁMBAR

Tengo prisa de ver a tal artista! *(se levanta y llama:)*

Jardinero! Jardinero!

(el jardinero, a quien véase ir y venir por el fondo, levanta la cabeza)

Venid pronto aquí!

(viene lentamente, se quita el sombrero, y avanza)

ESCENA SEGUNDA

(los mismos. El jardinero)

EL JARDINERO *(saludando, aparte)*

Nuestra princesa!

PERLA DE ÁMBAR

Entrad!

EL JARDINERO

Me quito los zuecos... pero estoy sin calcetines... excusad.

PERLA DE ÁMBAR

Aquí tenéis babuchas de fino cuero.

EL SULTÁN

Mis babuchas!

PERLA DE ÁMBAR

Os las doy. Debo calzaros yo misma?

EL JARDINERO

Oh, princesa! princesa! Esas cosas no se hacen...
es demasiado bello para mí.

PERLA DE ÁMBAR

Son bellas, en efecto. Pero esto es aún más bello.

(muestra la flor)

EL JARDINERO

Si queréis...

PERLA DE ÁMBAR

Conocéis esto?

EL JARDINERO *(riendo)*

Ja! ja! ja! ja! Claro que lo conozco, princesa,
Rosa simplex, la rosa simple común de Chiraz.
El arbusto es pequeño y nunca trepa. No es de mucho
efecto en las platabandas, pero los químicos extraen
su perfume. Es muy común.

PERLA DE ÁMBAR

Jardinero, sois muy modesto. Hacéis maravillas
y no os dáis cuenta de ello. Sentáos. Ponéos cómodo.
Escuchadme y respondedme francamente.

EL JARDINERO *(se sienta)*

Sea! Sea!

PERLA DE ÁMBAR

Cómo obtenéis este carmín tan vivo? este tejido suave
y untuoso que deja pasar la luz y que respira?
estas imperceptibles estrellas de oro posadas en el
extremo de este hisopillo de hilos que son tanto de
plata como de marfil? Cómo cortáis en esa seda,
sin maltratarla, estos pétalos color de vino en la copa?

Por medio de qué invisible engaste los fijáis en esta cápsula de esmeralda que hace un todo con el tallo que la sustenta y en el que –de adehala– habéis plantado esas púas buídas como uñas de gato joven? En qué alambique habéis destilado su perfume volátil y tierno? Y cómo su perfume se insinúa entre las nervaturas de la flor y se convierte en vapor en torno de ella? Responded, jardinero; quiero saberlo todo. Conducidme al taller en donde habéis elaborado la obra maestra!

EL JARDINERO

Oh princesa nuestra... tan bien habláis que no comprendo todo lo que me decís. Veis en la flor tal cantidad de cosas pequeñas que yo nunca había advertido –sin duda– en cuarenta años de jardinería. Una flor... es una flor... Para hacerla no se necesita de tánto. Con un poco de agua, y sol, y tierra, haré cuantas queráis. Mi taller es mi jardín.

PERLA DE ÁMBAR

Explicadme! explicadme!

EL JARDINERO

Oh! si es tan sencillo. Hay, primero, una semilla; se hace un agujero y allí se la introduce; se riega encima con el fin de que no muera de sed; y cuando ha bebido bastante, la semilla se abre. Produce un diminuto cabello, por debajo, y un diminuto dardo por encima, que rompe la corteza del suelo y crece con el tiempo. De él salen hojas

pequeñuelas, pequeñas puntas, una yema de flor. La yema se convierte en botón y el botón, si se nutre, prospera. Cuando la flor se siente estrecha en su cárcel, desgarró el botón verde y despliega su veste a pleno sol. Sale del botón, como el tallo de la semilla, con todo lo que habéis dicho: los pétalos róseos, el copetillo y las estrellas de oro. El olor es el último en salir. Entonces, ya no falta nada: está hecha la flor. Bastó para ello el que yo hubiese tenido el cuidado de arrancar las hierbas nocivas en su redor y de regar la tierra —por las tardes—. Mi azada y mi regadera son todas mis herramientas, princesa.

PERLA DE ÁMBAR

Buen jardinero, no lo habéis dicho todo, aún. Quién planeó y quién construyó esa semilla de que habláis, tan bien proyectada como para que de ella surja, íntegra, toda la maravilla? responded pronto. La semilla hace la flor pero quién había hecho antes la semilla?

EL JARDINERO

Pues... la flor.

PERLA DE ÁMBAR

Cómo, la flor?

EL JARDINERO

La madre flor, princesa. Otra flor que existía antes que ésta, semejante a ésta, y a la que nadie cogió. Su traje se marchitó: no se puede ser siempre bella, no es así? Un fruto pequeño se endureció en el

extremo del bastoncillo, y en el corazón de ese fruto maduró la semilla y ya no faltaba sino sembrarla.

PERLA DE ÁMBAR

Pero de dónde había salido la madre flor?

EL JARDINERO

De otra semilla.

PERLA DE ÁMBAR

Y esa otra semilla?

EL JARDINERO

De otra flor.

PERLA DE ÁMBAR

Y esa flor?

EL JARDINERO

De otra semilla, también. La flor sale siempre de la semilla, la semilla sale siempre de la flor. Eso es así.

EL SULTÁN (*riendo*)

Ja! ja! ja! ja!

PERLA DE ÁMBAR

Permitidme, jardinero, habría de todos modos una primera semilla.

EL SULTÁN (*divertido*)

O una primera flor.

PERLA DE ÁMBAR

Da lo mismo!

EL JARDINERO

Yo nada sé.

PERLA DE ÁMBAR

Quién hizo la primera semilla? quién hizo la primera flor? no fuisteis vos, jardinero?

EL JARDINERO

De ninguna manera, de ninguna manera, princesa.
Quizá mi predecesor... aunque me sorprendería.

PERLA DE ÁMBAR

Quién, entonces? Quién, quién?

EL JARDINERO

Me pedís demasiado.

PERLA DE ÁMBAR (*exasperándose*)

Entonces cuidáis todos los días vuestras plantas
sin inquietaros por saber quién las hace nacer?
Y para qué os sirve la cabeza? Es inimaginable.
Es incalificable. Enteramente asombroso como
estupidez.

EL JARDINERO

Os agradezco.

EL SULTÁN

No os exacerbéis, os lo ruego. La semilla... o bien
la flor se haría a sí misma sola... eso es todo.

PERLA DE ÁMBAR

Eso no es posible, padre mío... Es como si dijérais
que vuestras babuchas se hicieron ellas solas...
o vuestro reloj... o mi canario, el músico... o la guitarra
que acabo de romper.

EL SULTÁN

Entonces fue un genio... o el elefante Bulbul...
o el dragón Azor... quien la trajo a la tierra.
Después de todo, por qué no?

PERLA DE ÁMBAR

No mezcléis vuestros cuentos a un problema científico que exige el más serio de los análisis. Cuando reflexiono, no creo ni una palabra de lo que este rústico ha referido. Una flor que hace la semilla! una semilla que hace la flor! (Al jardinero:)

Está bien, idos a regar vuestras lechugas. No volveré a tener tranquilidad hasta saber la solución de todo esto. Andad, jardinero.

EL JARDINERO

Yo digo lo que sé, princesa.

PERLA DE ÁMBAR

Me oís?

EL JARDINERO

Me voy... me voy. Os saludo.

(Sale. La princesa se deja caer sobre su asiento, sollozando)

ESCENA TERCERA

EL SULTÁN

En qué estado os ponéis, hija mía! Por una flor!

PERLA DE ÁMBAR

No podéis comprenderme; dejádmme.

EL SULTÁN *(levantándose)*

Perla de Ámbar, no se os verá en el comedor?

PERLA DE ÁMBAR

No tengo apetito.

EL SULTÁN

Un aire en la guitarra para calmaros?

PERLA DE ÁMBAR

Deseo silencio.

EL SULTÁN

Bien... bien... Lo mejor es que os vayáis a la cama.

PERLA DE ÁMBAR

No tengo sueño.

EL SULTÁN

Yo que no tengo tantas preocupaciones en la cabeza, voy, ahora mismo, a comer, y luego a dormir. No iréis a pasar toda la noche en esta terraza?

PERLA DE ÁMBAR

No lo sé.

EL SULTÁN

Abrigáos, por lo menos.

PERLA DE ÁMBAR

Quiero morir.

EL SULTÁN

Por una flor?

PERLA DE ÁMBAR

Por una flor.

EL SULTÁN

Si eso puede traeros la paz, os prometo, hija mía, que desde mañana temprano haré buscar, hasta en las provincias más apartadas del sultanato que gobierno, al habilísimo hombre que buscáis si es que no ha muerto.

PERLA DE ÁMBAR

Ninguno otro será mi marido, lo prometo.

EL SULTÁN

Oh! no exageréis.

PERLA DE ÁMBAR

Y si murió...

EL SULTÁN

Os consolará su secreto.

PERLA DE ÁMBAR

Si no se lo llevó a la tumba.

(desesperada:)

Y entonces me reuniré a él

EL SULTÁN

Es la mejor manera de no saber nada. Y renunciaríais a descubrir tantos otros misterios que —de todas partes— invitan a nuestra razón?

PERLA DE ÁMBAR

Fuera de la flor... nada más me interesa.

EL SULTÁN

Os dejo entonces con la flor, está bien.

(retirándose:)

Maldita la Ciencia! y viva la Mitología, que de todo nos da cuenta sin fatigar jamás el espíritu y en la que las flores no son objetos desmontables! Bendita la flor del árbol de las Hadas, que no permite que nadie se le acerque y que desde lejos vierte el sueño y el olvido.

(sale)

CUADRO SEGUNDO

(Una era en el jardín. Ha caído la tarde, la luna se eleva. Perla de Ámbar deja la terraza, donde reposaba, y desciende al jardín; recorre una senda entre flores. Suspira)

ESCENA PRIMERA
(Perla de Ámbar, sola)

PERLA DE ÁMBAR *(en voz baja)*

Y no solamente existe la rosa. También existe el tulipán. También el jacinto. Y la peonía. Existe el lirio real. Y el pensamiento que os mira cara a cara. Y el jazmín que no tiene sino su ojo blanco. Y el narciso —además— como un pulido espejo. Y la campánula que suena. Amo, sobre todo, la rosa simple de Chiraz, porque es como una hermosa doncella con sangre en las mejillas y ríe siempre. También, ay!, soy hermosa, pero ya no sé reír... Oh jardinero misterioso, jardinero de verdad, que hacéis las flores con vuestras manos... qué delicadas manos las vuestras! Este otro tiene los dedos gruesos y las palmas encallecidas. No sabe sino de su azada y de su regadera. No sabe nada. Y cree penetrar en el secreto de las rosas. Es feo, es estúpido. Y yo que le tomé por inventor, que le tomé por un artífice de maravillas. A vos, verdadero jardinero, os veo tan blanco como vuestras manos; con vuestros finos cabellos en bucles y los ojos sapientes, y con el amor a vuestro oficio en el corazón, que palpita dulcemente como un tambor asordado.

Y vuestra voz es melodiosa... Si la rosa es bella, más bello sois vos mismo. Porque el que crea la maravilla es superior a la maravilla; nadie da nunca más de lo que tiene. *(pausa)*

Dónde nacerá la próxima flor? Sin duda en este cuadradito de tierra rodeado de boj y que ha sido desherbado, escarbado, regado. Aquí estaré para verla nacer. El jardinero de mi padre se levanta temprano, me levantaré antes que él. O no me acostaré. Atisbaré toda la noche al que ha de venir y sin el cual no ocurrirá la maravilla. Si no viene, no habrá maravilla. *(pausa)*

Por qué se esconde? Por qué nadie lo ha visto aquí? Quizá no le aman? Quizá están celosos de su ciencia? Quizá le odian? Pero por qué hace florecer el jardín de sus enemigos? Por qué se obstina en embelesar sus ojos, sus narices, su corazón ingrato? No es —entonces— un hombre como los otros? *(pausa)* Quién le paga su trabajo? Trabajaré gratuitamente? De qué vive, entonces? Será rico? Pero, si es rico, por qué trabaja? Pobre princesa, cuántas preguntas por una flor! Absolverás jamás todas las que la flor te propone? Como es de pobre tu ciencia... y quién te responderá? *(pausa)*

Oh, bello jardinero de las flores, si por ventura no sois amado, os amo yo. No he amado nunca a nadie y nunca he soñado en el amor. he aquí que en mi corazón lo hacéis nacer. Oh, jardinero de las flores, sois también jardinero del amor? Siento mi corazón

presto a abrirse. Os bastará soplar en él, como lo hacéis sobre la rosa. Por vuestra balsámica obra maestra, renuevo mi juramento. No tendré otro esposo que vos. Querráis tomarme por esposa? Estaba tan orgullosa de mí misma. He aquí que —ante vos— me siento como que no soy nada. Oh! comunicadme vuestro secreto, os lo ruego! Os prometo no revelarlo jamás! Si es preciso vendré todas las noches a miraros hacer, sin decir ni una palabra, sin dejarme ver siquiera, como la cervatilla —a través del follaje— contempla al ciervo de enorme cornamenta que pasa sin dignarse verla. Observaré detrás de estas zarzas; no llegaré hasta vos si no me llamáis. Os ayudaré en vuestro trabajo y seré vuestra sierva para siempre.

(Mientras hablaba, fue a esconderse tras unas zarzas de la derecha de la pequeña era. Está ahora de rodillas y acecha. En este instante la más suave de las músicas pasa como una brisa sobre el jardín y aparece a lo lejos una sombra blanca. El buen jardinero marcha lentamente. Es semejante al otro, pero muy joven; su blusa es plateada, su delantal azúreo y su sombrero de paja dorada; su cabellera llega hasta sus hombros; al pasar se inclina sobre cada flor. Se detiene en frente de la pequeña era; posa un pie en ella y luego —curvándose completamente— una mano)

EL BUEN JARDINERO

Por el poder de mi padre y por el mío y por el amor que está en nosotros, pequeña semilla formada por nuestras manos, en el origen de los tiempos, entreabierta en flor, encerrada luego en el fruto y otra vez aprisionada en la semilla, siempre semejante

a ti misma y a nuestra voluntad, reábrete y florece y que el eterno rocío que cae de los cielos te fecunde. *(Toma la regadera de plata, y una lluvia invisible cae sobre el suelo. Deja la regadera a un lado, y en cuclillas, cerca de la pequeña planta que sale lentamente del suelo, parece modelarla con sus manos)*

Hé aquí el leño, hé aquí las espinas, hé aquí el cáliz, hé aquí el vino —color de triunfo y de sangre vertida— y hé aquí el buen perfume de los merecimientos. Porque la gloria del Padre, la pasión del Hijo y la ternura del Espíritu están inscritas en todas las cosas. Y quien quiera leer, leerá.. Y quien leyere será escogido.

(Cuando el Buen Jardinero se levanta, ya está allí la flor, en todo su esplendor, bañada por la luna: la música cesa. Perla de Ámbar avanza y cae a los pies del Buen Jardinero)

PERLA DE ÁMBAR

Oh queridísimo y bellissimo mancebo, sois —entonces— quien hace las flores?

EL BUEN JARDINERO

Ese soy.

PERLA DE ÁMBAR

Oh! Cuánta dicha!

EL BUEN JARDINERO

Parece que os placen mis flores.

PERLA DE ÁMBAR

Las adoro.

EL BUEN JARDINERO

No se permite adorar a las flores.

PERLA DE ÁMBAR

Y por qué no?

EL BUEN JARDINERO

Porque son pasajeras y se marchitan

PERLA DE ÁMBAR

Y qué no es pasajero?

EL BUEN JARDINERO

Quien hace las flores.

PERLA DE ÁMBAR

Es verdad, querido príncipe?

EL BUEN JARDINERO

Yo no soy un príncipe, soy un rey.

PERLA DE ÁMBAR

Un rey mucho más poderoso que mi padre y que todos los reyes que conozco, seguramente. Ellos no saben hacer flores. Pero si sois rey, por qué salís de vuestro reino y vais a los jardines, por la noche, a hacerlos florecer?

EL BUEN JARDINERO

Si yo no salgo. Yo soy el jardinero del mundo. Dondequiera que haya flores, estoy en mi casa.

PERLA DE ÁMBAR

No lo comprendo completamente. Y ensayo, sin embargo, comprenderlo todo.

EL BUEN JARDINERO

No lo lograréis.

PERLA DE ÁMBAR

Y eso por qué?

EL BUEN JARDINERO

Si lo comprendieseis todo no necesitaríais creer.

PERLA DE ÁMBAR

Pero yo creo lo que comprendo.

EL BUEN JARDINERO

Es más meritorio creer lo que no se comprende.

PERLA DE ÁMBAR

Realmente?

EL BUEN JARDINERO

Mucho más meritorio.

PERLA DE ÁMBAR

Pero cómo queréis que crea en los genios, en el sagrado elefante Bulbul, en el dragón Azor?

EL BUEN JARDINERO

Esas son fábulas forjadas por la imaginación de los hombres y por el espíritu del mal, para engañar a los creyentes e infatuar la razón de los incrédulos. Los que creen en ellas se equivocan; también los que en nada creen.

PERLA DE ÁMBAR

Pero la razón fue creada para comprender.

EL BUEN JARDINERO

Es que existe algo mejor que la razón.

PERLA DE ÁMBAR

Si lo decís...

EL BUEN JARDINERO

Y me creéis?

PERLA DE ÁMBAR

No pido nada mejor que creerlos.

EL BUEN JARDINERO

Por qué, joven sapiente?

PERLA DE ÁMBAR

Pues sin duda porque sois vos.

EL BUEN JARDINERO

Entonces tenéis fé. Quería hacéroslo decir.
Tenéis la parte mejor, Perla de Ámbar.

PERLA DE ÁMBAR

Sabéis mi nombre?

EL BUEN JARDINERO

Todo lo sé. Todo lo comprendo.

PERLA DE ÁMBAR

Entonces no tenéis fé?

EL BUEN JARDINERO

No.

PERLA DE ÁMBAR

Qué desdicha!

EL BUEN JARDINERO

Hay algo, en mi reino, mejor todavía que la fé.

PERLA DE ÁMBAR

Qué, entonces?

EL BUEN JARDINERO

Lo sabréis cuando estéis conmigo.

PERLA DE ÁMBAR

Me llevarás con vos?

EL BUEN JARDINERO

Si aceptáis seguirme.

PERLA DE ÁMBAR

En este mismo instante, príncipe mío. Me enseñaréis el secreto de las flores.

EL BUEN JARDINERO

Amáis más a las flores que a quien las hace, lo lamento.

PERLA DE ÁMBAR

Oh! No... no! Oh, rey mío, vendadme los ojos. Ya no quiero ver nada... ya no quiero saber nada por mi misma. Me diréis: *Hay esto o aquello...* y creeré que existe esto o aquello. Soltaréis mi mano y me diréis: *Estoy aquí* y creeré que estáis allí. No necesito comprender nada... porque...

EL BUEN JARDINERO

Porque...

PERLA DE ÁMBAR

Porque... me parece que os amo.

EL BUEN JARDINERO

La fé es mejor que la razón, pero el amor es mejor que la fé.

PERLA DE ÁMBAR

Y qué hay después aún?

EL BUEN JARDINERO

Ver.

PERLA DE ÁMBAR

Y no os estoy viendo?

EL BUEN JARDINERO

Me estáis viendo menos bello de lo que soy en realidad, con el manto blanco y purpúreo de mi gloria, que vestiré, el día de nuestras bodas, allá arriba. Oh, mi prometida, mi esposa, por vos he venido, esta noche, a este jardín. No hay necesidad de mis manos para que despierten las flores: mi aliento cubre la tierra. Pero queríais ver, y yo amaba vuestra alma mucho tiempo antes de que me amárais. Bajád vuestra frente. Dádme la mano. *(obedece)*

No habléis. Y deajaos conducir.

(Se ponen en camino. Vuelve a sonar la música. En el momento de salir, El dice:)

Es preciso arrojar esa flor.

(ella vacila un instante, luego la deja caer. Salen)

CUADRO TERCERO

(Un muro escueto. Una puerta de postigo enrejado. Un banco de madera. El amanecer. Perla de Ámbar, conducida por el Buen Jardinero, aparece; éste deja su mano, posa un dedo en sus labios, y entra al convento, cuya puerta ábrese y ciérrase automáticamente)

ESCENA PRIMERA

(Perla de Ámbar, sola)

PERLA DE ÁMBAR

He soñado? Sería indigno de mí. Lo que veo, lo veo, sin embargo... Tengo vergüenza. Yo, que nunca creí en los sueños; yo, que nunca confié sino en mis ojos, he dejado mis libros y mis labores, he dejado mis jardines y he dejado a mi padre, para ir tras un príncipe

de leyenda y seguirlo hasta el fondo de la noche. Llega el día y cesa el encanto. Estoy en un lugar desértico, sin un árbol, sin una planta, sin una flor...

(pausa)

Y cómo arrojé mi flor? No había salido, yo, al claro de la luna, a sorprender en otra flor, precisamente, su mecanismo y su secreto desarrollarse? Esperaba que una mano sapiente desmontase todos sus rodajes y me descubriera el resorte que, desde el corazón de la semilla, por el fino tubo del tallo, tira de los hilos invisibles que hacen que el cáliz se abra y hacen que los pétalos se muevan sobre su pivote. Alguien, sin embargo, vino... alguien...? No sé nada más acerca de la flor.

(pausa)

Por qué le seguí? Quién es ese rey? ... Lo que me ha referido es tan vago. Su reino está en todas partes, dice, pero, sin embargo, aquí no está. Su madre es una virgen, y, sin embargo, lo trajo al mundo... y El existía antes de que ella misma existiera. Con el rey su padre y con su común espíritu, se reparte la omnipotencia, es suya, no obstante, toda íntegra. Vivirá eternamente, pero murió, y nosotros lo matamos todos los días y no deja de vivir ni un segundo... Estoy disparatando, en verdad... Y de dónde viene el que todavía lo ame?

(pausa)

Novia! Me he prometido a él! Pronto seré su esposa! Y me deja sola en frente a un horrible muro, que es el muro de su palacio. (pausa. Escucha a la puerta)

Ningún ruido: la casa está vacía. Me ha engañado; no volverá. O ya no existe. La pintura se resquebraja. El bloque imaginario cae en cenizas. *(larga pausa. Llora)*
Oh, padre mío querido, perdonadme por no haber seguido vuestros consejos. Sois un poco loco; pero vuestra hija no os va en zaga, seguramente. A fuerza de ejercitarla, vuestra hija perdió la razón.

(levantándose)

Alertad a la policía, a la guardia negra, a los beduinos! Montad presto, a caballo! Salid por la puerta septentrional del jardín! Sobre el borde empradizado, en la intersección de los caminos, veréis una rosa marchita. Volad, en la dirección de la rosa, más y más lejos siempre! Cuando encontréis un desierto, sabréis, padre mío, que es allí donde vuestra hija os espera, llorando. Oh, mi palacio! Oh, tesoros míos! Oh, mis juguetes rotos!...

(más alto)

Apresuráos, apresuráos, os digo! Os prometo no volver a preguntar por qué es esto... por qué es aquello... Os prometo creer en el elefante Bulbul, en el dragón Azor, en los genios... Con éstos no hay peligro de que se me lleve lejos de casa... He creído esta noche...

(se interrumpe; luego grita)

Oh, padre mío... creo aún.

(cae de rodillas y solloza, apoyada la cabeza en el banco. Luego se levanta despavorida)

Vamos, no perdamos tiempo. Mi novio se ha escapado tras ese muro. Me llevaréis en ancas y lo perseguiremos. Lo atraparemos. Tendrá que cumplir

su promesa. Gritaré su nombre ante la puerta...
acabará por abrirme! (golpea la puerta con el puño y grita)
Hermoso jardinero... hermoso jardinero... (una pausa)
Oh! ya no recuerdo su nombre!
(torna a caer, abrumada, e inmediatamente el postigo se abre,
la hermana tornera asoma la cara, luego abre la puerta, y aparece)

ESCENA SEGUNDA
(La Hermana Tornera. Perla de Ámbar)

LA HERMANA TORNERA

Sois vos la que golpea tan fuertemente?

PERLA DE ÁMBAR

Yo soy.

LA HERMANA TORNERA

No os equivocáis, Señora?

PERLA DE ÁMBAR (rectificándola)

Princesa.

LA HERMANA TORNERA

Sea. Princesa. Sois en efecto muy bella. Y cómo una
persona de vuestra calidad, con tan brillante atuendo,
viene a golpear a nuestra puerta?

PERLA DE ÁMBAR

Alguien me trajo aquí... excusadme. No conozco
la región. No conozco la casa.

LA HERMANA TORNERA

Entonces que venís a hacer aquí?

PERLA DE ÁMBAR

A encontrar el rey.

LA HERMANA TORNERA

Cual rey?

PERLA DE ÁMBAR

El jardinero.

LA HERMANA TORNERA

Cuál jardinero? No tenemos sino un jardincillo y lo cultivamos nosotras. Por otra parte, jamás entra un hombre en nuestra casa; si buscáis un hombre aquí...

PERLA DE ÁMBAR

Oh! quizá es más que un hombre. No sé como decirlo. En fin, ha entrado y me ha pedido que lo espere: es lo que hago... Como se demoraba, pensé poder permitirme... *(desfallece)*

LA HERMANA TORNERA

No estáis bien, ya lo veo. Seguáis, sin duda, una partida de caza y os habéis extraviado. Os habéis puesto en camino a muy temprana hora, bella princesa, sin haber tenido la precaución de alimentaros, y la cabeza os da vueltas. Voy a buscar con qué reponeros, un poco de pan mojado en leche y algunas frutas. Sentaos.

PERLA DE ÁMBAR

No necesito nada, señora. Espero a aquel que entró aquí. No podéis decirle que su princesa lo reclama?

LA HERMANA TORNERA

Veamos... veamos... volved un poco a vuestro juicio.

PERLA DE ÁMBAR

Estoy loca, entonces.

LA HERMANA TORNERA

Yo no lo digo... se puede soñar, sin ser loca. Digo que habéis soñado en ese rey o en ese jardinero o en no sé qué personaje, y en que penetrara en nuestra casa. Yo vigilo la puerta. Y estoy segura, yo que nunca sueño, de no haberla abierto a nadie desde esta mañana.

PERLA DE ÁMBAR

Pero, señora... o señorita...

LA HERMANA TORNERA

(rectificándola, sonriente)

Hermana mía...

PERLA DE ÁMBAR

Mi hermana?... Es una bella manera de decir... la palabra me place... Y bien, hermana mía, la persona de quien os hablo no ha tenido que acudir a vuestra amabilidad: la puerta se abrió ante El y tras El se cerró inmediatamente.

LA HERMANA TORNERA

Qué? ese hombre no llamó? no golpeó? y no le abrí yo?

PERLA DE ÁMBAR

Conocía el secreto de vuestra cerradura... como sabía el secreto de las flores.

LA HERMANA TORNERA

Vamos... vamos... también voy a perder la cabeza. Hay un hombre en nuestra casa? *(enloquecida)*
Voy a hacer tocar alarma. Es imposible que la madre y las hermanas se encuentren con él en el prado!

PERLA DE ÁMBAR

Y por qué no? El es amable y bello.

LA HERMANA TORNERA

Con mayor razón si es amable!

PERLA DE ÁMBAR

No es bueno amar lo bello?

LA HERMANA TORNERA

Oh! Hermana mía, cómo sois de ingenua! No sabéis que la regla...

PERLA DE ÁMBAR

Cual regla?

LA HERMANA TORNERA

De nuestro convento...

PERLA DE ÁMBAR

Cual convento?

LA HERMANA TORNERA

No sabéis nada, entonces?

PERLA DE ÁMBAR

Al contrario... sé demasiadas cosas... pero no éstas precisamente. A qué llamáis convento, hermana mía?

LA HERMANA TORNERA

No tengo la definición en la punta de la lengua...
Dejádme reflexionar. *(busca las palabras)*

Es un sitio... un sitio cerrado... donde se reza a Dios.

PERLA DE ÁMBAR

Se reza a Dios? Oh! qué divertido. Y qué es rezar?
y cuál Dios? Quizá uno de los dioses de mi padre?
el elefante Bulbul? el dragón Azor?...

LA HERMANA TORNERA

Hoa! hola! pero sois la hija del Diablo!

PERLA DE ÁMBAR

Qué es el Diablo?

LA HERMANA TORNERA

Un Angel malo...

PERLA DE ÁMBAR

Y qué es un Angel?...

LA HERMANA TORNERA (*concluyendo*)

Quien puede convertirse en elefante o en dragón...
como los dioses del Señor vuestro padre... Esto es!
Idos a buscarlos.

PERLA DE ÁMBAR

Pero si yo no creo en sus dioses.

LA HERMANA TORNERA

En cuáles creéis?

PERLA DE ÁMBAR

En ninguno.

LA HERMANA TORNERA

No creéis en nada, pobre hija mía?

PERLA DE ÁMBAR

Pues sí! pues sí! creo en mi jardinero, en mi rey,
en aquel que ha penetrado, sin llamar, por esta puerta.
El me dijo quién era su padre y lo he creído. Y el amor
que hay entre el y su padre... y el nombre de su madre

que es tan dulce y lo he creído. Yo había bajado al jardín a buscar el secreto de las flores, y El hizo una en mi presencia. Oh! a decir verdad, yo no la vi hacer. El posó su mano, dijo algunas palabras, y la flor brotó. Estuve tentada de objetarle que la flor había brotado sola o que otra persona –que no él– había reunido y remontado el mecanismo; pero él me dijo: *Yo soy aquél que hace las flores* y yo le he creído: es la primera cosa que he creído y la más difícil de creer. Entonces me dijo que me amaba, y como yo lo amaba también, no hemos esperado más para convenir nuestros esponsales. Me tomó de la mano y caminamos largo rato. Y cuando llegamos ante esta puerta, me dijo: *He aquí mi palacio; yo debo entrar primero con el fin de hacer preparar el festín de las bodas* y yo le he creído. Y, hermana mía, lo creo aún... sois vos la que soñáis, permitidme decíroslo, cuando me habláis de un convento. Esta casa no es ni grande ni bella, pero no es vuestro convento, es su palacio y es aquí donde debemos casarnos.

LA HERMANA TORNERA

En verdad, hé aquí una fé como yo la desearía para muchos, hija mía. Es lástima que la otorguéis al primer venido. A cualquiera otro que os hubiera hablado, le hubiérais creído igualmente, supongo.

PERLA DE ÁMBAR

De ninguna manera, hermana mía. Jamás se me ha ocurrido creer a ningún hombre por su palabra; ni a mi padre, ni a mi madre, ni a ninguno de mis maestros, ni siquiera a mi profesor de religión: siempre quería ver.

LA HERMANA TORNERA

Pero a éste por qué le habéis creído?

PERLA DE ÁMBAR

Oh! todavía me lo pregunto... Porque... porque... no puedo hacer otra cosa... Porque toda su persona respondía de la verdad de sus dichos... Porque tenía... cómo expresároslo... manos... ojos... frente... boca de veracidad. Todo era verdad en él... El era la verdad misma... Y se le amaba... como a la verdad.

LA HERMANA TORNERA

Era bello, me decíais?

PERLA DE ÁMBAR

El más bello de los hijos de los hombres.

LA HERMANA TORNERA

Y dulce, quizá?

PERLA DE ÁMBAR

Dulce como la miel y como la seda, como el corderillo y como la confitura de rosas; dulce como ningún hombre puede serlo, excepto él.

LA HERMANA TORNERA

Y no sabéis su nombre?

PERLA DE ÁMBAR

Su nombre? *(avergonzada)*

Me lo susurro al oído, como el más precioso de sus secretos, como el más precioso de sus tesoros... He dudado un instante... mi memoria dejó perderlo. Ayudadme a recordarlo.

LA HERMANA TORNERA

Me será muy difícil... a menos...

PERLA DE ÁMBAR

A menos que?

LA HERMANA TORNERA

No habéis olvidado el nombre de su madre?

PERLA DE ÁMBAR

No. Era una virgen muy pura... que, no obstante, le dio a luz... María.

LA HERMANA TORNERA

María! Y el se llamaba entonces... Jesús...

PERLA DE ÁMBAR *(en un grito)*

Jesús, Jesús de Nazareth! Gracias!

(cae en los brazos de la Hermana)

LA HERMANA TORNERA

Querida hija mía! *(la abraza y seca su llanto)*

Consolaos. Estáis perdonada. Es aquí donde él vive, en efecto. Es aquí donde se le desposa. Es aquí donde se le reza. Os enseñaremos a orar. Porque él es Dios, pero un Dios de bondad. Es él quien hace las flores. Es él quien hace las almas. Es él quien os hizo. Es él quien os rescató con su sangre.

PERLA DE ÁMBAR

A mí? Y por ello lo amo?

LA HERMANA TORNERA

Y por ello jamás debéis cesar de amarlo.

PERLA DE ÁMBAR

Que venga, entonces!

LA HERMANA TORNERA

Nosotros os llevaremos hacia él. Para vos abriré la puerta. Entraremos de rodillas a su palacio... Y de rodillas seguiremos su huella. Y mientras más rudo sea el camino, más pronto nos le reuniremos.

PERLA DE ÁMBAR

Abrid pronto, hermana mía.

LA HERMANA TORNERA

Antes, es necesario despojaros, bella princesa. Despojaros de ese turbante, de esos collares, de ese manto. Y de esas finas babuchas, también.

PERLA DE ÁMBAR (*despojándose*)

Obedezco. Sea! Pero qué fea voy a estar! Sí me reconocerá mi novio?

LA HERMANA TORNERA

Interiormente.

PERLA DE ÁMBAR

Se quejará de que no le haga mucho honor.

LA HERMANA TORNERA

Hé aquí la librea que lo honra... Poneos mi sayal de estameña... También habrá que segar esa hermosa cabellera. Pero él mismo se encargará de ello así como se encargará de las tres flores que hay en vuestra alma.

PERLA DE ÁMBAR

Sé que él las puso allí: el Lirio, la Rosa, el Jazmín?

LA HERMANA TORNERA

La fé, la Esperanza, la Caridad.

PERLA DE ÁMBAR (*en el umbral*)

Oh! mi bello Jardinero, Rey Todopoderoso, Omnipotente Dios, abridme las puertas de vuestro Imperio! Abandono ante vuestros umbrales todas mis vanidades, todas mis curiosidades, todas mis frivolidades, todas mis culpas. Yo no quiero saber sino de Vos, yo no quiero esperar sino de Vos, y no quiero amar sino a Vos.

LA HERMANA TORNERA

Eso es amarlo todo, esperarlo todo, saberlo todo.

(La puerta se abre íntegramente y descubre al Buen Jardinero, de pies, los bazos en cruz, con rosas purpurinas en las manos y en el lugar del corazón. Perla de Ámbar entra, seguida de la Hermana, y ambas se prosternan)

Traducción realizada para el Grupo Escénico de la Radiodifusora Nacional que dirigía Bernardo Romero Lozano y publicada en EL TIEMPO de Bogotá, el 21 I 1945.

EDDY GHILAIN

VALERIA

PIEZA EN TRES ACTOS

Esterenada en el Teatro de París el 22 de Noviembre de 1946

PERSONAJES

VALERIE SAINT-CLAIR

37 años, si con la juventud y la belleza de una muy joven chica. Carácter extraño. Atráe como la esperanza y se esquivo como un recuerdo. Todo lo teme, hasta el amor, sobretodo el amor.

CATHERINE HARCOURT

18 años, linda sin brillo. El alma de una Franciscana. Impónese la regla de esta orden: pobreza absoluta, vivir de limosnas y predicar a los pobres el Evangelio.

JEAN LECUYER

cuarentón. Especie de romántico retrasado (retardado). Mezcla aparente de fuerza y de encanto (atracción). Sinceridad y probidad insospechables. Y –no obstante– carencia de carácter.

EL TÍO

75 años. Alegría, buen humor, malicia; abundancia de buen sentido (sentido común).

RAGUET

El notario campesino, 60 años

EL MÉDICO

50 años. Doctor tan honrado que en los casos delicados acude a un colega

PRIMER ACTO

Se alza el telón sobre una especie de alcoba-sala muy particular. Un lecho con baldaquín, grandes armarios cerrados con llave y una caja fuerte. Sillas, una mesa de juego, y, en un rincón, un reclinatorio ante un gran crucifijo con ramas de boj y camándulas suspendidas. Un teléfono.

En el centro, levantada la alfombra y abierta una puerta sobre el piso (que dá a la bodega). Un fonógrafo puesto sobre la mesa de juego toca un disco de la Garde Republicaine (de una banda militar)

La claridad entra por una ventana que dá directamente sobre el Loira. Una sola puerta de madera maciza con un equipo visible de cadenas de seguridad. Un sombrero puesto sobre el botón de la puerta, obstruye el hueco de la cerradura. La escena vacía. Por un tiempo largo gira el disco sobre el fonógrafo.

Golpean a la puerta - Ninguna respuesta - Golpean más imperativamente - Emerge de la puerta que dá a la bodega la cabeza de Valeria. Escucha con inquietud.

ESCENA PRIMERA

UNA VOZ DESDE EL EXTERIOR

Valeria, soy yo, tu tío.

(Valeria sale prestamente de la especie de subsuelo en que estaba y, sin ruido, cierra la puerta, coloca la alfombra cuidadosamente y sitúa la mesa de juego en el sitio que ocupaba la excavación disimulada por la puerta)

LA VOZ DEL EXTERIOR

Está decidido, entonces, Valeria, que no quieres abrir?

VALERIA (*deteniendo el disco*)

Quién está ahí?

LA VOZ

Tu tío.

VALERIA

A ver, tío, a ver...

(Quita el sombrero que ocultaba la cerradura (tapaba) la cerradura, lo coloca sobre un taburete al lado de la puerta, la descerroja y abre al fin. Entra el tío; está sentado en una silla mecánica cuyas ruedas hace funcionar con la mano)

EL TÍO

No me oías?

VALERIA

Con el tiempo húmedo soy un poco sorda...

EL TÍO

Hace un tiempo magnífico. Y además, sorda...? Me lo pregunto... Ciertos días adviertes el paso de un gato, y, otras veces hay que gritar para que oigas. Hace diez minutos que golpeo en la puerta. Cierto que con esa condenada música...

VALERIA

Amo las llamadas de caballería.

EL TÍO

Hay gustos raros...

(Valeria dá vuelta al disco y lo pone en marcha)

Oh! No! Espera a que me vaya para que te regales con tu trompetería! Vine a conversar contigo.

VALERIA

Conversar? y de qué?

EL TÍO

Podías darme los buenos días...

VALERIA (*beso rápido*)

Ya está... Y ahora?

EL TÍO

Definitivamente no has cambiado. Sigues siendo la chiquilla que decía a la mamá: *abrázame pronto que me voy a jugar...*

VALERIA

Vienes a verme tan temprano para hacerme reproches?

EL TÍO

Reproches? NÓ! Bien sé que de nada servirían. Solamente que como hacías sonar el fonógrafo deduje que no habías muerto. Ya pasó tu crisis?

(*Valeria se alza de hombros, baraja las cartas y comienza a echar suertes*)

Me apresuro, lo ves, a aprovecharme de tus excelentes disposiciones.

(*Valeria ni pestañea*)

Me pareces de humor encantador esta mañana, acogedora endiabladamente. Además, he notado —desde hace tiempo— que tus reclusiones voluntarias eran siempre seguidas de una caracterizada euforia.

(*Valeria le lanza una mirada acerada*) (*riendo*)

Perdóneme si te hago bromas. Pero desde hace ocho días que te encerraste en tu *alta torre*, esa distracción me fue rehusada, y ahora me desquito.

VALERIA

No seréis nunca serio?

EL TÍO

Jamás. Romperé mi zancarrón bromeando. Pero no estoy para esas aún, pierde cuidado... Me siento tallado como para centenario.

VALERIA

Empiezo a creerlo.

EL TÍO (*socarrón*)

Quizás

VALERIA

Entonces?

EL TÍO

Esperarás mi herencia un poco, todavía.

(*Valeria se alza de hombros*)

Bah! Ya has recogido lo de tu padre, y mi difunto hermano no estaba precisamente en la miseria aunque nadie supo exactamente el número de sus millones.

VALERIA

El rumor público agrega fácilmente ceros a supuestas cifras.

EL TÍO (*irónico*)

Pobre indigente! voy a compadecerte...

VALERIA

Es todo lo que tienes que decirme?

EL TÍO

No. Tengo dos pequeñas noticias que anunciarte. La primera, es la llegada de Catalina Harcourt.

VALERIA

La hija del quebrado?

EL TÍO

Y la hermana del difunto Pedro Harcourt, sí. También es ella tu prima hermana.

VALERIA

Y qué quiere?

EL TÍO

Ensayar a vivir. Hay séres que atraen la desdicha, como el pararrayos la chispa. Tu prima es de esos. En tres años, dos suicidios en su familia, es mucho.

VALERIA (*hostil*)

Mi prima, mi prima, se dice pronto *mi prima*. Si fuera preciso recoger, albergar y alimentar a todos los vagos parientes muy bestias o muy perezosos para conservar su dinero, a dónde iríamos?

EL TÍO

Quién te pide albergarla y alimentarla?

VALERIA (*sorprendida*)

Pero...

EL TÍO

Todavía estoy aquí para ello. Y, por lo menos mientras yo viva, a esta chica no le faltará nada.

VALERIA (*ya serena*)

En ese caso... Qué edad tiene?

EL TÍO

Diez y ocho años... No se si te gustará ella, pero a mi me gusta, hasta me gusta mucho. Será una mujer soberbia.

(Valeria mira furtivamente a su tío, este lo advierte, y sigue)

Su juventud es aún tensa como un botón listo a reventar, una carita resuelta, un cerebro joven hirviente de ideas, de cosas no aún cumplidas (realizadas) y maravillosas.

VALERIA

Veo que ya os conocéis...

EL TÍO

Tu pasión por la reclusión y las trompetas de la Guardia nos han dejado la oportunidad. A su llegada, Catalina tenía la apariencia del *pájaro caído del nido*, pero ya empieza a aclimatarse. Le he hecho, como mejor he podido, los honores de nuestra buena villa de San Lorenzo. A ella le gustará.

VALERIA

Va a quedarse, entonces?

EL TÍO

Naturalmente.

VALERIA

Donde habitará?

EL TÍO

Aquí.

VALERIA

Conmigo?

EL TÍO (*rectificando*)

Conmigo.

VALERIA

Es la misma cosa.

EL TÍO

No exactamente. Si, en realidad, habitamos bajo el mismo techo, nuestra existencia es de hecho *compartimentada*, como lo has decidido. Entonces, si la promiscuidad de esta chica te fastidia (estorba), en algo que sea, tendrás siempre el recurso de refugiarte en tu torre.

VALERIA

(que observa a su tío con acuidad)

Si.

EL TÍO

Tu me abandonas, Valeria, y a mi edad se necesita sentir que aún despierta uno interés...

VALERIA (*idem*)

Si, si.

EL TÍO

Había fundado muchas esperanzas en ti, tu las has hecho derrumbarse, entonces, comprenderás...

VALERIA

Muy bien, admirablemente.

EL TÍO

Eres muy inteligente, Valeria.

VALERIA

Mucho, mucho más de lo que se cree.

EL TÍO

Entonces me apruebas?

VALERIA

Completamente, tío, completamente.

EL TÍO (*con suspiro de satisfacción*)

Vamos, tanto mejor. Por una parte, me hubiera mortificado contrariarte, y por otra...

VALERIA

Os hubiera disgustado ser mortificado.

EL TÍO

Exactamente. Además, estoy convencido de que harás buenas migas con tu prima. Ahora la verás. Es, en cierto sentido, un ángel que se ensayara en las picardías femeninas, pero que tuviera sin embargo algo como inalterado, como absolutamente puro.

VALERIA

Siento ganas de detestarla.

EL TÍO

Por qué?

VALERIA

No creo en los ángeles.

EL TÍO

No crees en nada, sencillamente.

VALERIA

Que no! Creo. No creo en todo, pero creo en ciertas virtudes... en ciertas fuerzas.

EL TÍO

Haces bien en decírmelo; yo no lo hubiera sospechado. En fin, tanto mejor.

(Se establece un silencio. Valeria a la defensiva, su tío la observa con una sonrisa indefinible)

Ah! A propósito, la pequeña Marchal se desposa con el chico Marenil, ya sabes: el que pidió tu mano el año pasado...

VALERIA

Y qué?

EL TÍO

Contrae un matrimonio, que tu desdeñaste, te informo.

VALERIA

Pobre muchacha!

EL TÍO

Por qué?

VALERIA

Ese cretino alcohólico no tomó mujer sino para brindar.

EL TÍO (*sonriente*)

Si, Valeria, si... yo sé que huirías hasta el fin del mundo para esquivar uniones semejantes a las que se hacen en torno tuyo, y sin embargo...

VALERIA

Sin embargo?

EL TÍO

Estoy perfectamente convencido de que experimentas ciertos celos al ver otras muchachas, muy por debajo de ti en cuanto a riqueza, casadas y felices.

(*Valeria alza los hombros, desdeñosa*)

Acuérdate de la fábula del Herón (Garzón) Valeria

VALERIA (*alzamiento de hombros*)

Estúpido!

EL TÍO (*después de una pausa*)

Mi querida Valeria, he decidido, hoy, tratar de frente este espinoso asunto. (*pausa*)

Por qué te obstinas en rechazar sistemáticamente todas las peticiones de mano?

VALERIA

El matrimonio es una empresa muy arriesgada. No se sabría mostrarse demasiado prudente en la elección de su suegra.

EL TÍO

Valeria, césa de bromear.

VALERIA

Creía que habíamos concertado una tregua en relación con mis pretendientes...

EL TÍO

La rompo! Cómo! Le hago avances a toda la gente viril del departamento. Me comprometo a fuerza de movilizarte todo un ejército de aspirantes y tu los pones en derrota al primer contacto! Ya has sido el tema(*causa*) de hartos resentimientos de parte de ciertas familias cuya alianza has rechazado. Y espero hacerte comprender, al fin, lo delicado de tu posición.

(un silencio)

Tienes treinta y siete años, sobrina mía, y ya hace quince años que deberías estar casada.

VALERIA

No me escucharé sino a mí en un negocio (*asunto*) que solo a mi me atañe.

EL TÍO

Qué piensas de Luciano Grouet?

VALERIA

Está tocado de Narcisismo y no tiene sino un tema de conversación: El. Por lo demás es rubio y tengo en horror a los rubios.

EL TÍO

El señor Dargence? Es moreno y buen mozo.

VALERIA

Si... pero afligido de un mal gusto sabiamente premeditado.

EL TÍO

Y el vizconde de Bourgueil?

VALERIA

Un falso devoto que le mezclaría (deslizaría) hiel al agua bendita.

EL TÍO

El señor Herbin?

VALERIA

Desafía a la caricatura...

EL TÍO

Pero es rico.

VALERIA

Menos que yo.

EL TÍO

Entonces, nadie te place?

VALERIA

Nadie.

EL TÍO (*pausa*)

Queda el nuevo propietario de Sausay.

VALERIA (*temblorosa*)

Vendieron el castillo de Sausay?

EL TÍO

Ayer.

VALERIA

Quién lo compró?

EL TÍO

El nuevo propietario se llama Jean Lécuyer. Debe andar por la treintena. Monta a caballo, y se encuentra —sin buscarlo— en todas partes.

VALERIA

Es todo?

EL TÍO

Todo lo que yo sé. Ah!... olvidaba: es moreno. Si deseas conocerlo, yo me encargo...

VALERIA

No.

EL TÍO

Entonces, qué decides?

VALERIA

No le daré mi mano sino a quien posea ciertas cualidades.

EL TÍO

Entonces, descríbemelo; para anunciarlo en los periódicos. Cómo debe ser?

VALERIA

Debe gustarme..

EL TÍO

Gustarte!... Si contestas: pasión, cuando te digo: matrimonio, a dónde iremos a parar? Ten cuidado de caer un día sobre algún astuto que esconda —bajo las perfecciones que exiges— defectos inconfesables...

VALERIA

Antes lo estudiaré.

EL TÍO

Ts, ts, ts! (pausa)

No has advertido las atenciones del señor Podensac?

VALERIA

Está lleno de deudas.

EL TÍO

Tienes dinero para dos...

VALERIA

Eso es lo que piensa él.

EL TÍO

Qué sabes tú?

VALERIA

Cayó en una de mis trampas.

EL TÍO *(indignado)*

No has renunciado aún a la táctica de las trampas?

VALERIA

Es mi sistema para estudiar pretendientes.

EL TÍO

Tú no los estudias: los espías. La menor broma es discriminada, verificada, analizada, disecada. Mides los silencios, atisbas las miradas, comentas las entonaciones, para —finalmente— desechar los postulantes, por indignos. No olvides que tienes treinta y siete años. No triunfarás siempre de tu acta de nacimiento.

VALERIA

Yo sé que atacan mi riqueza. Defendiéndola, me preservo.

EL TÍO

En fin, tendrás que decidirte algún día. Comienzas a pasar por una original... Y en provincia, no se permite ser extravagante.

VALERIA

Tengo por norma contar por nada a los imbéciles..

EL TÍO

Es necesario...

VALERIA

No puedo casarme con cualquiera.

EL TÍO

Quién habla de que te cases con cualquiera? (pausa)
Un ejemplo entre ciento: desesperaste a ese pobre André Vernet.

VALERIA

Me es difícil casarme con él... si murió...

EL TÍO

Murió porque le negaste tu mano. Te amaba.
Lo probó ya que no sobrevivió a tu rechazo.

VALERIA

Un pequeño chantaje al sentimiento, que falló.
Nada más.

EL TÍO

En suma, esa hipótesis te deja completamente fría?
Decididamente, el corazón te palpita en la cabeza...

VALERIA

Ciertos tahures se levantan la tapa de los sesos por una mala jugada.

EL TÍO (*con piedad*)

Pobre criatura extraviada!

VALERIA

No te inquietes por mi porvenir: está asegurado.

EL TÍO (*renuncia*)

Bien... muy bien.

VALERIA

Basta que yo me ocupe de él. Y me ocupo.
Tranquilízate.

EL TÍO

Perfectamente. (*pausa*)
Entonces, nada más tenemos qué decirnos?

VALERIA

Sobre este asunto? Nada.

EL TÍO (*pausa*)

Comerás con nosotros?

VALERIA

Con nosotros? Quiénes?

EL TÍO

Catalina y yo.

VALERIA (*agresiva*)

La había olvidado.

EL TÍO

Tranquilízate; no te la impondré. No tengo ningún interés en que tú malées ese fruto nuevo con el ejemplo de tu chifladura.

VALERIA (*irónica*)

Cuida a tu ángel, tío.

EL TÍO

Sí, un ángel.

VALERIA (*profética*)

El gusano busca penetrar en la pera.

EL TÍO (*sorprendido*)

En la pera?

VALERIA

Y la pera eres tú.

EL TÍO

La juzgas sin conocerla.

VALERIA

Habla? Respira? Vive? Es bastante para juzgarla.

TÍO

No comprendo.

VALERIA

Ella te abraza?

EL TÍO

Sí.

VALERIA

Te acaricia?

TÍO

Naturalmente.

VALERIA

Lo encuentras natural?

EL TÍO (*sorprendido*)

Pero...?

VALERIA

Es que no te has mirado?

EL TÍO

Cómo...?

VALERIA (*dándole un espejo*)

Mírate sin indulgencia. Aparte de tu dinero, tienes algún atractivo? Los setenta y cinco años que arrastras en ese sillón son atrayentes? No conservas el recuerdo de un abuelo idéntico a ti, hoy, al que tus padres te animaban a mimar a pesar de la repugnancia que te inspiraba, y —todo ello—, para lograr una herencia?

EL TÍO

Lo que dices es innoble.

VALERIA

Innoble porque es verdad.

EL TÍO

Eres un ser... un ser...

VALERIA

A quien no se engatuzan.. Y es esa muchacha, recogida en la plaza y recibida por caridad, quien... Desde cuándo está aquí?

EL TÍO

Desde hace cinco días.

VALERIA (*con admiración*)

Cáspita! Y qué rápida va! Ya es tiempo de que me ocupe de ello. Ahora me explico tu insinuación matutina. Tienes deseos de verme casada, a fin de poderte consagrar a la educación de la muchacha. Educación de buen papá que apoya sus consejos con tocamientos equívocos o con arrullos seniles.

EL TÍO (*escandalizado*)

Oooh!

VALERIA (*irónica*)

Ooooh!

EL TÍO (*indignado*)

Valeria!

VALERIA

No comprendes que es tu dinero lo que quiere?

TÍO

Por qué no habría de ser sincera?

VALERIA

Porque eres rico y ella es pobre. Los jóvenes no aman a los viejos, y los pobres no aman a los ricos... como no haya una razón para ello. Lo que digo, es por ti. No me hace hablar el interés. Tu dinero no será para mí sino un poco más de agua en el río. Reconócelo.

EL TÍO

Sí...

VALERIA

Pero lo que me acongoja es que te pongas en ridículo... y que los mismos a quienes haces bien se burlen de ti.

EL TÍO

Yo respondo por Catalina. Es un ser de selección.

VALERIA

Oh! Qué fuego!

EL TÍO

Confío en ella. Es culpa suya si debe afrontar hoy un destino en el que ella no interviene para nada? Por qué no darle una oportunidad?

VALERIA

Si es tu gusto. Déjate roer...

EL TÍO (*nervioso*)

Lo que más me irrita en ti, Valeria, es esa eterna desconfianza.

VALERIA

(*repentinamente conciliadora*)

Pero, si yo no quiero desconfiar! Si esa pequeña es realmente lo que crees, estoy dispuesta a amarla.

EL TÍO

Sinceramente?

VALERIA

Muy sinceramente. No desespero de encontrar, un día, el ser merecedor de mi confianza.

EL TÍO

Entonces, no la vayas a desconcertar, demasiado.

VALERIA

Envíamela. Jugaré con ella.

EL TÍO

Quieres verla a solas?

VALERIA (*riendo*)

Y qué temes?

EL TÍO (*tímidamente*)

Que le inocules tu opinión acerca de mi viejo esqueleto.

VALERIA (*riendo*)

Qué coquetería! (*cariñosa*) Le diré que eres una vieja momia muy simpática. (*lo abraza*)

EL TÍO

Me abrazas?... Vas a jugarme una mala partida...

VALERIA

Y, ahora, si quieres estar completamente irresistible, ve a rasurarte. Y, mientras tanto, envíame el ángel.

EL TÍO (*desconfiado*)

Estás muy impaciente por conocerla.

VALERIA

Me has hecho de ella tal retrato...

EL TÍO

Comienzo a lamentarlo.

VALERIA

Tienes miedo de dejarme sola con ella?

EL TÍO (*tras una vacilación*)

No. Tú vas a engatuzármela en un dos por tres...
Pero tengo curiosidad de verlo...

(el Tío hace girar su sillón rodante y desaparece) (queda inmóvil Valeria, un segundo. Parece reflexionar; luego va a su arcón; lo abre; inspecciona rápidamente su interior, y lo deja entreabierto. Hecho esto, pone oídos hacia la puerta; luego va a esconderse en los pliegues de las cortinas del baldaquín. Breve pausa. Empujan la puerta de entrada. Catalina aparece en el umbral. Mira; busca, y no viendo a nadie, se resuelve y entra a la habitación. Breve silencio. Catalina, confusa, tose para anunciarse. Nada se mueve. Creyéndose sola, cobra valor. Las manos tras la espalda, gira en su sitio, observando la alcoba con curiosidad. Su mirada se detiene en el arcón de hierro entreabierto. Va hacia el, y siempre con las manos tras la espalda, desliza una mirada en su interior. Valeria,, que la observaba, sale de su escondite y a espaldas de Catalina...)

- VALERIA
Busca alguna cosa?
- CATALINA
Aaaah!
- VALERIA
La asusté...?
- CATALINA
Yo no esperaba que... Miraba...
- VALERIA (*distraidamente*)
Es un arcón... Había olvidado cerrarlo.
Es usted Catalina?
- CATALINA
Sí.
- VALERIA
Yo soy Valeria. Están hechas las presentaciones.
(*analizándola*)
- Sí, sí... eso es.
- CATALINA
Qué, señorita?
- VALERIA
Como lo había supuesto. Quiero decir... es igual al tipo
que me había creado con su nombre. Nunca le ha
ocurrido poner... cómo decir? fisonomías a los
nombres?
- CATALINA
No; nunca.
- VALERIA
A mí, sí. Y no me equivoco jamás, es usted tal y como
la había imaginado, después de la conversación
que tuve con mi tío.
- CATALINA
Le habló de mí?

VALERIA

No habló sino de usted. Y sé muchas cosas...
estará usted muy contenta en San Lorenzo.

CATALINA

Así lo creo.

VALERIA

Y yo estoy segura. Además, la ayudaremos.
No tiene más que diez y ocho años?

CATALINA

Y ocho meses. Aparento más?

VALERIA

Un poco. Probablemente porque está usted
muy desarreglada. Una verdadera mujer...
simpática a primera vista, muy simpática.

CATALINA (*confusa*)

Señorita...

VALERIA

Llámeme Valeria... Espero que muy pronto nos
tutearemos. No es así?

CATALINA

Por mí... Es usted muy buena.

VALERIA

No. Yo no soy buena. Por lo menos, no lo soy
con todo el mundo. Ya se lo informarían...

CATALINA

No.

VALERIA (*incrédula*)

No? Está bien, muchas veces querría ser hasta injustamente buena. Pero... desconfío de mis simpatías... Acérquese. (*dándole palmaditas en la mejilla*)

Es usted muy linda. (*pausa*)

Quiere ver mi alcoba, no es cierto? Es bastante... rara... extraña.. Es mi lugar predilecto, mi refugio... Aquí lo hago todo: duermo, leo, pienso, recibo... Mi padre había arreglado esta alcoba, y a su muerte, hice traer aquí mi vieja cama... (*dulce*)

Un bello lecho, no le parece?

CATALINA

Tendría miedo de dormir en él.

VALERIA

Es medrosa?

CATALINA

No. Sólo que...

VALERIA

No la atraen los lechos? Todavía no... Este es el rincón de las devociones. (*riendo*)

No es usted cristiana...?

CATALINA

Sí.

VALERIA

Practicante?

CATALINA

Un poco.

VALERIA

Como la mayoría. Justamente lo preciso para mantener algunas relaciones para el futuro con Dios... Nunca se sabe! Y un poco de religión es una póliza de seguro contra el infierno.

(Catalina no deja de mirar el arcón con mucha curiosidad)

Un buen mueble, verdad? Al verlo en mi alcoba, podrían creerse muchas cosas... Que soy rica, por ejemplo. Es eso lo que ha pensado?

CATALINA

Como todo el mundo.

VALERIA *(con evidente satisfacción)*

Como todo el mundo. Importa menos poseer riqueza que hacer saber que se la posee, y esto aunque sea falso... Acérquese, mire. *(levanta la tapa del arcón)*

Un paquete de acciones. No son muchas y, no obstante, representan cien mil francos. Es mi dote. Es muy poco, verdad? Por eso me dedico a hacer circular rumores de que soy rica. Es mi manera de llegar a serlo realmente, algún día.

(bruscamente, llena de sospechas)

Quizás hago mal en contarlo... Decididamente, mis simpatías súbitas me traicionarán...

CATALINA

Oh! señorita! Piensa usted que yo...?

VALERIA

Llámeme Valeria. No se atreve?

CATALINA (*tímida*)

Todavía no.

VALERIA

(*poniéndole las acciones entre las manos*)

Tómelas, acarícielas y verá cómo a su contacto parecen que viven... Sí... Sí... los títulos bancarios viven, van y vienen, obran como personas. Qué digo? Mandan...! y hay que obedecerles. Ya lo verá cuando herede.

CATALINA (*sorprendida*)

Heredar? A quién?

VALERIA (*con naturalidad*)

Cómo a quién?

CATALINA

Yo no tengo de quién...

VALERIA

Qué no?

(*espontánea*)

Pues... y su padrino?

CATALINA (*sorprendida*)

Mi padrino?

VALERIA

Mi tío, claro!

CATALINA

No tiene ningún motivo para dejarme nada...

VALERIA

Puede hacerlo.

CATALINA

Oh!...

VALERIA

No es de la familia?

Muy lejana... CATALINA

No la quiere? VALERIA

Apenas me conoce... CATALINA

Hace cinco días. VALERIA

Es poco. CATALINA

El tiempo es lo de menos. Usted le gusta. VALERIA

Sí? CATALINA (*dichosa*)

E-nor-me-men-te. No lo había advertido? VALERIA

Un poco... CATALINA (*maligna*)

Sólo un poco? VALERIA (*insinuante*)

Cómo me agrada! CATALINA

La herencia? VALERIA

No... El afecto. En fin, que le guste a mi padrino... CATALINA

E-nor-me-men-te. VALERIA

Se lo ha dicho? CATALINA

En todos los tonos... VALERIA

CATALINA

De verdad?

VALERIA

Es natural. Debe gustar a todo el mundo, puesto que me gusta a mí...

CATALINA

De veras?

VALERIA

De veras.

CATALINA

Gracias... La vida no ha sido buena conmigo.

VALERIA (*compasiva*)

Pobre chica!

CATALINA

Cuando se es muy joven y muy desdichada... parece siempre como una injusticia. Ese gesto de mi padrino al querer encargarse de mí... Esta hospitalidad que recibo y que no esperaba... Mi llegada aquí... Mi padrino que, sin conocerme, desde el primer momento, fue tan cariñoso... usted misma, que se interesa por mí... Así... tan espontáneamente... No, yo no puedo explicarlo bien... Es muy tonto lo que le cuento?

VALERIA

Pero no va usted a llorar...

CATALINA (*llorando*)

Soy tan feliz.

VALERIA (*dulce*)

Sí, seguramente produce un choque saber súbitamente que está una cerca de la fortuna... y cuando se realiza..

CATALINA

Oh! No es precisamente eso...

VALERIA

No precisamente...?

CATALINA

No. El dinero, sabe usted...

VALERIA

Lo sé.

CATALINA

Hace mucho mal.

VALERIA

Cuando son los otros los que lo tienen.

CATALINA

Es raro eso que me dice...

VALERIA

Por qué?

CATALINA

... Yo no sé... pero parece que usted quisiera que yo amara el dinero...

VALERIA

El dinero es necesario como la respiración...

CATALINA (*convencida*)

Yo no lo creo.

VALERIA

Es evidente.

CATALINA (*soñadora*)

Depende de lo que se desee...

VALERIA

Se sabe alguna vez lo que se quiere?

CATALINA

Yo... yo si sé.

VALERIA

Ah!

CATALINA

En fin... Creo saber... Por lo menos lo que yo quisiera.

VALERIA

Y qué es...?

CATALINA

No, no me atrevo. No encontraría las palabras necesarias... para explicarme... después...

VALERIA

No tenga miedo... Espero comprenderla...

CATALINA

Es que... Nunca se lo he dicho a nadie.

VALERIA

Razón de más...

CATALINA

Yo soy una muchacha rara. Creo, por instantes, tener en mí *el demonio del bien*... Es como un vicio que ocultara... El no esperar en nada, los pobres, me atraen. Siento frente a ellos, una especie de humillación al saber que son más pobres que yo... En ocasiones aspiro a llegar a ser la más pobre... La única pobre. Merecer toda la compasión del mundo.

VALERIA

Efectivamente, es un vicio.

CATALINA

Todas las acciones buenas me conmueven. Por eso le estoy tan agradecida por acogerme, por olvidar lo pobre que soy...

VALERIA (*afable*)

Me gusta e-nor-me-men-te. Si lo quiere, seremos muy buenas amigas.

CATALINA (*impulsiva*)

Que si lo quiero!

VALERIA

No, mi pequeña, no hay que ser tan efusiva. Sobre todo aquí.

CATALINA

Aquí?

VALERIA

En esta casa. Yo también era como usted, tenía esa ingenuidad animal. Desgraciadamente, existía mi tío...

CATALINA

Mi padrino?

VALERIA

Oh! Es un hombre adorable y si no tuviese sus crisis...

CATALINA (*sorprendida*)

Sus crisis?

VALERIA

No lo sabía? Verdad es que, en cinco días...

(*confidencial*)

Es un poco maniático, eh?... a su edad...

(*tras una vacilación*)

En fin, sin conocerlo, por lo menos habrá oído hablar de él a sus padres?

CATALINA

Sí.

VALERIA

Entonces debe saber que está atacado por la enfermedad de la duda.

CATALINA

De la duda?... Duda de qué?

VALERIA

De todo.

CATALINA (*sorprendida*)

Parece tan espontáneo, tan franco... Su buen corazón parece estallar...

VALERIA

Su buen corazón es una trampa.

CATALINA (*aturdida*)

Una trampa?

VALERIA

Fácil de comprender, con malicia. Para probar los sentimientos de los presuntos herederos, les inspira confianza a base de caricias y mimos, ellos se confían y son más solícitos y cariñosos cuando saben por él que forman parte de su testamento. Una vez que lo ha comprobado sobreviene la crisis y todo ese amor demostrado se torna en hostilidad, rompe el testamento en que lo había incluido, así he contado veintitrés desheredados y es el enemigo fijo de sus propias obras, espía los menores movimientos, sufre ante la idea que él mismo creó y cuando desaparece

el heredero, torna a la normalidad y prepara para el siguiente, un nuevo testamento.

CATALINA (*aturdida*)

Es posible?

VALERIA

Mis reclusiones periódicas son la prueba. Piensa que me encierro sin motivo? No... Sólo que, cuando siento venir la crisis, me refugio...

CATALINA

Y bien?

VALERIA

Desde hace algunos años, desbarato sus trampas... Necesita un nuevo conejo de laboratorio... Por eso la hizo venir...

CATALINA (*incrédula*)

Ooooh!

VALERIA

Estuvo expansivo? Le hizo confidencias?

CATALINA

Sí...

VALERIA

Tiene la impresión de haberlo conquistado?

CATALINA

Al parecer...

VALERIA

Le habló de vuestro porvenir?

CATALINA

Sí.

VALERIA

Le dijo que estaba segura, que él velaría por usted? Dentro de poco le dirá que es usted su heredera universal, por lógico agradecimiento redoblará usted sus atenciones, so pena de parecer ingrata. Al comprobarlo, la crisis que antes le dije... Pero qué cara es ésa... No tema nada. Antes de esto, habrá una verdadera persecución, pero no tenga miedo, se refugia usted en mi torre y quedará burlado.

CATALINA

Pero, y si se enfada?

VALERIA

Nunca hasta agotar su último recurso.

CATALINA

Y cómo sabré?...

VALERIA

Conceda usted poco a poco, con reservas, que él no advierta interés...

CATALINA

Pero si no lo tengo.

VALERIA

Hará como si lo creyera... Siendo atenta, tierna pero poco demostrativa. El por el momento se indignará, le pedirá explicaciones, con mimo rehúyalas. El juego debe ser hábil. Me lo promete?

CATALINA

Prometido.

(se oye tocar una campana)

VALERIA

Decididamente, creo que nos entenderemos.

(nueva campanada más imperativa)

Quién puede llamar así?

CATALINA

Es la campana de la puerta.

VALERIA

No es ninguno de aquí. Las gentes de San Lorenzo entran por la puerta pequeña. *(miran por la ventana)*

Quién es?

CATALINA

Un señor que ya se ha presentado dos veces desde que llegué.

VALERIA

Qué deseaba?

CATALINA

Dejó su tarjeta.

(la puerta se abre y el tío aparece silenciosamente y viendo a Catalina cerca de Valeria habla)

EL TÍO

Enhorabuena!

VALERIA

(hace como si se sobresaltara)

Ah! Estabas allí?

EL TÍO

Llego ahora.

VALERIA

Surges *(rectificando)* *(a Catalina)*
sobre ruedas silenciosas... En realidad es encantadora esta pequeña. Por una vez has tenido una idea feliz.

EL TÍO (*a Catalina*)

No te has roto nada? El diablo de mi sobrina no te ha sacudido demasiado?

CATALINA

Valeria ha sido muy bondadosa.

EL TÍO (*silbido de admiración*)

Y la llamas ya Valeria?

VALERIA (*amable*)

Se lo pedí.

EL TÍO

Encantado! Sorprendido, pero encantado.
Felicitaciones, Catalina! El resultado es inesperado.

CATALINA

Qué resultado?

VALERIA

Su padrino la felicita por encontrarla con vida después de haber estado en la jaula de la fiera. (*al Tío*)

No es así?

EL TÍO

Yo sabía que mi ángel tenía alas para escapar de tus garras.

VALERIA

(*al Tío*) Está seguro: tu terreno ha sido respetado.
No perseguimos la misma caza.

(*Catalina oye este torneo con sorpresa*)

Catalina es tu descubrimiento y te pertenece.

EL TÍO

Gracias por dejármela.

VALERIA

Derecho de prioridad.

EL TÍO (riendo)

Condenada picarona!

(a Catalina)

No le hagas caso. Peleamos en broma.

(a Valeria)

Verdad que es preciosa?...

VALERIA

También a mí me lo parece.

EL TÍO (a Catalina)

Ven a besarme, hijita.

(Catalina va de mala gana y al pasar frente a Valeria, cambia un guiño con esta. Luego abraza al Tío rápidamente, bajo la mirada satisfecha de Valeria)

Oh! Oh! No es muy ardiente ese beso...

VALERIA

Y por qué todos esos besos intempestivos? Por qué no esperar, simplemente, a que ella desee caer en tus brazos? Perderás quizá en cantidad, pero ganarías en calidad.

EL TÍO

(escruta con sorpresa la actitud de Catalina confusa y distante)

Y eso qué quiere decir?

VALERIA

Que mis previsiones son siempre mejores que las tuyas.

EL TÍO

Qué?

VALERIA

Tengo buen olfato.

EL TÍO

Explica...

VALERIA

Que Catalina no desea esa constante demostración de afecto traducido en afectuosas y empalagosas caricias.

EL TÍO

Ah! Esa, es obra tuya.

VALERIA (*satisfecha*)

Y no te parece buena?

EL TÍO (*a Valeria*)

Bravo! Buen trabajo. Bien lo había previsto... Pero no imaginaba un resultado tan perfecto y tan rápido...

(*a Catalina*)

Qué te dijo?

CATALINA (*incómoda*)

Nada.

EL TÍO

Mientes ya?

CATALINA

Nooo...

EL TÍO

Sí; mientes con tu silencio.

(*Valeria tiene a Catalina bajo sus miradas*)

CATALINA (*en suplicio*)

No tengo nada que decir, le aseguro...

EL TÍO

Ahora ya no me tutéas?

VALERIA

No la atormentes, es pronto aún. Dime quién llamó hace un momento.

EL TÍO

Qué? Ah, sí... olvidaba. Te buscaban.

VALERIA

A mí? Quién?...

EL TÍO

Alguien que desea verte. Lo recibes?

VALERIA

No.

EL TÍO

Bien.

(a Catalina)

Tú y yo tenemos que aclarar este cambio de temperatura. (sale)

CATALINA

Está enfadado.

VALERIA

Eso se arreglará.

CATALINA

Y si insiste, qué le debo decir?

VALERIA

Invoque usted nervios... vergüenza delante de mí... en fin, algo de ese género. También le queda otro recurso...

CATALINA

Cuál?

VALERIA

El volver a la primera actitud.

CATALINA

Después de lo que ya sé? Me da miedo.

VALERIA (*adorable*)

Niña! Me ocuparé de usted. (*golpean a la puerta*)
Adelante...

JUAN (*saludando*)

Señorita... señoritas... Ustedes perdonen...

VALERIA

Quién es usted, señor? Y quién le ha autorizado?

JUAN

Mi nombre es Juan Lécuyer, y el señor Saint-Clair, su tío, me dijo que usted me esperaba.

VALERIA

Cómo? Quiere repetir...

JUAN

Mi nombre es Juan Lécuyer y fue el tío de usted quien

VALERIA

Quien qué?

JUAN

Quien me dijo que... En fin, quien me autorizó a...

VALERIA

A llegar hasta aquí?

JUAN

Sí... Y ante mi indecisión, él insistió.

VALERIA

Por qué?

JUAN (*desarmado*)

Pues por...

VALERIA

Yo no tengo la costumbre de hablar con desconocidos.

JUAN

Yo no soy, por lo menos yo no creía ser, para usted un desconocido.

VALERIA

Por qué?

JUAN

Porque somos vecinos.

VALERIA

Y eso es todo

JUAN

El título es insuficiente, ya lo sé, pero además, creía que mi nombre no le sería tan extraño, porque el otro día el farmacéutico me nombró delante de usted. Al día siguiente de esto, le dejé mi tarjeta como corresponde y autoriza la vecindad. Días después, volví y fui gentilmente recibido por su tío y esta señorita, pero sin lograr verla a usted. Y esta mañana por casualidad, pasaba a caballo y ...

VALERIA

Y por qué esa insistencia en conocerme?

JUAN

Nuestras propiedades son limítrofes, y ...

VALERIA (*examinándolo*)

... mi buen tío le dijo que yo lo recibiría?

JUAN

Así fue.

VALERIA

Oh! Es un viejo bromista y mentiroso.

JUAN

Ya lo he visto, ya, acepte usted mis excusas y permítame retirarme.

VALERIA

Y ya para qué, entremos en conocimiento. Tiene usted una de sus tarjetas?

JUAN (*sorprendido*)

Sí

VALERIA

Démela.

(*Juan obedece*)

Gracias. Mis anteojos, Catalina...

CATALINA (*sorprendida*)

Sus anteojos?...

VALERIA

Sí, sobre la mesa.

CATALINA

Aquí están.

VALERIA

Gracia (*se coloca los anteojos y examina la tarjeta muy de cerca*)
De modo que es usted el nuevo propietario de Sausay?

JUAN

Sí señorita.

VALERIA

Bello castillo. Si hubiera tenido manera de adquirirlo lo hubiera hecho.

JUAN

No es una simple galantería, señorita, pero hágame el honor de considerarlo como suyo. Y me sentiría honradísimo con que visitaran mi casa.

VALERIA

Es usted muy amable...

JUAN

No, precisamente, egoísmo más bien, ya que esta invitación encierra un interesado deseo de...

VALERIA

De buena vecindad, ya lo ha dicho.

(un silencio embarazoso)

Catalina, quiere tener la amabilidad de llevar un vaso de... no importa de qué, allí a la galería.

JUAN

Yo también se lo suplico señorita.

VALERIA

Hablemos claro. Mi tío está en complicidad con usted.

JUAN

Le ruego que me perdone.

VALERIA

(la mano en la oreja haciendo campana)

Cómo dice?

JUAN *(en voz alta)*

Que me disculpe...

VALERIA

Ah! Sí! Perdón, pero a veces oigo mal... Le quiero probar a mi tío, que con respecto a bromas, yo las sé dar mejor. Catalina, le ruego que nos deje. *(Catalina sale)*
No es esto lo que quería? Quedarse a solas conmigo. Lo comprendí. Quiere usted decirme algo?

JUAN

Sí, señorita.

VALERIA *(indicándole un asiento)*

Tome asiento.

JUAN

(avanzando hasta el centro de la alcoba y señalando la ventana)

Tiene la casa una vista magnífica.

VALERIA

Sí?

JUAN

(sus respuestas son automáticas, se encuentra en situación muy incómoda)

La ventana da al Loira...

VALERIA *(examinando a Juan)*

Sí...

JUAN

Tiene usted un tío encantador, muy alegre...

VALERIA

Desde luego, pero menos agradable de ver que Catalina... pero es simpático. *(pausa)*
Porque Catalina le gusta, no es verdad?

JUAN

Quién?

VALERIA

Catalina. Es excepcional... rara en estos tiempos.

JUAN (*cortés*)

Es posible... Discúlpeme, estoy cohibido, idiota.

VALERIA

Es muy natural.

JUAN

Le parece?

VALERIA

Claro.

JUAN

Pero no siempre soy así.

VALERIA

Lo creo.

JUAN

Yo quisiera que comprendiera usted el motivo de mi insistencia por conocerla.

VALERIA

Lo comprendo... Desde su entrada, tuve la evidencia.

JUAN (*encantado*)

De veras?

VALERIA

Sí. Por eso hice que Catalina se retirara. Porque, si no me equivoco, ella ignora también el objeto de su visita.

JUAN

Sí.

VALERIA (*enternecida*)

Es muy linda!

JUAN

La señorita Catalina? Sí... y sobre todo muy joven.

VALERIA (*utilizando las palabras de su tío*)

No es mujer sino en promesa... pero qué promesa.
Es un ser en flor.

JUAN

La quiere usted mucho?

VALERIA

Más que a mí misma. Siempre me atrajeron la belleza,
la salud, y ella está tan admirablemente dotada...
Un cuerpo lleno de una juventud palpitante,
tensa como un botón que ya va a reventar...
Será una soberbia mujer. No es así?

JUAN

Lo creo.

VALERIA (*riendo*)

Por lo demás... No veo por qué le digo esto...
Usted lo sabe mejor que yo.

JUAN

Por qué?

VALERIA

Porque a un hombre como usted no pueden
escapársele esos detalles.

JUAN

(*mirando a Valeria, como si no la escuchara*)

Es posible...

VALERIA

Y rica, además. Unica heredera de su padrino.

JUAN (*que no le ha puesto atención*)

Cómo?

VALERIA

Digo que rica además.

JUAN

Ah sí!

VALERIA

Soy yo la sorda o es usted quien no oye?

JUAN (*sorprendido*)

Sorda?

VALERIA

Cuando hace calor del oído izquierdo. Venga a mi derecha. Siéntese. La querida pequeña! Estoy muy contenta con ella!

JUAN

(*cortesmente, sin comprender*)

Ah!

VALERIA

Lo comprendí inmediatamente.

JUAN

Comprendió, qué?

VALERIA

Que está usted enamorado. Nadie mejor que una solterona para adivinar los secretos de los jóvenes.

JUAN

Solterona, usted?

VALERIA

Así es.

JUAN (*vehemente*)

Yo no puedo permitir..

VALERIA

Protesta usted por cortesía, pero eso no impide que sea una solterona...

JUAN

En absoluto.

VALERIA

Dejemos eso. Le ruego no me interrumpa porque mis ideas se embarullan muy fácilmente.

JUAN

Perdóneme.

VALERIA

(se pone los anteojos y... tomando la tarjeta)

El señor de Sausay, desea casarse.

JUAN

Cómo lo ha adivinado usted?

VALERIA

Intuición. Ella apareció, sintió usted el flechazo como se dice en las novelas. Gritó: es ella! Y el corazón tumultuoso, al galope de un impetuoso corcel viene a depositar corazón y riqueza a los pies de la elegida. No es eso?

JUAN (fugoso)

Precisamente, eso.

VALERIA

Chist! No me interrumpa. Hay un pequeño inconveniente. Mi tío asegura que en los matrimonios debe haber igualdad en los bienes y la dote que ella recibirá...

JUAN

La dote?

VALERIA

La que mi tío me tenía señalada, pero qué puedo hacer con una dote, a mi edad?

JUAN

A su edad?

VALERIA

Tengo treinta y siete años, casi treinta y ocho, tengo dolencias, manías y aunque digan otra cosa las gentes de aquí, sólo tengo una pequeña renta vitalicia. *(riendo)* Pero a usted que puede importarle todo esto...

JUAN

Señorita, estamos en pleno malentendido...

VALERIA

Es posible?

JUAN

La señorita Catalina es encantadora, hasta posee ciertamente las cualidades que usted le atribuye y que, por mi parte, no había notado... es decir, no había notado todavía; pero...

VALERIA *(la mano en la oreja)*

Quiere hablar un poco más alto y más... claramente... perdón... pero mi oído...

JUAN *(lentamente)*

Decía que no amo a la señorita Catalina.

VALERIA *(la mano en la oreja)*

Cómo?

JUAN *(en voz alta)*

No amo a la señorita Catalina.

VALERIA

Oí bien, pero creí haber entendido mal. Por qué no la ama?

JUAN

Porque no puedo.

VALERIA

Entonces, por qué ha dejado usted que yo entendiese...

JUAN

No me ha dado tiempo de hablar.

VALERIA

No comprendo nada, absolutamente nada. No obstante, cuando hablé del flechazo, del deseo de contraer matrimonio...?

JUAN

Lo aprobé.

VALERIA (*estupefacta*)

Quiere casarse?

JUAN

Lo deseo con toda mi alma.

VALERIA

Pero con quién?

JUAN (*levantándose*)

Señorita, tengo el honor de pedir su mano.

VALERIA

Mi mano!

JUAN

Sí señorita: Quiere usted casarse conmigo?

VALERIA

Para qué?

JUAN

Cómo que para qué?

VALERIA (*estallando de risa*)

Esto sí que es cómico.

JUAN

El que quiera que se case conmigo?

VALERIA

Naturalmente. No tengo nada que seduzca a un hombre: ni riqueza... y ya, ni juventud.

JUAN

Señorita...

VALERIA

Esta es una nueva jugada de mi tío, quien seguramente está detrás de la puerta muerto de risa. Usted verá...

(*abre la puerta*)

No, nada, nadie!

(*volviendo a Juan*)

Entonces?...

JUAN

No entiendo su modo de proceder, señorita. No es culpa mía el sentimiento que desde el primer día experimenté.

VALERIA

Un sentimiento?

JUAN

Irresistible.

VALERIA

Sólo con verme? Y por qué?

JUAN

Porque, viéndola, ví el amor.

VALERIA

Qué lástima saber que miente.

JUAN

No!

VALERIA (*que lo espía*)

Entonces, le gusto?

JUAN

Sí.

VALERIA

Pero desde cuándo, dónde?

JUAN

Qué importa el tiempo ni el lugar. Mi único deseo es tenerla en mis brazos y poder decirle cerca, muy cerca, todas mis esperanzas e ilusiones.

VALERIA (*divertida*)

Dígalas.

JUAN

No estáis tan cerca como yo quisiera, y aún estándolo, no sabría decirlas... Todo lo olvidé. Ya no sé que era ayer, ignoro lo que será mañana. Estoy aquí junto a usted y empieza a hacerse realidad mi sueño.

VALERIA (*burlona*)

Estoy por creerlo.

JUAN

Debe usted creerlo. La amo.

VALERIA

Amarme? Cómo? Por qué?

JUAN

Desde que la ví no pienso sino en usted. Compré el castillo de Sausay sólo por estar cerca de usted.

VALERIA (*ríe*)

Delicioso.

JUAN (*dolido*)

Me he conducido como un imbécil. Nunca supe hablar a las mujeres.

VALERIA (*irónica*)

No opino lo mismo.

JUAN

Seguramente ha resultado absurda y ridícula mi petición.

VALERIA

No. Es original. Las peticiones originales valen mucho más. Son más sinceras.

JUAN

Aún burlándose es usted atrayente, bella, muy bella.

VALERIA

No lo crea. Míreme mejor. (*poniéndose los anteojos*)
A los cuarenta y dos años.

JUAN

Treinta y siete dijo usted.

VALERIA

Por coquetería. Pero cuarenta y dos... Qué me queda ahora, si dejé huir mi juventud.

JUAN

Reténgala.

VALERIA

Y cómo retener la juventud?

JUAN

La juventud no es asunto de edad. En ocasiones la vida no se mueve durante días, meses, y luego bruscamente puede vivirse años en una hora o dos.

VALERIA

Sí... es posible.

JUAN

En toda edad puede vivirse la juventud.

VALERIA (*soñadora*)

Tal vez.

JUAN (*apremiante*)

Sólo que, cuando pasa uno de esos minutos hay que cogerlo... No ha experimentado alguna vez la sensación de que la vida es muy corta, que quizás no nos queda más que una hora o dos por vivir y que uno no lo sabe... No ha sentido usted nunca esa angustia? Como si sintiera que falta el tiempo para abrazar toda la exaltación, la aventura y el amor que contiene la existencia...

VALERIA (*conquistada*)

Sí... sí...

JUAN (*apremiante*)

Entonces?

VALERIA

Sí... Quizás... Cuando se presenta una ocasión así, sería locura no dejarla siquiera que se presente.

JUAN (*enajenado*)

Ah! Señorita!... Eso quiere decir...

VALERIA

No sé por qué hago lo que hago.

JUAN

No trate de averiguarlo. Llegue usted al momento sin pensarlo.

VALERIA

Para qué... *(muy desamparada)*
Únicamente quisiera adivinar qué sentimiento lo guía!

JUAN

No lo piense... El acaso, la fatalidad, el destino, son mucho más fuertes que nosotros! Yo los ayudo... hago de ellos mis aliados. Por eso yo no los temo. Hay que hacer como yo, señorita, y tenga confianza en ellos.

VALERIA

Que vehemencia. Pero... esperemos el tiempo indispensable para conocernos...

JUAN

Pero, señorita...

VALERIA

Es indispensable. Hay que obrar según la razón. Y, sobre todo, que nadie sepa, lo entiende. Nadie, ni mi tío. Me lo promete?

JUAN

Prometido.

VALERIA

Para yo tener la seguridad de mis pensamientos,
haga usted una cosa...

JUAN

Qué cosa?

VALERIA

La corte a Catalina.

JUAN (*estupefacto*)

Cómo?

VALERIA (*natural*)

Para despistar la atención. Y luego que ella es tan
linda! La comparación no puede sino ayudarlo a ver
claro, a que vuestros sentimientos elijan bien...

JUAN (*enajenado*)

Mis sentimientos ya han elegido.

VALERIA

De todos modos hay que ponerlos a prueba.

(*llaman a la puerta*)

JUAN

Como usted quiera.

VALERIA

Así, así... Adelante.

CATALINA

Mi padrino espera. Ha hecho preparar un coctel en la
galería.

VALERIA

Vaya usted. Me reuniré con ustedes al momento.

JUAN (*inclinándose*)

Como usted quiera, señorita.

(*sale*)

CATALINA

Mi padrino está encantado con lo que sucede.

VALERIA

Y hay motivo. Sabe usted a lo que ha venido este señor?

CATALINA

No.

VALERIA

A pedir su mano.

CATALINA (atontada)

Mi mano?

VALERIA

La adora y es rico, muy rico. El príncipe encantado, o algo así. La suerte ha llegado. Corra y no la deje escapar, la felicidad está allí.

(Catalina sale estupefacta. Valeria cierra la puerta. Escucha un momento. Luego vuelve, a pedir un número al teléfono)

VALERIA

Bueno... bueno... El señor Notario Raguet?... Valeria Saint-Clair. Muy bien, señor Notario y usted? Es para una investigación... Sí, rápida y confidencial... Anote. Necesito datos de un sujeto llamado Juan Lécuyer... Del Castillo de Sausay, sí... De dónde viene?... Quién es él?... Familia... Antecedentes... Como de costumbre... eso... Cuento con usted? ... Gracias, Raguet... Hasta pronto...

(Cuelga el teléfono. Va a la mesa, donde quedó su bolso. Lo toma, lo abre, echa en él la tarjeta de visita de Juan, saca su polvera, se examina atentamente y después de una mueca satisfecha, guarda la polvera en su bolso que coloca bajo su brazo. Después de una

última mirada a su arcón, se dirige hacia la puerta y sale mientras que cae el telón)

SEGUNDO ACTO

En la misma casa. Saloncito contiguo a la alcoba de Valeria. A la izquierda primera, puerta que conduce a la antecámara y resto de la casa. Segunda izquierda chimenea de campana. Frente a esta una mesa de teléfono y recado de escribir, un alto sillón con taburete. A la derecha de la chimenea otro sillón de diferente estilo y un chaiselongue. Al fondo una gran ventana que da al Loira. Es un conjunto austero, pero extraño. El fuego arde en la chimenea. Muebles diseminados. Primera derecha arco por el cual se ve la alcoba de Valeria. Primeras horas de la tarde. En escena Valeria y Catalina.

VALERIA

No la creo.

CATALINA

Está usted equivocada.

VALERIA

Es extraño...

CATALINA

Por qué?

VALERIA

Porque había supuesto que usted amaba a mi marido, o por lo menos que Juan le interesaba. En fin, admitamos que me equivoqué. De todos modos...

CATALINA

Qué?

VALERIA

Bien podía confesármelo. En el corazón no se manda, pero al mismo tiempo puedo asegurar que aún, no hay nada entre ustedes.

CATALINA

Seguramente.

VALERIA

No lo afirme tan categóricamente. Puede que no sea amor, pero sí una inclinación, una simpatía... (pausa)
Por qué calla?

CATALINA

Porque sería inútil cuanto dijera para convencerla.

VALERIA

Convencerme cuando he visto lo solícito y complaciente que es con usted...

CATALINA

Eso, es posible.

VALERIA

Mi marido está enamorado de usted, sin darse cuenta de ello tal vez, pero es de usted de quien está enamorado.

CATALINA

Y eso le complacería?

VALERIA

Me advertiría.

CATALINA

Yo la informaré. Juan... (duda)

VALERIA (con persuasión malsana)

Juan...?

CATALINA

Su marido parece interesarse por mí, y no se me acerca sino elegantemente vestido, sonrío como si anunciara una marca de dentífrico, me ofrece bombones, hace frases espirituales.

VALERIA
(con sádico placer)

Lo reconoce.

CATALINA
Con alegría. Sólo que desde el momento en que estamos solos la sonrisa cesa, la espiritualidad desaparece y guarda en su bolsillo los bombones que me iba a ofrecer. Si eso es estar enamorado...

VALERIA
No le habla de amor?

CATALINA
Cuando usted interviene en la conversación.

VALERIA
En resumen...

CATALINA
Usted deduzca.

VALERIA (irónica)
No es difícil. Para usted sus atenciones. Para mí, el amor.

CATALINA
(con tono de incredulidad ingenua)
Indudablemente.

VALERIA
Procedimiento curioso.

CATALINA
Yo soy la chispa que él utiliza para encender su fuego, Valeria...

VALERIA
Yo no tengo fuego.

CATALINA
Eso es verdad. Usted se consume, si no por alguien, por algo.

VALERIA

Qué quiere decir con eso?

CATALINA

Que de todos los que la conocen, yo soy la única que la ha comprendido.

VALERIA

Luego... No ama usted a Juan?

CATALINA (*suavemente*)

Lo detesto.

VALERIA

Entonces debe usted poner fin a ese... juego, llamémosle así, que a nada bueno puede llevar.

CATALINA

No es a mí, sino a su marido a quien se lo debe usted decir. (*suenan campanillas*)

VALERIA

Ahora mismo. Es él.

CATALINA

(que se ha asomado a la ventana)

No, es el Notario Raguet.

(Pausa en la que ambas se miran.. Valeria intrigada y perversa, Catalina ingenuamente diabólica. Entra la criada precediendo al Notario Raguet)

RAGUET

Buenas tardes, señora Lécuyer.

VALERIA (*con enfado*)

Nunca se me ha llamado tanto señora Lécuyer. Le tengo aversión a ese apellido.

RAGUET

Pero...

VALERIA

Mi nombre es Valeria, llámeme así. Qué le trae por acá.

RAGUET

Acabo de concluir un negocio con la buena señora Fleury, su vecina y he aprovechado para...

VALERIA

La señora Fleury? Esa vieja idiota?

RAGUET

Le ha hecho algo?

VALERIA

Mucho. Había unos pajarillos que venían a mi jardín, que cantaban para mí, pues ella se los ha llevado al suyo por el estiércol de su caballo.

RAGUET

Pues si usted hubiera reemplazado ese estiércol con migas de pan, seguramente los pajarillos hubieran seguido prefiriendo su jardín.

VALERIA

Pan?... Una cosa que cuesta dinero para animales que no son de una?...

(una mirada de inteligencia entre el Notario y Valeria. Esta cambia de tono)

Catalina, tiene la amabilidad de ir a la bodega y traer una botella de vino.

CATALINA

Deme usted la llave.

VALERIA

(de su bolsa extrae un puñado de llaves, busca una y se la entrega)

Tome. Y también traiga un plato con dos o tres galletitas, ya sabe usted de cuáles.

CATALINA

Sí. Deme usted la llave de la alacena.

(nueva búsqueda de Valeria quien al fin entrega otra llave. Con gran sorna)

No se equivoque de llave.

VALERIA

(una pequeña reacción que le permite observar las que tiene en la mano)

Por qué?

CATALINA

Por nada.

(sale por la izquierda)

RAGUET

Por mi no se moleste...

VALERIA

Es para alejarla un momento...

RAGUET

Ah!...

VALERIA

(con el rostro iluminado por la curiosidad)

Y ahora dígame: Qué ha encontrado con respecto a la herencia de mi difunto tío?

RAGUET

Nada.

VALERIA

(sin poder dominar su interés)

Cómo? Murió ocho días después de mi matrimonio, de esto hace seis meses. Tiempo ha tenido usted para indagar donde fue a parar la herencia.

RAGUET

Por más que he buscado, nada.

VALERIA

Seguramente ha buscado mal.

RAGUET

Le aseguro...

VALERIA *(categórica)*

No. Estoy absolutamente convencida de que mi tío poseía dinero en efectivo.

RAGUET

No obstante, el día del acta de inventario se buscó por todas partes, todo se registró, se levantó, se tocó, se examinó... Recuerdo, ni el ebanista que vino de París especialista en muebles con escondrijos, encontró nada.

VALERIA

Razón de más para pensar que lo había y quizás en el sitio menos sospechoso.

RAGUET

En todo caso, si había dinero en efectivo, no estaba en la casa. Además, recuerde que a petición suya todo quedó debidamente sellado.

VALERIA

Sin duda demasiado tarde. Ya estaba dado el golpe.

(Silencio)

Y el resultado de vuestras averiguaciones en los bancos?

RAGUET

Nulas.

VALERIA

En fin, de todos modos, las operaciones de bolsa dejan huellas...

RAGUET

Generalmente. Pero hay una operación, una sólo, que no deja huellas.

VALERIA

Cuál?

RAGUET

Los valores al portador. Esos no dejan ninguna huella.

VALERIA

Y...?

RAGUET

Si así ha sido... corra usted tras ellos.

VALERIA

Entonces nada se puede hacer?

RAGUET

Nada.

VALERIA

Otro fracaso, Raguet. El primero, la falta de informes periódicos de mi marido y por ello cometí la locura de casarme.

RAGUET

Permítame usted, en lo que concierne a su marido, reconozco no haber podido descubrir a qué rama de los Lécuyer pertenece. Pero en parte es culpa suya señora, por no haber tenido paciencia. Yo soy un notario, no un detective profesional...

VALERIA

Sé, Raguet, que tengo mi parte de culpa como la tuvo mi difunto tío, quien me afirmó...

(bruscamente se pone a escuchar)

RAGUET

Yo estoy...

VALERIA

Chist.

(sin ruido va a abrir la puerta del primer plano y se dirige a alguien, invisible)

Qué hacen allí... No me gusta que nadie se quede solo cuando no estoy allí para vigilar. Fuera...

(cierra la puerta y retorna)

RAGUET

Quién era?

VALERIA

Mi criada de confianza. Pero, volvamos a la sucesión.

RAGUET

A este propósito, permítame una pregunta. Por qué se obstina en creer en la existencia de suma o valores fuera del testamento?

VALERIA

Porque el testamento era demasiado a mi favor para ser cierto. La verdad no es nunca tan sencilla. A más, si mis cálculos son exactos —y lo son—, mi tío debía poseer el doble de lo que me dejó. Entonces... qué se hicieron esos tres millones...? Porque se trata de tres millones.

RAGUET

Qué cree usted entonces...?

VALERIA

Creo en secretas disposiciones tomadas por mi difunto tío.

RAGUET

A favor de quién?

VALERIA

De Catalina.

RAGUET (*incrédulo*)

De ella...?

VALERIA

La virtud calcula mejor que el vicio. Y desde hace un año que está ella aquí, mi impresión se ha confirmado. Pero Chist... la oigo que sube de la bodega, que cierra la puerta...

RAGUET (*admirado*)

Qué oído tan fino tiene usted...

VALERIA

Cuando es necesario.

RAGUET

Yo creía que, al contrario...

VALERIA

Mi miopía y mi sordera me son muy útiles... Chist!...
Aquí está. *(Catalina entra con una gran fuente)*
En qué va el asunto Grampére?

RAGUET

Piden plazo...

VALERIA

No. Necesito recobrar mi dinero.

RAGUET

Proponen entregar una nueva letra.

VALERIA

Yo no colecciono autógrafos.

RAGUET

Dentro de algunas semanas podrán vender la cosecha
y pagar para detener las diligencias de cobro judicial...

VALERIA

Demasiado tarde...

RAGUET

Es que... los pobres...

VALERIA

Yo hago negocios... Nada de sentimentalismo.

(en voz baja)

A propósito, tiene papel sellado en blanco,
para una donación?

RAGUET *(en voz baja)*

Sí, ya lo creo. Va usted a hacer un donación?

VALERIA (*en voz baja*)

Eso no le importa, por el momento... (*en voz alta*)

Pero debo darle también el legajo Perthuis. Venga un momento a mi habitación. Volveremos, Catalina.

(*saliendo*)

Pase, Raguet.

(*a Catalina*)

Mis llaves, por favor.

(*con indefinible sonrisa, Catalina se las entrega. Valeria advierte la sonrisa de Catalina*)

Le parece gracioso?

CATALINA

Mucho.

(*Valeria sale bruscamente. Sola Catalina, arregla las tazas en la gran fuente. Pausa larga. Bruscamente se abre la puerta que da al exterior. Aparece Juan, con botas todavía, pero ya su apariencia se acerca más a la del gentleman-hacendado que a la del dandy del primer acto*)

JUAN

Buenos días, Catalina. Está usted sola?

CATALINA

Ya lo ve.

(*silencio*)

Lo lamento.

JUAN

Qué?

CATALINA

Estar sola.

JUAN

Me gusta siempre charlar con usted.

CATALINA

Pues bien, charlemos.

(*silencio*)

JUAN

No está aquí Valeria?

CATALINA

Ya lo ve. A menos que esté debajo de la mesa. *(pausa)*
Creo que está en su alcoba.

JUAN

Está sola?

CATALINA

Casi. Está con el Notario.

JUAN

Raguet.

CATALINA

Sí. *(silencio)*
A propósito, hablaba de usted con su esposa.

JUAN *(encendiendo su pipa)*

De qué?

CATALINA

De un tema molesto. Valeria quiso hacerme confesar
que nosotros estábamos enamorados.

JUAN *(sobresaltado)*

Cómo?

CATALINA

Tranquilícese. Ni me ama, ni le amo. Por lo demás,
le dije la verdad a Valeria.

JUAN

Qué verdad?

CATALINA

Que esas inclinaciones que usted demostraba por mí,
eran solamente provocaciones a sus celos, y con ellas
atraerla hacia usted.

JUAN

Le ha dicho usted eso?

CATALINA

Ni más ni menos y ella opina que esta farsa debe terminar. Y yo soy la encargada de decírselo.

JUAN

No entiendo su actitud, Catalina, y quiero una explicación.

CATALINA

Por mi parte sólo una advertencia.

JUAN

La espero.

CATALINA

No juegue usted con fuego.

JUAN

Qué quiere usted decir?

CATALINA

Que las cosas que aquí pasan contienen tal carga explosiva que es peligroso jugar con ellas.

JUAN

Al contrario, sigamos, no tengo miedo.

CATALINA (*irónica*)

Es usted un héroe, lo sé. El haberse casado con Valeria es una prueba de heroísmo!

JUAN

Hable claramente.

CATALINA

No quiero retrasar por más tiempo, una noticia que le hará feliz. Valeria está celosa.

JUAN

Qué?

CATALINA

Estará usted loco de alegría, verdad?

JUAN

Pero, no comprendo bien, Catalina. Es usted quien me habla así?

CATALINA

Se cambia en un año, verdad...? Al principio, creí soñar... luego quise comprender y no equivocarme... Y he esperado... y, poco a poco he ido comprendiendo... Luego he querido saber más... He querido saberlo todo... y ahora ya sé!

(pausa)

He visto cosas increíbles... Usted se mostró gentil, muy gentil... En cuanto a ella... ella ha sido extraña... única. A tal punto que me inquietaba... por usted... Por un momento temí que fuera usted devorado por ella.

JUAN

Devorado?

CATALINA

Y, eso, no lo quería yo.

JUAN

Y por qué?

CATALINA

(con inquietante dulzura)

Porque será necesario que encuentre ella algún día al hombre capaz de luchar con ella. He creído que usted podía serlo.

JUAN

A dónde quiere usted llegar?

CATALINA

A la batalla final. Sólo que yo me declaro neutral.

JUAN (*directo*)

Y si yo le dijera a Valeria...

CATALINA

No lo creo. Es más, lo desafío. (*al ver la indecisión de Juan*)
Lo está viendo, no se atrevería por no causarle un disgusto. La pobre...

JUAN (*mirándola a los ojos*)

Tánto odia a Valeria?

CATALINA

No; la admiro enormemente. Hasta el mal puede ser admirado.. Sólo que, hasta ahora, lo esencial de sus medios ha quedado sin empleo... No ha luchado mas que con adversarios de segunda categoría... Mientras que ahora, con usted... tengo la impresión de que el choque será digno de los contendientes.

JUAN

Pero usted es...

CATALINA

Termine el pensamiento. Un monstruo. Es posible, o quizás... un ángel. Puedo ser una mezcla contradictoria entre el bien y el mal... Es necesario adelantarse a las apariencias para alcanzar las intenciones.

JUAN (*atónito*)

Pero, en fin, qué se propone?

CATALINA

Equilibrar las fuerzas.

JUAN (*exaltado*)

No encuentro palabras para decir lo que siento...
Lo que pienso de usted.

CATALINA

Ni hace falta. Guarde para Valeria su fuerza
de choque.

JUAN (*anonadado*)

Equivocarse hasta este punto sobre una persona es
desconcertante...

CATALINA

En guardia!

JUAN

Qué?

CATALINA

Ahí viene...

VOZ VALERIA

Y bien, qué puedo hacer.

RAGUET

Me ha dado usted su palabra de esperar.

VALERIA (*entrando*)

Me ha obligado...

(*al ver a Juan su cara se ilumina por un segundo*)

Ah! Juan! Regresaste hace mucho?

JUAN

Hace un rato.

(*saludando a Raguet*)

Cómo está usted, señor Notario?

RAGUET

Muy bien, y usted?

JUAN

Muy mal, gracias.

RAGUET (*distráido*)

Tanto mejor. Me eclipse. Hasta pronto.

VALERIA (*empujándolo hacia la salida*)

Pero se va usted sin tomar un vaso de este excelente espumoso?

RAGUET

Gracias, muchas gracias. Yo bien quisiera, pero...

VALERIA (*abriendo la puerta*)

Una galletita entonces?

RAGUET

Gracias... no, no, no me acompañe. Sé el camino.

CATALINA (*interviniendo*)

Sí... Sí...

(*se hace a un lado*)

Pase usted...

(*a Juan*)

El campo está libre.

(*sale con el Notario*)

VALERIA (*asombrada*)

El campo está libre...? Qué significa esa salida?

JUAN

El fin de su escena, porque, imagínate que acaba de hacerme una escena.

VALERIA

Con qué motivo?

JUAN

Me ha dicho cosas... cosas... y con un airecillo calmadamente nervioso, decidido... Ella me detesta, te lo juro!

VALERIA

Yo no creo en juramentos, sobre todo en ése.

JUAN

Y no hablemos mas de ella, quieres? Deseo hablar de ti.

VALERIA

De mí? Y eso?

JUAN

Abrázame!

VALERIA

No.

JUAN

Yo lo quiero.

VALERIA

No. A qué vienen esos abrazos intempestivos a toda hora del día? A mi edad resultan...

JUAN

Lo mismo, siempre.

VALERIA

Qué?

JUAN

Cuando dices mi edad, anuncias la apertura de las hostilidades. Pues, adelante! Saca tu pequeño descubrimiento cotidiano. Veamos, veamos lo que has imaginado para hoy.

VALERIA

Por fin descubrí la verdad. Tú no me amas?

JUAN

Bravo! Eso, por lo menos, es original.

VALERIA

En todo caso, verdad!

JUAN

Naturalmente que es verdad.

(se dirige hacia ella y a pesar de su resistencia la toma de los hombros)

No, amor mío, yo no te amo. No tengo en tí ninguna ilusión, hasta te odio en ciertos momentos, así lo ves, y esto proclamado, queda una bella aventura para que la vivamos, te lo juro. Y así hemos de estar siempre juntos, estrechamente juntos.

VALERIA *(soltándose furiosamente)*

Eso es precisamente lo que yo no quiero! Lo entiendes, no quiero.

JUAN

Que ya no quieres?

VALERIA

Te prohibo...

JUAN *(insistente)*

Me prohibes?

VALERIA

Te juro que me voy a enfadar. No es seguro. Yo vencí siempre. Y cuando yo no quiero...

JUAN

Pero esta vez tu cuerpo está contra ti...

(avanza para atraparla)

VALERIA

Pues bien, sí, eso... Me siento arrastrada hacia yo no sé qué... y eso es lo que me irrita contra mí. No lo había previsto... Sobre todo yo no lo quería... a ningún precio.

JUAN (*sorprendido*)

Por qué?

VALERIA (*angustiada*)

Tengo miedo... Miedo de mí... de mi transformación. Tengo la impresión de descubrirme, de no ser la que yo creía... y es terrible... Para mí, es terriblemente inquietante sentir otra edad de mi vida... esa edad irreflexiva contra la cual no tengo armas... Esta horrible sensación de impotencia de prever lo que me espera.

JUAN

Entonces, rehusas vivir?

VALERIA

Yo no quiero sufrir.

JUAN

Es cobardía! Eres como esos pusilánimes que se dejan matar por miedo a tener que defenderse.

VALERIA

Defenderme?... Yo no quisiera tener que hacerlo... Me conozco bastante.

JUAN

Y a mí, no me conoces?

VALERIA (*mirándolo a los ojos*)

Por qué estás aquí?

JUAN

Ya te lo he dicho: porque te necesito, ya ves que es grave. Lo deseo, a pesar de mí, a pesar de ti, a pesar de todo.

VALERIA

Cuidado! vas a hacerme ruborizar...

JUAN

No me crees?

VALERIA (*sonriendo ambiguamente*)

Quiero no creerte. Porque al mirarme al espejo, me pregunto: Qué puede amar en mí?... Y no comprendo...

JUAN

Hasta ese punto, dudas de mí?

VALERIA (*casi a si misma*)

No puedo evitarlo. Siempre dudé. En mí, siempre sigue la duda a la certeza. Tengo necesidad de comprobarlo todo, de analizarlo todo. (con pesar) No tengo la suerte de atreverme a creer lo que anhelo, ni aún a saber lo que más temo... Las alegrías, como las penas, se me escapan siempre!

JUAN

De una cosa no debes dudar de mí. Que te amo.

VALERIA

Todos los que quisieron amarme no pudieron lograrlo... Luego, para que tú hayas vencido en lo que fracasaron otros, es preciso que...

(*bruscamente se detiene y le mira de soslayo*)

JUAN (riendo)

Qué?

VALERIA

Nada.

JUAN

Escucha querida: juguemos francamente y en dinero contante, quieres?

VALERIA

Tienes expresiones muy justas.

JUAN

Te ofenden quizás?

VALERIA

No; las entiendo.

JUAN

Decididamente hay en tí alguien a quien jamás conoceré. Eres una mujer inquietante, Valeria.

VALERIA

De ello me felicito.

JUAN

Te has propuesto enfadarme?

VALERIA

Así, puede que digas las verdades que deseo...

JUAN

Pero... Mira, cambiemos de conversación, quieres?

VALERIA

No. Hoy yo quiero saber.

JUAN

Qué?

VALERIA

La razón inexplicable de tu pasión por mí.

JUAN

Eres decididamente, muy modesta.

VALERIA

Soy al contrario, muy vanidosa, amor mío.

JUAN

Cuidado! Te pones tierna!

VALERIA

Y si eso me divierte?

JUAN

La ducha helada, después. Bien. Diviértete en ser tierna. No me perdonaría si te privara de esa distracción. *(la atrae cerca de si)*

Anda!, amorocita, ven acá!

(Valeria obedece. Bruscamente cambia)

VALERIA

Sé franco, Juan. Desde que nos casamos no han cambiado tus sentimientos hacia mí?

JUAN

Han aumentado, más bien.

VALERIA

Entonces... me amas... tienes necesidad de mí. *(silencio)*
Repite.

JUAN

Para que te burles más? No. *(pausa)*
En primer lugar, ya no quieres que me acerque a ti...

VALERIA

Por qué dije eso?... Voy a pensar en voz alta.
Quieres que juguemos a eso?

JUAN

Puede que sea divertido, probemos.

VALERIA (silencio)

Comenzaré mis reflexiones por un cálculo. Hace seis meses que nos casamos.

JUAN

Para ser precisos: seis meses y diez días.

VALERIA

Bien: Mi aniversario pasó, el día de mi santo también,
y espero siempre una prueba de tu amor

(gesto de Juan que Valeria reprime)

Chist! Déjame seguir pensando. *(pausa)*

Entre mis defectos, tengo uno insoportable, el de soñar
en voz alta.

JUAN *(riendo)*

Exacto.

VALERIA

Igualmente sé que puesto que nos casamos bajo
el régimen de separación de bienes...

JUAN

Ese sí no es un sueño.

VALERIA

Si exigí ese régimen, fue por delicadeza hacia ti.

JUAN

De acuerdo.

VALERIA

He querido permanecer pobre al lado de un marido propietario de un castillo. Debiste comprender esa prueba de desinterés. Pero... Volvamos a uno de mis defectos.

JUAN

El de soñar en voz alta?

VALERIA

Sí. Si. Y bien sé que he soñado con ese castillo. He soñado, soñado, hasta perder el sueño. Seguramente debí hablar de ello.

JUAN

Muy a menudo.

VALERIA

Ah! Ya lo ves...

JUAN

Pero cómo puedes saber lo que decías dormida?

VALERIA

Yo recuerdo siempre lo que sueño. (suspira)
Los sueños son toda la fortuna de los desgraciados.

JUAN

Y bien?

VALERIA

No comprendes? Hoy me parece, observa que digo *me parece*.

JUAN

Te parece qué?

VALERIA

Que cuando se ama a su mujer, como tú lo pretendes, no se debe tener secretos para ella... Se debe hacerla partícipe de sus preocupaciones, y responsabilidades...

de sus alegrías... penas... En fin, de todo lo que se posee.

JUAN

Pero...

VALERIA

Qué? No me crees capaz? Crees tú, entonces, que Raguet vendría a pedirme consejos, si no?

JUAN

Ah! Es a pedirte consejos a lo que viene?

VALERIA

Naturalmente, querido. Y... esa confianza que me tiene un extraño... En ti no la encuentro... Y confieso que...

JUAN

Cómo? Querrías ocuparte de mis negocios?

VALERIA

No es ése el papel de una esposa?... Además, todo el mundo está sorprendido de que... Hasta Raguet me hablaba de ello hace poco...

JUAN

Sorprendido de qué?

VALERIA

De que dejes a tu esposa en una situación de... inferioridad.

JUAN

Hablando claro... Significa que yo hubiera debido compartir mi propiedad contigo, no?

VALERIA

Y crees que habría aceptado? Definitivamente, tu me conoces muy mal... No, las gentes y yo misma, solamente estamos sorprendidos de que no hayas tenido un gesto únicamente simbólico... Un gesto que, probando tu confianza, me hubiera probado tus sentimientos... Y te hago el reproche yo, de no haberme dado la ocasión de no aceptar...

JUAN

Escucha, Valeria, eso es injusto...

VALERIA

No he querido molestarte. En el fondo, te supongo sincero, así... ya ves! No creo que hayas querido humillarme...

JUAN

Oh! Valeria... *(silencio) (ella ríe forzosamente)*

VALERIA

En el fondo, la culpa es mía. No debí casarme tan tarde
(silencio) (bruscamente con alegría forzada)

Vamos! Todo está dicho. Olvidemos eso...

JUAN

Podrás olvidarlo?

VALERIA

(con sonrisa triste)

Ensayaré ser razonable. *(silencio)*

JUAN

Si te ayudara?

VALERIA

Cómo podrías?

JUAN

Donándote la propiedad.

VALERIA

Eso, nunca! Yo no quiero despojarte.

JUAN

Oh! No te daré gran cosa, puedes estar segura...

VALERIA (*casi con angustia*)

Me regalarías Sausay?...

JUAN

No quiero que se interponga entre los dos... y no creas que es una oferta simbólica.

VALERIA

Realmente, yo no he deseado tu castillo, pero...

JUAN

Termina la frase.

VALERIA

Pero ahora, que ya estás prevenido de que no aceptaré.

JUAN

Pues bien, vas a pedirme perdón por tus dudas, inmediatamente.

VALERIA

Cuidado, Juan! No juegues con eso... Sería capaz de aceptar tu oferta, aunque no fuera sino por ver tu reacción...

JUAN

Vas a verla. Voy a telefonar a Raguet para que venga a sentar el acta de donación.

VALERIA

Juan!... Lo harías?

JUAN

Vas a verlo!

(marca el número en el teléfono, Valeria se acerca a su marido y abrazándolo, se aprieta a él)

VALERIA *(sordamente)*

No juegues con ello, Juan, no juegues...

JUAN

Bueno... Sí... El despacho del Notario Raguét? Con él mismo? Aquí, Juan Lécuyer... Es esto, señor Notario: quiere preparar urgentemente la donación de Sausay, a mi mujer... Sí, sí, eso es... La totalidad... Sí...

(Valeria se estrecha más fuertemente a su marido y lo abraza. Su cara tiene una expresión indefinible)

Exactamente... Sí... no, no, yo sé perfectamente a qué me comprometo... Es su deber prevenirme?

(sin ser vista por Juan, Valeria se apoya sobre el gancho y corta la comunicación)

Bueno... Bueno... Cortaron...

VALERIA

Volverá a llamar. Lo esencial es que haya un testigo...

En fin que esté prevenido. *(fingiéndose bruscamente la duda)*

No sería que tú cortaste la comunicación?

JUAN

Yo? Por qué supones...?

VALERIA

Pues bien, pruébame.

JUAN

Voy a llamarlo nuevamente...

VALERIA

No. Simplemente firma este papel sellado en blanco, féchalo... Yo se lo haré llegar...

JUAN

Papel sellado? Y cómo es que está aquí...?

VALERIA

Lo dejaría Raguét, hace poco. Eso fue lo que me sugirió la idea de ponerte a prueba... Ah!, no quieres hacerlo! Lo ves... estaba seguro.

JUAN

(la mira, vacila un momento, la mira por segunda vez y rápidamente firma)

No te comprendo bien... pero, ya está...

VALERIA

(atrapando la hoja al vuelo y haciéndola desaparecer entre su blusa)

Ah! querido!

(bruscamente se echa sobre su marido y lo estrecha hasta ahogarlo)

Ah! Qué bueno es abrazar a su marido después de un disgusto! Marido mío! Lo ves, querido? Ya no somos sino una sola persona los dos! Devuelves la confianza a tu esposa: pero le devuelves la que te había dado yo: estamos en paz. Abrázame. Te adoro!

(Juan no tiene tiempo de hacerlo)

JUAN

Estás contenta? Yo también... En el fondo, puedo confesártelo, estoy hasta encantado de esta solución. Yo no sabía cómo salir del paso con todas esas hipotecas.

VALERIA (*súbitamente en guardia*)

Cuáles hipotecas?

JUAN (*riendo*)

Ah! Es cierto. Tú no sabes... Pues bien, puesto que eso va a ser tuyo, es preciso que te diga...

VALERIA (*ocultando sus reacciones*)

Dí, querido, dí...

JUAN

Comencemos por el principio. Mi padre...

VALERIA

Eso es! Háblame de ese gran negociante.

JUAN (*riendo*)

En eso... debo confesarte que hermoreé la verdad... Mi padre no era sino un especiero en pequeño en Angers...

VALERIA (*recibiendo el choque*)

Un especiero en pequeño?

JUAN

Sí... dueño de una bella especiería con dos empleadas.

VALERIA

Es magnífico.

JUAN

No del todo mal... Pues yo perdí a mi madre a la edad de siete años.

VALERIA

Crece, te ruego que crezcas.

JUAN

Es fácil. De los siete hasta ahora, pocas cosas...

VALERIA

Y ahora?

JUAN

Te me apareciste, extraña, inaccesible, misteriosa...

VALERIA (*positiva*)

Sí... pero hablabas de tu padre...

JUAN

(*sin advertir el cambio de expresión de su mujer*)

Mi padre murió algunas semanas antes de mi llegada a esta ciudad, dejándome... oh! una muy pequeña fortuna.

VALERIA (*pensando en la fortuna*)

Una pequeñísima fortuna!... Es una desgracia muy grande!

JUAN

Sí, porque yo adoraba a mi padre. Mi suerte fue que, fuera de la especiería, me dejó una deuda por cobrar... Una primera hipoteca tomada sobre Sausay. Siguiendo el consejo de mi notario, vine a San Lorenzo a hacer la liquidación... Pero al llegar te ví! Mi plan de conducta quedó trazado: renunciar al negocio, realizar todo lo que pudiera convertirme

en tu vecino y arriesgar mi suerte y mi capital en la empresa de la conquista de la felicidad... Tu conquista!
(Silencio. Durante esta relación ha caído un manto de hielo sobre Valeria)

No dices nada?

VALERIA (*enigmática*)

Escucho... y luego?

JUAN

Sabes el resto. Esa pequeña herencia me procuró la manera de hacerme amar de ti.

(silencio)

VALERIA

Y de Sausay, qué queda?

JUAN (*riendo*)

Pues... no gran cosa... Tiene tres hipotecas. Un millón en total. Pero si ya es tuyo, tú te entenderás con los acreedores... Eso está por encima de mis capacidades.

VALERIA

Es un obsequio original.

(pausa)

Entonces, eres pobre?

JUAN

Sí... pero qué importancia tiene? Siempre he trabajado. Y, precisamente, tengo un proyecto... Se me ha ofrecido utilizar mis conocimientos de experto en caballos. No sabes? La remonta de caballería de Saumur... y bien... No me escuchas?

VALERIA

Sí.

JUAN

Pues bien... es muy interesante desde todo punto de vista. Ello me permitirá asumir la carga íntegra de la casa. Hasta estoy seguro que llegarás a hacer economías con mi sueldo.

(detenido por una mirada de Valeria)

Pero qué te pasa?

VALERIA

A mí?

JUAN

Sí. Me miras en una forma...

VALERIA

Me propongo admirarte! Tú no eres un imbécil, no. Hay que ser justos... Hasta tienes cierta osadía en la concepción de tus pequeñas combinaciones equívocas. Sólo que estás poco seguro de ti mismo. *(cruel)*

Resultado: el pavo se despluma. Y un pavo desplumado!... *(estallando en risa)*

No! Es demasiado cómico!... y yo que caí hasta el fondo!... Con pasos aterciopelados el señor se fue acercando a mis... ahorrillos. Pensabas no tener sino que estirar la mano y... listo! Yo me dejaba atrapar... y adiós Valeria! Se había engañado a esta querida idiota... y a jugar con sus millones! Porque soy rica, muy rica, como no te lo imaginas. *(sarcástica)*

Palidece. Es hermoso ser fuerte... pero siempre impresiona equivocarse en una cifra.

JUAN

Y qué es lo que dices? Qué es lo que supones?

VALERIA (*riendo nerviosamente*)

Esa, entre las cosas sorprendentes que he visto intentar contra mi arcón, es la más notable. Y que estuvo más cerca del éxito. (*con una exclamación*)

Todo lo comprendo. Mi buen tío estaba en el complot!

JUAN

Qué complot?

VALERIA

El se había constituido en tu fiador. Me afirmó que tu riqueza era neta, líquida. (*sarcástica*)

Ah! Ah! Ahora veo por qué miraba riendo el día de la boda... Viejo canalla! Sabía la partida que me jugaba.

JUAN

Qué? Qué es lo que supones? Qué es lo que piensas?

VALERIA

Tú no has escuchado lo que me has dicho?

JUAN

No comprendo... Qué me reprochas?

VALERIA

La especiería! Cuidadosamente se la ocultaste?

JUAN

Ah! Eso?

VALERIA

Entre otras

JUAN

Pero cómo! Porque mi padre era tendero y porque heredé su negocio...

VALERIA

Heredé! No conoces el significado de las palabras...

JUAN

No comprendo... Hay algo que se me escapa.

VALERIA

Mi dinero!

JUAN

El dinero! El dinero! Diríase, lo juro, que no sabes sino esa palabra.

VALERIA

No es sólo una palabra.

JUAN

Es culpa mía que seas rica? Yo ni lo sabía. No me casé contigo por eso.

VALERIA

Seguramente, es una casualidad... una afortunada casualidad.

JUAN

No te amé sino por...

VALERIA

Por ampliar el negocio, fundar sucursales...

JUAN

Pero, por quién me tomas?

VALERIA

Arriesgaste *tus capitales*. La expresión es tuya. Ya no es amor... es una patraña.

JUAN

Te prohíbo que dudes de mis sentimientos.

VALERIA

Yo los explico. La verdad surge! Has querido engañarme y resultaste engañado... Te tengo cogido con el contrato matrimonial. Saldrás de aquí desnudo como un gusano. Y también hasta lo que queda de Sausay, lo tendré.

JUAN

Lo crees?

VALERIA

Estoy segura, mi pequeño. Tengo el papel en blanco, firmado por ti. Parece que lo olvidas...

JUAN (*con sorpresa*)

Pero eres innoble!

VALERIA

El matrimonio no es un dueto sino un duelo!

JUAN

Eres entonces el ser más cruel que existe

VALERIA

Nada de elogios, eso no impresiona.

JUAN (*señalándola*)

Y es ésta la mujer que tenía dentro de mí!

VALERIA (*sarcástica*)

De eso estoy tranquila... Hubiera dejado huella en tu vida.

JUAN (*mirándola, horrorizado*)

Te compadezco!

VALERIA

Calma, que vas a llorar...

JUAN

No tengo lágrimas para ti. Pero teme las tuyas.
Ya vendrán. Demasiado tarde, pero vendrán.

VALERIA

Gracias por tu profecía. Debías explotar ese talento
al salir de aquí. Porque espero que recuerdes que,
según nuestro contrato matrimonial, estás en mi casa.

(Juan la mira sin contestar)

Y bien... has oído?

JUAN

Sabía que no tenías corazón, Valeria. Ahora me
pruebas que tampoco tienes alma.

VALERIA

Para lo que sirven, más vale. Te dejo. Y te dejo
un cuarto de hora para abandonar la casa. *(de la puerta)*

Ah! Inútil ensayar forzar los muebles.

*(sale) (Juan queda clavado en su sitio. Se entreabre la puerta
del fondo y aparece Catalina)*

CATALINA *(a su espalda)*

Y bien... fracasó.

JUAN

De dónde sale usted?

CATALINA *(mostrando la puerta)*

Es perfecta, esta puerta, no muy gruesa.
Y esas cerraduras viejas son tan poco prácticas...

JUAN

No sabía que escuchara detrás de las puertas.

CATALINA

Solamente cuando es indispensable...

JUAN

Debe estar contenta.

CATALINA

No tengo por qué estarlo. Sólo he visto lo ingenuamente que cayó usted en la trampa del castillo de sus sueños, al confesar su verdadera situación. Pero yo puedo interponerme y arrancarlo de sus garras y de esa manera salvarlo.

JUAN

No necesito de esa salvación, y menos de usted.

CATALINA

No debe abandonar la partida con tan buen juego en la mano.

JUAN

Qué juego?

CATALINA

Ya lo sabrá oportunamente. Por ahora veamos el asunto principal. Acaba usted de ceder a su esposa una propiedad de la que no le corresponde más que la cuarta parte. Pero aún se debe por concepto de hipotecas novecientos mil francos, cuyas letras ya están vencidas y que usted tomó como préstamo sobre Sausay, para impresionar a Valeria y casarse con ella.

JUAN

Cómo sabe usted esas cosas?

CATALINA

Poco importa cómo, lo esencial es que lo sé. Las ideas de Valeria son bien claras. Le dije que el matrimonio es un duelo y ella empleará su dinero como arma. Y usted, con qué luchará?

JUAN

No la comprendo.

CATALINA

Es muy sencillo. Si quiere reconquistar a su mujer, siga mis consejos. El creerse engañada en lo que más ama en la vida la enfureció, pero una vez pasado ese momento, puede que acepte el que usted sea pobre y perdone, y logrado esto puede seguir enamorado de ella y ahora con más razón.

JUAN

Enamorado?... La odio.

CATALINA

Es natural que siendo su marido la odie, pero ella perdonará.

JUAN

No oyó usted lo que me dijo?

CATALINA

Que lo adoraba. Su decepción es a la vez una declaración. (transición) Juan, sería usted capaz de contestar una pregunta?

JUAN

Diga.

CATALINA

Fue amor, deseo o ambición de riqueza lo que le llevó a Valeria?

JUAN

La creía más pobre que yo.

CATALINA

Entonces... amor?

JUAN

Definir es difícil. Amor?... Atracción... o un desafío a la razón. No lo sé. Pero me inclino a creer que es...

CATALINA

Amor?

(pausa) (ella mira friamente a Juan y este rehuye la mirada)

Entonces debe usted saber la verdad. Valeria es una mujer para un solo amor, y cuando usted llegó, el sitio estaba ocupado.

JUAN

Por quién?

CATALINA

Por el dinero. Adora el dinero como se adora a Dios. Llegó usted muy tarde. Usted no imagina de lo que ella es capaz por el dinero. Basta sentir una de sus miradas para estar convencido. Pero es natural que para usted no haya tenido una de esas miradas.

JUAN

Siempre advertí en usted una alma extraña a pesar de su claridad hiriente como la luz. Se advierte en usted algo que siendo terrenal parece divino y sin embargo...

CATALINA

La mujer en ocasiones tiene algo de común con los ángeles al escoger los seres que sufren. Por eso yo tengo mis pobres y usted será uno de ellos. Los tengo pobres de dinero, de ilusiones y afectos, usted está entre éstos. Pero puede recuperar a Valeria. Las mujeres no amamos al hombre, sino a la idea que de él nos forjamos. Vuelva usted a ser el hombre que ella pensó y Valeria será suya.

JUAN

Imposible. Ella me creía rico. Ahora...

CATALINA

Séalo usted.

JUAN

Pero cómo?

CATALINA

(entregándole unos documentos)

Así. Aquí tiene todos los documentos pagados y los que lo acreditan como propietario del castillo.

JUAN

Pero cómo los tiene usted?

CATALINA

Pagando.

JUAN

Usted...? pero...

CATALINA

Mi buen padrino antes de morir pensó en mí, eso es todo. Valeria lo ignora y es necesario que siga ignorándolo.

JUAN

Cada vez me explico menos su actitud. A todas luces se advertía su hostilidad por mí.

CATALINA

Quizás pretendía saber más de usted, de sus sentimientos, de su alma.

JUAN

(mostrando los documentos)

Y ahora esta generosidad...

CATALINA

Analice usted. Una mujer se mezcla en su vida y no es por curiosidad, tampoco es por bondad. Queda una razón: Amor.

JUAN

Por mí?

CATALINA

Empieza a comprender. Pero entiéndame. No es una declaración, es una explicación. Hay en su vida dos mujeres. Valeria a la fuerza me deslizó en ella y usted al sentirme entre ustedes casi me odió.

JUAN

Quizás...

CATALINA

Pero ese odio y a pesar suyo traía consigo el amor.

JUAN

Por usted?

CATALINA

Continúa acertado. Sólo que de distinta manera que a Valeria. Ella por su parte lo único que desea de usted es el cuerpo y yo no quiero que se pierda su corazón y su alma. Eso que ella desdeña en usted, es lo que yo quiero.

JUAN

Calle usted, Catalina. No debía haber llegado a ese extremo. Deseo separarme de Valeria y sus actos son para unirme a ella aún a pesar de sus sentimientos.

CATALINA

No lo crea usted. Al parecer que los uno, pienso en separarlos.

JUAN

Piensa que soy un títere cuyas cuerdas pasan de mano en mano.

CATALINA

Pienso que usted siempre será el reflejo de una mujer. No tiene usted luz propia. No es usted de los que escogen, sino de los que son escogidos.

JUAN

Pero...

CATALINA

A usted le falta carácter. Valeria al darse cuenta lo escogió y al comprobarlo por mi parte, pensé lo mismo que Valeria. A mujeres como nosotras, son precisos hombres como usted.

JUAN

Pero yo no la amo, Catalina. Aún rebelándome conmigo mismo es a ella a quien quiero.

CATALINA

Por el momento eso no importa. Yo estaré cerca de usted.

JUAN

Quizás haya en usted un ángel, Catalina, pero es un ángel inquietante.

CATALINA

Hay ángeles exterminadores.

VALERIA (*entrando*)

Llego a tiempo de las despedidas...? Bravo...

(*ambos callan y la miran acercarse*)

Espero que se irán juntos.

(*sarcástica*)

Sabía que así habría de acabar. Linda pareja. Sobre todo Catalina que está más bella que el año pasado.

CATALINA

Usted no, Valeria.

VALERIA

Con belleza no se compra harina!

(*mirándolos*)

Están hechos el uno para el otro. Veo muy bien a Catalina vendiendo en la tienda las últimas habichuelas de la herencia paterna. Será ella, estoy segura, una especiera genial.

CATALINA

Pierde usted la forma, Valeria. Está usted nerviosa, enferma.

VALERIA (*irónica*)

Me alarma!

CATALINA (*irónica*)

Lea usted este papel y se alarmará más!

VALERIA

(toma el papel y lo mira maquinalmente)

Y eso qué es?

CATALINA

La prueba de que ha matado la gallina de los huevos de oro. (Juan retrocede a un rincón. Mira fijamente a Valeria)

VALERIA *(leyendo el papel)*

Pero... pero...

CATALINA

No quiere sus anteojos? En este caso, ve y bien claro por cierto.

VALERIA

(después de leer, mira alternativamente a Catalina y Juan. Una expresión inquieta reemplaza su insolencia)

Quisiera que se me explicase...

CATALINA

No ha comprendido que su adorado marido es sin duda su mejor discípulo? También él le ha representado la comedia de la pobreza, para desenmascarar vuestros sentimientos.

VALERIA *(inquieta)*

Cómo?

CATALINA

Llegó hasta el punto de hipotecar su propiedad por intermedio de una tercera persona. Usted ha querido escamotearle la propiedad, pero es él quien la tiene en sus manos, al conservar bajo un nombre prestado, las cuatro quintas partes de lo que le dio... Curioso, verdad?

VALERIA (*impenetrable*)

Eso es todo?

CATALINA

No, querida, como la propiedad para los intereses del negocio hubo de ser sobre-estimada, su parte no vale nada, porque valen más los intereses que debe usted pagar a su marido sobre la cantidad que se prestó a sí mismo. Admire, querida Valeria, la sutileza de la combinación –si acepta usted la donación– hace de su esposo un acreedor que la esquilará buena cantidad de lana... Porque le ha probado que en estas batallas por el dinero, no hay ni relaciones, ni parentesco ni amor. Confiese que no está mal, para una tendera, haber descubierto este precioso papel?

(*pausa*)

Y ahora que los he puesto frente a frente, la enamorada especiera se retira a su tienda.

VALERIA

No tan pronto. Le falta decirnos cómo es que sabía tantas cosas.

CATALINA

Escucho tras las puertas. (*sale bruscamente*)

VALERIA

(*sigue con la mirada la salida de Catalina. Luego se vuelve a Juan, quien inmóvil continúa mirándola fijamente*)

Mis felicitaciones...

JUAN

Las acepto.

VALERIA

Bien interpretada la comedia. Estuve a punto de creerte; sin Catalina hubiera caído...

JUAN

Es ahora cuando estás cayendo...

VALERIA

De veras?

JUAN

Es falso todo lo que acaba de decir Catalina.

VALERIA

Y por qué mintió entonces?

JUAN

Sin duda para divertirse.

VALERIA

No intentes negarlo; no te creo! Yo tenía razón... Estaban de acuerdo contra mí!

JUAN

Si alguien está contra ti, eres tú misma! (pausa)
Esa era la verdad, y ahora brilla! Decir que me había imaginado que tu dureza disimulaba un corazón sensible... Error! La que dejaba ver era tu verdadera naturaleza. Sólo la avaricia y el egoísmo anidan en tu corazón... No fué un matrimonio, fué un negocio lo que hiciste! No te has casado con un hombre sino con su propiedad!... No me has abierto los brazos, no, no... has abierto tu arca. Tu rapacidad no tiene límites!

VALERIA (*agresiva*)

Bien... Y tú?

JUAN

Yo?

VALERIA

Cómo llamas tú al marido que trata de despojar a su esposa? Yo he sido dura, mala... Sea. Pero piensa en mi amor desengañado... herido...

JUAN

Tu amor! No hay sino tú en tu amor...

VALERIA

Trata de comprender...

JUAN

No. No arriesgaré otra vez mi corazón.

VALERIA

Ayúdame.

JUAN

Nadie puede ayudar a los otros.

VALERIA

Juan, estoy muy triste...

JUAN

Con cuánto esperas hacerme pagar tu tristeza?

VALERIA

Qué?

JUAN

Tu tristeza! La mides por varas o la pesas por quintales? Ah! Ah!... Comprendido... Buscas cambiar tus tristezas por ese lindo papel que Catalina cometió la imprudencia de dejar en tus manos. (*se dirige hacia ella*)

Dámelo, que no es tuyo... ni mío tampoco.

VALERIA (*se lo entrega de mala gana*)

Juan, qué vas a pensar...

JUAN (*irónico*)

Me equivoco?

VALERIA

Te juro...

JUAN (*sarcástico*)

Harto sé que tus juramentos...

VALERIA

Insúltame... lo merezco. Ni siquiera me defenderé...

JUAN

Pues bien, vamos a reír! Voy a decirte la verdad... Todo lo que te he dicho es cierto. La propiedad está hipotecada hasta la última teja... No tengo ni un centavo, lo oyes?... Ni uno! Estoy arruinado... arruinado...

VALERIA

Mientes!

JUAN

Miento?... Mira: (*febrilmente saca papeles de su bolsillo*) He aquí copia del sumario, del embargo de los muebles... He aquí los mandatos... las notificaciones... los protestos... Ten, mira, mira más... Este es el estado de mi fortuna!...

VALERIA

No es verdad!

JUAN

No me crees?

VALERIA (*cambiando de tono*)

Pues bien, sí... sí te creo. Te creo hasta el punto de devolverte esos papeles sin examinarlos.

JUAN

No. Al contrario. Examina. Examina... Ocupará tu tiempo durante las formalidades del divorcio...

VALERIA

No quiero divorciarme, Juan, no quiero!

JUAN

Es posible, pero, ahora soy yo el que lo quiere... Adiós, Valeria!

(se quita el anillo y lo pone sobre la mesa. Va hacia la puerta y la abre. Valeria no se mueve. Su rostro se crispa. Juan va a salir, entonces Valeria tiene un gesto instintivo, y le grita:)

VALERIA

Juan!... No te vas!

(Juan se inmoviliza en el umbral, pero sin volverse)

No me dejes en poder de mí misma... Tengo la absoluta consciencia de mi pérdida si te vas!... Sí! Todo lo que has dicho es cierto. La avaricia está en el fondo de mi corazón... Se apoderó de mí y ahora domina todos mis pensamientos y todos mis actos... Soy un monstruo... pero sufro!... Veo cerrarse la vida ante mí... Tengo miedo de dormir... mis sueños me espantarían... *(Llora. Juan se vuelve hacia ella)*

Tú eres mi última esperanza. Es preciso que sepas... sí!, hasta hoy no he adorado sino el dinero, pero porque creía que era la única cosa en el mundo

cuyo valor fuera cierto... Había perdido contacto con la vida... Me siento presa en una prisión sin salida... Yo no vivo, lo comprendes? Yo no vivo! Las cifras, los pleitos, los procesos... es que eso puede llamarse la vida? Y quisiera vivir al fin, vivir!... Conocer lo que he negado, rechazado durante veinte años... En el momento en que ibas a pasar por esa puerta, he sentido poder nacer súbitamente a la vida normal, si tú quisieras ayudarme... Creo que bruscamente se me puede salvar! Juan, no me rehuses la salvación! Defiéndeme de mí misma!... Ayúdame a libertarme de ese luto que llevo conmigo... Debe ser tan bueno vivir como todo el mundo!...

JUAN (*desarmado*)

Pobre!...

VALERIA

Sí! Sí! Pobre... Enriqueciéndome, me despojé de tantas cosas!... De tantas cosas que sólo tú puedes devolverme! Ayúdame Juan!... Ayúdame!... Sálvame de mí misma! tengo tanto miedo de mí!...

(*se agarra de Juan*)

Defiéndeme, Juan, tengo miedo, tengo miedo... tengo miedo...

TERCER ACTO

De nuevo la alcoba de Valeria. Corridas las cortinas del lecho. El médico está sentado y escribe un telegrama. Juan y Catalina a su lado. Todos hablan bajo como en la alcoba de un moribundo.

EL MÉDICO

Envíe este telegrama. Lo entiende?

JUAN (*leyendo*)

Profesor Ameránt, 7, plaza Laborde, París.
Me permite, Doctor?

EL MÉDICO

No hay nada confidencial.

JUAN (*siguiendo la lectura*)

Caso particularmente curioso. Creo alienación mental.
Le llamo en consulta. Firmado: Doctor Rémy. (*pausa*)
Así que está loca?

EL MÉDICO

Alienación mental no es sinónimo de locura.
Todo desarreglo de las facultades intelectuales puede
llamarse alienación mental.

CATALINA

Será necesario asilarla.

EL MÉDICO

Probablemente si se desea que se cure.

JUAN

De dónde puede provenirle? Herencia?

EL MÉDICO (*gesto vago*)

Nn... no. Lesión de las facultades intelectuales. En todo caso, los síntomas son categóricos: delirio parcial, melancolía, manía con agitación.

(*a Juan*)

En el primer año de su matrimonio no advirtió nada extraño en sus actos?

JUAN

Casi todos eran... extraños.

EL MÉDICO

Desde cuándo están casados?

JUAN

Hace tres años.

EL MÉDICO

Y la anomalía de sus reacciones se remonta a...

JUAN

A antes del matrimonio. Es decir, no, al principio hubo un período casi normal, aunque muy corto. Hasta puedo afirmar que ella hizo lo imposible por escapar de sí misma. No pudo, y he vivido en una compañía peor que la soledad.

EL MÉDICO (*reflexionando*)

Sí, sí... Qué clase de mujer era antes?

JUAN

Ni yo mismo lo sé.

EL MÉDICO

No...

JUAN

Sí. Teme tanto por su dinero que, para guardarlo mejor, usa de hechicerías aprendidas no sé dónde.

EL MÉDICO

Sí... Sí... Eso confirma... Obsesiones... Ideas fijas...
(pausa)

JUAN

De tiempo en tiempo se pone a beber, no para alegrarse, sino como si buscara disipar un sufrimiento secreto e inolvidable.
(silencio)

EL MÉDICO

Sí; eso es..

JUAN

Es curable?

EL MÉDICO

Ciertamente... Pero el corazón se gasta pronto en esos desarreglos mentales. Será largo, muy largo...

JUAN

Ah!

EL MÉDICO

Es necesario pedir la incapacitación.

JUAN

La incapacitación...?

EL MÉDICO

Las personas privadas del uso de su razón no deben conservar el ejercicio de sus derechos, ni la libertad de sus actos. Así la ley los declara en estado de incapacidad, no pueden ni administrar sus bienes, ni disponer de ellos por testamento. Cuando el alienado recobra la razón, es relevado de su estado de

incapacidad y entra nuevamente en el goce y pleno ejercicio de sus derechos.

CATALINA

Y si no se cura?

EL MÉDICO

Generalmente se conserva siempre una esperanza.

JUAN

Naturalmente.

CATALINA

Sí. (pausa)
Y ese profesor que usted llama en consulta es un especialista.

EL MÉDICO

Una eminencia.

JUAN

Podrá el doctor Ameránt venir inmediatamente?

EL MÉDICO

Estará aquí mañana.

CATALINA

Y entonces, estaremos definitivamente seguros.

EL MÉDICO

Sin duda alguna.

JUAN

Voy a telegrafiar.

EL MÉDICO

Sí. (a Catalina)
En cuanto a la enferma, déjenla reposar...
Nada de contrariedades... ninguna conversación larga..

CATALINA (*haciéndose a un lado*)

Pase usted, doctor...

EL MÉDICO (*desde la puerta*)

Y no lo olvide: soledad y silencio.

CATALINA

Sí... sí...

EL MÉDICO

Ah!... En caso de crisis, no vacilen en llamarme.

(*salen los tres*)

(*Algunos segundos y la cortina del lecho se entreabre. La cara de Valeria aparece: un rostro inesperado, terriblemente envejecido; no subsiste en el ningún resto de femineidad. Ella se levanta como una sonámbula, se dirige hacia la puerta. Después de una vacilación, se inclina y mira por el hueco de la cerradura. Luego, con mano distraída, acaricia el fonógrafo que sonaba en el primer acto. Con el aire extraviado, sigue su paseo y se encuentra con el mueble donde está colocado el teléfono*)

VALERIA

(*descolgando el receptor murmura:*)

Raguet... El notario Raguet... Nadie... Se fue...
Todo el mundo se fue...

(*coloca el receptor; su mirada se fija en el arcón. Se precipita a él y lo estrecha entre sus brazos*)

Arcón mío! Estás allí! A Dios gracias, tú no me abandonas... Me aislan... No quieren que yo sepa, pero yo sabré!... Siento que terminaré por saber...
El diablo está conmigo!

(*su mirada se encuentra con el crucifijo. Ella se precipita de rodillas*)

Dios mío! Perdóname por haberlo llamado también en mi ayuda para defenderme.*(implorante, sobre el reclinatorio)*
Tú no me abandonarás. Sálvame. Iré a misa el domingo y en la colecta daré un billete de veinte francos. Ya ves cuánto te amo.

(La puerta se abre y entra Catalina. Desde este instante puede percibirse en Catalina la serenidad franciscana. Valeria vuelve lentamente su rostro hacia ella)

VALERIA

Quién está ahí?

CATALINA

Catalina.

VALERIA

Catalina?

CATALINA

Sí.

VALERIA *(con esfuerzo)*

Catalina, qué?

CATALINA

Catalina de Aragón.

VALERIA

Ah.

CATALINA

La primera esposa de Enrique VIII. No lo sabía?

VALERIA *(atontada)*

Ah... Sí... sí... Sois vos. Buenos días, Alteza!

CATALINA

Vamos, dádme la mano! Levantáos, es muy tarde para rezarle al buen Dios. *(la conduce. Valeria sigue dócilmente)*

Venid a sentaros cerca de mí. Allí... Allí... Eso es.

(Valeria se levanta rígida poseída de una idea fija. Parece buscar algo)

El no está allí.

VALERIA

No está... quién no está?

CATALINA

Fué a telégrafos.

VALERIA

A telégrafos?... Ah!... Eh...

CATALINA

Estamos solas, completamente solas. *(pausa)*

Déjeme verla... impotente, abatida, vencida por primera vez.

(Valeria con aire total de incomprensión, juega con sus dedos)

Pensar que, bajo la piel de este monstruo, otra criatura, una muchacha joven y seductora y bella vivió otra vez!... En qué se ha convertido la orgullosa que quería robarlo todo? Pero el amor es la única cosa que no se puede poseer ni cuando se le compra ni cuando se le roba. Acumuló riquezas que ahora se vengan quitándole el reposo... Porque no se atrevía a dormir de miedo a que durante el sueño le robaran la llave del arcón o la de ese sótano donde apila sus rapiñas. A pesar de tantos males causados inspira cierta lástima por loca.

VALERIA

(*se incorpora rígida*)

No!... No!... Eso no es cierto... Yo no estoy loca...

CATALINA

Si lo está... Y la van a asilar.

VALERIA

Juan!... Juan!... Socorro!

CATALINA

Tampoco la perdonará su marido. No obstante, la amó profundamente, y si ya no la ama, es por su culpa. Está aquí sólo por deber, porque hoy ama a otra. Otra que sí lo merece. Y, cuando ya no esté aquí, serán felices juntos.

VALERIA

Juan!

CATALINA (*brutalmente*)

Quién le inculcó la idea de que el dinero es el único bien digno de ser codiciado en la vida?... Quién le hizo creer que podía robar amor, felicidad, estimación y respeto?

VALERIA

Déjeme. Quiero que me deje!

CATALINA

Conteste.

VALERIA

Yo no sé... no sé.

CATALINA

Todo ha terminado para usted, Valeria. El mundo se deshizo ante usted, la aplastó ese montón de dinero que acumuló con tanta codicia.

VALERIA (*gritando*)

Juan!... Juan!...

CATALINA

No vendrá.

VALERIA

Socorro...!

CATALINA

Nadie la defenderá. Está sola, Valeria, completamente sola. (*presa del miedo, Valeria retrocede hacia la ventana y la abre*)

VALERIA (*desde la ventana*)

Juan! Juan! Basta! Basta! No quiero oírlo

CATALINA

Qué es lo que piensa hacer? Le faltaría el valor. Y es muy fácil... No es muy alto y allí abajo está el río... atrayente como una conclusión. Siempre será mejor que el manicomio.

(*Valeria se agarra con las dos manos a la barandilla, cuando se abre violentamente la puerta y aparece Juan con un ramo de rosas en la mano*)

JUAN

Qué pasa?

CATALINA

Nada.

JUAN

Cómo que nada?

(*Valeria se echa a llorar sobre el pecho de su marido*)

Eso es! Lloro, mi pobre vieja, lloro!

CATALINA

Le toca el turno. Si se la debiera medir por el peso de las lágrimas que ha hecho derramar.

JUAN (*severo*)

Basta, Catalina!

CATALINA

Ahora se puede decir todo... Ella no comprende.

JUAN (*dándole las rosas a Valeria*)

Ten, son para ti... para ti sola... Tómalas...

(*Valeria obedece. Abrazando a Juan*)

VALERIA (*contemplando las rosas*)

Son bellas estas flores...

JUAN

Muy bellas.

VALERIA (*aspirándolas*)

Es curioso... huelen a...

JUAN

A qué huelen?

VALERIA

A jazmín... Yo no sabía que las margaritas oliesen a jazmín.

CATALINA

Pusiste el telegrama?

JUAN

Sí. Tengo miedo..

CATALINA

Miedo? Miedo de qué?

JUAN

De que no haya ninguna esperanza. El doctor Rémy cree que su estado pueda agravarse...

CATALINA

Ah!

JUAN

Una crisis cardíaca sería fatal.

(*silencio*)

Pero puede curarse.

CATALINA

No hay que creer en milagros...

JUAN

Sin embargo, es un hecho.

CATALINA

Que tú deseas?

JUAN

Es tan atroz verla en ese estado.

CATALINA

Ah!

JUAN

(va hacia Catalina y le toma las manos)

No seas insensible, Cati.

(Valeria lo mira fijamente. El siente la mirada, alza los ojos y va hacia ella)

Qué quieres? Vaya un modo de mirarme!...
Sé juiciosa... ríe... ríe... Eso es! Ni la muerte puede
nada contra quien sabe reír.

VALERIA

(mostrando un pétalo de rosa)

Apasionadamente...

JUAN

Qué?

VALERIA

Me amas apasionadamente.

JUAN

Sí, sí...

VALERIA

La margarita lo ha dicho...

JUAN

Tanto mejor, mi pequeña, tanto mejor!

CATALINA (*tranquilamente*)

Los puedo dejar solos? (*Juan se alza de hombros*)

Puedo saber qué es lo que te pasa?

JUAN

Pienso en la que amé.

CATALINA

La disculpas.

JUAN

No. La perdono.

CATALINA

Yo no. Ella pagará...

JUAN

Corresponde a Dios castigar.

(*Valeria rompe a reír nerviosamente*)

Qué es lo que sucede?

CATALINA

No sé. No la miremos.

(*Valeria toma un frasco de la mesa, lo destapa, lo huele y hace el ademán de beberse el contenido. Juan se precipita y se lo arrebata*)

JUAN

Deja eso... Dámelo... Inmediatamente.

(*Valeria suelta el frasco*)

CATALINA

Y eso qué es?

JUAN

Digitalina. No lo sabes?

CATALINA

Yo no lo he puesto a su alcance.

JUAN

No?

Qué sientes por ella en este momento?

JUAN

Compasión.

CATALINA

Tranquilízate. No le llegará nunca todo el mal que yo le deseo.

JUAN

A veces me pregunto si eres humana, Catalina...

CATALINA

Desde que ella está loca, todo me pareció claro. Comprendí que era justo todo lo que hacía.

JUAN

Estás segura de tener razón? No será una venganza únicamente?

CATALINA

Por qué lo crees así?

JUAN

Me es difícil comprenderte, Catalina. No será el interés...

CATALINA

No tocaremos los millones de Valeria sino para distribuirlos.

JUAN

Te importa mucho hablar de eso delante de ella?

CATALINA

Tienes miedo?

JUAN

Puede tener ella un momento de lucidez, y entonces...

CATALINA

Sabr  que te amo y que me amas.

JUAN

Oh! Catalina! Por qué rehusaste que huy ramos de esta casa?

CATALINA

T  debías quedarte.

JUAN

Tu pasión por el sacrificio tiene algo que espanta.

CATALINA

Si tú no crees en mi verdad, por qué crees en mí?

JUAN

Porque reconocí en ti mi destino. Tú eres mi consuelo y mi fuerza.

CATALINA

No lamentas nada?

JUAN

No creo.

CATALINA

Podría suceder?

JUAN

Que yo no encontrara en ti, todo lo que en ti puse?

CATALINA

Comprendo. Tienes miedo de la mísera. Yo la necesito. Lo espero todo de ella, hasta la felicidad. Vivir para los demás, no poseer ningún bien que se nos pueda robar, ningún orgullo que pueda ser herido, ninguna ambición que pueda fracasar, ése es el secreto. T  verás.

VALERIA

Imbéciles!

JUAN Y CATALINA

Qué? Cómo?

VALERIA (*riendo*)

Imbéciles... Los imbéciles!

(*se yergue lentamente y viene hacia ellos*)

Al fin les he arrancado su sucio secreto.

(*con alegría sádica*)

Ah! Ya los tengo!... Ya los tengo!... Me han creído loca... Afortunadamente yo estaba decidida a ver todo... a oirlo todo... a soportarlo todo... No, mi querido maridito, tu adorada mujer no está loca.

(*irónica*)

Son ustedes quienes lo están... locos de rabia porque todo les falló.

(*ríe histéricamente*)

Si pudieran verse las caras... Caras de terror... de espanto... Tenía razón de temerlo todo... hasta el sueño. Pero todo está cerrado con llave. La mujer de confianza es una ladrona... el marido... pero esa es otra cosa que arreglaremos a solas...

(*a Catalina*)

Fuera de aquí!..

(*ni uno ni otro se mueven, la miran indecisos. Valeria va hasta la puerta que abre de par en par y con gesto imperativo ordena a Catalina*)

Fuera!... Antes de que llame a la policía...

JUAN

(*se aproxima lentamente hacia Valeria y le ordena con tono imperativo*)

Vas a callar?

VALERIA

Callar?... Muchos meses llevo de callar para poderlos escuchar... para poder tenerlos... y ahora que los tengo, quieres que calle?... *(irónica)*

No, amor mío, no... Es a mí a quien toca hablar... y hablaré bien claro... Destruiré en pocas palabras el ídolo que te has forjado o que te han forjado... Esa mujer...

JUAN *(amenazante)*

Te vas a callar?...

CATALINA

(deteniendo a Juan suavemente)

Déjala que hable. Qué importa?

VALERIA *(a Catalina)*

A pesar de esa tranquilidad que demuestras, tienes miedo.

CATALINA *(sin cambiar de tono)*

De veras?

VALERIA

Miedo de que yo revele tu plan a tu cómplice... miedo de que él sepa que estás a punto de engañarlo...

CATALINA

Eso es interesante.

VALERIA

Y tú, pobre ingenua que te sentías capaz de entonar el himno de la pobreza... de la feliz miseria... Un lindo dúo que hubieras terminado sola...

CATALINA *(a Juan)*

Escucha lo que te va a decir...

VALERIA (*a Juan*)

No has comprendido que ella estaba contigo para apoderarse de mis millones? Que eran ellos a los que ella quería a través de ti? Ella hubiera aparentado dártelos para quitártelos después. Su caridad no era sino una estafa.

JUAN (*colérico*)

Cállate!...

VALERIA

Puesto que pago, puedo permitírmelo todo, hasta mandarlos a presidio.

JUAN

Pues bien. Ve. En vez de creerte te arrestarán.

VALERIA (*irónica*)

Cuando has visto un millonario preso? Eres ingenuamente imbécil. Cómo debe ella reirse de ti. La hermanita de los pobres... El ángel bueno... La providencia desinteresada... No es todo esto muy risible?...Yo no tuve tu corazón, y qué?... Me río de él... Yo no quería un corazón, sino un marido... es decir, un hombre... Y si mañana yo te echo a la calle, se presentarán cientos... listos a ofrecerme su amor... y se empeñarán tanto en hacérmelo creer, ya que estaré más fea y más vieja... pero seré más rica...

JUAN

Calla!... Calla!...

VALERIA (a Catalina)

Te puedo asegurar, Catalina, que es un marido ideal, a lo que de hombre se refiere. Te lo cedo, hastiada y asqueada. Imbéciles... Imbéciles...

(un agudo dolor le obliga a llevarse las manos al pecho. Trata de respirar. Hay una pausa y lentamente como si nada hubiera pasado, Catalina se acerca a ella y dulcemente le toma la mano)

CATALINA

Ya pasó... ya pasó...

VALERIA

(con palabra entrecortada por el jadeo que le produce el dolor físico. Trata de soltarse)

Déjame... déjame...

CATALINA (dulce y comprensiva)

Sí... sí... la dejo... pero no esté de pié... siéntese... cálmese...

VALERIA

No quiero tus consejos...

CATALINA (tranquila)

Hay que evitar esta clase de crisis...

VALERIA

Yo no estoy enferma.

CATALINA

Cree no estarlo... Pero si el profesor Ameránt que debe venir mañana en consulta, hubiera presenciado esta escena...

VALERIA

Qué?...

CATALINA (*dulcemente*)

Demencia... hubiera diagnosticado...

(*imponiéndose al dolor, Valeria ríe estrepitosamente*)

No ría así...

VALERIA

Por qué?...

CATALINA

Es una risa que hace mal... una risa de loca...

VALERIA

Yo no estoy loca...

CATALINA

Y qué sabe usted?... Los locos nunca creen que lo están...

VALERIA

Quieren convencerme...

CATALINA (*con dulzura terrible*)

Que es hoy el vencimiento, sí, y recibirá usted la notificación de la desgracia...

VALERIA

Qué?...

CATALINA

Una desgracia que pacientemente, ha construído usted. Y mientras me pueda escuchar y comprender, voy a decirle la verdad. Es usted sorda y ciega como la fortuna, injusta y sin piedad como ella... y por eso la aborrezco. Al insultar mi pobreza, ha insultado a todos los pobres... y si he querido volverla pobre, es para que sufra las angustias de la miseria...

VALERIA (*triumfante*)

Pero falló!... Todavía tengo una renta de diez mil francos por hora, hasta cuando duermo.

CATALINA

No se puede tener piedad de usted. Y también tendré que decirle una verdad que la desengañará...

VALERIA

Y qué verdad es ésa?

CATALINA

Yo no soy la amante de su marido.

(*Valeria lanza una carcajada imponente*)

No, nuestro amor no es de cuerpos... es de otra índole... Y estando usted en su vida, jamás seré suya...

VALERIA (*irónica*)

Ya lo sé. Ustedes son almas...

(*ríe*)

Siento que la risa puede matarme.

JUAN

No, Valeria, termina de reír. Porque tu boca reúna palabras y porque gesticules, no creas ser un sér vivo. Tú ya estás muerta, Valeria... para estar en el infierno en que estás, tuviste antes que morir...

VALERIA

De veras?...

JUAN

El maldito amor al oro hizo su obra y te vació por dentro. No eres sino una envoltura deshabitada... viviste para nada. Sí, para nada... Porque todo lo perderás...

VALERIA (*brutalmente*)

Déjenme en paz... en paz... (*corre a la ventana y grita*)
Ladrones... bandidos... asesinos... Socorro!...
Gritaré hasta que vengan... y los llevarán presos...
Y vendrán... vendrán...

JUAN

(*se precipita a ella y trata de retirarla de la ventana*)

Para encerrarte, si continúas gritando como una loca...

VALERIA

Sabes que no lo estoy.

CATALINA

No puede usted probarlo.

VALERIA

Eso es lo que ustedes creen.

CATALINA

Si no está realmente loca?... ha fingido la locura de modo tan magistral, que nadie querrá creer lo contrario.

VALERIA

Ya lo explicaré... y verán que no estoy loca...

CATALINA

Los locos tienen momentos de lucidez, lo que no les impide estar locos... Y la idea de simular una locura, no se le puede ocurrir sino a una loca...

VALERIA (*gritando*)

Fuera, bandidos!... Fuera...

JUAN

Estás sola, Valeria... Completamente sola como una maldita...

VALERIA

La soledad no es una maldición, es una fuerza...

JUAN

Prueba tu fuerza. Ven, Catalina...

CATALINA

La pobre, cree que no está loca...

VALERIA (*fuera de sí*)

Fuera... fuera!...

(Juan y Catalina la miran un momento y salen) (apenas han desaparecido, Valeria se precipita a la puerta, la cierra con llave, corre el cerrojo y pone la cadena de seguridad. Febrilmente empuja los muebles hasta formar una muralla. Después queda extenuada, respira trabajosamente. A fuerza de voluntad, trata de dominar el dolor agudo que le oprime el pecho que sujeta con ambas manos)

VALERIA

Los miserables... los miserables quieren matarme... Me siento morir... pero ellos no lo sabrán nunca... nunca... No estoy loca... no lo estoy...

(ha quedado frente a un espejo y se contempla, lanza un grito y horrorizada se cubre la cara con las manos. Lentamente va abriéndolas y a través de los dedos mira sus manos y cara)

Qué vieja estoy... qué vieja... Lo he perdido todo... el reposo... el sueño... todo me lo han quitado...

(solloza entrecortadamente. Reacciona rápida y su cara se ilumina)

Todo, no. (*va hacia el arcón y se abraza a él con amor inmenso*)

Todo, no... Mi dinero es mío... mío. El me defiende... soy su dueña... siempre estará a mi lado... cuando muera...
(al decir esto cambia súbitamente y con terror repite)
cuando muera... ya no estará conmigo... él también me dejará... me iré sola... sola

(lanza un grito de desesperación y se oprime más aún al arcón)

Ah!... No. Ellos lo cogerán... vivirán felices con él... Saldrá de entre sus manos como chorros de agua que llegará hasta mi tumba y quemarán mis huesos... ni muerta me dejarán reposo... Ah! No! Ellos no lo tendrán... no arrullarán sus amores con el tintineo de mi oro... Ay!...

(el agudo dolor la oprime el pecho, se lo sujeta fuertemente, jadea, se tambalea. Con el dolor físico se incorpora desesperadamente. Hablándole al corazón)

Aún, no, espera... no me ahogues... espera... sólo has servido para matarme...

(abre el arcón y febrilmente saca unas bolsas y fajos de billetes, los acaricia, hunde su cara entre ellos y esta se transforma)

Qué hermoso es sentirlos, acariciarlos y saberlos míos... míos... Mienten al decir que no lo quiero... sólo quién nunca lo tuvo, puede despreciarlo.

(se aprieta más a las bolsas y a los fajos de billetes)

Son míos... sólo míos...

(otro agudo dolor nubla su vista y desfallece)

Ay!... Corazón... sólo sirves para hacerme mal... sólo esperan que tú dejes de latir para despojarme...

Ay! (se oyen pasos y voces interiores. Esto hace reaccionar a Valeria quien imponiéndose al dolor físico, presta atención. Golpean la puerta. Se oye la voz del médico)

EL MÉDICO

Abra usted, señora... abra usted...

VALERIA

(precipitándose a la puerta)

No... no...

EL MÉDICO

No tema nada, soy yo, el doctor Rémy...

VALERIA

(con todo su cuerpo se pega a la barricada de frente al público)

No... no quiero ver a nadie... son unos ladrones...
y usted su cómplice...

EL MÉDICO

No tema nada. Estoy con la policía.

VALERIA

(con la cara radiante de alegría)

La policía!...

EL MÉDICO

Sus gritos fueron oídos... Abra...

VALERIA

(hay un momento de vacilación en ella)

No... no lo creo, no es la policía... son los del
manicomio... *(enloquecida)*

Yo no estoy loca!... *(un dolor más agudo que los anteriores)*

Ay! Dios mío!... Me encerrarán... me matarán...
(en una suprema reacción)

Pero ellos no tendrán lo que es mío...

*(como una fiera perseguida se mueve por toda la habitación.
Ve la ventana abierta y toma una suprema resolución. Mientras
fuera se siguen oyendo los golpes y se va viendo que la puerta cede)*

Al río... antes que a ellos... al río...

(en un supremo esfuerzo aún toma del arcón bolsas y paquetes de billetes y los arroja por la ventana. Todo febrilmente. Pero al lanzar el último paquete, un grito espantoso brota de su garganta que denota la desesperación por lo que ha hecho)

Qué he hecho, Dios mío!... Mi dinero...
He arrojado mi dinero!...

(la emoción es tan violenta, que Valeria lleva sus manos al corazón, su rostro se crispa de espanto y dolor, sus fuerzas desfallecen. Va hasta el arcón y aún puede sacar más bolsas y fajos de billetes. En un supremo esfuerzo los acaricia mientras el último dolor le ahoga y cae de bruces entre los billetes desparramados y entre ellos muere. La puerta cede y entran el doctor, Catalina y Juan. El médico se precipita hacia Valeria, la ausculta y volviendo la cara hacia Catalina y Juan, les dice)

EL MÉDICO

Esto se acabó.

JUAN (sinceramente)

La pobre...

CATALINA (ingenuamente)

La pobre...

Esta traducción fue realizada para el Grupo Escénico de la Radiodifusora Nacional que dirigía Bernardo Romero Lozano. Es oportuno reproducir la siguiente carta dirigida a León de Greiff:

México, 27 de julio de 1948.

Muy Señor Mío: Mi hermana la señora María Tereza Montoya, me encomendó basada en la traducción que usted hizo de VALERIA una versión teatral respetando en toda su esencia dicha traducción, por haber necesidad en nuestro país de que todas las versiones extranjeras deben ser firmadas por autores nacionales y perteneciendo como pertenezco a la Sociedad General de Autores, fui yo el encargado para su registro y fines consiguientes, pero para que todo quede en debida forma, es necesario que usted como se lo había ofrecido a mi hermana, me envíe una carta cediendo sus derechos y autorizando la versión que hice yo de su traducción. Dicha carta, debe encerrar para los trámites antes dichos venir dirigida a mí, por ser autor reconocido, con el consentimiento expreso de usted. En toda la publicidad se dará a usted el principal crédito por ser el traductor, pasando yo a ser un colaborador en la versión teatral. Mi hermana manifestó ante la Sociedad General de Autores, la cesión que usted había hecho de los derechos que pudieran corresponderle en las representaciones de dicha obra, cosa que debe usted hacer constar también en su carta, pero nuevamente insisto en que tiene que ser a mi nombre, por lo antes expuesto. Envíe esta carta por intermedio del Representante de Autores en ésa, Señor ISMAEL ARENSBURG por desconocer su dirección, la cual le suplico me envíe, para mandarle los recortes de la prensa con motivo del estreno de VALERIA. Réstame sólo, ponerme a sus órdenes y suplicarle en la forma más atenta, se sirva dar rápida contestación para que quede todo legalizado. Me repito a sus órdenes, como su Ato. y S. S. FELIPE MONTOYA (Pestalozzi N° 92 6 - Mexico D.F. Col. Valle).

Fué registrada el día 29 VI 1948 en la Unión Nacional de Autores - México y remitida por la señora Carmen Hollmann en 1991.

ANDRE GIDE

SAÚL

Drama en cinco actos 1896

Primera traducción castellana de

GASPARD DE LA NUIT

PERSONAS DRAMÁTICAS:

Saúl - La Reina - Jonatan - El Sumo Sacerdote - Jonás el Barbero

La sombra de Samuel - La Sibila de Endor - Primer Servidor

Segundo Servidor - Demonio del desierto - Demonio de la Tienda

Demonio de la Taberna - Demonios - Gentes del pueblo

Mensajeros - Guardias

ACTO PRIMERO

El palacio del rey

Una vasta sala, poco decorada; a la derecha, puertas que dan al interior del palacio; a la izquierda, aperturas cerradas con cortinajes. Enfrente un amplio espacio abierto; columnas sólidas reemplazan el muro, a derecha e izquierda; en el medio, el espacio entre las columnas lo cierra un enorme trono. La vista se prolonga, entre las columnas, sobre una terraza y luego sobre jardines; vense las cimas de los árboles. Es de noche. Al fondo de la terraza vese, iluminado por la luna, el rey Saúl, en oración. Cerca de él, su copero, dormido.

ESCENA PRIMERA

(Levantando los cortinajes, entran los demonios. Llegan otros por partes distintas)

DEMONIOS

El palacio del rey, si os place?

PRIMER DEMONIO

Aquí es.

DEMONIOS

Ah! Ah! Qué buena broma! Hemos venido juntos,
y sois vosotros quienes nos recibís, ahora...
Por dónde entrásteis?

PRIMER DEMONIO

Chit! Chit! Hablad más paso. El rey está allá

(señala)

TERCER DEMONIO

Dónde?

(lo ve)

Ah! Y cerca de él?

PRIMER DEMONIO

Su copero.

SEGUNDO DEMONIO

Qué hace el rey?

TERCER DEMONIO

Duerme?

PRIMER DEMONIO

No. Está orando. Hábla más paso.

TERCER DEMONIO

Hablo muy paso; si lo distraigo, es que no reza en voz
muy alta.

CUARTO DEMONIO

El hace lo que puede.

PRIMER DEMONIO

Dónde están los otros?

SEGUNDO DEMONIO

Ya llegan.

PRIMER DEMONIO

Vamos! Entrad! Entrad! Ya están todos?

(entran otros)

SEGUNDO DEMONIO

Jamás se puede saber... Algunos hay retardados aún en el desierto.

PRIMER DEMONIO

Y ahora decid: es verdad que hizo matar a todos nuestros amos?

VARIOS DEMONIOS

Sí! A todos! A todos!

QUINTO DEMONIO

A todos no...Dejó a la Sibila de Endor.

SEGUNDO DEMONIO

Oh! Con ella no había demonios serios; tan sólo pequeñas ranas mudas.

PRIMER DEMONIO

Pero los hechiceros?

QUINTO DEMONIO

Todos muertos, todos!

PRIMER DEMONIO

Entonces, tanto peor para él! Ya que es él quien nos desaloja, habitaremos nosotros en el rey Saúl.

CUARTO DEMONIO

Pero por qué hizo matar a los hechiceros?

SEGUNDO DEMONIO

Majadero! Para ser el único en conocer el futuro!

CUARTO DEMONIO

Para ser el único en buscarlo, querrás decir.

TERCER DEMONIO

Tanto se le busca, que llega...

SEXTO DEMONIO

Cuál es el más oculto de los futuros?

QUINTO DEMONIO

Aquel que jamás debe ser. (todos ríen)

PRIMER DEMONIO

Hatajo de graciosos! Tratad de ser serios. Ocupémonos primero del alojamiento; después podréis reír. Repartamos equitativamente la tarea, según los medios de cada uno. Que cada uno diga lo que le convenga

(alboroto)

y únicamente cuando yo lo interrogue. Tú, el de allá, dí: qué eliges? Respónde!

SEXTO DEMONIO

Su copa. Yo me llamo cólera o demencia: me encontrará cuando busque la embriaguez.

PRIMER DEMONIO

Está bien. Y tú

QUINTO DEMONIO

Yo, su lecho - y yo me llamo lujuria; y seré yo quien esté allí cuando busque el sueño.

PRIMER DEMONIO (a otro)

Cómo te llamas tú?

CUARTO DEMONIO

El miedo - y yo me sentaré en su trono y desde allí haré temblar sus esperanzas como la llama de un cirio, con mi soplo; y me llamo también la duda, cuando le sople lo que él ha de tomar por consejos.

PRIMER DEMONIO

Y tú?

TERCER DEMONIO

Yo tomo su cetro. Pesado será para sus manos, y pesado sobre los hombros de los otros, cuando lo utilice para golpear; pero será frágil y trémulo como una caña cuando haya de servirse de él para apoyar su debilidad. Yo me llamaré dominación.

OTRO DEMONIO *(a una señal del primero)*

Y yo, su púrpura, y me llamo vanidad; porque estará íntegramente desnudo debajo de su púrpura; y cuando haga calor, me llamaré indecencia.

PRIMER DEMONIO

Yo... yo tomo su corona - y me llamo Legión. Y ahora, ah! caros amigos! podemos reír. Vamos, que me pasen mi corona! Que alcen mi púrpura que arrastra! Que me sostengan mi jabalina y que traigan ante mí la copa, para ver cómo un rey corre tras ella con toda su gloria! *(se pone las vestiduras del rey, abandonadas en el trono; todos forman un cortejo grotesco)*

El rey se mueve! Atención! Llega el día! Presto! A nuestros puestos! Desaparezcámonos!!!

(colocan las vestiduras del rey en el trono, y desaparecen como si penetrasen en el interior del trono. El rey Saúl avanza lentamente)

ESCENA SEGUNDA

SAÚL

Soy, sin embargo, el rey Saúl. Pero hay un punto, y de allí en adelante ya no consigo saber nada. Hubo un tiempo en que Dios me contestaba; pero es cierto que entonces yo lo interrogaba muy poco. Cada mañana el sacerdote me decía lo que yo debía hacer; eso era todo el futuro; y yo lo conocía. El futuro, era yo quien lo hacía. Los filisteos vinieron; me inquieté; quise interrogar yo mismo; y desde entonces Dios enmudeció. Cómo querría El que yo obrase? Para obrar bien, es necesario conocer el futuro. Principié por descubrirlo en los astros; durante veinte años he mirado pacientemente. Nada he visto relacionado con los filisteos... pero poco me importa!

He descubierto algo, que me envejece: Jonatán, mi hijo Jonatán, no será quien me suceda en el trono... y conmigo acabará mi raza. Pero quién sea el que se apodere de mi trono no he logrado saberlo, y desde hace veinte noches interrogo; esta noche he acudido otra vez a las oraciones. En el estío son muy cortas las noches; hace tanto calor que nadie puede dormir en mi redor, salvo mi fatigado copero; necesito del sueño de los otros; constantemente se me incomoda. El ruido más leve, el más sutil perfume me reclama;

mis sentidos están abiertos a lo externo y nada que sea grato pasa inadvertido para mí. Esta noche mis servidores, por orden mía, fueron a matar a los hechiceros... Ah! A todos los hechiceros de Israel! Es necesario que nadie sino yo conozca este secreto. Y cuando yo sea el único en conocer el futuro, creo que entonces podré modificarlo. Ya están muertos; lo sé; he sentido, hacia la media noche, hincharse súbitamente mi secreto, conocido únicamente por mí ahora, y ocupar en mi corazón un espacio mayor... y oprimirme... Yo lo poseo! Vamos! Hé aquí el día. Que todo se despierte en el palacio! Yo... yo voy a dormir un instante. He compuesto esta noche algunos cánticos que quiero llevarle al Sumo Sacerdote. Que los cante y los haga cantar por todo el Reino.

(vístese con la púrpura; colócase la corona en la cabeza; toma el cetro, y sale diciendo):

Vamos! Todavía soy Saúl... y tengo numerosos servidores.

ESCENA TERCERA

(Dos servidores - Llegan con escobas al hombro)

PRIMER SERVIDOR

Y bien! Lo has visto?

SEGUNDO SERVIDOR (Joel)

A quien?

PRIMER SERVIDOR

Al rey.

SEGUNDO SERVIDOR (Joel)

Al rey?

PRIMER SERVIDOR

Eh, sí! Hace tres noches que nos lo encontramos, y que se escapa cuando llegamos a la terraza. Yo no sé lo que haga, pero tan flaco como se halla, no será orar, seguramente.

(barren la sala. Levanta luego una vasta cortina de la izquierda. Entra la externa claridad)

SEGUNDO SERVIDOR (Joel)

(advierte al copero dormido)

Ah, es Saki! Eh, copero! No es éste el sitio para dormir. Vamos! Hola! Qué es lo que haces ahí, muchacho?

SAKI *(despertando)*

El rey...

PRIMER SERVIDOR *(hace como que barre)*

Elrey! Soy yo: el rey de los barrenderos! (Saki levántase). Sí! Hablemos del rey. Una brava fiesta la que viene a celebrar en la terraza! No?

SEGUNDO SERVIDOR (Joel)

Cállate, imbécil! Díme, pequeño, el rey pasó la noche aquí?

SAKI

Sí.

JOEL

Toda la noche?

SAKI

Sí.

JOEL

Toda la noche - y todas las noches?

SAKI

Desde hace más de diez días.

JOEL

Y tú? Qué es lo que haces tú?

SAKI

Le escancio de beber.

PRIMER SERVIDOR

Y él, qué es lo que hace?

SAKI

Bebe

PRIMER SERVIDOR

Es repugnante, en un rey, el embriagarse...

SAKI

Saúl no se embriaga.

PRIMER SERVIDOR (*irónico*)

Es que no le sirves como se debe?

JOEL

Cállate, imbécil! Entonces, qué? pequeño; habla. Qué es lo que hace el rey, aquí, toda la noche?

SAKI

El dice que quisiera embriagarse, pero que no puede, y que el vino no es suficientemente fuerte. Entonces, mira al cielo y habla como si estuviera solo.

JOEL

Y qué es lo que dice?

SAKI

Yo no sé: se ve únicamente muy torturado. Algunas veces se postra de rodillas como para orar, pero entonces no dice nada, absolutamente nada. Ayer me preguntó si yo sabía orar; yo le dije que sí; entonces me dijo que orase por los profetas; yo creí que bromeaba y le dije que eran los profetas los que debían orar por nosotros; entonces dijo él que era preciso orara antes de ser profeta, porque después ya no se podría hacerlo, y luego otras cosas que no he comprendido bien, pero que lo hacían reír y llorar.

JOEL

Y después?

SAKI

Me dijo que yo debía estar fatigado y que era preciso que yo durmiese.

JOEL

Y dormiste?

SAKI

Y dormí.

(pausa)

JOEL

Amas al rey, pequeño?

SAKI

Sí. Amo al rey. Mucho.

JOEL

Tanto peor.

SAKI

Por qué tanto peor?

JOEL

Tanto peor, tanto peor!

SAKI

Sí! Amo al rey. Es muy bondadoso conmigo. Quiere que beba un poco en su copa y sonrío dulcemente cuando encuentro que el vino es muy fuerte. Me habla; me dice que no se siente feliz sino en la noche, pero que hasta en la noche lo atormentan las preocupaciones del día. Dice que era feliz cuando joven y dice que no siempre fue rey.

PRIMER SERVIDOR

Pardiez!

SAKI

Es verdad que no siempre fue rey?

PRIMER SERVIDOR

Ha pastoreado cabras, como nosotros.

SAKI

Entonces es verdad lo que me refiere. Que una vez corrió hasta muy lejos en el desierto, veinte días y veinte noches, en busca de las asnillas que se habían extraviado; yo creía que bromeaba, porque decía que nunca había sido tan feliz como cuando buscaba sus asnillas en el desierto, pero que a esas asnillas jamás las encontró. Dice también que, cuando era joven, era muy bello, el más bello de los hijos de Israel, como el me dice... Todavía es muy bello el rey Saúl, no es así?

PRIMER SERVIDOR

Un poco ajado, el rey Saúl - si continúa así, embriagándose todas las noches bajo las estrellas...

JOEL

Cállate, imbécil! Ve a acostarte, pequeño. Después de noches semejantes, la mañana no es buena sino para dormir. (aparte)

Nada qué hacer con este chico.

(Saki va a alejarse. El primer servidor le arrebató el cántaro de las manos)

PRIMER SERVIDOR

Eh! Déja eso! Tu no irás a dormir con el cántaro!

(Saki espera)

Vámos! Adios! Adios!

ESCENA CUARTA

(los dos servidores)

PRIMER SERVIDOR *(bebe)*

Está loco.

JOEL

Quién?

PRIMER SERVIDOR

El rey. Está loco! (bebe)

Está loco! Ve: me parece muy bien quedarse toda la noche bebiendo de este vino; o bien, orando, si algo que no pasa se tiene en el corazón...; o bien estarse mirando al cielo para saber qué tiempo hará mañana... pero todo eso a la vez !!! (bebe)

Está loco! (bebe)

JOEL *(absorto)*

Cállate, imbécil! (aparte)

Es muy joven y muy ingenuo - con él nada se podrá saber.

PRIMER SERVIDOR

Hola! El Sumo Sacerdote! Cuando el rey va a acostarse es cuando él se levanta.

ESCENA QUINTA

(los dos Servidores, el Sumo sacerdote, luego la Reina)

EL SUMO SACERDOTE (al primer servidor)

Ve a barrer más lejos. (el primer servidor sale)
Y bien, Joel! Has visto al rey? Ha hablado de sí? Qué sabes? Cuenta. Vine desde el alba porque era necesario, antes de que él volviese a ver a los mensajeros, saber a qué atenerse y poder hacer frente a nuevas resoluciones. Los mensajeros ya están de regreso: está cumplida su obra abominable; y los clamores del pueblo han despertado al rey, si era que dormía aún.

JOEL

No todavía, sino ya. Todas estas noches, desde hace largo tiempo, vela el rey en la terraza

EL SUMO SACERDOTE

Bajo de las estrellas? Vámos! Vámos! Y solo?

JOEL

Si... No...: con el copero.

EL SUMO SACERDOTE

El pequeño... Y habla él? Vámos, dí: qué sabes?

JOEL

Preguntáis muy aprisa; y, luego, yo nada sé.

EL SUMO SACERDOTE

Qué dice el pequeño?

JOEL

Nada que valga.

EL SUMO SACERDOTE

Es muy joven. Se embriaga el rey?

JOEL

Dice que no logra embriagarse.

EL SUMO SACERDOTE

Buscaremos entonces otra cosa.

JOEL

La Reina!

(la reina entra)

EL SUMO SACERDOTE *(hacia ella)*

Nada todavía, Señora, siempre nada.

(silencio; luego:)

LA REINA *(al servidor)*

Le habla él al copero?

JOEL

No; se habla a sí mismo.

LA REINA

Y... lo que él dice?

JOEL

El pequeño no sabe repetirlo.

EL SUMO SACERDOTE

Es lo que yo temía, Señora; es demasiado joven.

LA REINA

Habrá que encontrar otro...

(el servidor hace ademanes de salir. El Sumo Sacerdote lo llama)

EL SUMO SACERDOTE

Joel!... todavía... Qué dice Saki del rey?

JOEL

Dice que lo ama.

EL SUMO SACERDOTE (*Hacia la Reina*)

Además, ved: ha conseguido su adhesión. *(sale Joel)*

ESCENA SEXTA

(el Sumo Sacerdote y la Reina)

EL SUMO SACERDOTE

Sin duda alguna, Señora: el rey tiene un secreto. Trata de leer en los astros. Y si hace matar a los hechiceros, es, pienso yo, porque habiendo leído, quiere ser el único en saber... La reina sabe sin duda que Saúl pasa ahora las noches en la terraza?

LA REINA

Eh! Nabal!, cómo iba a saberlo?

(el Sumo Sacerdote sonríe)

Oh! hace ya tanto que Saúl se ha retirado. Nabal! Hoy mi inquietud se acrece, y te hablaré más largamente. Nabal! Saúl no me ha amado nunca. Aparenté, cuando húbome desposado, inclinar hacia mí, parcialmente, su llama: pero so no fue sino un compromiso muy poco duradero... y tu no tienes idea, Nabal, de la frialdad de sus abrazos! Cesaron desde que estuve encinta. Temí, un instante, estar celosa; pero temía sin motivo: no era nada. Yo sé, yo sé que tuvo concubinas; pero en la actualidad a todas las ha repudiado y, luego, Nabal,

te lo diré? Jonatán, Jonatán, únicamente, es tuyo. Cayó de mi seno antes de tiempo y como un fruto verde aún y que se agostará sin madurar. La vergüenza de haber dado la vida a un tan canijo heredero no se adormeció en mí sino muy lentamente. Tan pronto como pasó la lactancia, quise confiar su debilidad únicamente a cuidados masculinos, pensando mucho tiempo que, viviendo en medio de guerreros, se exaltaría un poco su valor... A duras penas me conoce, Jonatán. Yo soy la reina y no su madre. Me teme, pero no me ama. He necesitado de tiempo, te lo confieso, para ahogar los impulsos de mi corazón, antes de ocuparme, hoy, totalmente, en los difíciles problemas del reino. Saúl está feliz no ayudándome en nada; su negligencia es increíble; sin embargo, siempre está preocupado. Nabal! Nabal! cómo sufrí en un principio al ver en la frente de su débil hijo su misma preocupación. Yo le seguía, errante a veces por los jardines, por los sombríos corredores del palacio; jamás le ví sonreír; y mi cólera se revolvía contra Saúl por haber engendrado en mí una tan lamentable posteridad, a su horrorosa semejanza.

EL SUMO SACERDOTE

Sin embargo, Saúl era muy bello.

LA REINA

Jonatán es muy bello también. Yo sé. Yo sé, su debilidad no carece de gracia; pero odio su debilidad, Nabal; lo odio; lo odio! lo odio!

Pero, es para hablarte de él para lo que te he distraído de tu culto? Oye: no es que la inquietud del rey me atormente: me place saberlo ocupado. Las torturas del amor son más duras, gastan más, que las del reino: estas me desprecupan de aquellas. Amo también sentir mi poderío; por otra parte el rey nada reclamaba. Todo iba bien: el Dios de Israel libertado prosperaba también a mis órdenes. Y ahora, Nabal...

EL SUMO SACERDOTE

Y ahora?

LA REINA

Lo teníamos tan bien, Nabal...

EL SUMO SACERDOTE

Sí, pero desde hace un mes se nos escapó completamente.

LA REINA

Me parece que nada puedo mientras ignore lo que piensa. Los filisteos están allí y esperan. Unicamente Saúl puede dar una orden; pero yo mandaba en su voluntad. Yo lo podía todo a través de él. Por lo menos, él escuchaba lo que yo le decía por tu boca... Pero ahora, como tu dices, se escapó; y mientras que a nuestras puertas, sin avanzar ni retroceder, se divierten los filisteos con la inercia de nuestros hombres, él los ve desde lo alto de las terrazas y parece ocuparse en otra cosa.

EL SUMO SACERDOTE

Los filisteos se divierten, es cierto: y aún, para reír más de nosotros, han inventado algo. Un hombre horrible, llamado Goliat, que aventaja de la cabeza a los más grandes. Desde hace cuatro días, óyese por la mañana una fanfarria de trompeta; es un pequeño soldado que precede al grande y que se pasea a lo largo de las filas de nuestro ejército. Goliat reta en desafío a quienquiera pelear con él, y propone decidir la batalla por medio de ese combate singular. Nuestro ejército lo mira, calla, y ninguno se ofrece, de modo que cada mañana es mayor la arrogancia del Gigante, su desafío más burlón y más ultrajante el consiguiente insulto. Pronto se tendrá como ya victorioso: una victoria sin combate, una amigable victoria! Nuestros mismos soldados no se toman en serio: esta guerra no es sino un juego; todos ríen; entre los dos pueblos se ha establecido un comercio, y tan pronto como pasa el desafío matinal, rompen los límites de los campamentos, se visitan y se fusionan, intercambian instrumentos, dioses, amores, mercaderías. Saúl continúa en su silencio y el duro Israel se deja penetrar poco a poco.

LA REINA

Ese gigante... cómo dices que se llama?

EL SUMO SACERDOTE

Goliat!

LA REINA

No conoces a nadie capaz de ir contra él?

EL SUMO SACERDOTE

A nadie, aún.

LA REINA

Y para reemplazar al copero?

EL SUMO SACERDOTE

De ello se ocupa el barbero. Pero por qué reemplazarlo? Algo sospecharía el rey... Se ha encariñado con el chico...Es necesario crear un nuevo empleo: un cantor, un tañedor de guitarra, que sé yo?

LA REINA

Pero quien se encarga de que él lo acepte? Saúl desconfía de nosotros y no admitirá otro extraño en su presencia... Es preciso que Jonás el barbero lo convenza; él sabe cómo tratar a Saúl; lo prepara y el rey le permite ser oído.

EL SUMO SACERDOTE

Y vendrá?

LA REINA

Muy pronto, con Saúl.

EL SUMO SACERDOTE

Helos ahí.

ESCENA SÉPTIMA

(los precedentes. Saúl y el barbero Jonás. Guardias.
Después Jonatán. Más tarde, los mensajeros)

LA REINA (*acuciosa*)

Señor Saúl, cómo habéis pasado la noche? Muy pálido estáis; como si el brillo de la luna estuviese aún en vuestra frente. Creédme, mal hacéis en permanecer toda la noche en la terraza. (*Saúl hace un gesto*)

Se dice que la luna llena del estío es perniciosa para nuestros pensamientos. Desde que así veláis, parece que las preocupaciones habitasen en vuestra frente.

SAÚL

Oh! Dejádme, Señora! Velo así desde que las preocupaciones habitan en mi frente.

(*han entrado guardias*) (*a los guardias*)

Y bien, esos mensajeros?

PRIMER GUARDIA

Esperan a que el rey los llame.

SAÚL

Dónde están?

PRIMER GUARDIA

En el patio.

SAÚL

Con el pueblo!

(*aparte*)

Debí haberlo hecho secretamente.

LA REINA (*se acerca*)

Señor Saúl: es cierto lo que se dice en el palacio?
Habréis ordenado dar muerte a los profetas?

SAÚL

No a los profetas, Señora; a los hechiceros. Bien sabéis que Dios no los tolera.

LA REINA

Entonces... quién nos dirá ahora el porvenir?

SAÚL (*gritando*)

El rey!!

(*al guardia*)

Vámos! que los llamen!

(*sale el guardia por la izquierda. Jonatán llega por la derecha*)

SAÚL (*advirtiendo su presencia*)

Eso! Príncipe Jonatán. Buenos días. Me siento dichoso al veros cerca de nosotros en este momento. Veréis cómo se debe gobernar. Es ya tiempo de que lo aprendáis. Venid acá.

(*Jonatán a la izquierda del rey. La reina a su derecha*)

LA REINA (*inclinándose*)

De nuevo tres canas, mi Señor! - Barbero: cuidáis mal al rey. Volveréis a peinarlo después de la sesión. Sus facciones se ven fatigadas y su barba imperfecta...

(*diciendo esto se acerca al barbero. El guardia entra*)

GUARDIA

Señor, allí están los mensajeros.

SAÚL

Que entren.

(*mientras entran los mensajeros, la reina, en voz baja, cerca al barbero:*)

LA REINA

Y bien?

BARBERO

Y bien! Señora, he encontrado... Es...

LA REINA

Hábla pronto! *(sus voces no se oyen)*

SAÚL

Elifas: es a ti a quien he confiado la lista.

ELIFAS *(uno de los mensajeros)*

Héla aquí. *(se la entrega, y mientras el rey la examina:)*

LA REINA

David, dices?

BARBERO

David, bethlemita...

SAÚL *(leyendo)*

Dos en Rama; en Keila, el evocador; tres en el monte de Betel y cuatro en el de Gilboé; en la cisterna de Secú, un intérprete de sueños; en Micmash...

(continúa leyendo en voz baja. La reina se aproxima al Sumo Sacerdote y cuando baja la voz del rey, óyese la de la reina)

LA REINA

(al Sumo Sacerdote, como si continuase:)

David.

EL SUMO SACERDOTE

David?

LA REINA

Hijo de Isaías, si, de Bethlem. Ve aprisa y házlo buscar en el campamento. *(sale el Sumo Sacerdote)*

SAÚL

Ahora, decid: es cierto; los habéis herido por la espalda, o, si de frente, porque estaban dormidos? No han podido veros, entonces. Nada han dicho?

(Jonatán vacila)

Pero Jonatán... Y qué? Vaciláis?

JONATAN

Oh! no!, padre mío. Gobernamos.

SAÚL

Apoyáos en mí; vaya! Sé fuerte... Y yo no puedo pedirlo a todos: (estoy muy fatigado esta mañana) no han dicho nada? Ah! os había dicho que a cada uno le arrancárais la lengua...

ELIFAS

Las tenemos con nosotros.

SAÚL (a Jonatán)

Los hay que hablan después de muertos...

(Jonatán se desmaya)

Vámos! Véd cómo desfallece! Ah! (gesto de rabia)
Señora, lleváoslo! Bah! es como una mujer. Y el es el motivo para que yo los interrogue tan mal... Entonces, comprendido, no es así? (Decididamente estoy muy cansado) Todos muertos. Todos... Y no hablé ninguno. Si alguno de vosotros, casualmente, que se guarde... Pero, en verdad, cada uno de vosotros, mis fieles servidores, tendrá su recompensa.

(mientras habla el rey pasa repetidas veces las manos por su frente, de la que retira la corona. Se levanta y se dirige hacia la puerta. Los servidores y mensajeros salen. El primer guardia y el barbero han quedado solos un instante)

EL GUARDIA

Pero, qué tiene el rey? Está enfermo?

BARBERO

Déja, déja; voy a cuidarlo.

EL GUARDIA

Pero...

(entra el rey. Viendo que han salido los mensajeros hace una seña al guardia, y, misteriosamente:)

SAÚL

Harás matar a esos mensajeros... *(el guardia se aleja)*

ESCENA OCTAVA

(el barbero. Saúl. Luego, la reina)

BARBERO *(al rey que se aparta)*

Que vuestra Majestad me permita... Un simple refresco... Una fricción... Oh! Oh!, desde lejos ya advertía esa arruga... Dos caricias con este unguento y desaparecerá...

(diciendo esto, saca sus instrumentos de su bolsa e instala al rey en una silla a la derecha)

Y aquí están las canas que la reina mostraba hace poco. Ah! es cierto que son de una bella blancura; pero los otros cabellos son de un bello negror; y vuestra Majestad no tiene edad... Su Majestad es una maravilla de conservación! *(gesto de Saúl)*

A pesar de todas las preocupaciones del reino

(nuevo gesto; el barbero le aplica col bajo los ojos)

atención! Conservar su belleza... No importa! Se ha fatigado un poco en los últimos tiempos.

SAÚL

Yo no me...

BARBERO

No! no! no mováis los labios... he cometido un pequeño error en la barba... Ah! yo quería prevenir a vuestra Alteza; he logrado preparar —es un invento— una nueva clase de sorbetes... con anís... si, con anís! que es muy particularmente refrescante, y que embriaga! Ah!... Cuando la sed de vuestra Majestad me hará el favor de ordenar... Y yo iba a olvidar!... Qué distracción! (la reina entra silenciosamente por atrás)
El cantorcillo que habías anunciado...

SAÚL

Nada habías anunciado.

BARBERO

No había anunciado nada?... Dónde tenía entonces la cabeza? Un maravilloso cantor, Señor... que canta acompañándose él mismo con el arpa...

SAÚL

Y bien?

BARBERO

Y bien, lo he encontrado!! (insinuante)
Allí está.

SAÚL

Pero quién te ha pedido...?

BARBERO

Pues vuestra Alteza. Vuestra Alteza... el otro día, al salir del baño, gritó: Ah! si solamente un poco de música...! Pero ahora está vuestra Alteza muy fatigado... - Ya no recuerda...

SAÚL

Eh! Déjame tranquilo con tu tañedor de arpa!
—No quiero a nadie, entiendes, a nadie, cerca de mí—.
Tráe únicamente tus sorbetes, porque tengo sed.

LA REINA (*que se ha acercado*)

Por qué no lo escucháis, caro esposo? Un gentil
tañedor de guitarra! Caro esposo de mi corazón;
un tañedor de lira para alegrar un poco vuestro
fastidio.

SAÚL

Ah! La Señora Reina! Desde el momento en que es
ella quien me lo propone, es que ello ha de serme
maléfico...

LA REINA

Ya he notado que la música, y hasta las fanfarrias
guerreras, producen el mejor efecto en vuestras
debilitadas facultades...

SAÚL (*aparte*)

Esta mujer me detesta...

LA REINA

A veces el espíritu, distraído de su inquietud,
después de oír un trozo de arpa, se abandona
fácilmente al sueño...

SAÚL (*aparte*)

Yo la odio

(*se levanta*)

LA REINA

O, liberándose de lo impuro que hay en él, revela
con palabras distraídas lo que...

SAÚL

Calláos! Calláos, Señora! Os he oído suficientemente.

(sale)

ESCENA NOVENA

(la reina. El barbero)

LA REINA

Y bien, barbero?

BARBERO

Qué queréis, Señora, es necesario renunciar.

LA REINA

Qué? Te acobardas? Bah! Ensayemos otra y otra vez; el rey no sabe nunca qué es lo que quiere... Esperemos a que lo haya visto.

BARBERO

Hélo aquí. (llegan conversando David y el Sumo Sacerdote)

ESCENA DÉCIMA

(los precedentes. Luego el Sumo Sacerdote y David)

LA REINA

Es muy hermoso!

EL SUMO SACERDOTE (a los de fuera)

Combatir con Goliat! Qué broma! (entran)
Creeríais, Señora, que este niño quería...

LA REINA

Le oigo... Pero es demasiado joven.

BARBERO

Es él.

LA REINA

Cállate. *(sale el barbero)*
Sois vos, David? David de Bethlem? Daúd, como hay
quienes digan?

DAVID *(intencionadamente)*

David - si, Señora.

LA REINA

Yo os buscaba, David.

DAVID

Yo os buscaba, Señora.

LA REINA *(colérica)*

David! - Y por qué, David, me buscábais?

DAVID

Para pedir os que me dejéis combatir.

LA REINA

Con el gigante? Es en serio, entonces?

DAVID

Qué, Señora? El desafío del gigante?

LA REINA

El vuestro, David.

DAVID

Lo dudáis?

LA REINA *(lo mira detenidamente)*

No. Pero sois un niño, David. Un verdadero niño!
De qué edad?

DAVID

Tengo diez y siete años.

LA REINA

Diez y siete años! Y conoces el oficio de las armas?

DAVID

No. He vivido hasta ahora en las montañas. Soy pastor. Pero si no con los hombres, he combatido con los osos cuando atacaban mi rebaño; con los osos y algunas veces con los leones.

LA REINA (*al Sumo Sacerdote*)

En realidad tiene aspecto de ser fuerte. Sin embargo es en el campamento donde se os ha encontrado, si? Como es que has dejado a Bethlem?

DAVID

Oh! desde hace pocos días y por poco tiempo. Venía tan sólo por ver a mis hermanos y para traerles —de parte de mi padre— pasteles de miel que él preparó para ellos. Soy más joven que ellos. Ellos están en vuestro ejército; pero, en vuestro ejército no hay nadie que quiera combatir. Todos tienen miedo. Y todos reían de mí cuando hablé de ir contra Goliat. No han querido permitírmelo

(*colérico*)

y hasta mis hermanos me insultaron. Es por esto por lo que he querido encontraros.

LA REINA

Yo no río de ti, noble David.

DAVID

Y me permitiréis?

LA REINA

Espera aún.

EL SUMO SACERDOTE

Cómo! queréis, Señora...?

LA REINA

Ensayemos. El me place, Nabal. Tendríamos una armadura?

EL SUMO SACERDOTE *(sonriendo)*

La del rey, Señora. Ahora no sirve de nada...

LA REINA

El príncipe Jonatán no logra ponérsela.

EL SUMO SACERDOTE

Realmente; pero David es más fornido.

LA REINA

Hazla buscar. *(siguiendo con la mirada al servidor que sale:)*
Quién es ese que acaba de pasar por la terraza?
No es el príncipe Jonatán? Llamádle.

ESCENA UNDÉCIMA

(los precedentes. Jonatán)

LA REINA *(a David)*

Es Jonatán, el hijo mío, a quien vas a amar como a un hermano. No es así, Jonatán?

Vámos, niños, abrazáos. *(al Sumo Sacerdote)*

Véd cómo son de encantadores así. Qué, príncipe Jonatán, sonreís? No os había visto nunca sonreír...

JONATAN

Es a David a quien sonrío, Señora.

LA REINA

Bien lo sé. Va a combatir...

JONATAN

Con Goliat! Es verdad, David? (traen la armadura)

LA REINA

Y aquí está la armadura del rey.

DAVID

(toma el casco y lo coloca por un instante en su cabeza. Sopesa la armadura)

No! Combatiré como estoy!

LA REINA

Pero es una locura, David.

DAVID

Excusádmme, Señora: todo ese peso, antes que protegerme, sería un embarazo para mi valor. Yo nada temo, si sé que el Dios de Israel me protege. Iré tal como estoy: con mi honda, de la que me sé servir hábilmente.

(el servidor, que había traído las armas, y que esperaba, se las lleva. La reina y el Sumo Sacerdote se miran)

EL SUMO SACERDOTE

Señora, dejémosle. Parece muy valeroso.

(se alejan lentamente sin salir todavía. David y Jonatán están en la delantera de la escena)

JONATAN

David, tomád mi honda, queréis?

DAVID

(la toma, la examina y la devuelve)

Estoy acostumbrado a la mía. Es mejor.

JONATAN

Entonces, tomád estos guijarros.

DAVID *(el mismo juego)*

No son bastante agudos.

LA REINA *(en el fondo de la escena)*

Vámos, Sumo Sacerdote, veníd! Que se entiendan ellos. Dejémosles. Son unos niños. *(salen)*

JONATAN

David: entonces qué os daré? Porque yo quisiera...

DAVID

Príncipe!

JONATAN

Ah! No me digáis así: Príncipe! Llamádm simplemente Jonatán. Nadie me llama así... Aquí todos me dicen siempre: Príncipe Jonatán! Y hasta mi padre y mi madre. Estoy cansado...

DAVID

Mi padre y mi madre, en Bethlem, me llaman Daúd... y, al contrario, no hay sino ellos que así me llamen...

JONATAN

Entonces, cómo os nombraré yo?

DAVID

Como ellos: Daúd, también. Lo deseáis así, Jonatán?

JONATAN

Id a vencer, Daúd! Desde lo alto de la terraza os miraré.

ACTO SEGUNDO
ESCENA PRIMERA

La misma decoración del primer acto, pero a plena luz. Todos los cortinajes de la izquierda han sido levantados. Circula gente formando grupos animados. Joel entra con el barbero, por la derecha.

(los mismos - Grupos de hombres)

HOMBRE PRIMERO

Te digo que por ver a sus hermanos.

HOMBRE SEGUNDO

No. Es para combatir con los filisteos.

HOMBRE TERCERO

Vámos! Eah! Cómo iba a saberlo, en Bethlem?
Es la reina quien lo envía a combatir.

HOMBRE CUARTO

Sí. Cuando ella lo vió; pero eso no explica cómo entró al palacio.

HOMBRE SEGUNDO

Entró al palacio?

HOMBRE CUARTO

Ni cómo habló con la reina.

HOMBRE PRIMERO

Habló con la reina!

(llega otro)

HOMBRE QUINTO

Cesád! No hubiera venido cerca al rey, si la reina no hubiera buscado un tañedor de arpa... *(llega otro)*

HOMBRE SEXTO

No hubiera venido al lado de la reina si el rey no hubiera tenido su secreto.

HOMBRE SEGUNDO

Ah! El secreto del rey! Tu quieres saber el secreto del rey? *(se inclina hacia el hombre primero y le habla al oído)*

HOMBRE PRIMERO

(a carcajadas, - al hombre tercero)

Tu quieres saber el secreto del rey?
(le habla al oído, y el tercero ríe a carcajadas)
Quién quiere saber el secreto del rey?

HOMBRE TERCERO

Diez dracmas por el secreto del rey!
(otro se ha ido aproximando durante las últimas palabras)

HOMBRE SEPTIMO

Y bien, yo, yo tengo un secreto, como el rey!
(se agrupan en su redor)
Es que, antes de morir, el gran Samuel estuvo en Bethlem; hizo ir al pequeño David a su vera, y en un pequeño patio donde no lo vió casi nadie, tomó aceite y lo ungió como lo había hecho con Saúl... Vale treinta dracmas.
(Joel y el barbero se han acercado)

JOEL

Un secreto que podía valer más, viejo indiscreto.

HOMBRE SEPTIMO

Cómo? Cuánto?

JOEL

Tu cabeza, especie de zopenco! Ten cuidado de que nadie...
(unos y otros se apartan y desaparecen)

HOMBRE SEPTIMO

Ah! qué mal se recompensa la buena fé!

ESCENA SEGUNDA

(Joel y el barbero)

JOEL

El rey lo sabe?

BARBERO

Ciertamente que no. Y la reina?

JOEL (amenazante)

Barbero! estás atento...

BARBERO (igualmente)

Joel! ten cuidado...

JOEL

(cambiando de opinión y como presa de súbita simpatía)

Este querido barbero!

BARBERO (igualmente)

Este excelente Joel!

(se toman del brazo para salir. Gritos fuera)

Pero, esos gritos...

JOEL

Es la escolta de David que pasa.

(otros, con ellos se precipitan. Oyese crecer la grita bajo la terraza)

BARBERO

Descendamos aprisa.

(Jonatán y Saki se dirigen hacia la terraza)

ESCENA TERCERA

(Jonatán y Saki)

SAKI

No, príncipe - por aquí - veréis mejor.

JONATAN

Entonces, Saki, cuénta de nuevo... completamente solo? apenas con su honda? Y tú lo viste bien? ah! qué aire tan glorioso tenía! Es mi amigo, lo sabes...?

(aparece Saúl)

Pero ven, ahí viene mi padre... *(la escena queda vacía)*

ESCENA CUARTA

SAÚL

(la escena, a la entrada de Saúl, está vacía)

Obtengo la soledad! pero porque se huye de mí!
Vamos! Ese conquistador... que me lo traigan.
Estoy irritado con él! Estoy muy irritado con todos!
Ese pueblo chillón me importuna. Tales aclamaciones
—que me las roban— por un triunfo accidental! No me
las hacían después de mis difíciles victorias... Ah!
Mi Señora la Reina: escogéis a vuestras gentes!
Un niño, se me ha dicho... qué? para tranquilizarme?
Y quién le confirió el derecho de vencer?!
Vos, quizás! Yo, no...

(habla mientras camina y sigue paseando durante el comienzo de la escena siguiente. Aparecen guardias por la puerta de la izquierda)

ESCENA QUINTA
(Saúl. David. Guardias)

SAÚL

Vamos! que me lo traigan. Eh! pero si es un pastor ese conquistador! Es cierto que es muy joven. Ah! es que es terriblemente bello!

(estas tres frases son dichas con voz cada vez más baja. Saúl, que recorre la escena, no ve al principio, sino de espaldas, a David. Se acerca. Con voz alta y colérica:)

Y está completamente manchado de sangre! Pero que lo purifiquen antes!... Vosotros, guardias, no podíais haberle advertido? Nada sangriento debe entrar aquí!

(David hace el ademán de salir)

No! que él se quede! Pequeño matador del gigante, yo estoy muy irritado con vos.

(camina a grandes pasos. Después de un corto silencio)

DAVID

Por qué estáis disgustado conmigo, rey Saúl? He logrado vencer, es verdad - pero no fue contra vos.

SAÚL

Pero quién os lo permitía?

DAVID

La reina me...

SAÚL

La reina - si. Sabéd que no hay reina en Israel. No hay sino la mujer del rey

DAVID (*tras un silencio*)

Por qué irritaros, Señor? Es de vos de quien soy devoto...

SAÚL (*aparte*)

Ah! Su voz cae sobre mí como el agua del cielo sobre la polvareda solevantada!...

(*con voz alta*)

Que se me deje solo...

(*David va a salir*)

con él.

(*salen los guardias*)

ESCENA SEXTA

(*David y el rey Saúl*)

SAÚL (*que continúa paseándose*)

Tengo aspecto de muy irritado, no es así? (*David calla*)

Vámos, habla! Tu nombre? Cómo te llamas!

DAVID

David.

SAÚL

David... David... Los moabitas, ellos, dicen: Daúd. Quieres que yo te llame Daúd?

DAVID

No.

SAÚL

No! Por qué? Déjame llamarte... yo quiero llamarte Daúd.

DAVID

Alguien ya me nombra así; prometí que únicamente...

SAÚL

Alguien? Quién?

(*David calla*)

SAÚL

Pastorcillo, quiero saber. Yo soy tu rey.

DAVID

Vuestro derecho no va más allá que vuestro poder.

SAÚL

Que mi poder! Qué es lo que haces tú cuando una
cabra de tu rebaño rehusa obedecer?

DAVID

Yo la golpeo.

SAÚL

Continúas rehusando?

DAVID

Golpeádme.

SAÚL

(alza su jabalina; luego, conteniéndose)

Amas a Dios?

DAVID

Mi amor a él constituye mi fuerza.

SAÚL

Eres tan fuerte, David?

DAVID

El es muy fuerte.

SAÚL (tras un silencio)

Y ahora, qué vas a hacer?

DAVID

Regreso a Bethlem, mi patria.

SAÚL

No, David. Oye: yo quiero tenerte a mi lado...
La reina había hablado de un tañedor de arpa, para mí;
yo no quiero el suyo, sino...

DAVID

Era yo.

SAÚL

(inquieto. Luego reaccionando)

Ah! Entonces sabéis tocar... Pero ahí viene la reina. Os buscaba, sin duda. Os dejo. Pienso que tendréis algo que hablar.

(hace ademán de salir, pero se esconde tras una columna)

ESCENA SÉPTIMA

(la reina. David. Saul, oculto)

(la reina llega por la derecha, conversando con el Sumo Sacerdote. Al ver a David:)

LA REINA

(al Sumo Sacerdote)

Hélo aquí. Dejádnos. *(sale el Sumo Sacerdote)*

Ah! David! Os encuentro, al fin, y vive Dios! cubierto de gloria. Al principio, y ya delicioso, no veía en vos sino un pastor, pero, más bello aún por vuestro triunfo, ya no os quiero ver sino como vencedor. De dónde proviene vuestra inquietud, David?... porque tenéis aspecto preocupado. Sé que el rey os hablaba duramente hace poco. Es por eso?

DAVID

No, Señora; el rey, poco a poco calmó la aspereza de sus primeras palabras y bien pronto me habló muy dulcemente.

LA REINA

Y muy largamente, también? Vosotros os quedáisteis solos, no es así?

DAVID

Sí, algún tiempo.

SAÚL *(oculto)*

Están muy lejos. No oigo nada.

LA REINA

En realidad os equivocaríais, David, preocupándoos por esas cosas. El mal humor del rey no debe ofenderos; no tiene mayor importancia; es intratable y a veces hostil sin motivo; varía incesantemente.

DAVID

Pero si no estoy preocupado, Señora. El rey se ha mostrado bueno conmigo.

LA REINA

Encantada, David. Verdad es que vuestra belleza no puede menos de agradar, pero la bondad del rey, de que habláis, ayudará mucho a nuestros asuntos. Porque yo deseo vuestro bien, David; vuestro valor de hace poco merece otra recompensa y no las ovaciones de un pueblo estúpido, exaltado... Ya veo que sabréis hablar al rey, puesto que, hablando con vos, su humor mohino ha cambiado y... pero, antes, David, entendedlo: no olvidéis que es a mí a quien debéis este honor!...

DAVID

Y qué honor, Señora?

LA REINA

El de ser cantor cerca del rey.

DAVID

Excusádme, Señora, si yo sabía ya...

LA REINA

Ah! El Sumo Sacerdote os lo había dicho?

DAVID

No.

LA REINA

El barbero?

DAVID

... Además, el rey mismo me ha pedido...

LA REINA

Ah!

DAVID

Parecéis enojada...

LA REINA

Y enojada por qué? David, no es, al contrario, para mejor, que en vos coincidan nuestros deseos? Y vos, qué habéis contestado? *(se aproximan al rey)*

DAVID

Fue entonces cuando entrásteis, y el rey se fue antes de que yo hubiera podido responderle *(se aproximan más)*

LA REINA

Entonces... ahora... respondéd.

DAVID

Pero si el rey ya no está aquí, Señora.

SAÚL *(oculto)*

Bravo! valeroso David!

LA REINA

David, vuestra juventud necesita que se la instruya. El rey Saúl no tiene la autoridad que creéis...

SAÚL *(oculto)*

Ah! Ah!

LA REINA

Antes, lo sé, era un rey pleno de sabiduría y de valor; pero hoy su voluntad está fatigada; necesita ser dirigida, y yo soy quien a menudo elige sus decisiones. Así, la idea de tener un cantor cerca de sí, es mía; él la aceptó: y tanto mejor puesto que el cantor lo seréis vos. Pero comprendéd también, David, que el rey, fatigado por perversos pensamientos, necesita que yo lo vigile sin cesar.

SAÚL (*oculto*)

Desconfiád, Señora...

LA REINA

Pero él me habla poco; y casi nunca estoy cerca de él... Sus más insignificantes palabras, sus gestos más triviales, todo lo que venga de él y que dé luces sobre su estado enfermizo, puede hacer que mis cuidados sean más hábiles. De todo, entonces, debo estar informada.

DAVID

Señora!

LA REINA

David, no podéis tomar a mal mis palabras. Sin mis cuidados, qué valdría vuestro rey? Me ayudaréis. Y entre los dos podremos a veces ensayar agotar sus tristezas. Vos las sabréis antes que yo, y me las diréis...- y los dos... Pero no decís nada... Respondédme... Ah! para ser un conquistador, parecéis harto temeroso! y bajáis los ojos cuando soy yo quien los alzo hacia vos - David - más delicioso así...
(le toca la mejilla con su mano)

DAVID

Ah! Señora! el rey...

(Saúl salta desde su escondite. David huye)

ESCENA OCTAVA

(Saúl. La reina)

SAÚL

Daúd!! Basta! Señora, basta! Bien véis que éste niño... Pero no huyáis, David! Yo no te persigo, David, y míra: no es a ti a quien golpéo.

(ha cogido a la reina de los vestidos y de los cabellos y la arrastra por tierra)

LA REINA

Celoso, talvez? Vos!

SAÚL

Ah! no bromeéis, Señora... Terriblemente celoso!

(la hiere repetidas veces con su jabalina)

LA REINA

Detestable Saúl! Yo, imprudente, no te aborrecí lo bastante! Que todo el peso de tu corona recaiga ahora sobre ti solo! Escónde, ocúlta tu preocupación! Protégela! Peligroso rey Saúl, sé —en adelante— peligroso para ti mismo! Tu secreto, ya veré si serás capaz de ocultarlo a los muertos... Yo no lo creía tan temible. *(muere)*

SAÚL (inclinado sobre la reina)

Os engañáis, Señora. El secreto que buscáis es otro...

ESCENA NOVENA

La escena representa la alcoba de Saúl. Mal alumbrada por una sola lámpara humeante. Sin muebles. A la derecha un lecho. A la izquierda una ventana. Casi en el centro una especie de trono, prolongado, a derecha e izquierda, por bancos, o lo que se desée, que permita sentarse a los lados del trono. El rey Saúl, revestido como precedentemente con su manto de púrpura. Lleva puesta la corona.

SAÚL

(va hasta la puerta y la cierra cuidadosamente)

Ah! yo esperaba la noche...

(tira una cortina por frente a la puerta, se vuelve y mira en redor suyo)

Y ahora que estoy solo...

(va a sentarse)

EL CORO DE LOS DEMONIOS

(apareciendo e instantáneamente sentándose en el suelo, en círculo delante de Saúl. Su voz se mezcla a la del rey, para decir:)

Deliberemos!

SAÚL (sin verles, aún)

Se está aquí más tranquilo que en la terraza. Y Saki me ha pedido quedarse esta tarde con Jonatán...

UN DEMONIO (terminando la frase)

... y con David.

SAÚL

Si. Por otra parte yo prefería estar solo... Los perfumes me estorbaban, allá; y ya nada tengo que ver en los astros; nada veo.

PRIMER DEMONIO

Si empieza a hablar solo, ya sabéis que esto no va a ser divertido!

(bosteza. Otros se desperezan)

SAÚL (*continúa*)

Los hechiceros...

SEGUNDO DEMONIO

Sigue, como si no estuviéramos aquí...

SAÚL

Ellos quizá si veían algo.

TERCER DEMONIO

Pronto va a ser necesario que intervengamos.

SAÚL

Qué sabían? Debería haberme reservado algunos...

CUARTO DEMONIO

No nos deja decir ni una palabra.

PRIMER DEMONIO

Paciencia!

SAÚL

(mira fijamente a los demonios, sin verlos)

Porque mi pensamiento aquí se detiene y se fija, sin que yo sepa en qué punto...

QUINTO DEMONIO

Se podrían intentar algunas proposiciones de ensayo...

SAÚL

Parece que pongo mucha atención, pero no sé a qué sea...

SEXTO DEMONIO

Entonces es a David.

SAÚL

Ellos desean conocer mi secreto; pero..., es que yo mismo lo conozco? Tengo varios...

PRIMER DEMONIO

Con nosotros, tu lo sabes, no vale la pena de que te preocupes.

SAÚL

Comprendo ahora por qué amaba tan poco a la reina. Con mucha facilidad practiqué la castidad en mi juventud. He practicado muchas virtudes... Ah! yo quisiera felicitarme por haberme desembarazado de la reina, estudiar las ventajas...

SEPTIMO DEMONIO

También se podría...

SAÚL

Lo que yo me decía... suprimir igualmente al Sumo Sacerdote... Hay más interrogantes en Israel que posibilidades de respuestas tuyas. Cuando yo interrogo, ya no es a él. Hay más respuestas en el cielo que preguntas en los labios de los hombres.

SEPTIMO DEMONIO

Pero...

SAÚL

... respuestas hay que se hacen esperar.

TERCER DEMONIO

(simultáneamente con el cuarto)

O que no se ven.

CUARTO DEMONIO

Se hacen...

(los dos demonios se arrojan el uno sobre el otro y se baten -un instante tan sólo- y nada se altera en el curso de la escena)

PRIMER DEMONIO

Ah! Veámos, rey Saúl! conversa con nosotros!

SAÚL

El pretende amar a Dios y que su fuerza no viene sino de Dios. Yo quiero amar a Dios; yo lo amaba —pero él se ha apartado de mí—, por qué?

PRIMER DEMONIO

Para que nosotros pudiéramos acercarnos. (ríen)

SAÚL

Se cierran mis ojos, de cansancio y de miseria.

QUINTO DEMONIO

Necesitas beber un poco.

SAÚL

Lo creéis? No. —todavía no— y Saki no está aquí.

SEGUNDO DEMONIO

Pero, nosotros, nosotros estamos aquí.

SAÚL

Ah! Fieles.

SEGUNDO DEMONIO

Ah! bien! veámos! viejo Saúl! eso es lo de menos.

TERCER DEMONIO

Rey Saúl, tenemos sed.

SAÚL

Si, cierto es - voy a buscar la copa.

QUINTO DEMONIO

Eh! no! mi buen rey! - espéra a que te la traigan.

PRIMER DEMONIO

Pero déjalo... Eso lo entretiene...

(se baten. El rey Saúl se ha levantado. El actor debe representar como si continuase un monólogo. Saúl parece vacilante de indecisión)

SAÚL

(porque aumenta el ruido de la lucha)

No tanto estruendo, pequeños! Ya no me oigo.

SEGUNDO DEMONIO

Pero si no dices nada...

(se retuercen de risa. Saúl no puede contenerse y ríe a pesar suyo)

SAÚL

(ha tomado la copa, asido la cántara de vino; bebe un trago pequeño)

... Y la cántara. Ah! ésta corona me estorba...

(desde lejos la arroja sobre el lecho y torna a sentarse: su púrpura cae un poco de sus hombros. En el momento de sentarse bebe otro trago; luego, viendo:) ...

Pero, mis amiguitos, debéis estar incómodos en el suelo! Sentáos aquí, cerca de mí.

(se levantan y van a sentarse junto a Saúl, mientras este se sienta)

PRIMER DEMONIO

Oh! tú sabes, —no es por nosotros—, es por ti.

(Saúl sonríe)

SEGUNDO DEMONIO

(como si tomase la sonrisa de Saúl por una invitación)

Más cerca?

SAÚL *(un poco sofocado)*

Me asfixiáis un poco, así.

CUARTO DEMONIO

Pues no! pues no! es que necesitas beber.

QUINTO DEMONIO

Te escancio? Apresúrate; la noche acabará pronto.

(Saúl acerca la copa: el demonio la llena. Saúl la vacía)

Más?

(Saúl vuelve a acercar la copa. El demonio la llena. Cuando Saúl la aproxima a sus labios:)

VARIOS DEMONIOS

Y bien! y nosotros?

(Saúl baja la copa un poco. Los demonios se amontonan contra Saúl y cada cual quiere coger la copa, que se vierte)

SAÚL

(se levanta bruscamente y echa a rodar por tierra a los demonios - donde permanecen; deja caer la copa, y en voz muy alta:)

Ah! mi traje está completamente manchado!

(ahora camina, ya se detiene, inmóvil; la lámpara va apagándose y el claror del alba empieza a blanquear la ventana de la izquierda. Pero la escena está aún en sombras. Largo silencio)

SEGUNDO DEMONIO

(con un tono de voz muy diferente)

Saúl! Saúl! Hé aquí la hora en que los pastores de cabras hacen salir los rebaños de los establos.

TERCER DEMONIO

Saúl! Podríamos subir a la torre ahora, a ver aproximarse el alba.

CUARTO DEMONIO

O, en la colina embalsamada, en la pureza del aire matutino, cantar, cantar, un himno.

QUINTO DEMONIO

Hay allí hierbas bañadas de rocío...

SEXTO DEMONIO

En el palacio hay baños ya preparados.

PRIMER DEMONIO

Oh! a mí lo que mayor placer me haría, tras una noche sin sueño, es un sorbete de anís y de licor...

SEPTIMO DEMONIO

A mí, oír cantar a David. (todos ríen)

SAÚL *(se coge la cabeza con las manos)*

Estar solo! Estar solo!

(abre la ventana por donde llega un poco del alba y cae de rodillas, extendiendo sus manos hacia el aire. Poco a poco han ido eclipsándose los demonios)

Dios de David! Socorrédme!

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

La escena es la misma del acto primero, con la diferencia de que los cortinajes de la izquierda, que separan la sala de la terraza, han sido bajados. Joel entra por la izquierda y se prepara a atravesar la escena. El Barbero, levantando la cortina:

BARBERO

Psit! Joel!

JOEL

Ah! eres tú, barbero...

BARBERO

Has visto a David?

JOEL

Es a tí a quien corresponde hablar. Yo no lo conozco.

BARBERO *(recusándose)*

Yo lo conozco tan poco...!

JOEL

No importa; a ti toca. Hay que examinar, barbero; examína.

BARBERO

Examinemos, Joel! Examinemos!

(silencio. El barbero empieza a llorar)

La reina también examinaba...!

JOEL

Ella examinó muy a fondo...

BARBERO *(llorando)*

La pobre señora! Todo iba tan bien con ella *(silencio)*

JOEL

Asombroso, el pequeño David; le ha bastado aparecer.

BARBERO

Para limpiar el campo.

JOEL

Para hacerlo limpiar, querrás decir.

BARBERO

Prefiero ayudar a limpiar, antes que...

JOEL

Si... pero entiénde que es Saúl quien hace la limpieza.

BARBERO

Los intereses son compuestos... compuestos. A quién servir! Gran Dios! A quién? Yo no pido sino saber a quién servir devotamente! Hay qué examinar!

JOEL

Examinémos, barbero, examinémos! Pero de dónde diablos has sacado que el rey carecía de voluntad?

BARBERO

Ah! Perdón! Yo no he dicho eso: yo he dicho que su voluntad está enferma; que obra a saltos.

JOEL

Ten cuidado de que no salte sobre nosotros! No? Más temible que nunca es así. Sus decisiones parecen inmotivadas. Examina al rey, barbero.

BARBERO

Si tu crees que es tan fácil. El Sumo Sacerdote...

JOEL

Y qué?

BARBERO

Pues... Ahora, cuando habla al rey, castañetea de miedo...

JOEL

Cómo? Castañetea de miedo?

BARBERO

Quiero decir: castañetea con los dientes, de miedo al rey. *(Joel se alza de hombros)*

Además, Saúl no permite que se le acerquen sino difícilmente. Por otra parte, todo el mundo se vá, cuando él se aproxima. Es él quien espía, ahora; y se esconde —no se le siente acercarse— y, luego, se le sorprende, detrás de un cortinaje, en acecho, o, al contrario uno es el sorprendido; y cada cual huye

sin ruido, de sala en sala, en el palacio, en el que circula el rey, en silencio...

JOEL

Diablos!

(durante la última frase fue hasta el cortinaje abajado de la izquierda y con un movimiento brusco lo levantó)

BARBERO *(a quien sobresaltó el ruido)*

Ah! Cómo me has asustado! Y yo, sin espada...

JOEL

No importa, barbero; tu le hablarás al rey; y lo que tu sepas...

BARBERO *(mirando la espada de Joel)*

Es maravilloso, Joel, cómo se hace de más en más profunda nuestra amistad!

JOEL

Todo ayuda a... *(termina con el ademán de unir algo)*

BARBERO

(continuando el ademán de Joel)

...hacerla más estrecha. Ah! Ahí viene David!
Véte aprisa! Déjanos *(David cruza por la terraza. Sale Joel)*

ESCENA SEGUNDA
(David y el barbero)

BARBERO (*misteriosamente*)

Príncipe David! Príncipe David!

DAVID

Qué quieres, barbero?

BARBERO (*como acezando*)

Hace cuatro días que corro tras de vos sin conseguir encontraros solo un instante, príncipe David!

DAVID

Yo no soy príncipe, barbero.

BARBERO

Sí, Señor, pero...

DAVID (*más y más severo*)

Ni Señor.

BARBERO

Es que yo no sé cómo llamar al vencedor glorioso que...

DAVID

No he vencido sino con la ayuda de Dios, barbero! yo no soy ni siquiera jefe de ejército.

BARBERO

Pero vuestro valor...

DAVID

No es más grande que mi fé.

BARBERO

Precisamente: la fé... Pero vuestra esperanza...

DAVID

No espero sino que, tras de haberme llamado para matar a Goliat, el Dios de Israel, satisfecho, me deje volver a Bethlem, al lado de mi padre, a guardar cabras, como antes.

BARBERO

Oh! Cabras! Hombres, hombres es a quienes el Señor David debería aspirar a guardar... y hé aquí precisamente lo que yo quería decirle, y pronto porque ahora mismo pueden llegar...: y es que el rey Saúl está fatigado, que Jonatán es débil como una avecilla rara; que ni el uno ni el otro gozan del favor popular, y que, si mi príncipe lo quisiera, yo, barbero del rey y su médico, que estoy cerca de él todos los días, yo podría.

DAVID

Entonces, puesto que me has contado todo tu secreto, barbero, escúcha lo que yo voy a decirte. Es que yo amo a Saúl como a mi rey y a Jonatán más que a mí mismo; que yo temo a Dios, barbero, y que tú deberías cuidarte, en tus palabras, de lo que en ellas hay ofensivo hacia Su elegido. Tu me llamabas príncipe, hace poco; lo que significa, entonces, que deseas que yo te mande, barbero: retírate. *(sale el barbero)*
Jonatán! Jonatán! pueda el Eterno afirmar, sobre tu frente tan frágil, una tan vacilante realeza!

(entran Saúl y Jonatán)

ESCENA TERCERA
(Saúl. Jonatán. David)

Saúl sencillamente vestido; Jonatán revestido con todas las insignias de la realeza. David ha retrocedido hasta el ángulo de la izquierda; sin verle, Saúl y Jonatán avanzan hacia el trono. Saúl cae en la cuenta de que el cortinaje ha sido levantado, y, muy especialmente, lo hace caer de nuevo.

SAÚL

Es así como yo quiero veros, Jonatán! Eah! tomád esta tarde mi puesto en este trono. Es ya tiempo —aunque sea en una sala desierta— de que os ejercitéis en el reinar. La sensación de la realeza se fortifica mucho con el hábito de sus insignias. Aprendéd a soportarlas. El otro día, cuando vinieron los mensajeros, a pesar del sobrepeso de la corona, yo no creo que os hubiérais desvanecido, en el trono real, sostenido por el cetro y con la conciencia de la púrpura, de la que hoy estáis revestido.

JONATAN

Oh! padre, dejádmeme; estoy tan fatigado! Si supiérais cómo es de pesada esta corona!

SAÚL

Ah! Creéis entonces que yo no lo sé?... Pero esa es una razón para que os vayáis acostumbrando. Soy ya viejo; y a medida que la corona se sostiene menos sólidamente en mi cabeza, conviene afirmarla más y más sobre la vuestra.

JONATAN

Padre! Basta! me duele la cabeza... Recobrad vuestra realeza!

SAÚL

No! No! os la dejo hasta ésta noche... Naturalmente, la recobraré para dormir... Pero, ahora, permaneced así, en la dignidad real, y mientras no llegue nadie, figuráos que domináis sobre muchos. *(David se mueve)*

SAÚL

(volviéndose hacia Jonatán)

Ah! decididamente reináis! *(a David)*

Yo no os esperaba sino un poco más tarde, David... Pero no importa; quedáos. Si, es que ensayo al joven rey. Yo pensaba que ésta tarde no reinaría sobre nadie, pero héos aquí. Adiós, entonces; os dejo con su realeza. *(se esquiva por la derecha. - Aparte:)*
Me siento feliz de que me haya visto sin corona, ella lo cohibía en demasía.

(David y Jonatán, inmóviles, esperan a que salga Saúl)

ESCENA CUARTA

(Jonatán, David, luego Saúl, escondido)

JONATAN

Daúd!!

DAVID

Oh! mi joven rey triunfante! Cómo os véis de bello bajo la gloria! Que vos no seáis Saúl y que no sea por vos llamado, que entonces cantaríais para vos más y más admirables cánticos!... o, cerca de vos, me quedaríais contemplándoos sin decir nada! o me prosternaría, como véis que lo hago, a vuestros pies...

(luego se levanta, ríe, se lanza hacia Jonatán, y lo abraza)

SAÚL

(levantando los cortinajes de la izquierda)

Dulcemente! Moderadamente!

JONATAN

Por qué ríes tú, David, cuando estoy yo horriblemente pálido, y cuando ves que voy a llorar? Poco falta para que, de fatiga, no sea yo quien caiga pronto a tus pies.

DAVID (ha retrocedido)

Jonatán!

JONATAN (se levanta y avanza)

Pésa esta corona. Cuánto pesa, dí?

SAÚL (escondido)

El sitio es bueno... Oh!

JONATAN (*le pasa la corona a David*)

Ha maltratado mi frente. - David!, estoy enfermo...
No es cierto que es pesada...? Oh! pónstela, te digo...
(*la coloca en la cabeza de David*)

SAÚL

Oh! Yo no habría debido ver esto...

JONATAN

Qué bien te vá! Pero, dime: no es cierto que es pesada?

SAÚL

Oh! David! Cómo? tu serías...

DAVID

Mi pobre Jonatán! yo quisiera encontrarla más pesada;
pero..., qué débil tienes que ser...!

JONATAN

Es verdad que parece que no pesara, sobre tu frente...
Daúd!

SAÚL

Y tendrías que ser tú! Jonatán!
(*cae de rodillas y solloza, envuelto a medias en el cortinaje*)

DAVID

Pero tú sufres, dime, Jonatán? Estás pálido y sudoroso.

JONATAN

Esta púrpura me ahoga... Este cinturón... esta espada
me pesa; conservo el recuerdo del peso de la corona
sobre mi frente. Ah! Daúd! Quisiera dejar caer al suelo
estas insignias de la realeza. Quisiera tenderme sobre
la tierra y dormir... Ah! por qué no seré yo, como tú,

pastor de cabras, desnudo bajo una piel de ovejuela, al aire libre. Qué bello eres, David! Quisiera pasearme contigo por las montañas. De mi sendero apartarías cada piedra; a mediodía, bañaríamos nuestros pies cansados en agua fresca y luego nos acostaríamos en los viñedos. Tú cantarías... Yo te extremaría mi amor.

SAÚL

(que ha seguido todo lo anterior como si lo dijera él mismo)

Si

JONATAN

Llegaría la tarde; tú, que eres fuerte... tén: toma la espada; tu me defenderías de las bestias. Yo quisiera reposar, cerca de tu fuerza! Ah! me ahogo! Tén: toma la púrpura. Desabrocha este manto...

(ayuda a David a que le despoje)

SAÚL

Ah! yo no debiera ver.

JONATAN

Tu hombro parece más blanco... Y mi cinturón...

SAÚL

Ah! Yo no... Yo me torturo...

JONATAN

No sé si es, o de alegría, o de frío, o de angustia febril, o de amor, que -védlo- tiemblo ahora bajo mi única túnica de lino...

SAÚL

Cómo es de bello con la púrpura! Daúd!

(como si le llamase en voz baja)

DAVID

Jonatán! Héte más bello en tu blanca túnica que con tus ornamentos reales. Yo no conocía tu elegancia, ni la gracia que a tu cuerpo le da tu debilidad.

SAÚL

Ah!

DAVID

Jonatán!, es por ti por quien descendí de las montañas, donde tu frágil flor —bajo el sol muy ardiente— se marchitaría. Llóras? También yo voy a llorar de ternura? Tiémblas? Vacílas? Consuéla tu debilidad entre mis brazos...

SAÚL

Ah! Eso si no, eso no...

JONATAN (*desfalleciente*)

Daúd!

SAÚL

(*arrastrándose como loco. En voz alta*)

Y Saúl, entonces? Y Saúl?

JONATAN (*aterrorizado*)

Escápate, David, escápate.

(*David, desde que Saúl se dejó ver, abandonando dolorosamente a Jonatán, huyó, no muy rápidamente, arrojando con horror tras de sí los ornamentos reales. Jonatán cae, desmayado*)

DAVID

Desdichado! Desdichado! Desdichado!

SAÚL

Y Saúl?

(mirándolo huír estupefacto, sin decir nada, se acerca a Jonatán, se arrodilla cerca de él, le toma del brazo)

Está muy delgado! ... Vámos, Jonatán!... hálame. Soy yo, eah! Te he asustado, lo sé, pero yo no te detesto... *(con asco, soltando el brazo que sostenía)*

Ah! Es más débil que una mujer! *(inclinándose hacia él)*
Es el amor a David lo que te empalidece?

(corre hacia la derecha, y llama:)

David! Sigue huyendo. Como si fuera él quien debiera tener miedo! *(corre a la izquierda, y levanta la cortina)*

Hola! Alguien! *(llamando) (telón)*

ESCENA QUINTA

(la alcoba de Saúl)

SAÚL

(entra, hablando con el Sumo Sacerdote)

Entonces, ni uno sólo; ni el más insignificante hechicero?

EL SUMO SACERDOTE

Su Majestad sabe muy bien que los han suprimido —a todos— según sus órdenes.

SAÚL

Yo no te pregunto eso! Yo te pregunto si, talvez, hayan olvidado a alguno pequeño...

EL SUMO SACERDOTE

Ni a uno solo.

SAÚL

No es para castigar, compréndeme... Al contrario...
Yo quisiera que hubieran olvidado... Yo busco uno...

Yo. *(el Sumo Sacerdote calla)*

Tánto peor. Véte. *(el Sumo Sacerdote se retira)*

Qué hacer? Nada! Nada! El más pequeño adivino
sabría más... *(corre súbitamente hacia la puerta)*

Ah! Sumo Sacerdote! Sumo Sacerdote! *(este reaparece)*

Y tu Dios? Tu Dios calla siempre?

EL SUMO SACERDOTE

Siempre.

SAÚL

Sin embargo, es demasiado! Qué le he hecho yo?
Vámos, hábla, sacerdote! Por qué calla Dios ahora?
Sería preciso que nos explicáramos, al fin...
Ah! yo quisiera justificarme ante El. Yo soy el reo;
tú, mi Juez: interróga!

EL SUMO SACERDOTE

(durante la escena, completamente estupefacto de terror)

Qué?

SAÚL

(Cómo es de estúpido!) ... Es que yo puedo saber? Yo?
Pregúntame si he vivido con mujeres extranjeras...

EL SUMO SACERDOTE

Si.

SAÚL

Qué: sí? Yo te digo que me preguntes si he tomado
para mi mujeres extranjeras. *(súbitamente calmado)*

Preguntarás? Infeliz, yo te... *(blande su jabalina)*

EL SUMO SACERDOTE (*tembloroso*)

Te pregunto yo si has vivido con mujeres extranjeras?

SAÚL (*furioso*)

No: yo no he vivido con mujeres extranjeras! Lo oyes?
Tu muy bien sabes que no he vivido con mujeres
extranjeras. (*calmado súbitamente*)

Vámos! Aprisa! Pregúnta aún!

EL SUMO SACERDOTE

Aún, qué?

SAÚL

Pregúntame... En fin, tu debes saberlo! Hay pequeños
mandamientos...

EL SUMO SACERDOTE

Existen los Mandamientos.

SAÚL

Y bien! dílos, tus Mandamientos. Qué esperas?
Vámos.

EL SUMO SACERDOTE (*recitando*)

Yo soy el Eterno, tu Dios, que te he hecho salir
del país de Egipto, de la casa de servidumbre...

SAÚL

Y despáchate aprisa, porque espero al barbero.

EL SUMO SACERDOTE

No tendrás otro Dios delante de mi faz...

SAÚL

No. Así no. Interróga.

EL SUMO SACERDOTE

Te has hecho imágenes talladas o representaciones de las cosas que están arriba en los cielos, que están aquí, abajo, sobre la tierra, o en las aguas más bajas que la tierra?

(Saúl alza los hombros, impaciente)

No te has prosternado ante ellas, y no las has adorado? Porque yo soy el Eterno, tu Dios, un Dios fuerte y celoso

(Saúl bosteza)

que castiga la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y la cuarta generación de los que me odian, y que...

SAÚL (aliviado)

Ah! Hé aquí al barbero. Continuarás con ello en otra ocasión.

(sale el Sumo Sacerdote)

ESCENA SEXTA

(Saúl. El barbero)

SAÚL

Héte aquí, barbero de mi corazón! Enciende las antorchas. No se ve.

(el barbero arregla las antorchas y sus instrumentos)

SAÚL (aparte)

Quisiera saber —y tanto!— que no es a David a quien debo temer! Yo no puedo... Yo no puedo detestarlo! Yo deseo agradarle.

(el barbero indica que está listo)

Te he hecho llamar para que me cortes la barba.

BARBERO (en el colmo del estupor)

Cortar la barba!

SAÚL

Sí, la barba. Decididamente me envejece. Ya es tiempo de que tome un aire un poco más juvenil... Porque eso me rejuvenecerá, no es así?

BARBERO

Incontestablemente! Pero pareceréis menos respetable.

SAÚL

No aspiro a parecer muy respetable. Vámos! Estás listo? Te estoy esperando!

BARBERO

No! Pero realmente es en serio lo que dice el rey?

SAÚL

Ah! Te parece, entonces, que tengo cara de bromear?
(ríe)

Si, pero ya verás cómo bromearé mejor sin mi barba...
Vámos! en serio, córtala.

BARBERO (*comienza la operación*)

Una barba tan bella, no obstante! Es lástima!

SAÚL

Bah! Ella me ocultaba. Hay que saber tomar las decisiones bruscamente. Cómo me encuentras, dí, barbero?

BARBERO

Fatigado.

SAÚL

Ah!

BARBERO

Se ve que su Majestad trabaja mucho.

SAÚL

Si; he tenido que trabajar toda la noche, aún.

BARBERO

Ahora que la reina ya no existe, su Majestad debe ocuparse mucho más de los negocios importantes del reino.

SAÚL

Hay asuntos más importantes que los del reino y que no atañen sino a mí.

BARBERO

Oh! Sí!

SAÚL

Qué?

BARBERO

Yo digo: oh! sí! Yo quisiera decir: oh! si..., es decir: seguramente que ellos no atañen sino al rey, y que es por eso mismo que está tan fatigado: por estar forzado siempre a guardarlo todo para sí; quizá también su Majestad se preocupa demasiado por ciertas cosas... Cierto es que si los filisteos...

SAÚL (*interrogante*)

Los filisteos?

BARBERO (*terminando*)

... regresan.

SAÚL

Ah! Regresan!

BARBERO

Bien sabe el rey que se dice que vuelven.

SAÚL

Lo sabe. Lo sabe: pero...

BARBERO

Pero... si yo osara hablar... El rey busca un hechicero?

SAÚL

Ah! Tu sabes...

BARBERO

Siiii...

SAÚL

Y cómo?

BARBERO

Qué importa?

SAÚL

Tu conoces...

BARBERO

Chit! Oh!, mis tijeras *(las deja caer)*

Chit! un momento! Ved! Ved! In - co - no - ci - ble!

Rejuvenezco al rey en diez años!

SAÚL (ansioso)

Hábla! Pero habla! Tu conoces...

BARBERO

Siiii...

SAÚL

Algún hechicero?

BARBERO

No: una bruja.

SAÚL

Dónde?

BARBERO

En Endor.

SAÚL

Ah! la pitonisa! Cómo la había olvidado yo?

BARBERO

Qué? Vos también la conocéis?

SAÚL

La que habla con los muertos, si; yo la vi, hace tiempos. Lo había olvidado. Pero ella me conoce. No dices tu que estoy inconocible?

BARBERO

Que el rey tome un espejo: he terminado.

SAÚL

Si - no quedo mal así!... Oh! ésta arruga!

BARBERO

La barba la ocultaba un poco... Debo ensayar?...

SAÚL

No. Déja. Déjame. (sale el barbero)

Inconocible! mi pasión sirve a mi interés en esta ocasión. Iré (va a la ventana. La abre)

El cielo está nublado. Una tempestad terrible se prepara. Toda la arena del desierto está suspensa. No importa.

(se retira de la ventana. Se quita la púrpura y se cubre con un manto viejo)

Inconocible, realmente! (como repasando una lección)

Debo desconfiar de alguien. (de rodillas)

Dios mío, haz que no sea de David! Yo no puedo...

No puedo... (se levanta)

Bah! hace ya mucho que no rezo. Y cuando rezaba, era lo mismo. Lucharemos. Y no soy yo quien va a volver. El fue el primero en apartarse. Quisiera saber -y tanto! que no sea de él.

(el viento, desde la ventana sopla contra las antorchas)

Ah! el viento! Vámos! Vámos! *(Sale Saúl)*

ESCENA SÉPTIMA

(la Sibila, luego el rey Saúl)

La escena representa el interior de una gruta no muy vasta; en el fondo, a la izquierda, la entrada; hacia la derecha, un hogar, que ilumina débilmente la gruta.

LA SIBILA DE ENDOR

Todavía estos cuatro panes, estas raíces, y después, maga de Endor, última previsora de Israel, como una llama enferma, agotada, extíngüete! Aquellos a quienes les mendigo se dicen buenos conmigo porque no me denuncian al rey. Callan, pero no me dan de comer. Rey Saúl: por qué habernos suprimido, a todos? Un día, no obstante, lo recuerdas? Hijo de Kis, aún sin corona, viniste a mí, pastor de los rebaños de tu padre; buscabas en vano en el desierto unas asnillas extraviadas; fue entonces cuando yo, la primera, te predijo la realeza. Y desde ese día, rey Saúl, se pretende que tú profetizas! Qué refieren tus profecías? Es que tus labios también tiemblan y no pueden cerrarse bajo la horrible presión del futuro? Qué futuro transpira a través de ti, que así quieres ser el único en conocerlo? puesto que haces matar a los hechiceros.

Vámos! que cállen en el sepulcro! Pero tú, rey Saúl, te cállas tú? En cuanto a mí..., yo me voy, ya exhausta; como sobre el reborde de una cisterna, sedientos de lo ignoto, los hombres se agachaban sobre mis labios, de donde se extravasaba la profecía. Y los hombres no me amaban, porque hubiesen querido que predijese siempre sucesos afortunados, y porque yo predecía más allá de la ventura. Y ahora pienso que no está bien que el hombre conozca el futuro, porque ninguna alegría del hombre es más duradera que el tiempo que se emplea en decir: yo soy feliz, y que hay que apresurarse a decirlo, porque para decir: yo era feliz, se dispone de todo el tiempo restante, y que la felicidad del hombre es ciega.. Tengo frío. Qué horrible tiempo! Todos los sapos de los alrededores vinieron a refugiarse en mi gruta; la lluvia se desborda y el viento sopla tan helado, que —afuera— pensé que me extinguía aún antes de morir de hambre. Jamás me había sentido tan desfalleciente. En un tiempo como éste, quién, entonces, tan atormentado por el futuro, habrá podido ponerse en camino? Tres veces ha vacilado, pero por cuatro veces la llama ha repetido su señal: alguien viene. Yo me creía, sin embargo, harto ignorada. Preparémosnos a recibirle! Vámos! postrera antorcha de Israel! lancémos, para el extranjero que se aproxima, una última lumbrada expirante, y, después, que caiga el telón, alzado por una última vez; que se tornen a cerrar

sobre su secreto las bocas entreabiertas de los muertos,
para siempre... para siempre! Ah! Ah! se acerca...

(en este momento la hechicera, de rodillas, se inclina sobre el caldero de donde parecen salir vapores; agita su cabeza y su torso, y habla de una manera cada vez más anhelosa y exaltada. Parece que viera en el agua del caldero como en un espejo, todo lo que su monólogo relata)

Se acerca, el extranjero —que conoce la ruta—, ni siquiera una tea trae en la mano... Siento caer sobre mí, ah!, la fatiga de su marcha por la montaña! Ah! de su marcha; resbala en el sendero lleno de agua, de la montaña: el viento que sopla —sopla en su manto—; la fatiga, Ah! creo que ya voy a morir! mísera, una pobre mujer, vieja como las angustias del mundo, quisiera morir sin ser incomodada... Se acerca! se acerca el extranjero! Ah! cómo lo desgarran las zarzas! Desnuda su cabeza; tiene el aspecto tan mortalmente fatigado como yo, —mísero, ah! mísero como yo—. Caer de rodillas. Ah! está orando! No; se levanta; corre, corre por el sendero de la gruta; tiene una jabalina en la mano, piedad de mí! estoy sin fuerza alguna; oigo ya sus pasos; aquí! aquí!
(más y más feroz, la maga levanta la cabeza. En el momento en que dice: aquí!, mira en torno suyo, de manera de hacer comprender que los dos focos de la visión —real e imaginaria— se han reunido)

Voy a morir?

(con voz cada vez más alta y terminando con un grito)

Piedad para mí! piedad! piedad! *(Saúl aparece)*
Saúl!!!

SAÚL

(en el umbral de la gruta, vestido con un grosero manto de estameña, desgarrado; el aire espantable; los cabellos, húmedos por la lluvia, sobre la frente) (desolado:)

Ah! me reconoces? No tengo —sin embargo— el aspecto de un rey!

LA SIBILA (la cara contra la tierra)

Piedad, Saúl! compasión para mí, tan mísera!

SAÚL

Soy yo menos mísero que tú?

LA SIBILA

Piedad, Saúl! para mí, que voy a morir...

SAÚL

No tengas miedo de mí, pitonisa! Yo no he venido a amedrentarte. He venido a implorarte y no a que me implores tu... (se coge la cabeza entre las manos)

Es intolerable mi infortunio!

LA SIBILA

Y es el rey Saúl quien así habla?

SAÚL

Si. Saúl es. No, no es el rey. Ah! por qué, por qué, pitonisa, haberme predicho un día la realeza? Si recuerdas cuán bello era yo sin corona? El más insignificante pastor de la montaña (y ese era yo!) tiene más majestad en su apariencia que la que me haya dado toda mi púrpura coronada! A uno conozco que, desde que avanza, domina... En cuanto a mí...

(cae sobre una piedra)

estoy fatigado.

LA SIBILA *(alzándose)*

Saúl *(como por condolencia y sin saber qué decir)*
con éste tiempo, duro estaba el camino.

SAÚL

Este tiempo? Ah! es que llovía? *(toca su manto calado)*
Sí! tengo frío! Acércate; tengo necesidad de ser
consolado.

LA SIBILA

(toca con gran ternura la frente de Saúl)

Saúl!

SAÚL

Qué?

LA SIBILA

Nada. Tengo piedad de ti, rey Saúl.

SAÚL

Ah! compasión?... Es cierto que soy compadecible...
pitonisa! Hace tántas noches que...

(parece que va a caerse de la silla)

Ah! Desfallezco! Noches y noches buscando y en las
que desgasto mi alma buscando...

LA SIBILA

Buscando qué? El porvenir, Saúl?

SAÚL *(profético)*

Incomparables tormentos de mi alma!... *(conteniéndose)*
No estoy siempre tan débil como ahora; ciertos días
parezco razonable, todavía; pero la ruta para venir

hasta aquí me ha matado. Nada había querido comer esta tarde.

LA SIBILA

Tengo unos panes... quiéres?

SAÚL

No. Aún no; mi alma tiene más hambre que mi carne. Pero, habla, pitonisa; puedes hacer venir un muerto?

LA SIBILA (*afligida*)

Un muerto... quiéres? Pero quién?

SAÚL

Quién? Samuel?

LA SIBILA (*espantada*)

Ese es muy grande!

SAÚL

Soy yo Saúl?

LA SIBILA

Obedezco. Todavía dominas.

(se acerca al hogar y hace los gestos y muecas apropiados para lograr que un muerto venga)

Ve! Ya la llama se agita! Apártate!

SAÚL

(de pies; su mano delante de su rostro, pero de modo que sólo la aparición le quede oculta; no de manera que los espectadores no lo puedan ver)

Samuel! Samuel! Samuel! Héme aquí. Llamo y temo tu terrible aparición. Háblame! Que una palabra tuya me aplaste, me aplaste o me tranquilice; estoy en el límite de mi incertidumbre y mi inquietud es más dura

que no importa qué palabra tuya. Pitonisa! Pitonisa!
Qué ves tú?

LA SIBILA

Todavía nada.

SAÚL

Yo no oso mirar... Mi alma, en mi, parece saltarina
y liviana como si yo fuera a cantar. Desfallezco.
Pitonisa! Pitonisa! Qué ves tú?

LA SIBILA

Nada... Ah! ah! ah! Veo un Dios que sube de la tierra.

SAÚL

Qué figura tiene?

LA SIBILA

Es un anciano que sube; está envuelto en un manto.

SAÚL (*se prosterna*)

Samuel!

LA SOMBRA DE SAMUEL

Por qué me has turbado en mi sueño?

SAÚL

Estoy en una grande angustia. Los filisteos me hacen
la guerra, y Dios se ha retirado de mí.

LA SOMBRA DE SAMUEL

Y tú por qué me consultas, si el Eterno se ha retirado
de ti, y si se ha convertido en tu enemigo?

SAÚL

A quién entonces, si no a ti, consultaría? El no me ha
respondido, ni por intermedio de los sacerdotes ni con

los sueños. Quién me dirá qué es lo que debo hacer ahora?

LA SOMBRA DE SAMUEL

Saúl! Saúl! por qué mientes siempre delante de Dios? Sabes muy bien que del fondo de tu corazón se levanta otro pensamiento; no son los filisteos quienes te inquietan, y no es eso lo que venías a preguntarme.

SAÚL

Habla entonces, Samuel; tú, que conoces mi secreto mejor que yo mismo. Por todas partes el terror asaltó mi alma; ya no oso ni mirar mi pensamiento. Cuál es mi pensamiento?

LA SOMBRA DE SAMUEL

Saúl! Saúl! Hay otros enemigos, fuera de los filisteos, por someter...; pero lo que te dilacera es acogido por ti.

SAÚL

Someteré...

LA SOMBRA DE SAMUEL

Ya es muy tarde, Saúl; ahora es a tu enemigo a quien protege Dios. Antes de que fuese concebido en el seno de su madre, Dios ya lo había escogido. Si tu lo acoges es para prepararte.

SAÚL

Y cuál era mi falta, entonces?

LA SOMBRA DE SAMUEL

Acogerlo.

SAÚL

Pero puesto que Dios lo había escogido...

LA SOMBRA DE SAMUEL

Crées tu que Dios, para castigarte, no haya conocido desde lejos las últimas vacilaciones de tu alma? El ha situado a tus enemigos ante tu puerta; ellos tienen tu castigo en sus manos; detrás de tu puerta mal cerrada, esperan; pero fueron invitados desde hace tiempo. Sientes muy bien, en tu corazón, la impaciencia de ésta espera: lo que tu llamas temor, tu muy bien sabes que es deseo. Hé aquí: ahora los filisteos de que hablabas, ya se preparan. Dios abandonará a todo Israel en sus manos.

(Saúl, cual largo es, cae por tierra)

La realeza será para ti como una púrpura que se desgarrar, como agua que huye entre los dedos mal cerrados de tu mano...

SAÚL *(suspirando)*

Y Jonatán?

LA SOMBRA DE SAMUEL

Jonatán no tendrá ni una gota para beber, ni un trozo de púrpura para cubrirse... Ah! desdichado Saúl! qué hará de ti el futuro, si su sólo anuncio te anonada?

SAÚL

Eterno Dios de los Ejércitos! Mi porvenir está en vuestras manos poderosas... *(cae sin conocimiento)*

LA SOMBRA DE SAMUEL

Si, desdichado Saúl! que matas a los videntes y suprimes a aquellos que explican los sueños, piensas tú matar el porvenir? Ve: tu futuro ya se puso en marcha; tiene una espada en la mano. Tu puedes matar

a quienes lo miran, pero tu no le impedirás avanzar. Y él avanza, Saúl; avanza; es ya tan grande que tu no puedes impedir a nadie el verlo. Por qué, si tu no puedes oírme, haberme pedido aparecer? Mis palabras, provocadas ahora, continuarán: en adelante no cesarán de oirse; si tu suprimieras ahora a los profetas, las cosas mismas tomarían una voz; y si tu rehusaras oírla, tú mismo profetizarías. Dentro de tres días los filisteos te librarán batalla y lo más escogido de Israel sucumbirá. Ve: ya no está en tu cabeza la corona. Dios la ha colocado en la de David. Ve: Jonatán mismo ya se la coloca... Adiós, Saúl! tu hijo, y tú —ambos— muy pronto vendréis a reuniros a mí...

(la sombra desaparece)

LA SIBILA *(débilmente)*

Y yo más pronto aún, Samuel.

(silencio)

SAÚL *(como despertando)*

Tengo hambre...

LA SIBILA

(se ha arrodillado cerca de Saúl yacente)

Saúl!

SAÚL *(levantándose)*

Soy yo. Tengo hambre. Vámos, mujer; tu ves que hay que tener compasión del rey. Está enfermo. Dále alguna cosa qué comer...

LA SIBILA

Pobre Saúl. Había guardado éstos panes. Tómalos.

SAÚL (*inconsciente*)

Díme: quién hablaba aquí hace poco? (*se emociona*)
Con quién hablabas, vieja? Veámos! qué vine a hacer
aquí, yo? Respóndeme aprisa; no eres tú la Sibila
de Endor?...

LA SIBILA

Pobre Saúl!

SAÚL

La sibila! No! No! Todos los hechiceros murieron!
Saúl hizo matar a todos los hechiceros! La Sibila
de Endor está muerta... (*enderezándose*)
o vá a morir.

LA SIBILA (*siempre de rodillas*)

Ah! Sin que tu la hieras, Saúl; ella morirá pronto.
Déjala...

SAÚL

(*completamente despierto y con una creciente agitación*)

Con quién hablabas? No era con... Quién te permitió
llamar a Samuel?...

LA SIBILA

Desdichado!

SAÚL

Ah! Yo suprimiré lo que él dijo... Lo que él dijo yo lo
quiero suprimir en tus oídos. Yo mismo ya no
recuerdo casi nada.

LA SIBILA

Desdichado!

SAÚL

Pero... yo no lo oí todo...

(*se vuelve furiosamente contra la Sibila*)

Ah! desdichada! vas a hablar!... Ahora lo recuerdo
todo! Hé caído. Qué dijo él? Qué dijo él? Qué dijo él?

LA SIBILA

Desdichado!

SAÚL

Ah! ah! tu hablarás, bruja! Ha nombrado? Dí... hábla...
ha nombrado a alguno?

LA SIBILA

Piedad!

SAÚL

A otro...

LA SIBILA

Piedad! Saúl!

SAÚL

... que no yo...

LA SIBILA

Piedad de mí!

SAÚL

O Jonatán, para...

LA SIBILA

No!

SAÚL

Vámos! ya lo sabes todo! ... para sucederme en
el trono?

LA SIBILA

No!

SAÚL

Mientes!... tu mientes!... Alguno —te lo ha dicho—
a quien yo amo?...

LA SIBILA

Saúl!

SAÚL

Sí? Lo sabes todo... David?

LA SIBILA

Por qué lo has nombrado?

SAÚL

No! No! No lo digas! No! No!

(hiere a la Sibila con la punta de su jabalina)

LA SIBILA

Me has herido.

SAÚL

No! No! que no! Veamos, no fue sino un golpecito con la jabalina; –hábla, termina– dime que no era él.

LA SIBILA

(apoyada en un brazo. Saúl agachado)

Saúl! me has herido mortalmente. Saúl! ya iba a morir! por qué no me has dejado? Mira: mi sangre pálida corre sobre tu manto...

SAÚL

No! No! Yo no te he hecho mal alguno. Veamos! Hábla! Puedes esperar un instante para morir...

(suplicante)

Ah! respóndeme!

LA SIBILA

Déja que mi alma, ah! se aduerma –tranquila–, ya está calmada.

SAÚL

No - todavía no.

LA SIBILA

Rey Saúl...

SAÚL

Qué?

LA SIBILA

Rey deplorablemente dispuesto a la acogida - cierra tus puertas!

SAÚL

Ah! Respóndeme: él te ha nombrado...?

LA SIBILA

Déja que mi alma, dulcemente se hunda...

SAÚL (*cogiéndose la cabeza entre las manos*)

Ah!

LA SIBILA

Rey Saúl!

SAÚL (*con una última luz de esperanza*)

Qué?

LA SIBILA (*agonizante*)

Cierra tu puerta! Cierra tus ojos! Tápa tus oídos!
y que el perfume del amor...

SAÚL (*sobresaltado*)

Qué?

LA SIBILA (*con esfuerzo*)

... no encuentre más el acceso a tu corazón. Todo lo
que te es encantador te es hostil... Libérate! Saúl! Saúl!
(*muere*)

SAÚL

(*se ha ido inclinando más y más a medida que su voz se extingue,
como si esperase siempre una nueva revelación*)

Qué?... Está muerta.

(*mira alrededor suyo. El hogar se ha extinguido. La gruta háse
tornado más sombría*)

Entonces, en adelante, yo voy a agitarme solo en las
tinieblas. (*quiere salir y titubea*)

ESCENA OCTAVA

La gran sala del primer acto. Los cortinajes de ambos lados completamente bajados. Saúl, de rey, sentado en el trono (púrpura, corona y jabalina). David, no lejos, sobre un escabel, toca el arpa ante el rey.

DAVID

*... En torno tuyo los hombres píos aplauden
Los enemigos del rey fueron puestos en fuga.
El Eterno protege al rey.*

Y he aquí el nuevo cántico que compuse para Saúl:

*... Palabras llenas de encanto, corred, desbordad
de mi corazón.*

*Yo canto. Mi canto es para el rey.
Que sea como el de un hábil escritor.*

(pausa)

*Despiértate, mi laúd!
Despertáos, mi laúd y mi arpa!
Que mi canto despierte a la aurora...*

(pausa)

*Rey Saúl, mónta en tu carro,
defiéndete la verdad, la dulzura, la justicia!
Mónta en tu carro, rey Saúl!*

(pausa)

*Todos los guerreros están en la espera...
En la espera, los filisteos se regocijan:
Saúl duerme; no aparece Saúl! ...*

(pausa)

Món^{ta} en tu carro, rey valiente,
de miedo de que no triunfen los enemigos de Dios,
de miedo de que no se regocijen.

(pausa)

Saúl! Saúl! despiértate!
Mi laúd resonante te acompaña.
Por tus nuevas hazañas se distinga tu diestra.

(pausa)

Valeroso guerrero! Cíñe tu espada,
tu atavío y tu gloria.
Sí - tu gloria!

SAÚL

(un poco embarazado al principio, luego bostezando, hace una seña,
para que David cese:)

Tú no sabes alguna cosa más alegre?

DAVID

Más alegre?

SAÚL

Si. Te asombras... es que malconoces quién soy yo...
Vámos! Déja tu arpa, David! Conversemos. Díme!
de qué tengo el aire yo, David?

DAVID

De un rey.

SAÚL

No; tu no comprendes mi pregunta. Quiero decir: qué
es lo que encuentras particularmente notable en mí?

DAVID

La majestad.

SAÚL

(molesto; luego, reaccionando)

Ah!... hasta sin barbas?

DAVID

Sin barbas, un poco menos.

SAÚL

Porque se me ve mejor, parezco menos rey... Si. Por eso hice que me cortaran las barbas; yo me sentía menos rey de lo que aparentaba... Mientras que ahora... Dime que me prefieres así.

DAVID

Yo prefiero al rey.

SAÚL

No, David: ahora que te parezco más joven —y lo soy!—, nada que podía gustarme esa barba real, envejeciéndome a tus ojos... Por causa tuya, David, yo la hice cortar...

(David, molesto, se pone de nuevo a tocar el arpa. Saúl, furioso, listo a herirlo)

David!!

(gesto de David)

No te vas! Bromeaba. Yo quiero... Conversemos más, David! Dime: tú le rezas a Dios, en ocasiones?

DAVID

Sí, rey Saúl; a menudo.

SAÚL

Por qué? Jamás acoge favorablemente las oraciones.

DAVID

Y qué puede pedir el rey, para no ser nunca acogido?
Qué puede pedir un rey?

SAÚL

(vacilando acerca de lo que va a contestar; luego, bruscamente:)

Y tú? Qué es lo que le pides tú?

DAVID *(confusamente)*

No llegar a ser nunca rey.

SAÚL

(furioso al principio, salta sobre David, que no se inmuta; luego, inclinado hacia él, con voz más baja:)

David! David! Quiéres tu que nos unamos contra Dios? David, si fuera yo quien te diera la corona...

(mira fijamente a David, luego, turbado por su triste asombro, por su terror, toma el partido de estallar en risotadas)

Ah! Ah! Ah! Ves cómo puede bromear un rey sin barba! *(torna a subir al trono y se sienta; furiosamente:)*

Basta! yo no quiero ser el único que bromea! Por el Eterno! me has tomado en serio, realmente lo creo...

La corona! David! Querías la corona? Ah! Ah! fiii...

Y Jonatán? Tú no piensas entonces en el débil Jonatán? *(David, fatigado, quiere irse)*

Vámos! Hélo que ahora quiere irse... Pájaro salvaje!

Nada, entonces, te puede domesticar? Cánta, entonces!

Vamos, David! Algo que sea alegre! *(gesto de David)*

No! Nada de alegre: tú no sabes nada alegre! Ah! Eso!

Tú no bromeas jamás, David! con tu Jonatán? nunca!!

Entonces toca, solamente: tu canto, por otra parte, distrae mi pensamiento. No se puede estar siempre divertido...

(David comienza a tocar el arpa y toca hasta el fin de la escena)

Ah! Ah! Ese canto de arpa fluye sobre mi pensamiento. Yo también he sabido alabar a Dios, David. Para él he entonado cánticos; para él, en otro tiempo, mi boca estaba siempre abierta y mi lengua agitada inmoderadamente; pero, de miedo a hablar, mis labios se han cerrado sobre mi secreto, y mi secreto, viviente en mí, grita en mí con todas sus fuerzas. *(Saúl se exalta y comienza a hablar como en delirio)*
Yo me desgasto permaneciendo silencioso. Desde que calle, mi alma se consume; como un fuego vigilante, su secreto la agota día y noche.

(pausa con una breve detención de la música)

Horror! Horror! Ellos quieren saber mi secreto, y yo mismo no lo sé! Se forma lentamente en mi corazón... Pero la música lo subleva... Como un pájaro topa con los barrotes de su jaula, se ha subido hasta mis dientes; hacia mis labios salta, salta y quiere lanzarse afuera...! David, mi alma está incomparablemente torturada! Labios míos! a quién nombráis? Apretáos, labios de Saúl! cierra tu manto real, Saúl! todo te asedia, en torno tuyo. Tapóna tus oídos a su voz! Todo lo que viene a mí, me es hostil!! Cerráos vosotras, puertas de mis ojos! Todo lo que me es delicioso, me es hostil. Delicioso! delicioso! por qué no estoy yo con él, cerca de los arroyuelos, guardián de cabras? Lo vería todo el día. Por qué no me extravié en el ardor del desierto, como antaño, ay!, buscador de asnillas? En el calor del aire, yo ardería! Sentiría entonces menos quemante

mi alma —que el canto activa—, y que se lanza —desde mis labios— hacia ti, delicioso, Daúd.

(David arroja el arpa, que se rompe, al suelo. Saúl parece despertar)

Dónde estoy? David! David! Pero quédate...

DAVID

Adiós, Saúl! Ya no para ti solo es intolerable —desde ahora— tu secreto. *(sale)*

ACTO CUARTO

De noche, pero no muy oscura. La escena, muy estrecha, representa un jardín en el que termina bruscamente una colina; corre una fuente a la izquierda, rodeada de cipreses plantados con regularidad

ESCENA PRIMERA

(Jonatán. Saki. Luego, David)

JONATAN

Estás bien seguro de que es aquí? Sí. Hé aquí la fuente y los cipreses. Saki! Qué bella aparece la noche! Ah!, si yo hubiera conocido este jardín, ya habría venido a menudo... Y para subir a esa planicie?

SAKI

Habrá que hacer un largo rodeo.

JONATAN

Oh! Oh! Así es realmente... Así es!

SAKI

Qué, príncipe? Qué buscáis?

JONATAN

Un pajarillo, pequeño; por eso traje mi arco; hánme dicho que todas las noches vuela sobre esta fuente y se posa allá... Lo ves? Lo ves?

SAKI

No.

JONATAN

Míra! míra como vuela! Gira, dá vueltas como si ya fuera a posarse.

SAKI

Pero yo no veo nada absolutamente.

JONATAN

Atención! Ya está en tierra... Chit! Cómo? No ves nada? Allá, cerca de esa piedra blanca. Sigue hasta donde va a volar mi flecha. Tocado! Corre aprisa! aprisa! y tráeme o mi flecha o el pajarillo.

(tan pronto como Saki se aleja, sale David de un bosque)

DAVID

Jonatán!

JONATAN

Ah! David! Pensé morir de inquietud. Hábla aprisa! No disponemos sino de un instante. Saki va a regresar. Y por qué en este jardín? Para vernos, no estábamos mejor en el palacio?

DAVID

No, Jonatán. Aquí yo no debo ser visto por nadie. Parto. Esta noche es un adiós lo que te digo.

JONATAN

Ah! Daúd... un adiós! Y qué? partirás?

(se sienta sin fuerzas al borde de la fuente)

DAVID

Ah! Jonatán! Mi fuerza no me basta para dejarte; se necesita también de la tuya. No te acobardes. Irguete!

JONATAN

Lejos de ti, todo placer me abandona. Te irás?

DAVID

Debo partir... Saúl...

(vacilante)

JONATAN

Hábla. Mi padre...

DAVID

Ya no tolera mi presencia. Me ha...

JONATAN

Te ha herido!

DAVID

Si... herido!... herido... Conoces su genio irritable.
Ah! Jonatán! Levántate. Te volveré a ver, Jonatán.

JONATAN

A dónde vas? Lejos de ti, carezco de fuerza...

DAVID *(indeciso al principio)*

A dónde voy... ahora? Donde los filisteos.

JONATAN

Los filisteos!

DAVID

Compréndeme rápidamente. Saki vuelve ya; no quiero que me sorprenda... Si tu padre lo supiera!... pero falta por decir lo importante. Escúcha: los filisteos se preparan de nuevo. Tu padre está inquieto; no sé qué lo conturba, pero su espíritu no está preparado para la guerra, y si los filisteos atacan, la derrota de Saúl es segura. Los filisteos atacarán, sin duda, y por eso yo quiero ponerme a su cabeza; parecerá que avanzo contra ti..., pero, si le arrebató la corona a Saúl, es para devolvértela.

JONATAN

(como si nada hubiera oído)

Los filisteos! Daúd! Tú con los filisteos!

DAVID

Ah! Compréndeme!... Nunca! si yo pensara en que tu padre pudiera vencer; pero tu sabes que una obsesión lo ocupa; nada de ella lo distrae, y la confusión de su alma repercute en su ejército. Sus soldados no le obedecen; él es incapaz de ponerse a su cabeza.

JONATAN

Y yo?

DAVID

Tú, Jonatán... Sucumbiríais ambos. Ah! Déjame que venza y por vosotros. Pero escucha, y sigue cuidadosamente lo que voy a decirte. Si tu ves, en la tarde del segundo día, al otro ejército acampado en lo alto de la colina —la que está en frente de la ciudad—,

la colina de Gilboá, no temas nada. Hé aquí lo que debes hacer.

JONATAN

Hábla: lo que tu digas, eso haré.

DAVID

En el fondo de este jardín, oculta por naranjos y zarzas, está la entrada de una gruta muy vasta; esperaré allí toda la noche; nada temas; ve allí, sin antorchas que te delaten; el cielo es puro y esa noche alumbrará la luna llena. No es una gruta, precisamente, sino una especie de caverna entreabierta, desde la que se vuelve a ver el cielo apenas franqueado el mal paso. Te esperaré; guiaré tus pasos en la obscuridad... Hablaremos. Diremos cómo deberemos... *(óyese cantar a Saki)*

JONATAN

Ah! Qué? Hábla!

DAVID

Saki ya vuelve, Jonatán! Hermano mío! Mi alma ha sollozado de amor... Adiós! No olvides...

(se aleja. Y volviéndose:)...

Más que mi alma, ah! Jonatán! más que mi alma..

JONATAN

Básta, David, básta! o te vas a llevar mi vida.

SAKI

Príncipe! El pajarillo voló; no pude encontrar sino la flecha.

JONATAN

Ven.

(salen)

ESCENA SEGUNDA
(Saúl, un demonio negro)

Un desierto. Una árida llanura de arena, vagamente ondulada. Sol ardiente. A la izquierda, echado sobre una duna, el demonio vestido con un enorme manto oscuro que arrastra y se extiende por la arena.

SAÚL

(entra por la derecha. La cabeza descubierta, un nudoso bastón en la mano; sin el manto real)

Atención! Es bajo un sol semejante como se evapora la sabiduría de los reyes! Qué es lo que yo venía a buscar aquí? Ah! unas asnillas... todo rastro se pierde como el agua en la arena...

(se inclina sobre la tierra, y, luego, saltando:)

Brr! Una serpiente!

EL DEMONIO (inmóvil)

No te hará ningún mal...

SAÚL (no muy sorprendido)

Qué?

EL DEMONIO

Digo que no te hará mal, a ti... Oh! Vámos! no irás a tener miedo de las serpientes ahora, viejo monarca!

SAÚL

Este pequeño inválido me falta al respeto...

(se le acerca para golpearlo)

EL DEMONIO

Hay qué confesar, rey Saúl, que, sin barba, no eres tan respetable. *(el rey lo golpea y lo excita con el bastón)...*

Ah! No! No! No me hagas cosquillas, me harías reír demasiado! *(se contorsiona de risa. El rey también)*

Rey Saúl, dónde dejaste la corona? Se la dejaste a David?

SAÚL

(se lleva la mano a la cabeza)

He saltado un poco por el desierto. Se habrá caído.

EL DEMONIO

Ténle miedo al sol del desierto; no tienes tanto pelo, para permanecer así, sin corona. Tóma mi sombrero.

(le pasa su toca, que el rey se pone)

Dónde has dejado tu manto, rey Saúl? Tu bello manto de púrpura, rey Saúl? Lo dejaste a David?

SAÚL

Tenía mucho calor... Hace mucho calor en el desierto.

EL DEMONIO

Si. Pero, por la noche, hace mucho frío en el desierto. Tóma mi capa.

SAÚL

Y tú?

EL DEMONIO

Estoy acostumbrado al desierto.

SAÚL *(lo despoja)*

Hola! No me habías dicho que eras tan bello.

EL DEMONIO (*completamente desnudo*)

Oh! Un poco negro quizá...

SAÚL

Pues no, pues no.

EL DEMONIO

Eso depende de los gustos.

(*Saúl se ha cubierto con el enorme manto que arrastra tras de sí*)

Y dónde has dejado tu cetro, díme?

SAÚL (*maquinalmente*)

Se lo dejé a David. Era muy pesado. Este bastón sirve más en el desierto.

EL DEMONIO (*alarga la mano*)

Muéstra! muéstra! Pero, rey Saúl! si es una serpiente!

SAÚL

Charlatancillo! (*ríe*)

una serpiente! una serpiente! Ah! noo que no!

Nada de bromas! (*el bastón, convertido en serpiente, se escapa*)

Córre tras él! (*el rey se pone en cuatro patas*)

EL DEMONIO

(*erguido sobre el montículo*)

Hay que confesar que no tienes mucho aspecto de rey, así... (*ríe. Saúl regresa*)

Sabes por qué te reconocí, rey Saúl? Por tu belleza.

SAÚL

(*admirable con su manto de loco; ansiosamente*)

Ah! de veras lo dices? Parezco aún...

EL DEMONIO

Cuánto tiempo que no te veía! Joven Saúl, viniste aquí, otra vez, lo recuerdas? Y fue buscando unas asnillas.

SAÚL (*suspirando*)

Ah! mis asnillas!

EL DEMONIO

Rey Saúl! dónde dejaste las asnillas?

SAÚL

Tú sabes dónde, dí? - tu sabes dónde, tú?

EL DEMONIO

(*tirándole de una punta del manto*)

Vén, quiéres? Las buscaremos juntos.

(*se alejan tras de la duna. Oyese:*)

Oh! dí, rey Saúl! Estoy cansado; llévame.

SAÚL (*acariciante*)

Chiquillo! chiquillo!

ESCENA TERCERA

(*la muchedumbre. Luego, Saúl y Jonatán*)

El salón del palacio, como en el primer acto. El pueblo se aglomera para mirar, pero deja un pasaje libre, desde la entrada de la derecha hasta el trono, por donde el rey ha de venir. A un lado (derecho) el barbero y Joel observan la multitud y conversan en voz baja. La mayor parte del tiempo vuelven la espalda al público.

HOMBRE PRIMERO

Y luégo?

HOMBRE SEGUNDO

Pues lo han traído al palacio.

HOMBRE PRIMERO

Seguía cantando?

HOMBRE SEGUNDO

Ya lo creo que cantaba! y que danzaba, también!
no podían contenerlo.

HOMBRE TERCERO

El príncipe hubiera querido que le pusieran sus
vestiduras y su corona, pero él saltaba de tal guisa
que no se le sostenía en la cabeza. (ríen)

HOMBRE CUARTO

No deja de ser contrariante! por una vez que uno
mismo elige su rey...

HOMBRE QUINTO

David —él— se eligió a sí mismo.

HOMBRE TERCERO

Pero no se dice que no quiere ser rey?

HOMBRE QUINTO

Qué vá! quién es el que no quisiera ser rey?

HOMBRE SEGUNDO

Quisiéras serlo tú?

HOMBRE PRIMERO

Qué es lo que harías tú, si fueras rey?

HOMBRE QUINTO

Empezaría por poner a David en la puerta. (ríen)

HOMBRE SEXTO (*que se acerca, hostil*)

Quién es el que habla mal de David?

TERCERO, CUARTO Y QUINTO HOMBRES

Nadie dice nada malo de David.

HOMBRE SEXTO

Esperad tan sólo a que regrese, y veréis si es a él
a quien pongan en la calle... o a Saúl.

VARIOS

Oh! Saúl!... - Saúl!...

(con aire de decir que no vale gran cosa; pero sin afirmarlo)

UN JUDIO VIEJO

(que se ha acercado, al Hombre segundo)

Y qué es lo que decía Saúl?

HOMBRE SEGUNDO

Es que alguien lo sabe? Gritaba sin saber qué.

HOMBRE TERCERO

El no sabe ni lo que dice.

EL JUDIO VIEJO

Hay qué escuchar siempre a los profetas.

CUARTO Y QUINTO HOMBRES

Pero Saúl no es un profeta. *(el grupo crece y crece)*

HOMBRE SEPTIMO

Si! Si! Saúl es un profeta; yo estaba allí cuando danzó
ante Samuel.

HOMBRE OCTAVO

Es cierto que Samuel, antes de morir, bendijo a David?

UN NIÑO

Es verdad que el rey Saúl se hizo cortar la barba?

*(todos ríen. El grupo se disuelve o, mejor, se espacia.
Cambia de sitio la conversación)*

NOVENO, SEGUNDO Y TERCER HOMBRES

Pues si, es verdad.

HOMBRE PRIMERO Y OTROS

Qué bufonada! Quién lo ha visto? Cómo! toda la barba?

HOMBRE DECIMO

A mi no me parece nada bien, un rey sin barba.

HOMBRE CUARTO

Pero David no tiene barba.

HOMBRE DECIMO

Todavía no tiene barba...

HOMBRE QUINTO

Y, además, David es bello.

HOMBRE CUARTO (*al décimo*)

Y Jonatán?

VARIOS

Oh! Jonatán! El! Cuándo la tendrá...

OTROS (*de la derecha. Rumor*)

Chit! Chit! Viene el rey.

UNO (*con voz muy alta*)

Por qué chit?!

RUMORES

Es cierto! es cierto que ya no tiene barba!

HOMBRE PRIMERO (*a un grupo*)

No gritéis así!

UNO DEL GRUPO

(se vuelve hacia el primero)

Oh! desde el otro día, no oye nada de lo que se le dice.

HOMBRE QUINTO U OTRO

Verdad que tiene aspecto enfermizo!

HOMBRE SEXTO

Y Jonatán también!

HOMBRE QUINTO Y OTROS

Oh! El! El!

UNO DE LA PRIMERA FILA

(por consiguiente lejos del público)

No empujéis! No empujéis!

UN NIÑO

Jacob! Jacob! Alzame! Yo quiero ver al rey sin barba!
(todos ríen; un retroceso anuncia la llegada de Saúl; la multitud se separa estrechándose, a ambos lados del trono, de modo que los espectadores puedan ver avanzar al rey. Durante toda esta parte de la escena, se comprende que el rey se acerca y que los actores pueden verle, pero está aún oculto a los espectadores)

HOMBRE PRIMERO

Por qué entra solo, así? Yo creía que traía guardias consigo...

HOMBRE TERCERO

Oh! Ahora! ya nadie le hace caso: cuando llama, todos se van.

(Saúl avanza, vacilante, como un ebrio, o mejor como alguien a quien rodea una turba burlona y hostil. Tiene la mirada de un loco, a veces rabiosa, a veces inquieta; se apoya en Jonatán, que desfallece, y cuya mirada avergonzada y triste implora al pueblo.)

Ante las últimas palabras, Saúl blande ridiculamente su jabalina; movimiento de retroceso en la turba)

HOMBRE TERCERO

Pero no tengáis miedo: es una jabalina sin hierro en la punta.

HOMBRE PRIMERO

Es cierto que ya no le permiten portar armas?

HOMBRE SEGUNDO

Tienen potísima razón.

HOMBRE QUINTO

Parece que quiso matar a David...

(se advierte que Jonatán sufre horriblemente con todas estas palabras; a las últimas, uno de la turba arroja una fruta pasada que se aplasta contra el dorso de Saúl)

ALGUNO (con odio agresivo)

Atrápala!

(otros se vuelven, indignados. Empujones. Tumulto. El rey asciende al trono; cerca de él, Jonatán, de pies, las manos en la cabeza. Saúl gesticula como alguien que quisiera hablar)

GRITOS

Silencio! Silencio!

SAÚL (de pies)

Caros hebreos!

(contorsiónanse de risa)

OTROS

Qué es lo que dice? - Qué es lo que dice?

SAÚL

Caro pueblo hebreo!

(aumentan las contorsiones. Inquietud visible del rey. Habla con lentitud y dificultad, buscando las palabras)

La víspera de librar una importante batalla...

(cubre su voz un rumor que va agrandándose y que viene de la izquierda. Apretujones. Véase que las gentes se interrogan. La atención se dirige hacia los recién llegados. En el creciente tumulto, en el que acaba por perderse la voz del rey, distínguense estas palabras:)

Sí! en la colina de Gilboá...

OTROS

Qué? Qué?

LOS PRIMEROS

El ejército de David... Los filisteos, si... Se les puede ver desde aquí...

OTROS

Dónde? Dónde?

(una voz fuerte domina en este instante a las demás y grita solemnemente:)

Rey Saúl! El ejército de David ha acampado en el monte de Gilboá!

TODOS

Vámos a ver! Vámos a ver! *(tumulto. Desbandada)*

UNAS CHIQUILLAS

Aprisa! Aprisa!

JONATAN

(levanta la cabeza que hasta el momento tenía oculta entre las manos; parece salir de un sueño; mira en torno suyo: mira a Saúl - se le oye decir:)

La tarde del segundo día - Ah! David! David!

(parte como en un raptó de alegría o de inquietud, en dirección opuesta a la que tomó el pueblo. Y durante esta escena:)

SAÚL

(que se encoleriza y grita como un maestro de escuela a sus discípulos)

Pero querréis quedaros? Quedáos... cuando yo hablo... pero querréis...!

(hace el ademán de correr tras ellos; luego arroja inhábilmente la jabalina; en seguida va lastimosamente a recogerla. La escena ahora, vacía. En las gradas del trono, un niño solloza; es Saki. El rey torna)

ESCENA CUARTA

(el rey. Saki)

SAÚL

Tú!, Saki. (se le aproxima, y muy tiernamente:)

Lloras por causa mía?... Pobre Saki...

(Saki sigue llorando. El rey se detiene, confuso, a cada frase:)

No hay que tener lástima de mí... Tú me amas, luego?

SAKI (sollozando)

Todos os han abandonado... - Todos...

SAÚL

Y es por eso por lo que lloras! pequeño Saki. Pero eso no es en serio, tú lo comprendes... (Oh! Yo quisiera poder consolar a este niño!) Tú me amas, entonces, un poco, Saki?

SAKI

Oh! Mucho! mucho!

SAÚL

Váya! Y por qué?

SAKI

Sóis bueno conmigo.

SAÚL

Yo! - bueno?

SAKI

Sí; en la terraza me hacíais beber...

SAÚL

(con asco de si mismo)

Ah!... Si... Vino...

SAKI

Y, además... además...

SAÚL

Qué?

SAKI

Estáis solo.

SAÚL

(con una emoción nueva, poco a poco)

Pero tú ves bien que no, mi saki: héte conmigo.

Ah! yo no sabía que entristecía a alguien. Cómo hacer?

(entran varios oficiales, precedidos del Sumo Sacerdote, aturdido)

EL SUMO SACERDOTE

(como si tuviese que decir algo muy importante)

Rey Saúl...

SAÚL *(interrumpiéndolo)*

Dejádme! Bien véis que no estoy en disposición

de conversar... *(los otros salen con gesto de renunciación)*

SAÚL *(por juego)*

Te divertiría ser rey, Saki?

SAKI

Oh! No!

SAÚL

Cómo! Tú no quisieras ser el rey?

SAKI

Yo no lo sé.

SAÚL

Yo no lo sé... Quieres probarte mi corona?

(Saúl la ha cogido, la acerca a la cabeza de Saki)

SAKI *(rechazándola)*

No...

SAÚL

(renunciando por un momento)

Díme, Saki: por qué no has seguido a David?

SAKI

Yo no lo sé...

SAÚL

(más y más fastidiado)

Yo no lo sé... No amas entonces a David?

SAKI

Oh! si... Pero...

SAÚL

Pero...?

SAKI

Prefiero quedarme con vos.

SAÚL

Pues yo creía, Saki, que tú me dejabas por Jonatán...

Estas últimas noches, en la terraza, me dejabas...

SAKI

Por Jonatán, si...

SAÚL

Y bien! David y Jonatán... - están juntos, no es así?

SAKI

A menudo, sí.

SAÚL

Y son ellos más divertidos que un rey viejo.

SAKI

Oh! vos no sois viejo, rey Saúl!

SAÚL

(que no ha vuelto a ponerse la corona, pero que la tiene sobre sus rodillas, intenta, de tiempo en tiempo, colocarlasobre la cabeza de Saki, pero se contiene, tan pronto como éste, que está sentado a sus pies, alza la cabeza)

Te parece? Y crees que yo sé bromear aún?

SAKI

David y Jonatán no bromean jamás.

SAÚL

Ah! y qué es lo que hacen ellos?

SAKI

Nada.

SAÚL

Ah! y qué es lo que ellos dicen?

SAKI

Nada.

SAÚL

Hablan?

SAKI

Si.

SAÚL

Y qué es lo que dicen?

SAKI

Yo no lo sé.

(baja la cabeza más y más, como confuso, de modo que Saúl, bruscamente, le encasqueta la corona, que le cae sobre los ojos)

SAÚL (*por broma forzada*)

Ah! tu no lo sabes!... Cuic! La corona!

SAKI (*atemorizado*)

Oh! esto qué es?

SAÚL

Es la corona.

SAKI

Cae sobre mis ojos... no veo nada!

SAÚL (*a carcajadas*)

No veo nada!! Ah! Ah! Ah! Ah!

SAKI

Me hace mucho daño... Oh! quitádmela, rey Saúl!

SAÚL

(*la mantiene y la hunde con ambas manos*)

Qué es lo que dice David?

SAKI (*sollozando*)

Pues nada... os lo aseguro! Oh! quitádmela!

SAÚL

(*golpea las manos de Saki que se agita vivamente*)

Déja! déja!... Es para reír. Y Jonatán qué es lo que dice?

SAKI

Nada, rey Saúl! Os lo juro.

SAÚL

Nada, nada - Y qué?

SAKI

El le llama *Daúd*.

SAÚL

Ya lo sabía - pero qué?

SAKI (*desesperado*)

Pues nada! pues nada! pues nada! rey Saúl!

(*Saúl, trágico, alza la corona*)

SAKI (*la mano en la frente*)

Védlo, sangro.

SAÚL (*casi triunfante*)

Ah! ya veis cómo no soy bueno?

(*y luego, bruscamente, se inclina con gran ternura:*)

Te he hecho mal, Saki?

(*Saki, cuyo espanto perdura, se liberta de Saúl, se levanta y va a salir lentamente, retrocediendo, mientras Saúl:*)

Qué fue lo que dijeron cuando me atraparon?
Que estaba loco? Díme... (*intimamente*)

Díme. Sabías que me había escapado? Dí? Pero ahora ya no me dejan salir sin corona... Es Jonatán quien la quiere...

(*parece advertir, apenas ahora, que Saki quiere escapar, y en el momento en que éste se vuelve la última vez, antes de huír:*)

Oh Saki, te vas? (*tristemente*)

Decías que me amabas, Saki?...

(*Saki, conmovido, vuelve junto al rey, quien se inclina, confidencialmente:*)

Escúcha: mis asnillas! tú bien lo sabes, mis asnillas...
Pues... yo sé dónde están!! Quieres? Vamos a buscarlas juntos!... Nos escaparemos! Nos escaparemos! (*salen*)

ESCENA QUINTA

Una gruta, o mejor, una caverna, cuya cúpula -a la izquierdadesfondada, deja entrar la claridad de la luna llena por entre matojos y lianas. Bloques roqueños a la izquierda; a la derecha, la parte prolongada por la cúpula, queda en la obscuridad; un sendero pendiente lleva al fondo; por allí desciende Saúl, tanteando con el pié.

SAÚL

Hóla! un manantial... Resbalo. Casi caigo. La tierra está húmeda. - A dónde me traes?

EL DEMONIO (*calla*)

SAÚL

Es aquí? Pero, vámos, responde? Siempre la misma cosa! No hay que creer que me traes a donde quieras, para no encontrar nada de lo que busco.

(*avanza hacia la izquierda*)

Es muy curioso por aquí! No. No está mal para conversar... En el fondo, tú lo sabes, no me intereso tánto, tánto, por mis asnillas... Sólo que, a mi edad, me haces caminar demasiado! Puedo estar fatigado ya, tú lo comprendes!

(*ha buscado dónde sentarse y regresa a la derecha; se sienta en una especie de banco natural, en la parte oscura de la gruta*)

Siéntate allá!

(*indica vagamente en frente suyo. El demonio hace que se sienta*)

No! No te sientes en el suelo: está empapado.

(*le pasa la corona*)

Póntela debajo.

(*el demonio se sienta en la corona*)

Primero, me vas a contar...

(*estornuda, como quien se acatarra:*)

Solamente si no ha sido por las asnillas, para qué me has hecho venir aquí? *(estornuda)*

EL DEMONIO

Os bendiga!

SAÚL

Qué dices?

EL DEMONIO

Ji! ji! ji!

SAÚL

Ah! no me gusta que rían cuando no estoy de broma.

EL DEMONIO

Ji! rey Saúl! es tan cómico! Sabes a quién vas a ver aquí?

SAÚL

Ah! Saki! estoy tan poco dispuesto a reír ahora! Hábla: a quién vamos a ver?

(se levanta y va hacia el demonio)

EL DEMONIO

Chit! Chit! Escúcha, tan sólo.

(ruido de pasos y de voces que se acercan por la izquierda)

SAÚL

Ah! Jonatán!

EL DEMONIO

Y...?

SAÚL *(murmurando)*

David!

EL DEMONIO

Dí: gracias!

DAVID

(aparece con Jonatán, iluminados por la luna)

... Tres veces! Por tres veces haré sonar la trompa. Desde la primera, apréstate! Será poco antes del alba. Convénce a Saúl. A la tercera, ya no podré responder de nada. Es preciso que los dos os hayáis refugiado aquí, antes de que llegue el día.

SAÚL

(hace el ademán de avanzar hacia ellos; el demonio le tira del manto)

Oh! Oh!, pero si lo que le aconseja es la traición!

EL DEMONIO

Si te dejas ver, huirán.

JONATAN

Adiós, David!

DAVID

(posa su frente en el hombro de Jonatán)

Ah! Jonatán!

EL DEMONIO *(hace retroceder a Saúl)*

Vén! Vén! Acostémonos! Déjalos que se acerquen. Aparenta dormir. Verás de más cerca.

(Saúl acuéstase donde antes estaba sentado. El demonio desaparece)

DAVID *(alzando el rostro)*

Adiós. Vete ahora. Déjame solo un momento. Necesito rezar aún.

JONATAN

Y qué es lo que pides a Dios?

DAVID

No lo sabes, Jonatán? Ah! que aparte de mí esta corona.

SAÚL (*aparte, burlándose*)

Qué sencillo!

EL DEMONIO

Chit!

JONATAN

Adiós!

(*David se arrodilla entre las rocas, volviendo casi la espalda al público. Jonatán se retira a la derecha. Ve a Saúl y regresa precipitadamente hacia David*)

David! David! mi padre está allí!

(*David, absorto en su oración, no se mueve. Jonatán, desesperado*)

Mi padre está allí, David!

DAVID (*siempre en oración*)

Es que aún no he terminado de rezar. Déja!

JONATAN

(*se aparta nuevamente y mira hacia Saúl*) (*a David*)

Duerme...

(*la claridad de la luna que, durante la escena se desplaza lentamente hacia la derecha, da ahora en la corona de Saúl, que quedó en tierra*)

Ah! su corona ha rodado por tierra...

DAVID

Es que aún no he rezado lo bastante. Déja!

(*silencio. Inmovilidad*)

SAÚL

Es que él no se va a acercar.

(*David se levanta*)

JONATAN

Qué harás tú?

DAVID

Ve.

(*recoge la corona y la deposita al lado de la frente de Saúl*)

Tú se lo dirás, Jonatán. Es preciso persuadirlo

SAÚL (*aparte*)

Cómo tiemblo! El va a comprender...

JONATAN

El no me creerá.

DAVID (*volviendo, con una idea súbita*)

Ah!

(*saca su espada y corta en el manto real un gran trozo de púrpura, que se lleva*)

Que sepa que soy yo; y que al tomarle este trozo del manto, podía haberle tomado la vida. Atención! se despierta! Ven, huyamos! (*salen por la izquierda*)

SAÚL

(*se endereza, avanza hacia la claridad de la luna, se mira, mal vestido, como indecente, con el manto despedazado; luego, sarcástico*)

Cómo son de buenos conmigo...!

ACTO QUINTO

De noche. La escena representa un lugar vago, montañoso, muy indistinto. Hacia la derecha, la tienda de Saúl.

ESCENA PRIMERA

(Joel. El barbero)

(ante la tienda)

EL BARBERO

Siempre sin órdenes?

JOEL

Órdenes! órdenes! oh! sí, muchas órdenes, pero ninguna dirección

EL BARBERO

Es cierto que los hebreos están divididos?

JOEL

Divididos? Nada de eso; todos están por David

EL BARBERO

Diablos! promete ser curiosa esta batalla!

(un poco sarcástico)

Y Saúl? Es que también está por David?

JOEL (cada vez más grave)

Cállate, barbero; Saúl está vacilante como un anciano. Y ese combate no es sino como un simulacro de batalla: la derrota ya está consumada en su corazón.

EL BARBERO

Entonces, qué harás tú, Joel?

JOEL

Qué harás tú, barbero? Es un consejo lo que de mí deseas? Desde cuando me ocupo de guiar tus pensamientos? Apártate: hé aquí a Saúl.

(entran Saúl y Jonatán. Antorchas iluminan el interior de la tienda)

ESCENA SEGUNDA

(Saúl. Jonatán. Otros aún, entre ellos, Saki)

SAÚL *(a Jonatán)*

Tú ves mis manos... cómo tiemblan!

JONATAN

Pobre padre!

SAÚL

Qué será lo que mayor bien me haga? Créés que será beber vino? o no beberlo?... Yo... yo creo que será beberlo... Ve, Saki. *(sale Saki)*

Hoy, para matar, así fuese a un enemigo, no encontraría fuerza en mí. Es ya tiempo de que me acerque a Dios... *(con voz más alta)*

Ahora, dejádme. Pronto acabará la noche y necesito estar solo, para reflexionar.. Tú, Jonatán: quisiera hablarte todavía.

(los otros salen. Saúl marcha a grandes pasos un rato, sin hablar)

JONATAN

Padre: no dispongo sino de pocos instantes.

SAÚL (*estornuda*)

Baja esa cortina. (*estornuda*)
Héme acatarrado, el otro día, en una gruta...
En realidad, tú quizá la conoces; no está lejos
de aquí... David el merodeador debe conocerla.

JONATAN

(más y más molesto por la insistencia de Saúl)

Por favor, padre mío, apresurémonos. Sólo esta noche
nos separa de la lucha; es preciso prepararnos...
o dormir.

SAÚL (*sentencioso*)

Prepararnos, hijo mío. Esta noche toda mi alma
se prepara.

JONATAN

Padre: prepararnos a actuar. De qué me queréis hablar?

SAÚL

Ah! precisamente de eso, Jonatán. Cuando yo actuaba,
no comprendía eso. Hay un tiempo de obrar,
y un tiempo de arrepentirse de haber obrado.
Hijo mío, comprénde que hay cosas más importantes
para el alma que las victorias de un ejército...

JONATAN

Y cuándo habéis actuado tanto, padre mío?

SAÚL

Yo sé; yo sé; sobre todo he deseado. Pero de eso
también, hijo mío, el tiempo viene en que quisiera
arrepentirme.

(Jonatán cada vez más desolado se apresta a partir)

Qué! Te vas?

JONATAN

Sí! El tiempo huye! Tengo que verlo todo... Padre, dentro de un instante regresaré.

SAÚL

Jonatán! Jonatán! cuando mi corazón tiembla, me abandonas! No puedes quedarte a conversar un instante conmigo?... Hijo mío, yo soy más tierno que antes, te lo aseguro.

JONATAN

Helas! He aquí a Saki... Padre mío, dejádmelo.

SAÚL (*a Jonatán y a Saki a la vez*)

Ah! dejádmelos! Estoy loco al buscar un apoyo en vosotros!... Saki, llévate ese vino. Haré mejor no bebiendo. Véte. Véte.

(Saki se queda, inadvertido, en un rincón de la tienda. Jonatán sale)

JONATAN (*saliendo*)

Padre! cuando regrese, me seguiréis?

SAÚL

Quizá.

(llamándolo)

Un instante, Jonatán! Jonatán, no te entristezcas. Dentro de un corto instante, regresa: te seguiré... Pero déjame rezar un poco.

ESCENA TERCERA

(Saúl. Saki, inadvertido al principio. El Demonio, desde afuera)

SAÚL (que se cree solo)

Ah! ah! reconcentrémonos. Qué soy yo?

EL DEMONIO (desde afuera, oculto)

Saúl!

SAÚL (yendo a la puerta)

Jonatán!

(mira)

No. Estoy solo. (se arrodilla)

Dios mío! qué soy yo ante vos...

EL DEMONIO (oculto)

Saúl!

SAÚL

... para que vos me abrumarais de deseos?
Cuando busco dónde apoyarme, eso cede... No tengo
nada de sólido en mí... (distráido)

Lo que amo en él, ante todo, es su fuerza.
La elasticidad de sus músculos es admirable!
Le ví cuando descendía de la montaña; parece siempre
listo a saltar... (como exaltado)

Básta, labios míos! (se levanta)

EL DEMONIO (quejumbrosamente)

Saúl!

SAÚL

Estoy distraído.

EL DEMONIO

Saúl!

SAÚL
Hola! me llaman. *(va hacia la puerta de la tienda)*

SAKI
(queriendo impedirle abrir)
No abráis, rey Saúl!

SAÚL
Qué! Eres tú, Saki! Qué haces allí?

SAKI
Temo por vos.

SAÚL
Me llamabas?

SAKI
No.

SAÚL
Ah! es desde afuera.

SAKI
No! No abráis!... Todo está afuera... La noche está
llena.

EL DEMONIO
Saúl!

SAKI
No acojáis...

SAÚL
Oh! corazoncito cerrado! tu no oyes que me llaman?
(Saúl sale con una antorcha)

EL DEMONIO *(cada vez más quejumbroso)*
Saúl!

SAÚL *(se acerca - se inclina)*
Pequeño! Ah! cómo tiembla! Es de frío? *(le toca)*
Pues si está completamente helado el pobre chico!
Vén! tendremos más calor en mi tienda. Vámos! vén;
yo te calentaré. *(el demonio no se mueve)*

Oh! pero, sin embargo, no puedo llevarte, pequeño!
(lo alza)

Es que es terriblemente pesado! (lo lleva) (Saki se va)

Saki se va. Menos estorbos...! Dejó el vino. Beberás.
(deja su carga)

Uf! Vámos, acurrúcate en mi manto. (se sienta)

EL DEMONIO
(enrollándose a medias en el manto)

Está desgarrado.

SAÚL (sonriendo)

Sí - de este lado ya David tomó un pedazo.

EL DEMONIO (burlando)

Ah! ah! ah!

SAÚL

Qué?

EL DEMONIO

Nada.

SAÚL

Muy cómico?

EL DEMONIO

Sí. Tengo sed.

SAÚL (tendiéndole la cántara)

Bébe. Estás mejor? Aquí, contra mí. Ahora tranquilo:
tengo mucho en qué pensar.

JONATAN (desde afuera)

Padre mío!

SAÚL (avergonzado)

Vámos! Ah! Jonatán!... No entres... (al demonio)

Escóndete!

JONATAN

Seguídme, padre mío. Venid ya; es ya tiempo.

SAÚL (*embarazado*)

Ya me levanto... Un instante tan sólo... Ve, ya te sigo
(*el demonio se deja ver; mira, sarcástico, a Jonatán*)

JONATAN

Ah! qué es eso?

SAÚL

Es un chiquillo que temblaba de frío, a quien he
acogido bajo mi tienda.

JONATAN (*profundamente triste*)

Ah?

SAÚL (*vergonzosamente*)

Si.

JONATAN (*más y más desesperado*)

Padre mío! Ahora... que se vaya! Venid!

SAÚL (*inmóvil y como imbécil*)

Si.

JONATAN

Oh padre mío! padre mío! es que no me amáis un poco
más que a ese chico?

SAÚL (*casi sollozando*)

Cállate, Jonatán!... Jonatán! Te suplico! Tú no sabes
qué difícil es!

JONATAN

Difícil, qué? Pobre padre... qué torturado estáis!

SAÚL

Jonatán... eres muy joven para comprender: siento que me torno muy sorprendente! Mi valor, mi importancia, reside en mi complicación. Escucha, te quiero contar secretos: creés que dormía la otra noche... en la gruta?

JONATAN (*fingiendo no comprender*)

La gruta?

SAÚL

Si - tu sabes - Cuando David...

JONATAN

David?

SAÚL (*irritándose*)

Si, David... organizaba contigo mi derrota... y cortaba el trozo de mi manto para enseñarte a traicionarme. Ah! ah! vuestra alianza es perfecta... Cuántos cuidados para mí! Le darás las gracias en mi nombre! Le agradecerás —díme— Jonatán? (*el demonio ríe*)

Le agradecerás de mi parte. El me crée hartito caído!
(*oyese un toque de trompetas*)

JONATAN

Ah!

SAÚL

Ah! la señal!

JONATAN

Venid, padre mío! Ah! por piedad por vos!

SAÚL

Lloras! Jonatán! Jonatán, hijo mío! Dime: comprendes, por lo menos, que yo sufro - que yo por hacerte llorar? Escúcha —aún— éste proverbio —es mío—: (*acompañándolo a la salida de la tienda, sentencioso:*)

Con qué se consolará el hombre de una caída... si no es con lo que lo ha hecho caer? *(despidiéndolo)*

Ve! Párte! Huye aprisa!... A la gruta! Córre! yo me reuniré a ti en el instante.

(oyense y véñse pasar grupos de soldados. Jonatán se aleja)

ESCENA CUARTA

(Saúl. El Demonio)

SAÚL *(olvidado del demonio)*

Ah! Qué espero ahora para levantarme y obrar? Mi voluntad! mi voluntad! la llamo ahora como un marino abandonado le grita a la barca que huye a lo lejos y que ve desaparecer!... desaparecer... A todo lo envalentono contra mí.

(se dá cuenta de la presencia del demonio, que bebe)

Vámos! Déjame ahora! Adiós... Véte. Necesito descansar. *(el demonio no se ha movido)*

EL DEMONIO

Tu ya no reposarás, rey Saúl.

SAÚL

Yo no reposaré! Oh! por qué me dices eso, pequeño?

EL DEMONIO

Porque yo no te abandonaré ya, rey Saúl.

SAÚL

Nunca!

EL DEMONIO

Nunca jamás!

SAÚL

Cómo? No me abandonarás? Y por qué?

EL DEMONIO

Porque tú me has cuidado.

SAÚL

Cuidado...? Qué te he hecho yo, miserable?
Sólo te tendí la punta de mi manto - tiritábas!

EL DEMONIO

Si. Pero me he recalentado enormemente. Tóca un poco. Siénte cómo está mi piel quemante!

SAÚL

No! Déja. No quiero. Véte. Te lo ruego, tén piedad de mí, que la tuve de ti!

EL DEMONIO

Piedad! Oh! veámos, Saúl: no hay que decirme que, si me hiciste venir, ello no te placía a ti mismo... dí? tenerme en el pliegue de tu manto? Qué? Saúl Saúl! vamos! veámos! házme reír un poco, Saúl! estamos tristes. Te he hecho algún mal, dí? Por qué me odias?

SAÚL

(que quiere asegurarse)

Quiero rezar.

EL DEMONIO (sin oír)

Y luego... tu sabes... si quisieras tener piedad... yo no estoy solo; hay muchos otros, afuera.

SAÚL

(a pesar suyo - engolosinado)

Ah! Hay otros? Y dónde?

EL DEMONIO

Pues allá - tras de la puerta.

(Saúl va hasta la puerta de la tienda y la levanta. Los demonios entran atropellándose)

ESCENA QUINTA

(Saúl y los Demonios)

SAÚL

Oh qué numerosos son! Vámos! entrád! Temería —si a uno solo rehuse morada— que ese fuera el más encantador o quizá el más mísero.

(ciérrase la puerta. Un bordoneo confuso, incesante, reina ahora en la tienda. Los demonios se agitan)

DEMONIO PRIMERO

(a los otros)

El rey dijo hace poco algo tan cómico!...

(confusión. Habla al oído de los otros. Rien... Oyese un segundo toque de trompetas)

SAÚL

Ah! ah! la noche se acaba... Apresurémonos!

(llega Jonatán)

JONATAN (desde afuera)

Padre mío!

SAÚL

(salta hasta la entrada de la tienda y extiende su manto para velar la escena interior)

No entres!

JONATAN (desolado)

Ah! venid!

SAÚL (*urgéndolo*)

Por el amor del Dios de David, húye, Jonatán!
Córre aprisa! Ya te sigo!

(Jonatán sale. Guerreros que suben más y más tumultuosamente a la escena. - Ruidos afuera - tumulto de los demonios en la tienda. - Va naciendo el día poco a poco. - Pero el interior de la tienda continúa en sombras, iluminado tan sólo por antorchas)

SAÚL

(avanza por la rampa hacia los espectadores. Su voz domina todo el ruido)

Yo quisiera, antes de partir, resumirme en pocas palabras.

(aumenta el tumulto de los demonios)

Pero calláos, escandalosos! Bien véis que le hablo al público!

(a los espectadores)

Con qué se consolará el hombre...

LOS DEMONIOS

Pero si eso ya lo has dicho... Ya lo has dicho...
Ah! ah! ah!

(tumulto. El murmullo creciente de los demonios se obtiene con una música bien elegida)

SAÚL

(vuelto hacia y contra los demonios)

Y bien, qué? Veámos! Si queréis tomar mi puesto...
tocádnos alguna música por lo menos, demostrá
lo que sabéis hacer vosotros.

(los demonios se paran en la cabeza. Tumulto organizado. Saúl mira, tolerante, gravemente)

SAÚL (*con asco*)

Eso no es bello...

LOS DEMONIOS

Pero, Saúl, tu no nos enseñaste nada.

SAÚL

Básta! Básta!

(empujado, Saúl cae de rodillas; se aprovecha para decir:)

Quiero rezar.

(ruidos afuera)

SAÚL

(retrocediendo un poco hacia la puerta, de rodillas, los empujones de los demonios lo arrinconan poco a poco) (En oración)

Encontraré yo –fuera de en su satisfacción– algún remedio a mi deseo? *(retrocede aún más)*

Yo me resumo! Yo me resumo! *(como loco)*

Ah! Pequeños! no me dejáis espacio suficiente...

(más bajo)

Estoy completamente suprimido.

(nace el día. Se oye un tercer toque de trompeta. Saúl, semienderezado, arranca el cortinaje de la tienda. Los demonios desaparecen ante la oleada del día. La música cesó)

ESCENA SEXTA

(varios)

SAÚL *(con voz muy alta, en el silencio)*

Es demasiado tarde! He aquí el día.

(avanza, fuera de la tienda, hacia la izquierda, se arrodilla o se sienta a medias por tierra, las manos en la hierba)

Ah! cómo me refresca ésta frescura!... Hé aquí la hora en que los pastores de cabras hacen salir sus rebaños de los establos. Hierbas hay bañadas de rocío...

(ha entrado Joel con otros guerreros del ejército de David)

JOEL *(viendo a Saúl)*

Cómo! - Rezando...

SAÚL (*absorto - sin verlos*)

Estoy tentado.

UN GUERRERO (*a los demás*)

Gentes de David, corré! Advertid al rey que Saúl está aquí desarmado. Corré! David no quiere que lo maten.

(*vánse. Quédase Joel*)

SAÚL (*siempre absorto*)

...bañadas de rocío...

JOEL

(*se acerca al rey, luego bruscamente se endereza tras él, con la mano levantada*)

SAÚL

Oh! Oh! Oh! esta es una tentación muy cobarde; viene a saltarme por detrás.

(*Joel lo hiera. Saúl cae. Joel le arranca la corona y va a llevársela a David, que llega escoltado por muchos otros. A una orden de David, se apoderan de Joel. - Conmoción. Completamente de día*)

DAVID

Desdichado! Desdichado! Vámos! lleváos a ese hombre! Matádle y dádle a las bestias del campo su cadáver. Vergüenza para él, que alzó la mano contra el elegido de mi Señor! Hizo caer, con todo su peso, esta corona sobre mi cabeza.

(*se inclina hacia Saúl y toma la corona —que antes había hecho colocar cerca de Saúl— y la posa sobre su cabeza*) (*Muy inclinado, y en voz muy baja*)

Yo no te detestaba, rey Saúl. (*erguido*)

Y Jonatán también, decías? Desdichado! Desdichado! Que lo traigan acá. Que lo tiendan cerca de Saúl y que la muerte los reúna. Qué son esos gritos? esas lamentaciones, afuera? El dolor habita mi alma.

(*un cortejo trae el cuerpo de Jonatán*)

Montes de Gilboá!: que no hay ya sobre vosotros miel
ni rocío! *(se inclina hacia Jonatán)*

Hice lo que pude, Jonatán! Hice lo que pude, Jonatán,
hermano mío!... *(erguido)*

Ahora, vámosnos! que lleven al palacio los cuerpos de
Saúl y del príncipe. Que los posen sobre una litera
real. Que todo el pueblo forme cortejo. Que el pueblo
acompañe mi dolor con sus sollozos y sus lamentos.
Vosotros, músicos! que una música fúnebre resuéne.

(salen en numeroso cortejo a los sones de una marcha fúnebre)

(Esta traducción fue publicada en EL TIEMPO, Bogotá, 22 IV 1945)

AUTOR DESCONOCIDO
CIERTO GENERAL BONAPARTE

ESCENA I
(el Criado - luego El Aprendiz)

Al levantarse el telón, el Criado pone en orden los papeles esparcidos sobre la mesa-escritorio. Oyese fuera el grito de un reempajador de sillas. Suenan las 10 en una iglesia.

EL CRIADO (solo)

Nó! ese desorden en su escritorio! Si no estuviese yo por alinear todo eso, colocar los objetos por orden de tamaño... El Monitor... El Diario de los Debates... Sí, este es el de hoy. Con el de ayer hice fuego... Las cartas, en pila muy recta, en medio del vade.

(llaman a la puerta)

Alguien! Otra vez! Qué desfile! A ver! A ver! Ya voy!
(sale y va a abrir la puerta del descansillo)

VOZ DEL APRENDIZ

Un encargo... de parte del óptico de la esquina de la calle Vieja-del-Temple.

CRIADO

Entrad. (entran)

Qué es lo que tráéis?

APRENDIZ

Unas gafas con la fórmula y la cuenta. 3 francos 75 céntimos. No es caro. Están montadas en carey.

CRIADO

Os equivocáis, sin duda.

APRENDIZ

Yo? Por qué?

CRIADO

El señor no usa gafas...

APRENDIZ

Bien. Todo tiene su principio. No es éste el nº 6, plaza Real?

CRIADO

Si.

APRENDIZ

La casa del señor Víctor Hugo?

CRIADO

Si. Aquí es. El señor ha salido, al frente, donde el peluquero. Ordinariamente se afeita él mismo. Pero, tenía muy largos los cabellos, esta mañana... No me dejó dinero.

APRENDIZ

No es necesario. Mi patrón lo conoce. El señor Hugo pasará a pagar. Ya había venido yo el mes pasado a traerle unos anteojos de teatro.

CRIADO

Soy nuevo en la casa. No estoy aún al corriente... Conocéis al señor?

APRENDIZ (orgullosa)

Un poco!

CRIADO

Me podéis informar, quizá...

APRENDIZ

Con gusto. Y acerca de quién?

CRIADO

Del señor...

APRENDIZ

Bromista! (Picarón!)

CRIADO

Bien. Si. Qué hace él, precisamente?

APRENDIZ (*estupefacto*)

Qué es lo que hace? Quién? Víctor Hugo?

CRIADO

Si. Su profesión.

APRENDIZ

Vámos! Es que os burláis de mí?

CRIADO

Yo no soy de aquí. Yo soy de Besançon. No hace sino ocho días que estoy en París...

APRENDIZ

No es una broma? No conoces el nombre de Víctor Hugo?

CRIADO

Es imposible conocer a todo el mundo...

APRENDIZ

No te interesas por las letras?

CRIADO

Las letras? Las cartas? Si... Las pongo sobre su escritorio... y cuántas recibe! Es peor que un portero! Y lo que leo por encima me intriga mucho...

APRENDIZ

Cómo? Te atreves a leerlas?

CRIADO

Es preciso! El nombre... la dirección...

APRENDIZ

Ah!... si...

CRIADO

Y es de no comprender nada... Se le trata con todos los nombres.

APRENDIZ

Con todos los nombres?

CRIADO

Si. Ved. *(toma varias cartas, al azar)*
Señor V. Hugo, hombre de letras... Señor Víctor Hugo, autor dramático... Señor Hugo, de la Cámara de los Pares... Señor Víctor Hugo, de la Academia Francesa...: Tratad de entender todo eso! ¿Qué es eso de la Academia Francesa?

APRENDIZ

¡No es chico el melón!

CRIADO

Por qué me decís eso? El seór no vive como un burgés. Garrapatea parte de la noche. No recita el Bendito... Recibe autores sin barba... Frecuenta astrólogos...

APRENDIZ

Qué?

CRIADO

Perfectamente... un tal llamado señor Aragó.
El aguador me dijo que es un astrólogo.

APRENDIZ

Un astrónomo! Eh! Flor de nabo! Aragó, que diablos!
es alguien! Un sabio! Uno de los grandes mandones
del Gobierno Provisional.

CRIADO (*desdeñoso*)

Bah! provisional un reemplazo! A mí, es el señor
quien me interesa. ¿Cuál es su profesión, exacta?

APRENDIZ

Tu, zopenco, me tapas un hueco! Cómo se vé que
apenas llegas de tu pueblo!

CRIADO

Besançon no es un pueblo.

APRENDIZ

Con todo, no debías ignorar en casa de quien tienes
el honor de servir. Pero si el señor Hugo es un autor
célebre!

CRIADO

De veras?

APRENDIZ

Un poeta casi nacional!

CRIADO

Un poeta?

APRENDIZ

Si. Tu no sabes qué es eso?

CRIADO

Si... ¿no es el que compone canciones?

(faltan varias páginas)

VÍCTOR HUGO

... dos van muy bien el uno con el otro. Se yuxtaponen y se completan. Mi obra lírica es social, puesta íntegramente al servicio de la causa de la humanidad, y enderezada a la felicidad del pueblo. Vos... sois vos la Poesía Pura.

LAMARTINE

Razón de más para venir hombro a hombro conmigo, conmigo que soy demócrata como vos. Desde que hago parte de la Asamblea, desde hace 16 años, mi programa jamás ha cambiado. En el curso de la última entrevista que tuve con Thiers, hace 4 años, yo le decía: A vos os sigue una parte del Parlamento; a mí, toda la Nación. Y he comprobado el 26 de febrero de este año, lo que anticipaba entonces...

VÍCTOR HUGO

Si. Habéis salvado el pabellón tricolor.

LAMARTINE

Sabéis qué reformas se imponen. Vuestro papel es ayudarnos, colaborar con nosotros. Nosotros somos misioneros, Hugo. Creédme. Yo tengo el instinto de las masas...

VÍCTOR HUGO

Desconfiad de la multitud, Lamartine. La multitud es la eterna marea, con su flujo y su reflujo. Es ella ondeante, versátil y son terribles sus caprichos. No tiene corazón la multitud. Tiene apenas sentidos...

LAMARTINE

No me pesará mi esfuerzo, si sucumbo con la consciencia de haber cumplido con mi deber. Y voy a convencerlos con vuestras propias armas. Hay en *Los Rayos y las Sombras* versos que quiero recordaros:

Dios lo quiere: en los tiempos adversos
cada uno medite y sirva cada uno.

Baldón para quien diga a sus hermanos:
yo torno a mi desierto.

Baldón a aquel que tome sus sandalias
cuando las cóleras y los escándalos
atormenten al pueblo conturbado!

Vergüenza al pensador que se mutila
y que —inútil cantor— se desliza
por las puertas de la ciudad.

Renegáis de esos bellos versos? La carroza con la insignia tricolor está a vuestra puerta. Vamos, Hugo! Un buen impulso...

VÍCTOR HUGO

Concededme media hora.

LAMARTINE

Por qué?

VÍCTOR HUGO

Creéis en los aparecidos?

LAMARTINE

En política se debe creer siempre en ellos, para prevenirse de sorpresas...

VÍCTOR HUGO

Yo espero la visita de un fantasma. Leéd esta tarjeta.

LAMARTINE

Bonaparte? Qué quiere decir esto? La broma es de pésimo gusto...

VÍCTOR HUGO

De acuerdo, pero yo no soy el autor de la broma. Sentáos. Cuando se tiene imaginación —y me atrevo a decir que a los dos no nos falta!— se puede hermohear la Historia. Es así como se crea la Leyenda. Y bien, antes de que el *Northumberland* pusiera la proa rumbo a Santa Elena ya se le había buscado un sustituto, un doble al gran cautivo de Inglaterra.

LAMARTINE

Es el equivalente al caso Naudorf, al caso de Luis XVII salvado de la prisión del Temple.

VÍCTOR HUGO

Exactamente. El día del Retorno de las Cenizas, el cortejo triunfal desfilaba por los Campos Elíseos. Un anciano de barbilla blanca apoyado contra un castaño contempla, llorando, el espectáculo. Un viejo veterano de la Guardia, conmovido también, claro está, creyendo ver un compañero de armas, se acerca a él y lo interpela: Qué? camarada? cuando se conoció, como nosotros, al calvito que hacía temblar a toda

Europa, eso dá una emoción del demonio! A mi sobre todo, replicó el viejo: Yo asisto a mi apoteosis! El Emperador Napoleón soy yo!

LAMARTINE

Muy bonito! Puro romanticismo.

VÍCTOR HUGO

Yo no tomo en consideración esa fantasía. Napoleón está muerto, bien muerto. Entonces... desmascaremos al impostor. Divirtámonos en confundirlo entrambos. (llaman)
Eh! Vamos! Debe ser él.

LAMARTINE

Recíbidle primero vos, solo. Desearía revisar algunos papeles de mi cartera... Puedo pasar a la otra alcoba?

VÍCTOR HUGO

Claro que sí.

LAMARTINE

Llamádmme cuando lo juzguéis oportuno.

(abre la puerta)

ESCENA VI

(V́ctor Hugo - Lamartine - el Criado)

EL CRIADO (misterioso)

Señor... Es...

VÍCTOR HUGO

¿Es él?

EL CRIADO

Si...

LAMARTINE

Bien. Os dejo

VÍCTOR HUGO

Si. (sale Lamartine)
Hazlo seguir, Remigio.

EL CRIADO

El señor general Bonaparte! (desaparece y cierra la puerta)

ESCENA VII

(Víctor Hugo - El General)

El visitante tal como ha sido descrito. Se inclina ante el poeta, que se levanta, cortés, pero que, a la defensiva, no le extiende la mano. Un corto silencio

GENERAL

Señor Hugo...

VÍCTOR HUGO

(señalándole un asiento ante el escritorio)

Sentáos, por favor. (se sientan - silencio embarazoso)
Os escucho (silencio)
No entendí claramente la tarjeta... (la muestra)

GENERAL

Vuestra sorpresa se concibe, caro maestro. Yo no soy un bromista de mal gusto. Y sería aún menos disculpable ya que os admiro sin reservas, que sois Par de Francia y Miembro de la Academia, y que vengo como solicitante.

VÍCTOR HUGO

Señor. Comprendo cada vez menos...

GENERAL

Yo soy Jerónimo Bonaparte, ex-rey de Westfalia y general de división.

VÍCTOR HUGO (*levantándose*)

El rey Jerónimo!

GENERAL

Hermano del Emperador! Desterrado desde el regreso de los Borbones, he vivido aparte de todo mientras perduraron los Reyes: retorno a Francia con la libertad. Yo no soy ya rey de Westfalia, pero sigo siendo general y me llamo por siempre Bonaparte.

VÍCTOR HUGO (*conmovido*)

Perdonadme... Pero no había pensado que fuérais vos... y no sé por el momento que título daros: señor? monseñor? majestad? o príncipe? o alteza? o general?

GENERAL

No aspiro sino a vuestra simpatía e imploro vuestra protección.

VÍCTOR HUGO

Y en qué puede ella seros útil? (*se sientan*)

GENERAL

La Providencia tiene sus ocultos designios y la Fortuna da extrañas vueltas. No fué Schopenhauer quien dijo “El destino baraja las cartas y nosotros somos los que jugamos”? Debemos ayudarle a la suerte...

VÍCTOR HUGO (*bajando la cabeza*)

Oh! Oh! Designios ocultos... Vueltas de la fortuna... El Destino. Nosotros somos los que jugamos... He ahí frases de doble sentido... Esta vez, temo comprender demasiado.

GENERAL

No! No! señor Víctor Hugo. Yo no vengo como pretendiente. No soy ni digno ni capaz. Y, por lo demás, me siento muy viejo. Francia ha tenido dos reyes seniles: Luis XVIII y después Carlos X. Y son dos de más, no es así? Alimento una ambición más simple y que parte de un sentimiento piadoso.

(Hugo lo mira)

Si: mi ternura hacia mi hermano y mi culto por su memoria. Tengo el honor de solicitar de los poderes de la República un puesto para el cual tengo todos los títulos.

VÍCTOR HUGO

Y cuál es?

GENERAL

El de —no riáis!— el de gobernador de los Inválidos. Velar sobre la tumba del Emperador, tal es el anhelo del menor de sus hermanos.

VÍCTOR HUGO

Yo os contestaré con una frase del Emperador. No hay que colocar al hombre en el puesto que a el le convenga sino buscar el hombre que le convenga al puesto. Y es indiscutible que vos le convenís. Pero el nombramiento no depende de mí. Yo no hago parte del gobierno.

GENERAL

Con una palabra de Víctor Hugo...

VÍCTOR HUGO

Si... Si... Quizás

(pausa)

Mucho me conmueve, general, que hayáis venido espontáneamente a mí, aunque mis opiniones juveniles hubiesen sido legitimistas. Influencia materna, primera educación... Después viví y reflexioné. El pensamiento es el derecho de la vida. Mi razón mató —en duelo— mi realismo. Muy temprana fué mi evolución. Desde 1827, en la *Oda a la Columna*... Siempre admiré al Emperador, con una admiración deslumbrada. Su genio militar, su espíritu de jefe y de organizador continúa siendo sin pares en la Historia.

GENERAL

“El hombre de Estado debe tener su corazón en la cabeza”.

VÍCTOR HUGO

Si. Otro pensamiento suyo. Por lo demás, he escrito, en su gloria, un cierto número de poemas que algún día publicaré. He aquí lo que podemos hacer: no os oculto que en el Gobierno Provisional se me atiende... Lamartine es uno de mis amigos. También nuestro gran Aragón. Supongo que los Inválidos dependen del departamento de la guerra y no del del interior. Será entonces del resorte de Aragón. Pero Lamartine obtendrá lo que desée. Dirijámonos a Lamartine. Si tuviéramos aquí una Hada con su varita mágica! No tendría ella sino decir: Lamartine! y Lamartine aparecería

(y como Hugo ha levantado la voz, surge Lamartine)

ESCENA VIII

(*Víctor Hugo - Lamartine - El general Bonaparte*)

VÍCTOR HUGO

General, tenéis ante vos al señor Alfonso de Lamartine, el poeta más grande de este siglo.

LAMARTINE (*riendo*)

He aquí a Hugo que exagera! Nuestro poeta más grande sois vos, Hugo!

VÍCTOR HUGO (*riendo también*)

No exageréis vos tampoco! Pongamos, si lo queréis, que lo seamos ambos.

LAMARTINE

Y si no hay sino uno...

VÍCTOR HUGO

Pues lo seremos los dos! Ninguna competencia posible. Ni de Vigny ni de Musset tomarán parte en la votación!

LAMARTINE

Víctor Hugo bromea siempre!

VÍCTOR HUGO

Lamartine nunca bromea!

(texto incompleto)

RENÉ THÉVENIN

EL REINO DE OFIR

(de LOS PAÍSES LEGENDARIOS ANTE LA CIENCIA)

La primera mención de *El Reino de Ofir* encuéntrase en *El Libro de los Reyes* (I, 9, 26/8), donde se dice: *El Rey Salomón construyó navíos en Etsjon-Géber, cerca de Eloth, en las costas del Mar Rojo, del país de Edom. E Hiram envió en esos navíos a sus propios servidores, marineros que conocían el mar, a reunirse con los servidores de Salomón. Fueron ellos a Ofir donde tomaron oro —cuatrocientos veinte talentos— que le trajeron a Salomón.*

La personalidad de Salomón no necesita ser comentada. En ese momento, después del año 1000, es decir hacia el año 960, está el rey en la cúspide de su poderío: extiende su dominio desde el Eufrates hasta Egipto, ya terminó la reconstrucción del templo de Jerusalén y todavía no ha sido visitado por la reina de Saba.

También se sabe quien es Hiram, rey de Tiro. No hay que confundirlo con su homónimo, contemporáneo y compatriota, *hijo de una viuda de la tribu de Neftalí y de un varón de Tiro que trabajaba el bronce.*

Los marineros *conocedores del mar* son los tan mencionados Fenicios que si llegados tardíamente al teatro marítimo bien pronto van a asumir brillante superioridad. Mientras que sus competidores los Egipcios y Griegos y Judíos insisten en no aventurarse sino hasta corta distancia de las costas los Fenicios más osados atrévense por fuera de los límites del mundo conocido, hasta océanos fabulosos cuya existencia ni se aceptaba por todos.

El renombre de Salomón ya llegó hasta los oídos de la reina de Saba; la hermosa morena no descansará, no tendrá paz ni reposo, si no ve a Salomón, a ese personaje de prodigio, si no le dice *todo lo tiene en su corazón*. Pónese en camino hacia Jerusalén, *con un séquito muy numeroso, y con camellos portadores de perfumes, oro en muy grande cantidad y piedras preciosas*.

No debe causar asombro el que todo el mundo no esté absolutamente de acuerdo acerca de la situación exacta del reino de Saba; algunos llegan hasta situarlo en Etiopía; es generalmente aceptado que las ruinas de su capital se encuentran hoy en el extremo sud-occidental de la Arabia (en Mareb) al este del Yemen y al norte de Hadramaut, cuya costa era accesible a las caravanas; de allí era fácil atravesar el Mar Rojo en su parte más angosta y llegar a Africa.

Lo que no era necesario para obtener los perfumes, mirra, incienso, bálsamo, cinamomo, ofrecidos como presentes a Salomón, ya que la región produce las plantas que los suministran. La reputación de los *perfumes de Arabia* no es de ayer. Quizá el almizcle de mofeta procedía no obstante de la Abisinia, siempre la mejor productora, aunque el animalejo que secreta esa substancia existe en Asia también.

No era extraído el oro del suelo de la región. Pero, a más de su importación por medio de navíos, los Sabeos lo recibían en gran parte de mercaderes extranjeros amantes de suaves perfumes, y todos los autores de la antigüedad presentan a los Sabeos como el pueblo más rico de todo el Oriente.

Y las piedras preciosas? El término es vago. De qué pedrería preciosa se trata? Cuando el texto bíblico añade (Reyes, I, X, 11/2): *los navíos de Hiram que trajeron oro aportaron también piedras preciosas*, no informa mucho acerca de la situación geográfica de la región si no agregase a su cargamento madera de sándalo.

La palabra es de origen árabe, pero designa diversas esencias vegetales que, fuera de la Oceanía, pertenecen también a la región índica, lo que nos aleja súbitamente de las riberas que habíamos costeado hasta el momento. *Jamás, continúa el versículo, vino tanta madera de sándalo, ni se ha visto tanta después.*

Sería Ofir, entonces, un puerto o una región de la península indostana? No tiene nada de inverosímil la hipótesis, si se ha demostrado que los Fenicios osaron un día perder de vista las costas y cruzar el mar de Omán. Sitúase generalmente la antigua ciudad de Abira en la desembocadura del Indo. Y la Oceanía o por lo menos la Insulindia no estaban fuera de su ruta, porque hánse encontrado testimonios de su paso, en forma de inscripciones, viejas ya de cuatro mil años.

Por qué buscar más lejos? Abira, Ofir..., no son nombres que se confunden?

Si no fuera porque en los navíos de Hiram, a más de oro y piedras preciosas y perfumes y de marfil, trajeron también plata, simios y pavos. No proceden de Arabia ni marfil, ni simios ni pavos. Lo que confirma la certidumbre de vamos en buen camino hacia las Indias. Los simios son allí comunes. Los elefantes... ya se sabe. Y los pavos son, incontestablemente, huéspedes del Indostán.

Pero, si la palabra hebrea Zukijim (los pavos) ha sido leída y transcrita erradamente en lugar de Sukijim, que significa esclavos... Habría que volver al Africa...

Para calmar nuestra desilusión, aprovechemos el ocio de la travesía para divertirnos un poco y escuchar a los fantasistas: el maestro del género es un lingüista —o pseudo— que resuelve el problema con la más elegante facilidad: *El Ofir, dice, es la costa americana, en la vertiente del Pacífico, ni más ni menos! Porque no es sino invertir el orden de las sílabas que componen el nombre Ophir: y se tiene Phiro. Y Firo o Phiro no es exactamente lo mismo que Perú? Ofir es el Perú. El Perú, es Ofir. Para qué ir a buscar más lejos la verdad?.*

RENÉ THÉVENIN

EL PARAÍSO TERRESTRE Y LAS ISLAS AFORTUNADAS

(de LOS PAÍSES LEGENDARIOS)

Destino de la Edad Media fué olvidar la antigüedad y su herencia científica. Largas centurias de miseria bajo la opresión bárbara, necesidad de encontrar en sí mismo el refugio que la vida material no podía suministrarles, habían desviado los espíritus de la ruta natural que seguían antes de la prueba. Privados del recurso de la rebúsqueda positiva, se extraviaban en la especulación metafísica, único medio, por otra parte, que les permitía escapar, sublimándose, del abismo en que el exceso de desdichas habíalos sumergido.

Separados de la realidad, no les quedaba, para ejercitar una actividad tánto más impaciente por ser contenida, que correr tras las quimeras. Por una singular fortuna, esta engañosa persecución debía conducirlos no obstante —sólo que con un pequeño retraso— a las metas que hubieran logrado por otro camino. Hermetistas que descubrían la química, nigromantes que descubrían la cirugía, magos que descubrían la astronomía, llegaron a restablecer las leyes del universo, al tratar de libertarse de ellas. Y a fuerza de buscar mundos imaginarios bajo cielos inexistentes, los soñadores que se iban, tropezando, a la aventura, terminaban por caer —un bello día— sin haberlo hecho adrede, en un mundo real.

En esta búsqueda a ciegas, los vagos recuerdos de las edades del paganismo se confundían, fácilmente, con las enseñanzas de la religión. Esta, en todas las circunstancias, recordaba las delicias del Paraíso terrenal, certificaba su existencia, sin insistir más de lo conveniente en precisar su posición geográfica. Sin duda, el edénico jardín estaba guardado por un arcángel armado con una espada flamígera y no se podía penetrar en él. ¿Pero era realmente imposible acercarse a distancia visual aunque no fuera sino para avivar, en el penitente sincero, el arrepentimiento eterno por la falta de Adán? No se carecía de nociones acerca de su posible ubicación. Muchos viajeros habían vagado por sus parajes, no sólo antaño, en los tiempos heroicos de los santos o de los caballeros andantes, sino en los días actuales. Y los mas escrupulosos historiadores hablaban familiarmente de él, como de una verdad evidente por si misma. Es así como, al iniciarse el siglo XIV, escribía el honesto señor de Joinville: *Nos conviene en primer término hablar del río que viene por Egipto y del Paraíso terrenal... Antes de que el río entre a Egipto, las gentes a ello acostumbradas lanzan sus redes extendidas en el río, por la noche, y cuando tornan a la madrugada encuentran en sus redes ese haber de peso que se trae a esa tierra, es a saber: jengibre, ruibarbo, madera de alóe y canela. Y se dice que esas cosas vienen del Paraíso terrenal, que el viento abate los árboles del Paraíso...*

Y, revelando uno de esos hechos de experiencia exacta oculta bajo la ilusión ingenua a que hacíamos referencia poco ha el dulce coronista precisa este encantador detalle milagroso, debido —como se sabe— al empleo muy popular de las alcarrazas: *El agua del río es de tal naturaleza que cuando la suspendemos de las cuerdas de nuestras todas —en esas blancas vacijas de barro hechas en la región— se pone (en el calor del mediodía) tan fría como agua de manantial.*

Un testimonio tan impresionante no puede menos que invitar a llevar más lejos la investigación. Se sabe que no es cosa fácil. El mismo *Sultán de Babilonia* no pudo llevarla a término. En un momento dado el río es obstruido por un gigantesco muro vertical *al que nadie tiene poder de subir.* Y lo que se entrevé más allá no es muy tranquilizador. Porque los Mensajes del Sultán decían que habían encontrado *maravilla de diversas bestias salvajes y de diversas clases: leones, serpientes, olifantes, que venían a mirarlos desde las orillas —de lo alto— cuando iban aguas arriba.*

De todos modos si el acceso al Paraíso es dificultoso, se sabe aproximadamente donde está, lo que ya es algo. El reino de Egipto, al que sirve de prolongación, no es un país imaginario. Se tienen de él numerosas descripciones. Han estado en él viajeros

contemporáneos que vieron allí unicornios y otros animalejos así de sorprendentes. Se pusieron en relación con los árabes, casi los únicos herederos de la ciencia antigua, a la que agregaron su propia ciencia, lo que vino a dar resultados maravillosos. En lo referente al Paraíso no hay que fiarse mucho en esos descreídos. Pero ellos leyeron a los historiadores y geógrafos clásicos. Saben que hay por allá regiones en las que hombres sin cabeza no tienen sino un ojo en mitad del pecho, otros tienen largas colas y otros, enanos, guerrear con el pueblo de las Gruyas, y en las que hay hormigas del tamaño de una zorra. A la suma de conocimientos que ya poseía Aristóteles y que todavía hoy nos maravillan (no menciona él Taprobana, que es Ceylán, y Febol, que es Madagascar?) agregan ellos lo que aprendieron de los países de las Mil y Una Noches, de los cuales no todo lo que se dice es fabuloso. Porque, cuando ellos evocan el formidable Pájaro Roc —por ejemplo— capaz de llevarse un elefante en sus garras, no inventan por gusto el monstruo. Sino que estiman su talla por la de sus huevos, esos huevos, —en realidad de Epiornis fósiles— que vieran en las islas Mascareignes y que, por su volúmen, son al huevo del avestruz lo que el huevo del avestruz al del gorrión.

Sin embargo el Paraíso de que se trata, para todo el mundo no está situado más allá del Africa desconocida. La opinión general hasta lo situaba donde situará la ciencia oficial en nuestros días la cuna de la humanidad: en Asia, entre los valles del Tigris y del Eufrates. En el mismo tiempo otros autores igualmente documentados, aportan las mejores pruebas de que se le encuentra en el extremo oeste.

Como conciliar tales contradicciones?

Es menos difícil de lo que se supone. Aún en los tiempos del realismo clásico, la orientación geográfica deja mucho qué desear. Como la tierra es una superficie plana se ubican como se puede esos países cuyo sólo nombre se ha oído y se les clasifica donde están como objetos en un archivador sin mayor preocupación por sus respectivas situaciones. Las islas, sobre todo, derivan con notable facilidad por el océano circular y se encuentran con un mismo nombre en todas las latitudes indiferentemente. Uno de los mapas (cartas geográficas) mejores y más expresivos de esas épocas, el del geógrafo árabe Al-Edirsi, sitúa a Marruecos en la latitud de Mongolia, alarga el sur de Africa para colocarlo en frente de las Indias, alinea a Borneo con los montes orales y en dificultades —sin duda— por todas las determinaciones discordantes de las islas atlánticas,

las enfila anónimamente, en rosario irregular, del Norte al Oeste del océano.

Se habla mucho de esas islas. Además como se sabe que no se matan como se quiere las viejas supersticiones y que, a pesar de las voces oídas, el gran Pan no ha muerto, se anexa el Dogma en provecho suyo a antiguas tradiciones, edifica capillas sobre las ruinas de los templos, da a sus santos poderes de que despoja a las hadas o a las ninfas, substituye los milagros a los prodigios, ofrece al Dios único el cetro de los dioses derribados. Cuando, finalmente, la antigua creencia es muy notoria y cuando el renombre de sus divulgadores permanece vivo, hace de estos profetas iluminados por el don de la verdad y la clarividencia, en medio de las tinieblas y los errores del mundo pagano.

Ahora, varios de esos profetas oyeron hablar del Paraíso, recogieron los ecos y percibieron los rumores. Determinaron su posición —más o menos—; ensayaron —más o menos— describirlos, con los falsos nombres que se les atribuyera: Campos Elíseos, Jardines encantados, Tierras de dichosa fortuna, Islas afortunadas, Hesperias y tantos otros. Rigurosamente, si no han probado que tales países sean el Edén bíblico, por lo menos se trata seguramente de bienaventuradas y ortodoxas residencias *tierras santas de repromisión* accesibles a los justos en

circunstancias excepcionales, como lo comprobaron diversos hechos históricos y, entre otros, la milagrosa aventura de San Brandan.

Cuando una pregunta es difícil de contestar, es cómodo simplificarla suprimiéndola. Con el pretexto de que no ha existido santo alguno llamado San Brandan —lo que parece exacto— se ha negado la realidad de los viajes efectuados en el siglo VI por un monje irlandés llamado Brennan o Brennain y se ha afirmado que la tierra en que desembarcó no era sino *el reflejo de una isla por nubes especulares*. No obstante, la relación de su primer viaje dá —por lo menos— al lado de detalles maravillosos, precisiones geográficas en manera alguna nebulosas. El hecho de que no se tenga de esa relación sino una transcripción latina —de tres siglos después— no destruye ni infirma en mucho su valor documental. En el caso peor se trataría de un relato del siglo IX, relato que corresponde a un acontecimiento marítimo importante, cuya autenticidad no podría ser puesta en duda, hoy, sin ánimo predispuesto.

Brennain Mac Finnlonga, fundador de la Abadía de Cluainfert, inspirado por el cielo, se embarcó un día, con algunos de sus monjes, los más atrevidos, y se hizo a la vela rumbo al Norte.

Al cabo de cierto tiempo de navegación a través de brumas cada día más frías, la tripulación topó con aguas casi congeladas, en que no penetraban los remos sino muy trabajosamente. Y poco tiempo después —en una corta noche de luna— se produjo el milagro. Apareció una iglesia flotante: parecía hecha de cristal, con arcadas translúcidas en las que jugueteaban luars de arco-iris. Sus cimientos desaparecían en las glaucas profundidades marinas. El *santo* —dejémosle su aureola— midió uno de sus costados y contó mil ochocientos codos. Mientras los monjes la contemplaban, la prodigiosa Catedral —o, si se prefiere, el *Ice-berg*— continuó a la deriva y terminó por esfumarse en el horizonte. Nada, hasta aquí, como para ofuscar nuestra confianza. Reconozcamos, eso sí, que el episodio siguiente, es un poco menos digerible.

Los tripulantes llegaron frente a un islote. Pusieron la planta en él y prendieron fuego. Pero, sin duda por causa de la hoguera, he aquí que el islote tiembla, se agita, húndese y emprende viaje... Admitamos que el monje transcriptor descendía de un abuelo nacido en la región emplazamiento de la futura Tarascón, y no insistamos. El resto del documento vuelve a ser serio.

Durante semanas, los navegantes sólo encontraron escollos que, desde lejos, parecían cubiertos de nieve. Pero, cuando se acercaban, la nieve tomaba vida y volaba en forma de millones de aves, de gritos discordantes. Además, vieron vagar en torno suyo enormes peces más grandes que su navío y cuyo resoplar les metía espanto. Sin embargo, prosiguieron, sostenidos por su fé.

Será su fé premiada? Llegarán, al fin, al Paraíso? Nada parecía prometerles tal recompensa a sus penas, porque el mar se tornaba cada vez más fosco y el sol cada vez más raro. Finalmente, un día la tierra está a la vista. Pero, lejos de ser el Paraíso se diría ser el Infierno.

Tierra en que el suelo no está cubierto de hielo sino calcinado, formado por lava en fusión. De la cima de una doble cordillera nevada surgen llamas rugientes y densas humaredas. Y el Diablo en persona debe de estar emboscado en sus parajes, porque a la vista del estandarte porta cruz que enarbolan los monjes aterrados, hace llover sobre ellos un diluvio de escorias ardientes. Terminan presurosos su vuelta a la isla, que yergue por doquier un muro vertical inaccesible, color de carbón.

No es dudoso que los detalles que así resumimos, comprendido entre ellos —como parte de la tartarinada el encuentro con algún gigantesco cetáceo polar—, concuerden en probar que San Brandan avanzó mucho por los Mares del Norte, muy más allá del círculo ártico, hasta el 72° o 73° y que casi seguramente descubrió la isla de Jan Mayen en el momento preciso de una erupción. La descripción que dejó corresponde a la realidad. *Nuestras fotografías del Beerenberg y del muro, confirma Jean Charcot, tomadas antes de conocer el documento, parecen hechas para ilustrar el relato del monje.*

Pero llegar al pórtico del Infierno cuando se busca el Paraíso, es poco edificante de parte de un hombre santo. Le hacía falta el desquite. Viajó en realidad o se le atribuyó un segundo viaje, esta vez imaginario, en dirección de esa *Insula Deliciosa*, de la que ya había hablado el monje Berinte y que habitaba una pía cofradía? Difícil decidirse. Que el vagabundo abad emprendiera un nuevo crucero, parece muy probable, a juzgar por los detalles dados de su embarcación, que parece muy bien inspirada en el *kayak* o mejor en el gran *uniak* esquimal, difícilmente inventados por un profano. Pero, a bordo de esa nao y con diez y siete compañeros, si llegaría hasta esa gran isla pavimentada de piedras preciosas, de árboles cargados de frutos de oro e iluminada por un sol que las nubes no logran obscurecer? Los comentaristas, los menos

desconfiados, piensan que Brandan llegó a alguna isla de las Canarias o de Madera. Nada permite negar o confirmar tales suposiciones.

Poco a poco, sin embargo, las *Islas Afortunadas* tomaron cuerpo y, de año en año, de siglo en siglo, los navegantes que osaban aventurarse fuera de la vista de las costas o aquellos a quienes un temporal arrastrara, tornaban portadores de historias maravillosas que concordaban, más o menos estrechamente con los antiguos textos, y que entonces se hacía por conocerlos mejor cada vez.

Nos quedan muchos nombres de esas islas lontanas: Antilia, Brasil (que figura en todos los mapas y con todas las grafías: Brazylle, Brazir, o Brasile). Nombres transmitidos a tierras reales, descubiertas más tarde, y no relacionadas con aquellas que se creía identificar. Otros nombres naufragaron en la nada, se evaporaron como puros espejismos que eran: Satanaxio, Cholumbi, la Salvaje... Otras quizá existieron, luego encontradas pero no reconocidas: Stocafixa por ejemplo, que corresponde a Stocfish, que designa el bacalao, perseguido desde épocas inmemoriales y hasta los extremos lindes occidentales por los Bascos, que parece que descubrieron, desde el siglo VII, a Terra-Nova y

(texto incompleto)

JEAN CASSOU

LA LITERATURA HISPANOAMERICANA
EN EUROPA
- MITOLOGÍA AMERICANA

Hé aquí dos libros que hubiese amado D.H. Lawrence: *Leyendas de Guatemala* (1) y *Cantos Negros de Cuba* (2), ambos traducidos por Francis de Miomandre, cuya curiosidad por todo lo extranjero es conocida, por todo lo extranjero y a la vez alado y profundo. El primero de estos dos libros de poemas, poemas míticos, venidos del fondo de las tierras y de las edades, y transcritos, si no tornados a crear por dos poetas auténticos, es del guatemalteco Miguel Angel Asturias, cuya singular figura física denuncia principescos orígenes mayas. El segundo, de una muchacha, Lydia Cabrera, —y se sabe, por las novelas de Larbaud, o por la lectura de las deliciosas *Memorias de Teresa de la Parra*, de qué modo las muchachas hispano-americanas pueden ser exquisitas, y de qué paraísos preciosos, odorantes, inocentes y azucarados, suelen ser nunciatrices. Lydia Cabrera ha sido educada en los secretos que guardan entre sí los pobres negros de Cuba. Le ha sido dado oír las maravillas de su *folk-lore* y de ser partícipe de su gusto frenético por la música y la danza. Y, a través de los informes que nos suministra, se adivina toda la miseria y toda la resignación de la existencia de esas gentes. Una amargura se desliza por entre esas historias

ingenuas y que parece que no quisieran decir nada: amargura que aparece en el cuento del tiránico Toro, que canta: Yo, yo, yo... O en aquel de la tortuga *Hicotea* en quien despierta la ambición de la tierra. Y, en suma, en la profunda inmoralidad de esas historias, en su ausencia total de intención didáctica, en su ignorancia de la distinción del bien y del mal. Una extraordinaria facultad de olvido, una pueril indiferencia, hacen que el lector, en el curso de su ruta, deje caer su reivindicación y descuide su venganza. El más sagaz es quien gana, al azar de la historia. La razón y la justicia se desbaratan en la noche.

El tema del *buen salvaje*, nacido en esas regiones y que, desde Montaigne y el Padre Las Casas, hasta Bernardin de Saint-Pierre y Rousseau, ha ayudado al nacimiento del espíritu moderno, toma un distinto aspecto, pierde su enternecido didactismo. Ya no creemos en que el hombre sea naturalmente bueno y en que nos sea preciso retornar al estado de la naturaleza. Pero necesitamos, para mejor comprendernos a nosotros mismos y tomar consciencia de todos nuestros recursos profundos, sentirnos perpetuamente acompañados por la presencia de las razas desdichadas, mal comprendidas, mal amadas. Nos importa buscar el significado de sus ritmos, de sus creencias, de los medios oscuros con los cuales se aseguran un primer contacto con el

mundo, una primera conquista de los elementos, del destino, de la salud.

Conocemos mal la América, su literatura y su alma. Las traducciones escogidas sin discernimiento, han desviado de ella la atención pública; también es preciso agregar que, muy rápidamente y fácilmente europeizada, cierta literatura americana no nos deja tomar en serio la cultura intelectual de esas regiones de tan rico porvenir. Pero la verdadera cultura americana, la poesía, el lirismo original y profundo de la América se manifiestan, en la actualidad, en esos libros en que la lengua española se colora con languideces negras o con violencias indias. Que después de los *Cuentos de Cuba*, no se deje de leer las *Leyendas guatemaltecas* de Asturias: se será deslumbrado con esa reversión prodigiosa de imágenes, de metáforas, de extrañezas que no se asemejan a nada, y que nos llevan totalmente a lo desacostumbrado. Es una verdadera embriaguez, de la que se declara encantado Valéry en su carta-prefacio. El hombre aparece mezclado a los elementos; estamos aún en el reino de lo indistinto, el pájaro es todavía un poco árbol y el árbol un poco tigre, y las metamorfosis se experimentan realmente. Hay que estar agradecido de Miomandre, que fué, un día, el poeta de la *samsara* universal, por habernos revelado esos poemas míticos, repletos de universo, esa fábulas emocionantes, esos bellos tejidos, magníficos y sombríos.

2 V 1936

(1) Ed. des Cahiers du Sud

(2) Ed. Gallimard

H. SULBLE

DE LA HISTORIA SUCINTA DEL CHARLATANISMO HASTA
EL SIGLO XVII

Un curioso escrito del siglo XVII, El Charlatán desenmascarado, impreso en Toulouse en 1687, pretende situar en el Paraíso terrenal al primer charlatán en figura de... la serpiente que tentó a Adán y Eva, y encuentra en este ilustre antecesor todos los rasgos de semejanza reproducidos en su descendencia: el disfraz que oculta su verdadera personalidad, su ubicación en el Arbol de la Ciencia, imitada por los charlatanes que se suben a un tinglado a espetar sus arengas y, finalmente y sobretodo, sus discursos que prometen toda clase de bienes terrenos y de adehala la eternidad con la única condición de comer de la manzana: *una como esas manzanas de olor con que los charlatanes entretienen a las mujeres y a los cándidos.*

Sin llegar hasta tan lejos, y con mayor verosimilitud, se puede afirmar que el charlatán dejó sus huellas en toda la historia médica de los pueblos.

En la Antigüedad no se ocupaban de la *farmacéutica* únicamente los médicos... Los patriarcas, los profetas, los príncipes y los reyes eran muy versados en esa ciencia. En las épocas de Abraham y de Jacob *circulaban mercaderes israelitas, verdaderos boticarios ambulantes que interrogaban a los enfermos acerca de lo que sentían y les vendían perfumes, gomas, ámbar, bálsamos y mirra.*

Hipócrates ya se quejaba de esa plaga de la medicina y nos habla de *esas gentes que practican la medicina sin razón, sin experiencia y sin probidad.*

El geógrafo Estrabón habla de los charlatanes de las Galias: eran hombres que vivían en comunidad, como los gitanos; los acompañaba siempre un asno llamado *La Fortuna* y hacían mil trucos de juglaría. Se les denominaba *Agyrtes* porque reunían al pueblo en torno suyo, pedían limosna y paseaban un ídolo de Cibeles al són de tamboriles.

Un poeta del siglo XIII, Rutebeuf, se divierte poniendo en verso una arenga charlatanesca, lo que prueba que la plaga infestaba la Edad Media.

Lejos de hallar en príncipes y señores un obstáculo a su comercio, los charlatanes fueron siempre sus protegidos, y los mismos reyes —poco preocupados por apoyar las facultades que habían creado— sostenían, pagaban, recompensaban generosamente a los más audaces mixtificadores, a los poseedores de las recetas y fórmulas más extraordinarias, a los vendedores de *orvietán* que siempre encontraron en la Corte y cerca de los grandes, el crédito y la confianza que el pueblo no les concedía siempre tan aprisa.

En el año 1292 había en París treinta y ocho personas —hombres y mujeres— que ejercían ilegalmente la medicina sin haber hecho estudios. En 1332 la Facultad conocía veinticinco de esos individuos e inició contra ellos y sus semejantes una guerra encarnizada, en el curso de la que no siempre llevó la Facultad la mejor parte.

Henri de Mondonville, cirujano de Felipe el Bello, protestó con suma energía contra los *charlatanes*, *brujos*, *adivinos*, *alquimistas*, *cortesianos*, *viejas*, *Judíos conversos*, *Sarracenos*, etc, *que, habiendo malbaratado todos sus bienes, cubren con el manto de la medicina su miseria y su perfidia engañosa.*

Guy de Chauliac, médico famoso de Montpellier en 1363, se queja de la debilidad de los gobiernos que dejan el ejercicio del arte de la medicina en manos de gendarmes o caballeros teutones u otros guerreros, los que, por medio de sortilegios y bebedizos, aceites, lana y hojas de col curan todas las llagas, basándose en que Dios concedió tal virtud curatoria a las palabras, las hierbas y las piedras.

No obstante, de tarde en tarde, los reyes y emperadores ensayaron contener el progreso del charlatanismo por medio de decretos y de leyes que prohibían el ejercicio de la medicina a quien no tuviera la aprobación de los médicos y de las Facultades. El ejercicio de la medicina y de la cirugía no suministraban a los charlatanes recursos suficientes, de manera que estos le agregaban siempre la venta de medicamentos. El Puente Nuevo, en París, fué durante toda la Edad Media y hasta el siglo XVIII, el teatro de ese negocio ilícito. Era allí donde se instalaba una mesa cubierta con un tapiz abigarrado, en torno de la que se amontonaba la muchedumbre, atraída por las arengas, los trucos sabios, las peroraciones, a favor de las cuales el charlatán vendía por pocos centavos verdaderos medicamentos con los nombres de bálsamos, unguentos, emplastos y aceites.

Tabarin, que ejerció este productivo oficio en el siglo XVI, ha quedado como el tipo por excelencia de esta especie de charlatanes; su aturdidora verbosidad y sus bufonadas lo hicieron célebre (mucho más que sus bálsamos soberanos contra la jaqueca y los vértigos o su electuario contra el dolor de muelas. Más peligrosos que Tabarin y sus pares —para los médicos y los enfermos— son los llamados por Sonnet de Courval *alquimistas, espagíricos, iatromagos, destiladores de oro potable, maestros del elixir de la gran obra y paracelsistas.*

Este último epíteto, que tan frecuentemente se encuentra en todas las sátiras escritas contra los charlatanes, se explica por la ostentación que ellos hacían de las teorías del famoso médico del siglo XVI, Paracelso. Este había sido el jefe de una escuela que introdujo en terapéutica los remedios minerales, cuando aún no se conocían en farmacia sino sustancias de origen vegetal. Este fue el punto de partida de la medicina química y espagírica. Paracelso fue tratado de charlatán por sus contemporáneos a causa de su creencia en las virtudes de la magia y de la alquimia.

En efecto, Paracelso no excluía de la ciencia médica lo sobrenatural, y les pedía recetas a los barberos, comadronas, magos, astrólogos, como a los médicos más sabios. Las doctrinas de Paracelso tuvieron numerosos adeptos; sus discípulos extremaron su admiración hasta el fanatismo y le atribuyeron el conocimiento del secreto de prolongar la vida humana. De su curiosa mezcla de ciencia verdadera y de superstición, los charlatanes no retuvieron sino este hecho: Paracelso quemó, en 1527, los libros de medicina de su tiempo, y declaró que únicamente eran útiles las fórmulas de los hechiceros. Qué mejor apoyo para los charlatanes que el ejemplo del médico más célebre del Renacimiento? Apoderáronse de sus teorías —que constituyeron su único bagaje— y las explotaron con una audacia que no tuvo par sino en la candidez y en la credulidad entonces dominante, porque si los sentimientos religiosos alcanzaron del siglo XVI al XVII su mayor brillo, la brujería y las prácticas diabólicas, la magia, negra o blanca, eran aceptadas no sólo por el pueblo, sino también por los más poderosos cerebros, ya que el mismo Bossuet creía firmemente en los maleficios de los brujos y sobretodo en los de las brujas.

Las brujas, por lo demás, unían todas a sus sortilegios la práctica de la medicina y la farmacia. Al lado de los brujos y de los magos, los alquimistas buscaban la piedra filosofal cuyo contacto debía convertir los otros metales en oro, o buscaban el medio de hacer líquido el oro, en frío, para obtener una panacea universal cuyo empleo restituiría la salud y la fuerza, daría robustez a los ancianos, quitaría la palidez a las doncellas y curaría la peste y todas las enfermedades.

Cómo no se iba a desarrollar la charlatanería en un medio tan bien preparado para aceptar las supersticiones más descabelladas?

LUCIEN WILTER
PARÍS IMPREVISTO

A menudo me he preguntado en qué consiste el encanto de París, ese encanto que atrae y aprehende tan profundamente, y que, en la memoria de todos aquellos que pasaran, aunque no fuera sino algunos días, entre Neully y Vincennes, Clichy y Montmartre, deja un recuerdo semejante al de un gran amor: algo hecho para no borrarse jamás. Para no hablar sino de las capitales, se sabe de más vastas, de más sublimemente antiguas, también de más modernas, de más cuidadosas de su presentación como de más sucias, de más lujosas, hasta en el triunfante mal gusto, de más disciplinadas como de más caprichosas, de más hipertensas y de más dulcemente adormecidas, casi muertas. Pero, mirándolas bien a todas, se advierte pronto que en ellas se impone siempre un rasgo dominante que le da un carácter excesivo que no se acomoda a todos los temperamentos. La aclimatación es, por esto, difícil y larga cuando no imposible.

Por el contrario, París aparece como un elemento urbano completo. Conviene a todas las naturalezas y cada visitante desde su arribo se encuentra cómodo y como en su casa. En efecto, todo lo que una ciudad puede ofrecer de esencial ha sido, por así decirlo, cultivado allí, en el transcurso de las edades, y en

medidas iguales.. Sin detención, y esto es de extrema importancia sin un instante de ausencia de vida, la Historia ha mezclado y remezclado armoniosamente esta ciudad que tuvo la fortuna de no sufrir jamás un máximo desastre y ha sabido crecer regularmente y sin sacudidas, destruirse ella misma según sus necesidades y recrearse perpetuamente, anexarse sus satélites y llenar sus vacíos, todo ello con tanta sana independencia como instinto conservador. Allí está el milagro. París es una ciudad de substancia ricamente nutrida que se ha renovado constantemente, que no sintió nunca la necesidad de conservar todos los testimonios de sus especuladores sucesivos ni de especializarse intensamente para afirmar su presencia en el mundo.

Qué de sorprendente, entonces, que la bibliografía de París sea sin duda la más numerosa de cuantas una ciudad haya podido engendrar, para su propia consideración y para su propia gloria? Cada acontecimiento de París encontró su historiador, cada episodio sus memorialistas, cada suceso efímero sus cronistas, cada anécdota, aún la mínima, sus narradores, cada documento sus archiveros, cada evolución sus exégetas, cada cambio sus críticos, cada aspecto sus pintores, cada celebridad, hasta la ínfima, sus biógrafos, cada época sus cantores, cada momento, hasta el más breve, sus poetas, y el conjunto de las obras así reunidas sus compiladores

incesantes. Sin embargo, yo sé y lo sabemos todos, que se está lejos de haberse dicho todo acerca de este enciclopédico y fabuloso tema que, cada día, continúa fabricando Historia.

Me alabo entonces que esta reseña sea, a su manera, una especie de novedad. Es, por lo demás, la obra de un hijo de París y de un parisiense. Ciertamente que el “parisiense que no es de París” ama mi ciudad natal hasta el punto de no poder jamás pasarse sin ella. Pero es, por ésto, más próximo pariente del hijo de París? Muy joven sintió, al llegar de su provincia, el deslumbramiento de la Capital. Porque es bella la ciudad en traje de noche y porque espiritual de nacimiento, ha sentado siempre cátedra de ingenio, en la forma más natural. El provinciano hace todo por hacerse notar de ella y por conquistarla. Enamorado brillante, lo encanta ella con lo que posee de más escintilante y artificial. Lo seduce con su mundo, sus modas y sus caprichos. Para ser exacto, también le place en “negligé” y hasta desabrochada, según su sensibilidad artística o sus sentimientos políticos, con más frecuencia según el gusto del momento. Se aprovechará de ella en sus comienzos; en su edad madura, le hará homenaje a todos los frutos de su talento; en su ocaso, será para ella el viejo amigo fiel, amable rumiador de sus recuerdos. Esta clase de amistad amorosa no le disgusta a París, que ha concedido siempre fácilmente

sus sonrisas y su mano izquierda. Quién podría reprochárselo?

No sucede lo mismo con el hijo de París. El, es de la tierra, se considera de la familia. No descubre la metrópoli un bello día, súbitamente. Nació en ella y en ella morirá probablemente.. Le basta, para ser feliz, vivir en su regazo y pensar unísono con ella. Lo que conoce del mundo y de la naturaleza, lo conoce a través de ella. Su horizonte y su calendario son los suyos. Espontáneamente desposa sus apasionamientos exagerados y sus cóleras. Para decirlo todo, es él quien hace aquí el papel de provinciano.

El cuidadoso hijo de París reconoce siempre sus reliquias. Sabe detenerse y situarse en el punto preciso para contemplar sus más característicos aspectos. Le ofrecen ellas, entonces, el más refinado, el más delicado de los placeres. Casas rurales olvidadas, ruinas, palacios trasplantados, fuentes errantes, jardines abandonados, pasajes desiertos, edificios administrativos, estaciones de ferrocarril, dormidos campanarios, callejuelas entre dos muros, techos, balcones... qué se yo? He aquí los elementos con que se compuso esta reseña fotográfica.

París es un vasto y rico repertorio de arquitecturas magistrales y una ciudad de trabajo honesto. También es una ciudad de placer, no por sus establecimientos de la especie internacional y por sus “sitios de perdición” —que los hay en todas las ciudades— sino por el refinamiento que caracteriza las distracciones propuestas a sus habitantes y a sus huéspedes. Es, en conclusión, una ciudad moderna, viva, animada, en la que el lujo y el gusto se manifiestan por todas partes y de mil maneras.

Mi ambición profunda sería la de que estas imágenes tuviesen un poder revelador efectivo. Quisiera que enseñasen el arte de ver. Que acicateasen la atención y educasen la mirada. En efecto, saber refrescar su visión, saber descubrir, es quizá el más grande secreto para saber comprender, y sin cansarse jamás, saber amar, sobre todo cuando se trata de una ciudad como París.

Publicado en la Revista El Libertador N° 4
(Junio-Julio 1952 - Bogotá)

Índice general

Poesía

VOLUMEN I

TERGIVERSACIONES
Y POESÍA. ESCRITA ENTRE 1912 Y 1924

LIBRO DE SIGNOS
Y POESÍA. ESCRITA ENTRE 1925 Y 1930

VOLUMEN II

VARIACIONES
ALREDOR DE NADA
Y POESÍA ESCRITA ENTRE 1930 Y 1936

FÁRRAGO
Y POESÍA ESCRITA ENTRE 1937 Y 1954

VOLUMEN III

VELERO PARADÓJICO
Y POESÍA ESCRITA ENTRE 1954 Y 1957

NOVA ET VETERA
Y POESÍA ESCRITA ENTRE 1957 Y 1972
POESÍA NO FECHADA O INCONCLUSA

Índice general

Prosa

VOLUMEN I

PROSAS DE GASPAR
(CUARTO MAMOTRETO)

PROSAS DE GASPAR
(SEGUNDA ÉPOCA)

EXTRAVAGANCIA Y CAPRICHIO

COLUMNA DE LEO

LA COLUMNA DE LEO

COLUMNILLA DE LEO

BÁRBARA CHARANGA - BAJO EL SIGNO DE LEO
(SEXTO MAMOTRETO)

VOLUMEN II

BAJO EL SIGNO DE LEO

VOLUMEN III

ESCRITOS SOBRE MUSICA

CORREO DE ESTOCOLMO

VOLUMEN IV

ALGUNAS CARTAS ENVIADAS

VARIA

TRADUCCIONES

Obras Escogidas

Esta edición de *León de Greiff Prosa Volumen IV, Tomo 2*
se publicó en la ciudad de Bogotá en el mes de abril del año MMXXVI.

Para la edición de las obras que integran la Colección Obras Escogidas
se usó la familia tipográfica Ancízar, en su variante Serif a 10,5/13 puntos.

La Colección Obras Escogidas, dirigida por la Rectoría de la Universidad Nacional de Colombia, es un proyecto editorial que se enmarca en la celebración del sesquicentenario de la fundación de la Institución, que tuvo lugar en 2017. En esta colección se reúne una amplia selección de textos de intelectuales de la Universidad que han sido fundamentales para su desarrollo histórico y que, además, han ejercido gran influencia en la construcción de nuestra nación.

Esta versión digital, en acceso abierto, de la *Obra completa* de León de Greiff, poesía y prosa, hace parte de la apuesta de la Editorial Universidad Nacional de Colombia por la democratización del conocimiento, con lo cual se abre la puerta a lectores y lectoras de todo el mundo para que conozcan la obra de uno de los escritores más prolíficos y originales de la literatura colombiana. A medio siglo del fallecimiento de León Greiff, se presenta al público una nueva edición, revisada y corregida, de los diez volúmenes que conforman el corpus de su *opera omnia*.

